KIM JONG IL

PARA LLEVAR ADELANTE LA IDEA JUCHE

PYONGYANG, COREA
1995

¡OBREROS DEL MUNDO ENTERO, UNIOS!

KIM JONG IL

PARA LLEVAR ADELANTE LA IDEA JUCHE

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pyongyang, Corea
1995

INDICE

SOBRE ALGUNAS CUESTIONES QUE SE PRESENTAN PARA LA COMPRENSION DE LA FILOSOFIA DEL JUCHE

Charla con trabajadores de la divulgación teórica del Partido *2 de abril de 1974* .. 1

SOBRE LA IDEA JUCHE

Artículo enviado al Seminario Nacional sobre la Idea Juche en Conmemoración del 70 Aniversario del Nacimiento del Gran Líder, Camarada Kim Il Sung *31 de marzo de 1982* 8

1. Concepción de la idea Juche 9
2. Principio filosófico de la idea Juche 15
3. Principio de la idea Juche en la historia social 19
   1) Las masas populares son el sujeto de la historia social 20
   2) La historia de la humanidad es la historia de la lucha de las masas populares por la independencia 23
   3) El movimiento histórico-social es el movimiento creador de las masas populares 30
   4) En la lucha revolucionaria la conciencia ideológica independiente de las masas populares desempeña el papel decisivo 34
4. Principios directivos de la idea Juche 38
   1) Se debe mantener la posición independiente 39
      (1) El Juche en la ideología 39
      (2) La independencia en la política 43
      (3) Autosuficiencia en la economía 46
      (4) Autodefensa en la salvaguardia nacional 51

2) Hay que aplicar el método creador 55
(1) Método de apoyarse en las masas populares 55
(2) Método del trabajo conforme a la realidad 58
3) Hay que conceder atención primordial al factor ideológico 61
(1) Priorización de la superación ideológica 61
(2) Priorización del trabajo político 66
5. Significación histórica de la idea Juche 69

EL PARTIDO DEL TRABAJO DE COREA ES UN PARTIDO REVOLUCIONARIO DE TIPO JUCHEANO, HEREDERO DE LAS GLORIOSAS TRADICIONES DE LA UDI

17 de octubre de 1982 82

1 83
2 97
3 107

MARCHEMOS ENARBOLANDO LA BANDERA DEL MARXISMO-LENINISMO Y DE LA IDEA JUCHE

Con motivo del 165 aniversario del nacimiento de Carlos Marx y del 100 aniversario de su muerte *3 de mayo de 1983* 115

SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS REFERENTES A LA EDUCACION EN LA IDEA JUCHE

Conversación con los cuadros responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *15 de julio de 1986* 147

1 147
2 161

AVANCEMOS A PASO FIRME POR EL CAMINO DEL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO ENARBOLANDO LA BANDERA DE LA LUCHA ANTIMPERIALISTA

Conversación con los funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *25 de septiembre de 1987* 172

PARA FORMAR CON FIRMEZA LA CONCEPCION JUCHEANA DE LA REVOLUCION

Conversación con los funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *10 de octubre de 1987* 196

LA EPOCA ACTUAL Y LAS TAREAS DE LA JUVENTUD

Conversación con los cuadros responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *12 de octubre de 1988* 218

EL PARTIDO DEL TRABAJO DE COREA ES EL ORGANIZADOR Y ORIENTADOR DE TODAS LAS VICTORIAS DE NUESTRO PUEBLO

3 de octubre de 1990 233

1. La dirección del Partido es la garantía decisiva del triunfo de la causa socialista 234
2. Tenemos que fortalecer y desarrollar al nuestro como partido revolucionario de tipo jucheano 239
3. Hay que fortalecer la dirección del Partido atendiendo principalmente la labor con las personas 249

NUESTRO SOCIALISMO CENTRADO EN LAS MASAS POPULARES ES INVENCIBLE

Conversación con los funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *5 de mayo de 1991* 257

1 258
2 269
3 284

LECCIONES HISTORICAS DE LA CONSTRUCCION SOCIALISTA Y LA LINEA GENERAL DE NUESTRO PARTIDO

Conversación con funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *3 de enero de 1992* 295

1. Lecciones históricas de la construcción socialista 295
2. Justeza de la línea general de nuestro Partido para la construcción del socialismo y el comunismo 305

PROBLEMAS ESENCIALES DE LA CONSTRUCCION DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

Artículo redactado con motivo del 47 aniversario de la fundación del Partido del Trabajo de Corea *10 de octubre de 1992* 329

1. Lecciones históricas de la construcción del partido gobernante en el socialismo 330
2. Principios básicos para la construcción del partido revolucionario de tipo jucheano 340
3. La unidad y solidaridad internacionalistas entre los partidos revolucionarios 358

LA DIFAMACION DEL SOCIALISMO NO SERA TOLERADA

Declaraciones a la revista "Kulloja", órgano del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *1 de marzo de 1993* 365

EL SOCIALISMO ES CIENCIA

Artículo publicado en "Rodong Sinmun" órgano del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea *1 de noviembre de 1994* 383

1 383
2 390
3 397

SOBRE ALGUNAS CUESTIONES QUE SE PRESENTAN PARA LA COMPRENSION DE LA FILOSOFIA DEL JUCHE

Charla con trabajadores de la divulgación teórica del Partido

2 de abril de 1974

Recientemente, cierto sociólogo me ha enviado una carta en que ha expuesto sus opiniones referentes a la filosofía del Juche.

Su contenido constituye un testimonio más de que todavía en nuestros círculos académicos no existe una comprensión correcta de ella.

La filosofía del Juche es una nueva corriente creada por el Líder.

Es una filosofía centrada en el hombre y sobre la base del cual se ha desarrollado y sistematizado. Pero esto no significa que ella estudia y aclara simplemente las cuestiones humanas. Quiere decir que parte del hombre al plantear sus problemas fundamentales y al definir el concepto, el punto de vista y la actitud a tomar en relación con el mundo.

No obstante esto, el referido sociólogo interpreta la filosofía del Juche como una filosofía del hombre. Semejantes opiniones se manifiestan también entre algunos otros sociólogos.

Originalmente la filosofía del hombre se creó hace mucho tiempo y, además, tuvo diversas escuelas, las cuales, sin embargo, se ocupaban, por igual, de problemas puramente humanos. Se trataba de una filosofía de la vida que negaba la misión original de la filosofía como

ciencia encargada de ofrecer una concepción del mundo, abordando principalmente esas cuestiones: qué es el ser humano y cómo es su vida.

La filosofía del Juche difiere de aquélla. Plantea, como sus problemas fundamentales, la posición y el papel que desempeña el hombre en el mundo, y aclara el principio de que él es el dueño y decisor de todo. De modo que sus temas básicos no son puramente humanos, sino que se refieren a las relaciones entre el hombre y el mundo, y su principio no dilucida meramente los puntos de vista de la vida sino que ofrece una concepción del mundo. La filosofía del Juche definió una concepción del mundo con el hombre como centro de enfoque, una concepción del mundo inspirada en el Juche.

La filosofía del Juche ofrece también nuevos conceptos sobre el ser humano.

Durante mucho tiempo, a lo largo de la historia, la cuestión del hombre fue objeto de estudio filosófico y de muchos debates, pero no pudo contar con una aclaración perfecta. Fueron los clásicos del marxismo quienes lograron un gran avance al respecto al considerar el tema desde el punto de vista de la dialéctica materialista. Ellos definieron la esencia del hombre como la totalidad de sus relaciones sociales y concedieron una importancia decisiva, dentro de sus actividades, a la producción material y a sus relaciones socio-económicas. Sin embargo, a pesar de que establecieron conceptos dialéctico-materialistas sobre la cuestión del hombre, no lograron dilucidar en forma integral sus características esenciales como ser dominante y transformador de la naturaleza y la sociedad.

Al formular por primera vez que la independencia, el espíritu creador y la conciencia constituyen las características esenciales del hombre como ser social, la filosofía del Juche ofreció una interpretación cabal de él y dio una correcta aclaración sobre su puesto y papel como dueño de la naturaleza y la sociedad, como su dominador y transformador.

En cuanto al ser humano, la filosofía del Juche y la del hombre tienen conceptos diametralmente opuestos. A diferencia de la prime-

ra, que ve al hombre como un ente social independiente, creador y consciente, los creadores de la segunda niegan el carácter social del ser humano, considerándolo como una existencia dominada por el instinto, una existencia impotente aislada del mundo. Esa filosofía burguesa, que recusa la comprensión científica del mundo y sus cambios revolucionarios, fomenta la tristeza, el pesimismo y el individualismo exacerbado.

Debemos conocer toda la esencia reaccionaria de este pensamiento y tener una comprensión justa de la originalidad de la filosofía del Juche, la cual ha planteado y aclarado en forma nueva la cuestión del hombre.

Para comprender la filosofía del Juche es necesario tener conocimientos cabales con respecto a la nueva interpretación del mundo basada en el hombre.

La filosofía del Juche define el criterio, el punto de vista y la posición respecto al mundo tomando al hombre como base. He aquí su importante característica como concepción del mundo revolucionaria de nuestra época. Al formularlos en forma original otorgó a las masas trabajadoras, principalmente a la clase obrera, una poderosa arma para transformar el mundo y forjar su propio destino.

Sin embargo, hay quienes afirman que el universo se ha formado teniendo al hombre como centro o que gracias a él se realizan todos los cambios y progresos en el mundo material, considerando esto como si fuera un nuevo criterio de la filosofía del Juche que la diferencia de las corrientes precedentes.

El hecho de que el mundo está formado no por conciencias o ideas sino por la materia, y que se mueve, cambia y evoluciona no debido a una fuerza sobrenatural sino conforme a sus propias leyes, ha sido ya dilucidado por la dialéctica materialista. Es una verdad irrefutable que el mundo es, por esencia, materia y está unido materialmente; se mueve, cambia y evoluciona según sus propias leyes. La filosofía del Juche explica una nueva cuestión: quién es el dueño del mundo y de dónde emana la fuerza que lo transforma y cambia.

Al dar un criterio original sobre el mundo, estableciendo que el hombre domina y transforma la naturaleza y la sociedad, dio brillante solución a las tareas de la filosofía de nuestra época, en que las masas populares se han presentado como dueñas de su propio destino y de la historia.

Así, pues, la filosofía del Juche puso en claro que el hombre es el dueño del mundo y lo domina, pero, jamás planteó que el mundo material se haya constituido en torno al hombre. Asimismo aclaró que el hombre es el transformador del mundo y lo reforma, pero nunca que es a él a quien se deben todos sus cambios. La idea de que el mundo material se integra en torno al hombre o de que éste es el factor de todos los cambios y evoluciones que se producen en aquél, deriva precisamente de ignorar la filosofía del Juche. No se debe equivocar la posición y el papel del hombre al interpretar el criterio sobre el mundo que ella ha formulado.

Para entenderla cabalmente es importante además tener una correcta comprensión de la independencia.

La filosofía jucheana definió por primera vez que el hombre es un ser social que considera la independencia como su propia vida. Esto constituye un viraje histórico en la explicación de la naturaleza del hombre, de su posición y de su papel.

Sin embargo, hoy se observan errores en la interpretación de la independencia, que concibió la filosofía jucheana.

Según la carta que me envió aquel sociólogo y en opinión de otras personas, se entiende por la independencia del hombre un atributo natural, desarrollado y terminado, y que generalmente posee cualquier ser para mantener su existencia.

Siendo la independencia un atributo que posee el hombre como ser social, sería una equivocación considerarlo como la expresión del desarrollo y perfeccionamiento del atributo natural y biológico de cualquier materia viviente.

Esta opinión deriva, en su esencia, del método de observación evolucionista.

Desde luego, no negamos el mismo evolucionismo. Es un hecho, demostrado hace ya mucho tiempo por la ciencia, que el hombre es el fruto de un larguísimo proceso de la evolución.

La independencia del hombre, a diferencia de su cuerpo, no es producto de la evolución.

El es un fruto social, un atributo que no proviene de la naturaleza sino de la sociedad, que no se hereda del medio natural sino que se forma y desarrolla a lo largo de la historia social. Si la primera le da al ser humano rasgos naturales y biológicos, la segunda le otorga características sociales. Podemos decir que la independencia del hombre es una exigencia y un reflejo de la vida y la práctica sociales.

Por supuesto, desde un punto de vista evolucionista y comparándolo con otras materias vivientes, se podría observar que el hombre es el único ser que puede poseer la independencia.

No podrá imaginárselo separado de su organismo peculiar, formado y desarrollado en el curso de un dilatado proceso de la evolución.

Por poseer un organismo desarrollado, el hombre tiene facultades particulares, que no pueden poseer otros seres vivientes, o sea, la facultad del juicio y la del trabajo y, por consiguiente, la independencia. Con todo, no se debería considerar que ésta se ha formado en el proceso de la evolución junto con su propio organismo, pues, siendo un atributo del hombre, no existió ni pudo existir siquiera en forma de germen antes de constituirse la sociedad.

La independencia del hombre difiere esencialmente del simple instinto de conservación física que posee cualquier ser viviente. Se trata de un atributo de vivir y progresar como ser social. De manera que es incorrecto explicarlo como un instinto biológico de subsistir. Porque esto no sería otra cosa que eliminar la diferencia fundamental que existe entre el ser social y el natural, entre el atributo social y el biológico.

La independencia que posee el hombre como ser social es, en todo caso, una categoría socio-histórica y, por ende, debe ser estudiado e interpretado desde ese punto de vista.

Decir que no se le debe considerar como una característica natural de la materia viviente, no significa negar la condición del propio hombre como un ser material.

El hombre es, a fin de cuentas, un ser material, pero no simple. A diferencia de otras materias vivientes que dependen del mundo objetivo y le obedecen, él lo domina y transforma a tenor de su voluntad y de sus exigencias. Si se considera como algo natural la independencia, propiedad del hombre, esto esfumará en fin de cuentas la línea divisoria fundamental entre éste, que es un ser social, y las materias vivientes en general, reduciéndolo al nivel de éstas, a pesar de la posición y papel que tiene como dominante y transformador del mundo.

Si bien la independencia es un importante rasgo de hombre como ser social, no representa la totalidad de sus atributos sociales. Junto con él los forman también el espíritu creador y la conciencia. Con todo, estos tres elementos reflejan distintos aspectos. Como atributos de hombre la independencia estimula a vivir de manera independiente como dueño del mundo y de su propio destino; el espíritu creador hace transformar el mundo y forjar su destino con un fin bien determinado; y la conciencia determina todas las actividades para comprender y cambiar el mundo y a sí mismo. Aunque se diferencian así, están estrechamente relacionados entre sí. Al margen de la independencia es imposible manifestar plenamente la creatividad y, viceversa. Y ambos tienen por premisa y garantía la conciencia. Por lo tanto, es importante verlos correctamente en una relación unitaria para comprender atributos sociales del hombre.

Al aclarar originalmente la naturaleza del ser humano y su posición y papel como dominador y transformador del mundo, la filosofía del Juche elevó su dignidad y valor a la más alta cumbre. Esto es un gran mérito que no pudo alcanzar ninguna otra corriente del pensamiento.

Hoy por hoy, ella goza cada vez de mayor apoyo y simpatía entre los pueblos del mundo.

Nuestro deber es orientar a los sociólogos para que la estudien a

fondo y expliquen y difundan correctamente con el propósito de resaltar aún más la grandeza de la idea Juche.

En otra ocasión haré una exposición amplia acerca de los problemas de la independencia y otras cuestiones que se plantean en la comprensión de la idea Juche. Por eso deseo que aún no transmitan mis palabras, pero que ayuden a los sociólogos a profundizar sus estudios para tener una comprensión correcta de la idea Juche.

SOBRE LA IDEA JUCHE

Artículo enviado al Seminario Nacional sobre la Idea Juche en Conmemoración del 70 Aniversario del Nacimiento del Gran Líder, Camarada Kim Il Sung

31 de marzo de 1982

Pronto conmemoraremos el 70 aniversario del nacimiento del Líder.

Es muy significativo el que se haya organizado con este motivo el Seminario Nacional sobre la idea Juche.

Al presente Seminario le correspondió el honor de hacer el balance de las hazañas ideológico-teóricas que realizara el Líder en la dirección de nuestra revolución y construcción durante un largo período de más de medio siglo, y demostró una vez más, decididamente, la grandeza y la exactitud de la idea Juche.

La idea Juche es el precioso fruto de las profundas y multifacéticas actividades del Líder en el campo ideológico-teórico y la concepción de esta idea ocupa el lugar más brillante entre sus proezas revolucionarias.

Al concebir la gran idea Juche, el Líder dejó abierto ante la clase obrera y las masas populares un nuevo camino hacia la victoria de la revolución y marcó un viraje histórico en la realización de la obra revolucionaria de los pueblos.

La historia de la revolución coreana, iniciada y dirigida por el Líder, es la historia gloriosa de la brillante materialización y el triunfo total de la gran idea Juche.

La idea Juche constituye la inmutable idea rectora de la revolución coreana y la gran bandera revolucionaria de nuestra época.

Hoy en día, enfrentamos la honrosa tarea de llevar a cabo la obra de transformar toda la sociedad según la idea Juche.

Esta es una ora histórica destinada a culminar definitivamente nuestra revolución, la cual se inició y ha venido triunfando constantemente bajo la bandera de la idea Juche.

Para realizarla es preciso que la totalidad de los miembros del Partido y otros trabajadores comprendan a fondo la verdad de esta idea y piensen y actúen consecuentemente conforme a sus requerimientos.

Sólo cuando se esté firmemente dotado de la idea Juche y se avance en pos de su bandera, podrá el individuo sobreponerse a cualquier dificultad, a cualquier prueba y alcanzar el triunfo en la revolución y en la construcción: esta es la fe que nació en lo más profundo del corazón de nuestro pueblo a lo largo de un proceso histórico de lucha revolucionaria que dura ya más de medio siglo.

Aprovechando el presente Seminario en que los sociólogos y los trabajadores de propaganda teórica de todo el país se han reunido con motivo del 70 aniversario del nacimiento del Líder para debatir sobre la idea Juche y su gran victoria, quisiera hablar de las cuestiones de principio de la idea Juche.

1. CONCEPCION DE LA IDEA JUCHE

Las ideas progresistas tienen un papel importante en el desarrollo de la historia social.

Las masas populares pueden ser poderosas creadoras de la historia sólo cuando se guían por esas ideas. Por supuesto, no son iguales los papeles que desempeñan todas las ideas progresistas en el desarrollo de la historia social. Varían según la manera en que representen las aspiraciones y los intereses de las masas populares y con

cuánta certeza les señalen el camino de la lucha. Aun antes del surgimiento de la clase obrera existieron ideas que reflejaban la aspiración de las clases avanzadas de la sociedad. Sin embargo, las corrientes ideológicas de los tiempos pasados, por su limitación histórica y clasista, no pudieron menos que desempeñar un papel restringido en el progreso social. Unicamente la idea revolucionaria de la clase obrera es capaz de reflejar correctamente las exigencias de la época y las aspiraciones de las masas populares, de movilizarlas en la lucha revolucionaria e impulsar así poderosamente el desarrollo de la historia social.

Las ideas revolucionarias de la clase obrera son concebidas por destacados líderes.

Podría decirse que la historia del movimiento comunista durante más de un siglo es la historia de la concepción y el desarrollo de ideas revolucionarias por los líderes de la clase obrera, la historia de su aplicación en la transformación del mundo. A mediados del siglo XIX, Marx y Engels, al crear el marxismo, dilucidaron la misión histórica y el camino de la emancipación de la clase obrera, que se había presentado en el escenario de la lucha, promovieron la batalla contra el capital y dieron inicio al movimiento comunista internacional. Lenin, al elaborar la doctrina que lleva su nombre, desarrollando el marxismo en consonancia con las nuevas condiciones históricas de transición del capitalismo a la etapa imperialista, estimuló a la clase obrera y a otros sectores del pueblo a la lucha por derribar el bastión del imperialismo y lograr la libertad y la emancipación, al mismo tiempo que daba inicio al tránsito del capitalismo al socialismo.

Y nuestro Líder percatándose hondamente de las exigencias de la nueva época, cuando las masas populares, otrora oprimidas y humilladas, aparecían como dueñas de su propio destino, concibió la gran idea Juche, con lo que llevó a una nueva fase de desarrollo la lucha de las masas populares por la independencia y abrió una nueva era de desarrollo en la historia de la humanidad: la época del Juche.

La idea revolucionaria de la clase obrera nace como un reflejo de las maduras exigencias del desarrollo de la historia y la revolución.

Cuando nuestro Líder emprendió el camino de la revolución se estaba registrando un nuevo viraje en la lucha de la clase obrera y demás masas populares contra la explotación y la opresión. En el plano mundial iba creciendo la influencia del socialismo triunfante por primera vez, y se observaba un auge vertiginoso tanto en la lucha revolucionaria de la clase obrera como en la batalla liberadora de los pueblos de los países coloniales o semicoloniales. Los imperialistas intensificaron el saqueo y la represión de los pueblos para frenar su avance revolucionario y salir de la grave crisis político-económica que padecían. En numerosos países se recrudecieron las contradicciones y el antagonismo entre la revolución y la constrarrevolución, y las masas populares, privadas de su derecho a la independencia durante mucho tiempo, se alzaron en la lucha por la emancipación clasista y nacional. Había comenzado la nueva época en que el movimiento revolucionario se desarrollaba con amplitud y en múltiples formas a escala mundial.

Para promover la revolución en las nuevas condiciones históricas, era necesario que la clase obrera y otros sectores del pueblo de cada país resolvieran todos los problemas de acuerdo con su situación, conscientes de que eran dueños de la misma. Este problema se presentó en nuestro país con particular importancia debido a la peculiaridad de su desarrollo histórico, así como a la complejidad y las dificultades de su revolución. Esta exigió de las masas populares, con la mayor urgencia, que la llevaran adelante de manera independiente y creadora.

La idea Juche fue concebida sobre la base de estos requerimientos prácticos de la revolución coreana.

La revolución es una lucha por realizar las exigencias de las masas populares en favor de la independencia mediante la movilización de sus fuerzas, una lucha de ellas mismas por su propia emancipación. Las masas populares pueden triunfar en la revolución si se arman con ideas revolucionarias y se unen como fuerzas políticas organizadas. El deber de los revolucionarios consiste en compenetrarse con las masas populares, protagonistas de la revolución, para

educarlas, organizarlas y lanzarlas a la lucha. Hay que preparar las fuerzas revolucionarias entre las masas populares y también solucionar todos los problemas en la lucha revolucionaria, apoyándose en su sabiduría y en su fuerza.

No obstante esto, los comunistas y los nacionalistas de nuestro país en la década de 1920, quienes aparentaban ocuparse de un movimiento de liberación nacional, en vez de compenetrarse con las masas populares para educarlas, organizarlas y lanzarlas a la lucha revolucionaria, se aislaron de ellas y se enfrascaron en polémicas y en riñas por la hegemonía y, en vez de agrupar a las masas, sólo consiguieron dividirlas con sus disputas sectarias.

Ya en el primer período de su lucha revolucionaria, el Líder se percató de que dichos elementos estaban desviados, y eligió otro camino, el genuino camino de la revolución, el de introducirse en las masas populares y librar la lucha apoyándose en ellas; y fue así que descubrió la verdad de que los protagonistas de la revolución son las masas populares y que la revolución saldrá victoriosa si se logra una compenetración con ellas, si se las educa y se las moviliza. He aquí uno de los puntos de partida de la idea Juche.

La revolución en cada país debe llevarse a cabo de manera independiente bajo la responsabilidad de su propio pueblo, que es su protagonista, y de manera creadora, en conformidad con sus realidades. La independencia y el espíritu creador son requisitos esenciales del movimiento revolucionario y comunista.

Desde sus mismos comienzos, la revolución coreana, que dio inicio a la época del Juche, no podía dar ni un paso adelante si no lograba desarrollar su proceso de modo independiente y creador. Era una revolución difícil y compleja que debía enfrentarse al poderoso imperialismo japonés y culminar a la vez las tareas tanto de la revolución antimperialista de liberación nacional como las de la revolución democrática antifeudal; era una revolución difícil que tenía que desbrozar un camino desconocido hasta entonces.

Para colmo, por aquella época, en el seno del movimiento antijaponés de liberación nacional y del movimiento comunista de nuestro

país, se hacía sentir mucho el servilismo hacia las grandes potencias, lo cual bloqueaba el camino de la revolución. Los nacionalistas y seudomarxistas que repetían los nefastos hábitos del servilismo hacia las grandes potencias y de riñas sectaristas, que anteriormente habían llevado al país a la ruina, en vez de pensar en cómo hacer la revolución por cuenta propia, tenían la ilusión de lograr la independencia apoyándose en las fuerzas foráneas. Por aquellos tiempos, los que fingían ocuparse del movimiento comunista formaron sus propias sectas y se empeñaron en obtener el reconocimiento de la Internacional Comunista, e independientemente de las condiciones históricas y la realidad concreta de nuestro país, donde imperaba una sociedad de carácter colonial y semifeudal, trataron de imitar de modo mecánico las teorías existentes y las experiencias ajenas. Como eran tan graves las consecuencias del servilismo hacia las grandes potencias y el dogmatismo, fue imposible que la revolución siguiera su curso.

Extrayendo serias lecciones de estas consecuencias, el Líder sentó la verdad de que la revolución debía realizarse no bajo la aprobación o directiva de nadie, sino con la fe propia y bajo la propia responsabilidad, resolviendo de una manera independiente y creadora todos los problemas que se presentaran en este proceso. Este es otro punto de partida de la idea Juche.

Como vemos, el Líder concibió la nueva idea revolucionaria, la idea Juche, basándose en las experiencias prácticas y en las lecciones de la lucha revolucionaria.

El Líder ha realizado sus actividades ideológico-teóricas basándose invariablemente en la práctica revolucionaria, y en el proceso de solucionar los problemas que presentaba esta práctica fue desarrollando y enriqueciendo ideas y teorías revolucionarias. Sólo partiendo de la práctica revolucionaria es posible aplicar las teorías existentes conforme a los intereses de la revolución y a la realidad del propio país, descubrir nuevas verdades y concebir nuevas ideas y teorías.

En la temprana época de sus actividades revolucionarias iniciales el Líder se versó en el marxismo-leninismo. Pero, en favor de la

revolución coreana, no se limitó a aplicarlo, sino que, adoptando una firme posición jucheana, abrió nuevos campos de la teoría revolucionaria y encontró soluciones originales a los problemas que surgían en la práctica revolucionaria.

En su lucha contra los nacionalistas inveterados y los seudomarxistas, contra los servidores de las grandes potencias y los dogmáticos, y en su esfuerzo por abrir el nuevo camino de la revolución, descubrió la verdad de la idea Juche y, finalmente, en la Conferencia de Cuadros Dirigentes de la Unión de la Juventud Comunista y de la Unión de la Juventud Antimperialista, celebrada en Kalun en junio de 1930, dilucidó los principios de esa idea y la línea de la revolución coreana basada en ella. Se trataba de un acontecimiento histórico en que se proclamaba la concepción de la idea Juche y el nacimiento de la línea revolucionaria jucheana.

Y es que aun siendo un joven de menos de 20 años y en medio de una situación caótica en que prevalecían ideologías confusas, entre otras el reformismo nacional y el oportunismo, tanto de izquierda como de derecha, el Líder, percatándose de la tendencia de la época, de las aspiraciones del pueblo y de las leyes del desarrollo de la historia, dilucidó la verdad del Juche y así abrió a nuestra revolución el camino del desarrollo independiente.

A través de la práctica de la revolución coreana, la idea Juche se perfeccionó como doctrina rectora de la revolución de nuestro tiempo.

La idea directriz de la revolución no puede perfeccionarse de golpe, en un determinado momento. Se crea sobre la base de las condiciones de la época y de la historia, y a través de la generalización de las experiencias de la lucha revolucionaria, y se completa con un sistema unitario ideológico-teórico mediante la comprobación de su veracidad y el enriquecimiento de su contenido en el largo proceso de la lucha.

Mientras dirigía victoriosamente la lucha revolucionaria en sus varias etapas y los trabajos en sus diversos aspectos: político, económico, cultural y militar, el Líder acumuló ricas experiencias de valor inapreciable, las cuales generalizó con el fin de desarrollar y profundizar incesantemente la idea Juche. La historia de más de 50 años en que el Líder abriera la marcha al frente de la ardua revolución coreana es la misma historia en que concibiera la idea Juche y la perfeccionara por un original sistema ideológico-teórico en medio de la gran práctica revolucionaria.

Como vemos, la idea Juche, por haberse concebido como un reflejo de los requerimientos de la nueva época, en un período en que las masas populares surgieron como protagonistas de la historia, y sobre la base de las ricas experiencias de la lucha revolucionaria, se convirtió en la gran idea rectora de la revolución de nuestra época.

2. PRINCIPIO FILOSOFICO DE LA IDEA JUCHE

La idea Juche es una nueva idea filosófica centrada en el hombre.

Como señalara el Líder, la idea Juche se asienta sobre el principio filosófico de que el hombre es dueño de todo y lo decide todo. Esclareció este principio considerando el problema fundamental de la filosofía a partir del hombre.

Que el hombre es dueño de todo significa que es dueño del mundo y de su propio destino, y que él lo decide todo quiere decir que desempeña el papel decisivo en la transformación del mundo y en la fragua de su propio destino.

El principio filosófico de la idea Juche es desarrollado sobre la base del hombre; señala la posición y el papel que ocupa éste en el mundo.

El Líder afirmó que el hombre es un ser social con independencia, con un espíritu creador y con una conciencia.

El hombre es, ciertamente, un ente material, pero no un ente cualquiera sino el más desarrollado, una creación especial de la evolución del mundo material. Al separarse del mundo de la naturaleza, era ya un ente singular. Todas las demás materias animadas mantie-

nen su existencia mediante el sometimiento y la adaptación al mundo objetivo, pero el hombre subsiste y progresa poniéndolo a su servicio, conociéndolo y transformándolo al mismo tiempo.

Si el hombre ocupa una posición destacada y desempeña un papel especial como dueño del mundo, es porque es un ser social que posee la independencia, el espíritu creador y la conciencia.

Al afirmar que éstas constituyen las características esenciales del hombre como ser social, el Líder proporcionó una nueva aclaración filosófica acerca del hombre.

La independencia, el espíritu creador y la conciencia son atributos sociales del hombre que se forman y desarrollan a lo largo de la historia social. En el mundo, el hombre es el único ser que vive y actúa dentro de las relaciones sociales. Sólo en el marco social el hombre puede mantener su existencia y alcanzar sus objetivos. La independencia, el espíritu creador y la conciencia son propiedades que sólo son inherentes al hombre como ser social.

El hombre es un ser con independencia, un ente social independiente.

La independencia es un atributo del ser social, el cual, siendo dueño del mundo y de su propio destino, quiere vivir y progresar de manera independiente. Le motiva sobreponerse a las restricciones de la naturaleza, oponerse a toda forma de sometimiento social y transformarlo todo para ponerlo a su servicio.

Para el hombre, en tanto que ser social, la independencia significa la vida. Al afirmarlo así, nos referimos a la vida socio-política. El hombre posee una vida socio-política junto con la física. Si ésta es la vida como organismo biológico, aquélla es la vida como ser social.

El hombre es un ente con espíritu creador, un ente social creador.

El espíritu creador es un atributo del ser social que transforma el mundo y forja su destino con fines bien definidos. Le permite hacer más útiles y provechosas para sí la naturaleza y la sociedad, renovando lo viejo y creando lo nuevo.

Al igual que la independencia, el espíritu creador constituye una característica esencial del hombre como ser social. Si la independencia se expresa principalmente en la posición del hombre como dueño del mundo, el espíritu creador se refleja, fundamentalmente, en su papel como transformador del mundo.

El hombre es un ente con conciencia, un ser social consciente.

La conciencia es un atributo del ser social que determina todas sus actividades dirigidas a conocer y transformar al mundo y a sí mismo. Le posibilita conocer el mundo y la legitimidad de su evolución, y transformar y desarrollar la naturaleza y la sociedad conforme a sus necesidades. Garantiza la independencia y el espíritu creador del hombre como ser social y también sus actividades cognoscitivas y prácticas, bien orientadas.

En fin de cuentas, el poseer esa independencia, ese espíritu creador y esa conciencia, es lo que permite que el hombre sea reconocido como un ser superior y el más poderoso del mundo, que asuma una postura revolucionaria y activa en vez de una actitud fatalista y pasiva con respecto al mundo, y que lo transforma con una clara finalidad y no con una sumisión ciega. Estando provisto de estos atributos como ser social, el hombre es el único dominante y transformador del mundo.

Es cierto que el hombre vive y actúa dentro del mundo, que no puede subsistir fuera de él.

La naturaleza constituye el objeto del trabajo y la fuente material de la subsistencia del ser humano, mientras que la sociedad es la colectividad en que él vive y actúa. Tanto el medio natural como las condiciones sociales ejercen fuerte influencia sobre las actividades del hombre. Estas actividades, tendentes a transformar la naturaleza y desarrollar la sociedad, pueden ser favorecidas, restringidas o frenadas según sea el ambiente natural, favorable o desfavorable, y sobre todo, según los regímenes políticos y económicos de la sociedad, ya sean progresistas o reaccionarios.

Pero el hombre no obedece mansamente al medio ambiente y a las condiciones que rodean. A través de sus actividades independientes, creadoras y conscientes, reforma lo que no corresponde a sus exigencias, sustituye lo caduco y reaccionario por lo nuevo y progresista y

así va transformando ininterrumpidamente la naturaleza y la sociedad. Estas son las actividades y la lucha del hombre por cambiar y transformar el mundo de modo que le preste cada vez mayores beneficios.

Al dar una aclaración nueva de las características esenciales del hombre, así como de su posición y su papel en el mundo, la idea Juche estableció la concepción del mundo fundamentada en el hombre.

Que el mundo está constituido por materia y se transforma y evoluciona gracias a su movimiento, ya fue aclarado. La idea Juche definió en forma nueva la concepción del mundo considerándolo desde el punto de vista del dueño de la naturaleza y la sociedad, y de la fuerza que las transforma. Al formular que el hombre domina y transforma el mundo, ofreció una nueva concepción de éste en relación con el hombre.

La idea Juche estableció en un nuevo plano el punto de vista y la postura de enjuiciar el mundo sobre la base del lugar y el papel que ocupa el hombre como su dueño.

Se trata del punto de vista y la actitud de considerar el universo tomando al hombre, su dueño, como centro.

Esto significa tratar al universo partiendo de los intereses de su verdadero dueño, es decir, del hombre.

Hacerlo así es algo natural, ya que el hombre es el dueño del mundo. Si el hombre conoce y transforma al mundo, es para poner a su servicio todo lo que haya en él. Lo más valioso en el universo es el hombre y no hay nada que valga más que sus intereses. Todas las cosas que existen en el mundo tienen valor sólo a condición de que beneficien al hombre. Por eso la concepción y la posición más correctas con respecto al mundo consisten en tratarlo en el sentido de sacarle mayor provecho para el hombre.

Tratar el mundo teniendo al hombre por centro quiere decir, además, considerar el cambio y el desarrollo en él teniendo principalmente en cuenta las actividades de su transformador, o sea, del hombre.

El ser más poderoso en el mundo es el hombre, que es el único capaz de transformarlo. No es sino el hombre, quien exige y efectúa esa transformación. Valiéndose de las leyes objetivas, transforma el mundo de manera activa y conforme a sus necesidades. Sólo por sus actividades dinámicas, el mundo cambia a su favor. Por esta razón, la concepción y la posición más correctas con respecto al mundo consisten en considerar su cambio y su evolución en relación con la actividad práctica del hombre para transformar la naturaleza y la sociedad según sus exigencias y con miras bien definidas.

El punto de vista y la posición del Juche con respecto al mundo son genuinamente revolucionarios porque permiten al hombre transformar el mundo y forjar su propio destino de manera independiente, creadora y consciente, con elevada conciencia de ser dueño del uno y el otro.

La concepción jucheana del mundo, basada en el principio filosófico de que el hombre es dueño de todo y lo decide todo, es la más correcta cosmovisión en nuestra época.

A medida que avanza la historia, se van consolidando la posición y el papel del hombre, dueño del mundo, y gracias a su lucha independiente, creadora y consciente se ponen a su disposición volitiva aspectos cada día más amplios de la naturaleza. En nuestra época, las masas del pueblo han aparecido como genuinas dueñas el mundo, y con su lucha van cambiándolo siempre más a su favor. La realidad de hoy, cuando se afianzan extraordinariamente la posición y el papel de las masas populares como dueñas del mundo, testimonia con mayor fuerza la justeza y la vitalidad del principio filosófico del Juche, según el cual el hombre es dueño de todo y lo decide todo.

3. PRINCIPIO DE LA IDEA JUCHE EN LA HISTORIA SOCIAL

La idea Juche aclara las leyes del desarrollo de la historia y de la revolución social. Dilucidó en un nuevo plano el principio fundamental del movimiento social, del movimiento revolucionario de las masas del pueblo trabajador que crean y desarrollan la historia.

El principio de historia social expuesto por la idea Juche constituye una nueva concepción, la jucheana, de esta historia.

1) LAS MASAS POPULARES SON EL SUJETO DE LA HISTORIA SOCIAL

El problema concerniente al sujeto de la historia constituye el problema básico para analizar el desarrollo de la sociedad y la revolución desde el punto de vista y la posición del Juche.

Como señalara el Líder, las masas del pueblo trabajador son el sujeto de la historia y las fuerzas motrices del progreso social.

La historia se desarrolla gracias a la lucha de las masas populares por transformar la naturaleza y la sociedad. El desarrollo de la historia significa precisamente el afianzamiento de la posición y el papel de las masas populares como su sujeto.

El movimiento histórico-social tiene sus propias leyes, distintas a las del movimiento de la naturaleza. Por supuesto, tiene comunidad con él en el sentido de que es también un movimiento material. Se rige por las leyes generales del mundo material. Con todo, tiene su sujeto, a diferencia del movimiento de la naturaleza. Surge y progresa por la acción y el papel conscientes del sujeto, mientras que el movimiento de la naturaleza se verifica espontáneamente por las acciones internas de la materia, de la existencia objetiva.

El sujeto del movimiento social son las masas populares. Apartado de ellas no puede existir el propio movimiento social, ni puede hablarse tampoco del desarrollo de la historia.

Las masas populares son protagonistas de la revolución y de la construcción, y constituyen el factor decisivo que transforma la naturaleza y desarrolla la sociedad. La lucha revolucionaria y la labor de construcción son obras de y para las masas populares. Estas las llevan a cabo con sus propias fuerzas para forjar su propio destino. Son

quienes tanto las exigen como las impulsan. Con sus propias manos crean todas las riquezas de la sociedad y con su lucha transforman el mundo y hacen la historia. Al margen de sus actividades creadoras no se puede esperar la transformación y el progreso de la sociedad. La historia de la humanidad muestra que las esferas del mundo creadas y transformadas por cada generación son relativamente reducidas, pero que no hay límite en la sabiduría y en la fuerza de las masas populares, que comprenden y transforman el mundo.

En el curso de la transformación de la naturaleza y de la sociedad se consolida la posición de las masas populares, crece su fuerza, y en la misma medida va incrementando su actividad consciente en el desarrollo de la historia social.

El sujeto de la historia son las masas populares trabajadoras y no pueden serlo las clases explotadoras reaccionarias. Las primeras crean y llevan adelante la historia, mientras las últimas tratan de impedir su avance y hacerle retroceder. A fin de cuentas, todas las clases explotadoras constituyen la reacción en la historia, el blanco de la revolución. Toda la trayectoria de la sociedad de clases es la historia de la aguda lucha entre los creadores y los reaccionarios de la historia, entre los protagonistas y los blancos de la revolución, es decir, entre las masas del pueblo trabajador y las clases explotadoras reaccionarias. La sociedad ha venido avanzando y progresando a través de esta lucha.

Aunque la masas populares son el sujeto de la historia, no tienen posición y papel igual en todas las épocas ni en todas las sociedades. En el pasado, en la sociedad explotadora, no se dieron cuenta, durante largo tiempo, de su situación social y clasista, ni de su poderío, ni tampoco lograron unirse en una sola fuerza política. Como consecuencia, se vieron condenadas a la privación de sus derechos, a la explotación y la opresión por parte de la minoría de las clases dominantes, y no pudieron ocupar su posición debida como dueñas de la sociedad. Como estaban así desplazadas de su posición, aunque también en esta sociedad crearon con sus propias manos todos los bienes materiales y culturales, no podían forjar la historia de manera independiente. Sólo cuando toman en sus manos el poder estatal y los medios de produc-

ción e implantan el régimen socialista, pueden emanciparse de la explotación y de la opresión, y crear conscientemente la historia como genuinas dueñas de la sociedad y de su propio destino.

Si en la sociedad socialista tienen lugar cambios fundamentales en la situación y el destino de las masas de pueblo trabajador y se fortalecen tanto su posición como su papel, ello se debe a la dirección y la lucha revolucionarias de la clase obrera.

El desarrollo de la sociedad socialista bajo la dirección de la clase obrera es el proceso de la dotación de toda la sociedad con su conciencia. Si bajo la dirección de la clase obrera se imprimen a toda la sociedad las modalidades de esta clase avanzada, se afianzará extraordinariamente la posición del conjunto de las masas populares, sujeto de la historia, y se elevará incomparablemente su papel en el avance acelerado de esa misma historia y de la revolución.

Para que las masas populares ocupen la posición y desempeñen el papel que les corresponde como sujeto de la historia, es preciso que la dirección se compenetre con las masas. Aunque son creadoras de la historia, sólo contando con una dirección acertada pueden asumir la posición y el papel como sujeto del desarrollo de la historia social.

El problema de la coordinación de la dirección con las masas cobra especial importancia en el movimiento revolucionario, el comunista, que llevan a cabo la clase obrera y otros amplios sectores populares. El movimiento comunista, que es en sí un movimiento que goza de elevada conciencia y eficaz organización, y que está acompañado por una seria lucha de clases, no puede desenvolverse victoriosamente si no cuenta con una dirección justa.

La dirección en el movimiento revolucionario, el comunista, no es sino la dirección del partido y su líder sobre las masas populares.

El partido y el líder de la clase obrera son, respectivamente, el Estado Mayor y el máximo dirigente de la revolución. De que reciban su dirección correcta depende que las masas populares se concienticen y se organicen de manera revolucionaria y que cumplan con su deber revolucionario y su misión histórica.

Sólo contando con una dirección correcta del partido y del líder, la clase obrera y las demás masas populares pueden impulsar dinámicamente la lucha revolucionaria, una obra seria y compleja dirigida a transformar la naturaleza y la sociedad, para alcanzar la emancipación nacional y clasista, construir con éxito la sociedad socialista y comunista y gestionarla con acierto.

Como señalara el Líder, hoy por hoy, las masas populares que han surgido como protagonistas de la historia, la revolución y la construcción, van transformando cada vez más el mundo según sus exigencias.

En el centro del desarrollo de la historia de nuestra época se encuentran instaladas con firmeza la clase obrera y las demás masas del pueblo trabajador. Cientos de millones de personas que durante larguísimo tiempo sufrieron la opresión y explotación nacionales y clasistas, avanzan con ímpetu por el camino de la soberanía, la independencia y el progreso social, desempeñando un papel cada vez más importante para forjar el destino de la humanidad y el futuro del mundo. Ante este magno movimiento de avance de nuestra época, el capitalismo y el imperialismo, que a lo largo de los siglos se cebaron con el sudor y la sangre de las masas populares trabajadoras y decidieron a su capricho el destino de ellas, se desmoronan irremediablemente hundiéndose profundamente en el sepulcro de la historia.

Es la tendencia principal de la historia contemporánea, indetenible por ninguna fuerza, que las masas populares, que se han convertido en seguras dueñas de su destino, vayan transformando el mundo conforme a sus aspiraciones y necesidades, creando, al mismo tiempo, la nueva historia de la humanidad.

2) LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD ES LA HISTORIA DE LA LUCHA DE LAS MASAS POPULARES POR LA INDEPENDENCIA

La historia de desarrollo de la sociedad humana es la historia de

la lucha de las masas populares por defender y realizar la independencia.

El Líder expresó que toda la lucha revolucionaria de las masas populares es una lucha por defender su independencia.

A través de la larga historia de la sociedad humana, los hombres no dejaron de luchar por liberarse de la subyugación social y las restricciones de la naturaleza. Toda forma de lucha por transformar la sociedad, la naturaleza y los hombres está encaminada, sin excepción, a defender y hacer realidad la independencia de las masas populares.

La lucha por transformar la sociedad tiene por finalidad emancipar a las masas populares de la subyugación clasista y nacional y crearles condiciones socio-políticas para gozar de una vida independiente. Para vivir y actuar de manera independiente, los hombres deben derribar al caduco régimen social que pisotea y sofoca la independencia. Si se levanta en su lugar otro régimen social que se lo asegure, las masas populares llegarán a ser verdaderas dueñas de la sociedad y de su propio destino y vivir de forma independiente.

La lucha por transformar la naturaleza está llamada a liberar de sus restricciones a las masas populares y crearles condiciones materiales para disfrutar de una vida independiente. Para subsistir y progresar, los hombres se ven obligados a ejercer su acción sobre la naturaleza con miras a obtener bienes materiales. Si la transforman y la conquistan, podrán liberarse de sus restricciones y así irán creando condiciones materiales para una vida independiente.

La lucha por transformar a los hombres está orientada a liberar a las masas populares de los grilletes de la vieja mentalidad y caduca cultura y garantizarles condiciones ideológico-culturales para una vida independiente. Si los hombres se emancipan por completo de esos grilletes y poseen una conciencia ideológica independiente y una cultura sana, pueden forjar por sí solos su propio destino y llevar una vida y actividades dignas como seres humanos independientes.

La transformación de la sociedad, la naturaleza y el ser humano forma parte importante de la lucha por la independencia de las masas populares. El hombre puede asegurarse plenamente la independencia

con tal que se libere de la subyugación social, de las restricciones de la naturaleza, y de las limitaciones de la ideología y la cultura ya caducas. La lucha por asegurarla debe, pues, llevarse a cabo en gran escala en todos los planos de la transformación de la sociedad, la naturaleza y el hombre.

Donde es más urgente la lucha de las masas populares por la independencia, es en el plano socio-político.

Como el hombre es un ser social, debe tener asegurado la independencia, ante todo, en el aspecto socio-político. Esta es la clave tanto para liberarse de las restricciones de la naturaleza como para lograr el progreso ideológico-cultural. En la condición de sometimiento socio-político, las masas populares no pueden beneficiarse a plenitud del desarrollo de las fuerzas productivas, por más que logren éste, ni tampoco pueden liberarse de los grilletes de la ideología y la cultura reaccionarias.

Toda la historia de la sociedad humana desde su división en clases hostiles es, ante todo, la historia de la revolución social por realizar la independencia de las masas populares en el plano social y político. A través de esta revolución se ha forjado el destino de las masas populares y se ha desarrollado la sociedad.

Las insurrecciones de los esclavos, —las cuales podrían calificarse como el primer alzamiento de las masas trabajadoras explotadas a lo largo de la historia para lograr la independencia—, derribaron el régimen esclavista, y las luchas antifeudales de los campesinos de la Edad Media derrocaron el régimen feudal, lo que significó un avance en la lucha de las masas del pueblo trabajador por la independencia. Sin embargo, no pudieron acabar con la misma dominación y la opresión clasistas, limitándose a sustituir las cadenas de la esclavitud que ataban a las masas populares por las del feudalismo y, posteriormente, por el yugo del capital. En la historia de la sociedad humana el capitalismo es el último régimen de explotación que pisotea las aspiraciones y las exigencias de las masas populares por la independencia, un brutal régimen opresor que ejerce conjuntamente la dominación clasista y la opresión nacional.

La liquidación del régimen capitalista y la implantación del nuevo sistema socialista constituyen un viraje histórico en el desarrollo de la lucha revolucionaria por la independencia. Con el establecimiento del régimen socialista se elimina todo género de clases y regímenes explotadores que pisotean y reprimen las aspiraciones y las exigencias de las masas populares por la independencia, y se crean condiciones que permitan a éstas disfrutar a plenitud de la vida independiente tomando en sus manos el poder y los medios de producción.

En la lucha por la independencia de las masas populares, es también una importante tarea histórica transformar, además de la sociedad, la naturaleza y el hombre.

A lo largo de todo el proceso del desarrollo de la sociedad humana, las masas populares no han cesado la lucha por liberarse de las restricciones de la naturaleza y progresar en el plano ideológico-cultural.

En los albores de la sociedad humana era débil la fuerza creadora de los hombres y muy bajo también su nivel ideológico-cultural. A través de una penosa y larguísima lucha, las masas populares han adquirido la fuerza necesaria para conquistar la naturaleza, han asimilado conocimientos, desarrollado las fuerzas productivas y elevado sin cesar su nivel ideológico y cultural. La ciencia y la tecnología modernas, las ideas y la cultura avanzadas alcanzadas por la sociedad humana, son frutos, sin excepción, de las luchas que las masas populares han venido librando a lo largo de la historia.

Sólo bajo el socialismo, en que las masas del pueblo trabajador se convierten en dueñas de la sociedad, puede presentarse en primer plano y cumplirse de modo inmejorable la tarea de transformar la naturaleza y el hombre, es decir, la histórica tarea de liberar a las masas populares de las ataduras de la naturaleza, y de una ideología y una cultura caducas, a la vez que se las convierte en seres poderosos capaces de dominar la naturaleza y en verdaderos poseedores de la ideología y la cultura revolucionarias. En la lucha por la independencia, bajo el socialismo, donde ya se ha resuelto el problema del

cambio revolucionario del régimen social, se plantea como una tarea importante la transformación de la naturaleza y del ser humano llamada a emancipar de las restricciones de la naturaleza y de una ideología y una cultura ya obsoletas a las masas populares, liberadas de la opresión social. Si se impulsa a escala total esta tarea, sobre la base de fortalecer y desarrollar incesantemente el régimen socialista, se realizará en todas las esferas y en forma más completa la independencia de las masas populares.

Hoy, la lucha por defender la independencia de las masas populares tiene una dimensión internacional. Mientras se alían en escala internacional las fuerzas imperialistas que lo oprimen, la lucha contra la dominación y la opresión imperialistas en pro de la defensa de la independencia, no puede por menos que ser internacional también. Las naciones o pueblos oprimidos que en tiempos pasados se veían privados de la independencia y la soberanía, y estaban sometidos a la esclavitud colonial por los imperialistas, se encuentran ahora unidos en un solo frente de lucha contra el imperialismo y por defender la independencia, ya que tienen en común la situación histórica y los intereses. Si todos los países, naciones y pueblos que defienden la soberanía se unen firmemente y luchan juntos bajo la bandera revolucionaria del antimperialismo y la independencia es posible liquidar el orden mundial desigual y lleno de contradicciones impuesto por los imperialistas, e implantar nuevas relaciones internacionales sobre la base de la independencia y la igualdad entre los países y naciones.

La lucha por la independencia que las masas populares vienen desarrollando sin cesar desde tiempo inmemorable, llegará a alcanzar su objetivo final en la construcción socialista y comunista. La lucha por el socialismo y el comunismo representa la etapa superior de la batalla de las masas populares por la independencia. Está encaminada a poner fin de una vez y para siempre a la explotación del hombre por el hombre, a la opresión de una clase por la otra y a la dominación de un país por el otro en la sociedad humana, así como liquidar todos los vestigios de la vieja sociedad que vienen persistiendo a lo largo de la historia y liberar definitivamente de sus grilletes a los

hombres. En la sociedad comunista las masas populares, como verdaderas dueñas de la sociedad, de la naturaleza y de su propio destino, disfrutarán de una vida plenamente independiente.

Defender la independencia es una exigencia vital para el ser social, y su inalienable derecho fundamental. Es natural que el hombre, que considera la independencia como su propia vida, luche por defenderla de cualquier violación. Es para protegerla que las masas populares se alzan en la lucha revolucionaria contra los opresores y que consagran su talento y su fuerza creadores en la construcción del socialismo y el comunismo.

Para defender la independencia es preciso mantener firmemente una posición independiente en la revolución y en la construcción.

Como dijera el Líder, la posición independiente es la posición fundamental que se debe mantener en la revolución y en la construcción. Mantenerla es una exigencia de la misma lucha revolucionaria, que persigue alcanzar la independencia.

La posición independiente es, de punta a cabo, revolucionaria, de clase obrera. Esta es la clase más independiente que lucha con sus fuerzas por su propia emancipación y por ser dueña de su propio destino, y la causa del socialismo y el comunismo constituye la causa histórica de esta clase para alcanzar por completo la independencia de las masas populares. Toda posición opuesta a la independiente no tiene relación alguna con la de la clase obrera, con la de las masas populares y es dañina para la causa del socialismo y el comunismo.

La posición independiente se manifiesta en el ejercicio de los derechos correspondientes a los dueños de la revolución y de la construcción. Esto quiere decir que las masas populares resuelven todos los problemas de la revolución y de la construcción con su propio juicio, por propia decisión y conforme a sus intereses. El derecho a decidir dichos problemas lo tiene sólo el dueño del país respectivo, o sea, el mismo pueblo. Todo problema que se presente en la revolución y en la construcción de cada país debe ser solucionado, como es lógico, según el juicio y la decisión de su pueblo. Sólo en esas condiciones el pueblo de cada país podrá proteger sus intereses y hacer realidad su voluntad y sus demandas. Así que no debe tolerar ninguna presión o intervención foráneas. Si uno, presionado o sometido por otros, no solucionara sus cuestiones conforme a su propia decisión, esto significaría quedar privado de su derecho como dueño, y si obedeciera la voluntad ajena, actuando en detrimento de sus propios intereses, esto sería renunciar al derecho que le corresponde como dueño.

La posición independiente se manifiesta además en el pleno ejercicio de la responsabilidad de dueño. Esto significa que las masas populares deben resolver todas las cuestiones tanto en la lucha revolucionaria como en la construcción, desde una posición de dueño, bajo su responsabilidad y con sus propias fuerzas. Como la revolución y la construcción son sus obras es lógico que a todos los problemas que enfrenten en ellas deban encontrarles solución por su propia cuenta, adhiriéndose al principio de apoyarse en sus propios esfuerzos. Pueden recibir ayuda ajena en la revolución y en la construcción, pero, lo principal es, en todo caso, contar con las fuerzas propias. Si trataran de encargar su tarea a otros o de resolver los propios asuntos con la ayuda ajena, esto sería eludir la responsabilidad y renunciar a la posición correspondiente como dueño en su cumplimiento.

Sólo manteniéndose en la posición independiente uno podrá resolver, en cualquier momento y circunstancia, los problemas relacionados con la revolución de su país y los asuntos de su nación, así como llevar a feliz término la revolución y la construcción según su propio criterio y convicción y el espíritu revolucionario de apoyarse en las propias fuerzas.

El pueblo de cada país no sólo debe salvaguardar con firmeza su independencia, contra la agresión y el sometimiento, sino que, además, debe luchar contra el imperialismo y el dominacionismo que violan el de otros pueblos. Sólo cuando se oponga simultáneamente al atentado contra la propia independencia, a la violación y estrangulamiento del ajeno, se podrá decir que ha tomado una actitud de verdadero defensor de la independencia.

La lucha revolucionaria de las masas populares contra el imperialismo y el dominacionismo, que pisotean la independencia, y por alcanzar el triunfo de la causa del socialismo y el comunismo, se intensifica y se desarrolla sin cesar. Nada es capaz de detener el curso del desarrollo de la historia que demanda la independencia y sigue el camino de la soberanía. El curso de la historia, no sólo el presente sino también el futuro, pertenecerá por completo a los pueblos en lucha por la independencia.

3) EL MOVIMIENTO HISTORICO-SOCIAL ES EL MOVIMIENTO CREADOR DE LAS MASAS POPULARES

El movimiento histórico-social es el movimiento creador de las masas populares que transforman la naturaleza y la sociedad.

Sus actividades para llevar una vida independiente son de carácter creador. El hombre satisface sus necesidades vitales mediante actividades creativas.

El objeto de estas actividades son la naturaleza y la sociedad. El hombre crea nuevas riquezas materiales y culturales, así como nuevos regímenes y nueva vida a través de sus actividades para transformar la naturaleza que le rodea y la sociedad donde vive.

Las masas populares son creadoras: modifican la naturaleza y la sociedad. Exigen suprimir lo caduco y crear lo nuevo, y poseen la capacidad creadora necesaria para transformar la naturaleza y la sociedad.

La historia de la humanidad es la historia de la creación de las masas populares.

Desde que se iniciara la historia de la humanidad las masas populares, valiéndose de su trabajo creador, han venido conquistando la naturaleza, produciendo las riquezas necesarias para su subsistencia y desarrollo, y logrando el progreso social por medio de sus actividades creadoras dirigidas a renovar lo viejo. Gracias a estas actividades ininterrumpidas la sociedad ha venido desarrollándose.

Las actividades creadoras de las masas populares para conquistar la naturaleza y lograr el progreso social, se acompañan de luchas. El proceso de creación es el mismo proceso de la lucha, al margen de la cual no se puede concebir la creación de lo nuevo. Sobre todo, el proceso de sustitución del caduco régimen social por otro nuevo y la emancipación social de las masas populares, constituyen un proceso de enconada lucha de clases. La revolución comienza y termina con la lucha. Las fuerzas que tratan de conservar el régimen y la vida caducos no ceden por sí solas sus puestos. Sólo a través de la lucha por eliminarlas será factible crear un nuevo régimen y una nueva vida. Todo el progreso y los cambios alcanzados por la humanidad a lo largo de la historia son, en fin de cuentas, frutos del esfuerzo creador de las masas populares.

El proceso de este esfuerzo constituye para ellas el proceso de preparación para ser entes más poderosos.

Las masas populares, mientras transformaban la naturaleza y desarrollaban la sociedad, han acrecentado también su capacidad creadora. La historia del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, es la historia del crecimiento de la capacidad creadora de los hombres que conquistan la naturaleza, y la historia de la revolución social es la historia del incremento de la capacidad revolucionaria de las masas populares que transforman la sociedad.

A medida que va creciendo la capacidad creadora de las masas populares se desarrolla más el movimiento histórico-social.

El movimiento comunista que se inicia y se lleva a cabo por la clase obrera es la forma superior de movimiento creador en la historia de la humanidad. Es un movimiento encaminado hacia la construcción de una sociedad ideal suprema de la humanidad, radicalmente diferente de todas las sociedades de clases que existieron en la historia, y en la que se realizan a plenitud la independencia y el

espíritu creador de las masas populares. La faculta creadora de las masas populares se manifiesta en grado sumo en el movimiento revolucionario de la clase obrera. Las masas del pueblo trabajador, que durante toda la existencia de una sociedad de antagonismo clasista se vieron frenadas en sus actividades creadoras por la clase gobernante, llegan a ser por fin, sólo gracias al movimiento revolucionario de la clase obrera, el movimiento comunista, verdaderas creadoras de la historia, que conforman el mundo según su voluntad y sus exigencias, y que forjan su propio destino de modo independiente.

El movimiento revolucionario, que es la actividad creadora de las masas populares, exige mantener siempre y con firmeza la posición creadora en la lucha por transformar la naturaleza y la sociedad.

Mantener esta posición es la condición sine qua non para guiar el movimiento revolucionario a la victoria. Sólo manteniéndola firmemente pueden las masas populares defender con éxito su posición y desempeñar su papel como protagonistas de la revolución y la construcción.

Las masas populares, siendo como son transformadoras de la naturaleza y de la sociedad, y forjadoras de su propio destino, deben mantener necesariamente su posición creadora. Sin adoptarla no pueden transformar la naturaleza y la sociedad según su voluntad y sus necesidades, ni forjar su propio destino con sus propias fuerzas. El mantener la posición creadora constituye una garantía segura para resolverlo todo con las propias fuerzas conforme a la exigencia de la revolución y a los intereses de las masas populares.

Como enseñara el Líder, la posición creadora implica un método fundamental a aplicar en la revolución y la construcción.

El movimiento revolucionario exige apoyarse firmemente en la inteligencia y la fuerza creadora de las masas populares y ponerlas de manifiesto en alto grado. Estas son las protagonistas y las principales fuerzas motrices de la revolución, además de ser poseedoras de ilimitada inteligencia y fuerza creadoras. Sólo apoyándose en esta inteligencia y en esta fuerza, se puede comprender correctamente el

mundo objetivo, resolverlo todo conforme a las condiciones reales y transformar con éxito la naturaleza y la sociedad. La posición creadora implica el método idóneo para impulsar con iniciativa la revolución y la construcción, mediante el activo fomento de la facultad creadora de las masas populares, y realizar innovaciones y progresos ininterrumpidos, superando con la lucha de las masas las dificultades que se interpongan en el camino de avance.

El movimiento revolucionario se verifica en medio de heterogéneas y concretas situaciones que varían incesantemente. Rechaza toda forma de rutina y dogma y se opone al viejo criterio de imitar mecánicamente lo ajeno. Si se tiene un criterio rutinario y una mentalidad dogmática, se perderá la iniciativa y se será incapaz de comprender correctamente las muy variadas y cambiantes situaciones y encontrar métodos científicos para la revolución y la construcción. Sólo si se penetra en lo hondo de la realidad concreta y se adopta la actitud de tratarlo todo con espíritu creador, puede encontrarse y aplicarse con habilidad métodos eficientes para la transformación de la naturaleza y la sociedad. La posición creadora implica el método para comprender la realidad según el criterio independiente y en forma viva y concreta, y resolver todo problema en consonancia con ella, eliminando toda actitud dogmática.

La posición creadora lleva en sí un método revolucionario que permite materializar de forma inmejorable las exigencias de nuestra época, caracterizada por la aparición de las masas populares como dueñas de la historia y por la profundización y el desarrollo del movimiento revolucionario. Nuestra época exige elevar al máximo el papel de las masas populares en la revolución y en la construcción, y resolver todo problema de manera creadora. La posición creadora da posibilidades de definir de modo científico la estrategia de la revolución y la orientación de lucha conforme a las nuevas exigencias del desarrollo de la época actual y de la revolución, poner en juego plena y constantemente la capacidad creadora de las masas populares y, de esta manera, garantizar firmemente la victoria de la revolución.

4) EN LA LUCHA REVOLUCIONARIA LA CONCIENCIA IDEOLOGICA INDEPENDIENTE DE LAS MASAS POPULARES DESEMPEÑA EL PAPEL DECISIVO

La revolución se promueve y triunfa gracias a la lucha consciente de las masas populares.

El Líder dilucidó por primera vez el principio de que la conciencia ideológica independiente de las masas populares desempeña el papel decisivo en la lucha revolucionaria.

La conciencia ideológica determina, regula y controla todas las actividades del hombre.

La conciencia es en sí la propiedad suprema del hombre, quien, gracias a ella, es un ente superior y el más poderoso del mundo. La conciencia es la función máxima del cerebro, el órgano más desarrollado del cuerpo humano. El cerebro desempeña el rol central en las actividades biológicas del hombre, y la conciencia, que es su función, coordina todas las actividades del mismo.

La conciencia ideológica, por reflejar las exigencias e intereses de los hombres, ejerce el papel más dinámico en sus actividades. Al margen de la función determinante y reguladora de la conciencia ideológica no pueden concebirse las actividades independientes y creadoras de los hombres.

Para ser independiente y creador, el hombre debe poseer una conciencia ideológica independiente. Esta implica la comprensión de su posición como dueño de su propio destino, y la voluntad de forjarlo por sí mismo. Sólo cuando la posee puede realizar actividades conscientes para conquistar la naturaleza y combatir sin desmayo contra los opresores que violan y pisotean la independencia. Las actividades de los hombres que comprenden de modo científico el mundo y lo transforman activamente no son sino la manifestación de su conciencia, y el papel que desempeñan en la transformación de la naturaleza y la sociedad es, en fin de cuentas, el papel de su conciencia ideológica.

La conciencia ideológica independiente desempeña el papel decisivo en el movimiento revolucionario de las masas populares para la independencia.

Todo movimiento revolucionario es consciente. Comienza por ilustrar a los hombres con ideas avanzadas y triunfa gracias a la fuerza de las masas populares educadas en esas mismas ideas.

La conciencia ideológica es el factor decisivo que determina el papel de los hombres en la revolución y en la construcción.

Determina el carácter clasista de las acciones de los hombres que toman parte en el movimiento revolucionario. En la sociedad de clases no puede haber ideas por encima de las clases y lo principal en la conciencia ideológica de los hombres es la conciencia clasista. Esta les determina la actitud y posición hacia la lucha de clases. Por supuesto, su propia situación socio-clasista condiciona y restringe sus actividades. Pero ejerce esa influencia en todo caso según su conciencia ideológica. En la sociedad de clases, el problema de qué intereses de clase defienden los hombres se decide por la ideología de clase que profesan. Sólo cuando posean las ideas propias de la clase avanzada, la conciencia ideológica independiente, pueden adoptar una posición clasista justa y luchar por el triunfo de la revolución.

La conciencia ideológica determina también la voluntad y combatividad que muestran los hombres en el movimiento revolucionario. Por su preparación ideológica se decide el grado en que manifiestan su voluntad y fuerza. Sólo quienes están firmemente armados con la conciencia ideológica independiente podrán adoptar posiciones y actitudes resueltas en la lucha revolucionaria, tomar parte activa en la revolución con una férrea voluntad y combatir hasta el fin sobreponiéndose a cualquier dificultad y prueba.

Las masas poseen una inagotable capacidad para la lucha revolucionaria, pero si no se despiertan en el plano ideológico, no pueden mostrar en alto grado esa capacidad. Cuando carecen de disposición

ideológica, no pueden alzarse en la lucha revolucionaria, aunque estén explotadas y oprimidas, ni tampoco pueden transformar con éxito la naturaleza y la sociedad según sus necesidades. Sólo estando conscientes de sus intereses clasistas, pueden manifestar al máximo su capacidad de lucha revolucionaria y asegurar la victoria de la revolución.

El papel de la conciencia ideológica se eleva incesantemente a la par del desarrollo del movimiento revolucionario.

El movimiento comunista, que es la más alta etapa del movimiento revolucionario, exige, partiendo de su propia esencia, la elevada conciencia de los hombres. La sociedad socialista y comunista se crea por las masas populares con miras bien definidas. Después que la clase obrera haya tomado el poder y establecido el régimen socialista, crece extraordinariamente el papel de la conciencia ideológica en el proceso de la construcción del socialismo y el comunismo. El capitalismo se sostiene por el hambre y la disciplina coercitiva, pero el socialismo y el comunismo se apoyan en la elevada conciencia de los hombres. Desde luego, en el socialismo, una sociedad transitoria, es preciso implantar el control. Pero, si en el curso de la construcción del socialismo y el comunismo se van eliminando los remanentes de la vieja sociedad, en la misma medida crecerá la importancia de la conciencia de los hombres. El socialismo y el comunismo crean todas las condiciones para elevar plenamente el rol de la conciencia ideológica de las gentes. En la sociedad socialista predominan las ideas avanzadas de la clase obrera. Mientras que el capitalismo convierte en esclavos del oro hasta el pensamiento y la acción del ser humano, el socialismo y el comunismo hacen de las masas populares dueñas auténticas de la sociedad y, por ende, propician el pleno despliegue de su fervor revolucionario y su actividad creadora.

El papel extraordinariamente grande que desempeña la conciencia ideológica en la lucha revolucionaria por el socialismo y el comunismo se relaciona también con la característica de la ideología revolucionaria de la clase obrera.

El papel que desempeña la conciencia ideológica en el desarrollo social depende de su carácter y contenido clasistas. La ideología reaccionaria de la clase explotadora obstruye el progreso social, mientras que la ideología progresista de la clase avanzada lo promueve. La ideología revolucionaria de la clase obrera, la clase más independiente, ejerce una acción revolucionaria incomparablemente más fuerte que cualquier otra ideología progresista habida en la historia. Por reflejar de modo científico las leyes del desarrollo de la sociedad y las aspiraciones de las masas populares, se convierte en una enorme fuerza material en el progreso social. La ideología de la clase obrera es un arma para comprender y transformar la realidad presente y crear el futuro. A diferencia de la ideología reaccionaria de la clase explotadora que frena el movimiento de avance de la historia, abogando por un régimen corrupto y caduco, la ideología revolucionaria de la clase obrera cumple la misión de impulsar y llevar adelante dicho movimiento.

Como quiera que el movimiento revolucionario es una actividad consciente, es preciso que en la lucha revolucionaria y la labor de construcción siempre se conceda primordial importancia a la ideología de los hombres. Esto viene a ser un principio importante a mantener en la revolución y la construcción.

Atenerse principalmente a la ideología de los hombres en la revolución y la construcción significa resolver todo tipo de problema concediendo importancia decisiva al factor ideológico y elevando el papel de la conciencia ideológica.

Conceder importancia decisiva al factor ideológico es un requisito legítimo del desarrollo del movimiento revolucionario. En éste también tiene un papel de importancia el factor material. Sin embargo, la revolución no se desencadena por sí sola por que se hayan creado las condiciones materiales. La tarea de cómo aprovechar estas condiciones depende de las actividades conscientes de los hombres. Las mismas condiciones materiales pueden madurar más tarde o más temprano, según cómo actúen las gentes. La revolución puede avanzar sólo a través de la lucha dinámica de los revolucionarios y las masas populares. Originalmente, la lucha revolucionaria no se inicia sólo después que estén creadas todas las condiciones ni se efectúa sólo en circunstancias favorables.

Esperar sentados la maduración de todas las condiciones es igual que renunciar a la revolución. Por eso, en la lucha revolucionaria y la labor de la construcción se debe conceder primordial importancia al factor ideológico y valiéndose de él, hacer madurar activamente las condiciones necesarias.

Resolver todo problema mediante la elevación de la conciencia ideológica de los hombres es un método de trabajo inherente a la naturaleza de los comunistas. Estos, que luchan por la libertad y la felicidad del pueblo, alcanzan la victoria en la revolución y cumplen su noble misión al despertar a los hombres en lo ideológico y concientizarlos de manera que se alcen por sí solos en la lucha. Ellos poseen una poderosa y eficiente arma ideológica para concientizar y movilizar a todo el pueblo. La clase capitalista también se empeña en difundir sus ideas, pero éstas no pueden ser aceptadas por las masas populares, porque son radicalmente contrarias a sus intereses. Unicamente la ideología de la clase obrera, que defiende los intereses del pueblo trabajador, puede ser aceptada por el pueblo entero y predominar en toda la sociedad.

Resolver cualquier problema mediante la concientización político-ideológica de los hombres constituye una garantía segura para el triunfo en la revolución y la construcción. Apoyándose en la elevada conciencia revolucionaria de las masas populares, será factible impulsar con dinamismo la lucha revolucionaria y la labor de la construcción, y aproximar el triunfo de la revolución, superando para ello cualesquiera circunstancias desfavorables.

4. PRINCIPIOS DIRECTIVOS DE LA IDEA JUCHE

Los principios directivos de la idea Juche sirven de guía para establecer el Juche en todos los campos de las actividades del Partido y el

Estado, de la revolución y la construcción. Se trata de los principios fundamentales para llevar a feliz término la revolución y la construcción mediante el mantenimiento de las posiciones independiente y creadora y la elevación del papel de la conciencia ideológica.

A fin de materializar la idea Juche en la revolución y la construcción es imprescindible observar con rigor los principios directivos de esta idea.

1) SE DEBE MANTENER LA POSICION INDEPENDIENTE

Para efectuar la revolución y la construcción según los postulados de la idea Juche es necesario mantener y materializar la independencia en las actividades el Partido y el Estado.

Como principios para la materialización de la independencia, el Líder expuso el Juche en la ideología, la independencia en la política, la autosuficiencia en la economía y la autodefensa en la salvaguardia nacional. Tales son los principios directivos para materializar la independencia en las esferas de la ideología, la política, la economía y la defensa nacional.

(1) El Juche en la ideología

Establecer el Juche en la ideología es el requisito primordial de la lucha revolucionaria de las masas populares por la independencia. Como la revolución y la construcción son actividades conscientes de los hombres, sólo estableciendo el Juche en la ideología es posible implantarlo en todas las esferas: la política, la economía, la salvaguardia nacional, etc.

Establecer el Juche en la ideología significa hacer que cada uno

posea la conciencia de estar encargado de la revolución y la construcción, adopte el criterio y la actitud de pensar y realizar todas las cosas a partir de la revolución de su país y de resolver cualquier problema con su propia sabiduría y su propio esfuerzo.

Cada partido y cada pueblo son protagonistas de la revolución en su país, y llevarla a feliz término es su deber fundamental. La revolución mundial puede desenvolverse con éxito si todos los países realizan cabalmente su revolución y sobre esta base se apoyan y cooperan entre sí. Por esta razón, cada partido y cada pueblo deben implantar firmemente el Juche en la ideología para poder realizar la revolución y la construcción en su país con responsabilidad y con la actitud propia de los protagonistas de ese empeño.

Para implantar el Juche en la ideología es necesario pertrecharse con las ideas revolucionarias de la clase obrera y con la línea y la política de su partido.

La clase obrera es independiente y su ideología revolucionaria es también independiente. Sólo armándose de esta ideología, se tomará conciencia de estar encargado de la revolución y la construcción, y llevará éstas adelante con éxito, bajo cualquier circunstancia difícil y compleja.

La guía de la revolución y la construcción en cada país la constituyen la línea y la política de su partido revolucionario que encarnan las ideas revolucionarias de la clase obrera. Sólo si uno se arma con esa línea y política de su partido y las toma por regla para sus actividades intelectuales y prácticas, será capaz de realizar la revolución y la construcción conforme a los requerimientos de su pueblo y la realidad de su país, así como cumplir con la responsabilidad que asume como protagonista de la revolución.

Para nosotros, el establecimiento del Juche en la ideología significa dotarnos de la idea Juche y de la línea y la política del Partido que la encarnan, así como implantar el sistema de ideología única del Partido. Sólo cuando este sistema predomine de manera absoluta en el Partido y la sociedad, podremos decir que el Juche se ha implantado firmemente en la ideología.

Para establecer el Juche en la ideología hace falta conocer bien lo propio.

Es necesario ponerse al tanto de las cosas del país para resolver los problemas de la revolución y la construcción de manera independiente y conforme a su situación, así como efectuar la una y la otra según la aspiración y la exigencia de su pueblo. Además, sólo así se amará fervorosamente a su Patria y a su pueblo, y se pondrán al rojo vivo el espíritu de abnegación patriótica y el fervor revolucionario.

Los coreanos deben conocer al dedillo la historia, geografía, economía y cultura de Corea, así como las costumbres de su pueblo, y, sobre todo, la política de nuestro Partido, su historia y sus tradiciones revolucionarias. Sólo así se harán genuinos patriotas y comunistas de Corea, inspirados en el Juche.

Para implantar el Juche en la ideología, es necesario poseer una alta dignidad nacional y orgullo revolucionario.

Si uno no siente el orgullo de que su nación no es inferior en nada a otras, ni tiene el honor y el orgullo de ser integrante de un pueblo que hace la revolución, no será capaz de vivir de modo independiente de acuerdo con su criterio propio, ni defender la independencia y la dignidad de su nación, ni tampoco triunfar en la ardua lucha revolucionaria. La nación que posea una alta dignidad y orgullo revolucionario será invencible, pero, en caso contrario, será impotente. Poseer una alta dignidad nacional y orgullo revolucionario es particularmente necesario para los pueblos de los pequeños países que durante mucho tiempo fueron víctimas de la opresión ajena. En estos países, donde están profundamente arraigados el nihilismo nacional y el servilismo a las grandes potencias como consecuencia de que en otros tiempos los imperialistas practicaron la asimilación colonial y la política de supresión de la cultura autóctona, se deben hacer especiales esfuerzos por elevar la dignidad nacional y el orgullo revolucionario.

Nuestro deber es lograr que todo el pueblo sienta a fondo su dignidad como nación inteligente y valerosa y, de modo especial, su honor y su orgullo de hacer la revolución bajo la guía del gran Líder.

La implantación del Juche en la ideología requiere el desarrollo de la cultura nacional y la elevación del nivel técnico-cultural de las masas.

Sólo si se crea una cultura nacional en la forma, y socialista y revolucionaria en el contenido, una cultura de tipo Juche, que se avenga con el sentimiento de su pueblo y tenga bien clara la posición de la clase obrera, será factible implantar entre las gentes una sana vida ideológico-espiritual y establecer mucho mejor el Juche en la ideología. Con miras a desarrollar sanamente la cultura nacional socialista se debe, por un lado, impedir estrictamente la penetración cultural del imperialismo y, por el otro, rechazar las tendencias restauracionistas y nihilistas con respecto al patrimonio de la cultura nacional, y llevar adelante sus mejores tradiciones por un derrotero acertado, así como aceptar, pero de modo crítico, los elementos progresistas de la cultura de otros países, que correspondan al sentimiento del propio pueblo.

Además sólo si se promueve activamente el desarrollo de las ciencias y la tecnología, y se eleva el nivel técnico-cultural de las masas trabajadoras, podrán éstas convertirse en verdaderas dueñas de la naturaleza y de la sociedad, y establecer firmemente el Juche en el campo de las ciencias y de la técnica, luego de desarraigar las tendencias a esperar y depender de la ayuda ajena.

Para establecer el Juche en la ideología es preciso oponerse al servilismo hacia las grandes potencias y a toda otra ideología caduca.

La implantación del Juche en la ideología representa la emancipación ideológica de los hombres, o sea, su liberación de los grilletes de las ideas caducas, y un proceso de la revolución ideológica para implantar la nueva concepción jucheana del mundo. A fin de establecer el Juche en la ideología hay que rechazar toda forma de viejas ideas que le sean contrarias, sobre todo liquidar de raíz el servilismo hacia las grandes potencias.

Esta es la ideología de una sumisión esclava, de servir con devoción y rendir culto a países grandes o desarrollados, y es a la vez una ideología nihilista que desdeña y desprecia al propio país y a la nación. Cuando se está impregnado del servilismo hacia las grandes potencias, se tomará el hábito de enaltecer y seguir a otros y, en consecuencia, según éstos abracen el revisionismo o el dogmatismo, también se caerá en los mismos errores.

Como señalara el Líder, si uno incurre en el servilismo hacia las grandes potencias, resultará un tonto; si lo practica una nación, se arruinará el país; y si lo hace un partido, fracasarán la revolución y la construcción.

El más nefasto y peligroso servilismo de hoy es el que se rinde al imperialismo norteamericano. Este servilismo que se manifiesta en el temor y la adoración a EE.UU., causa incalculables daños a la lucha revolucionaria de los pueblos. Su consecuencia nociva se hace sentir hoy en forma concentrada en el Sur de Corea. La servilidad hacia los agresores imperialistas yanquis, sembrada por estos agresores y sus secuaces, constituye el veneno ideológico más perjudicial que paraliza la conciencia nacional y clasista de los surcoreanos y deforma el valioso patrimonio cultural de nuestra nación y sus hermosas costumbres. A menos que se logre intensificar entre la población surcoreana la lucha contra la idea del temor y la idolatría hacia EE.UU., y por elevar la conciencia independiente nacional, no será posible lograr ni la victoria en la revolución surcoreana ni tampoco la reunificación independiente de la Patria.

La lucha por oponerse al servilismo hacia las grandes potencias y establecer el Juche constituye una cuestión seria de la cual depende el destino de la revolución. Nosotros iremos fortaleciendo de continuo la lucha contra dicho servilismo y por establecer el Juche en la ideología para asegurar a plenitud la victoria definitiva de la revolución coreana.

(2) La independencia en la política

La política es una esfera de la vida social y su importancia es decisiva. Al margen de la independencia en la política no se puede hablar de la independencia en ninguna otra esfera. El Juche en la ide-

ología se expresa, ante todo, por la independencia en la política que asegura también la autosuficiencia en la economía y la autodefensa en la salvaguardia nacional.

Mantener la independencia en la política significa aplicar una política que salvaguarde la independencia nacional y la soberanía del propio pueblo, proteja sus intereses y se base en sus propias fuerzas.

Como indicara el Líder, la independencia política es el primer rasgo distintivo de un Estado soberano e independiente, y su primera forma de existencia. Toda nación debe mantenerla porque sólo así puede asegurar su independencia y su libertad, además de lograr su felicidad y su prosperidad. La lucha revolucionaria se libra, ante todo, para alcanzar la independencia política. Como todos los problemas relacionados con la revolución y la construcción dependen directamente de la política, se puede afirmar que el destino de la causa revolucionaria se decide, en última instancia, por la independencia política.

Para asegurar la independencia en la política es preciso establecer el Poder popular.

El derecho de cada hombre a la independencia se expresa en forma concentrada en el poder estatal. Por ende, para realizar por completo la independencia, la clase obrera y el resto de las masas populares deben ser, ante todo, dueñas del poder. Sólo tomando en sus manos el poder y haciéndose verdaderas dueñas del Estado y de la sociedad, podrán realizar la independencia política y disfrutar de una vida independiente y creadora.

Con miras a asegurar la independencia en la política, hace falta preparar fuerzas políticas internas.

Las fuerzas políticas constituyen la parte principal de las fuerzas revolucionarias. Sólo preparando potentes fuerzas políticas internas y apoyándose en ellas, será posible conquistar y defender la soberanía, y aplicar una política independiente. Para formar esas fuerzas se debe consolidar el partido, fuerza rectora de la revolución, y lograr la unidad y cohesión de todo el pueblo, basadas en la alianza obrero-campesina, cuyo núcleo es la clase obrera. Lo más importante en esto es agrupar monolíticamente a todo el pueblo en torno al partido y el líder. Cuando el partido y el pueblo se unen y cohesionan fuertemente como una sola fuerza política, pueden mostrar un poderío inagotable y alcanzar la victoria en la revolución y la construcción.

Para asegurar la independencia en la política deben decidir y aplicar de manera independiente la línea y la política, basándose en su propia idea rectora y según su propia determinación.

Lo principal en la política es determinarla y ejecutarla. Sólo cuando se define y ejecuta por su propia cuenta toda línea y política, se puede decir que la política se ejerce independientemente. Si en el campo político se toleran la presión e injerencia de otros o se actúa al compás de la batuta ajena, no se podrán mantener los principios y la constancia, y a la larga se llevarán al fracaso la revolución y la construcción.

Nuestro Partido ha podido lograr siempre brillantes victorias en la revolución y la construcción porque, bajo la sabia dirección del Líder, definió y ejecuto de manera independiente toda línea y política conforme a los intereses de nuestro pueblo y la realidad de nuestro país, considerando la idea Juche como su única ideología rectora.

A fin de asegurar la independencia en la política, es necesario ejercer a plenitud la soberanía y la igualdad en las relaciones internacionales.

La independencia del partido y el Estado se expresa, a fin de cuentas, en las relaciones exteriores. El ejercicio pleno de la soberanía y la igualdad en la arena internacional, constituye el problema fundamental para asegurar la independencia en la política. La soberanía es el derecho sagrado de todos los partidos, países y naciones. En el mundo existen partidos y países grandes y pequeños, naciones desarrolladas y atrasadas en el aspecto económico, pero todos ellos son iguales e independientes. Nadie debe atentar contra la soberanía de otros pero tampoco dejar que se viole la suya.

La independencia no contradice el internacionalismo, al contrario, sirve de fundamento para afianzarlo. Tal como no se puede pensar en la revolución mundial aparte de la de su país, así tampoco puede imaginarse el internacionalismo al margen de la independencia. La

solidaridad internacionalista debe ser, desde el principio, voluntaria e igualitaria. Puede serlo, además de sincera y duradera, sólo cuando se basa en la independencia.

Nuestro Partido mantiene la orientación de fortalecer la unidad de los países socialistas y del movimiento comunista internacional sobre la base de oponerse al imperialismo, apoyar al movimiento de liberación nacional en las colonias y al movimiento obrero internacional, avanzar continuamente por el camino del socialismo y el comunismo, y observar los principios de la no injerencia en los asuntos internos, el respeto mutuo, la igualdad y el beneficio recíproco. Además, nuestro país se orienta a la unión con los países no alineados, los países emergentes, y a cooperar con todos los países que nos traten amistosamente sobre la base de los siguientes principios: el respeto por la integridad territorial y la soberanía, la no agresión, la no injerencia en los asuntos internos, la igualdad y el beneficio mutuo.

En el futuro también defenderemos la soberanía y la igualdad en las relaciones exteriores, y mantendremos el principio de combinar la independencia y el internacionalismo.

(3) Autosuficiencia en la economía

La economía es la base material de la vida social. Sólo si se obtiene la autosuficiencia económica, es posible consolidar la soberanía del país y llevar una existencia independiente, asegurar a plenitud el Juche en la ideología, la independencia en la política y la autodefensa en la salvaguardia nacional, así como crear una rica vida material y cultural para la población.

Para materializar el principio de autosuficiencia en la economía se necesita construir una economía nacional independiente.

Edificar una economía nacional autosuficiente significa levantar una economía que se sostenga sobre sus propias bases, sin depender de otros, una economía que sirva a su pueblo y se desarrolle apoyándose en los recursos de su país y en las fuerzas de su pueblo. Sólo construyendo tal economía será posible aprovechar de manera racional y global los recursos naturales del país para desarrollar rápidamente las fuerzas productivas y mejorar sin cesar la vida de la población, echar las sólidas bases materiales y técnicas del socialismo y acrecentar el poderío del país en los planos político, económico y militar. Además, en la esfera de las relaciones internacionales se puede ejercer plenamente la soberanía e igualdad en el aspecto político y el económico, y hacer aportes al crecimiento de las fuerzas antimperialistas e independientes y socialistas del mundo. Sobre todo, la construcción de una economía nacional autosuficiente se presenta como un problema vital en aquellos países que en el pasado quedaron retrasados en el plano económico-tecnológico a causa de la dominación y el saqueo imperialistas. Sólo edificando tal economía pueden rechazar la política neocolonialista de los imperialistas, liberarse por completo de su dominio y explotación, liquidar la desigualdad en relación con otras naciones y avanzar con brío por el camino del socialismo.

Con miras a levantarla se debe observar el principio de apoyarse en los propios esfuerzos en la construcción económica.

El apoyo en los propios recursos implica el espíritu revolucionario, el principio de lucha de los comunistas de llevar a cabo la revolución por su cuenta. Al igual que en todas las otra ramas de la revolución y la construcción, también en la edificación económica se debe confiar y apoyar en las propias fuerzas. Un pueblo que labora con tesón confiando en sus propias fuerzas, puede realizar cualquier trabajo difícil, pero el que no lo haga así, esperando sólo la ayuda ajena, no es capaz de llevar a buen término ningún trabajo. Cuando se movilicen las fuerzas del pueblo y los recursos del país y se basen en los propios recursos financieros y tecnológicos, ateniéndose al principio de apoyarse en los propios esfuerzos, será posible desarrollar la economía con iniciativa y a elevado ritmo, y lograr el florecimiento y la prosperidad del país, superando cualquier dificultad.

Para levantar una economía nacional autosuficiente es preciso desarrollarla en forma multilateral y global.

La economía socialista autosuficiente, a diferencia de la economía capitalista que persigue sólo la ganancia, se propone satisfacer en todo caso las necesidades del país y el pueblo. Por lo tanto, debe desarrollarse multilateral y globalmente de manera que pueda cubrir, con su producción, las necesidades de artículos de la industria pesada y de la ligera, así como de productos agrícolas para el fortalecimiento del país y el mejoramiento de la vida de la población. Además, sólo así, se desarrollará segura y rápidamente sobre bases sólidas.

Según las experiencias prácticas de nuestro país, para construir una economía autosuficiente, multifacética y globalmente desarrollada, es necesario mantener la línea de desarrollar con preferencia la industria pesada y fomentar al mismo tiempo la industria ligera y la agricultura.

La industria pesada, cuyo núcleo lo constituye la industria mecánica, es el pivote de la economía nacional autosuficiente. Si se cuenta con semejante industria pesada, es posible sostenerse a sí mismo en el frente económico y tecnológico e imprimir un rápido progreso al conjunto de la economía nacional, incluidas la industria ligera y la agricultura, sobre la base de la tecnología moderna. Y si junto con la industria pesada se desarrollan a la vez la industria ligera y la agricultura, es factible mejorar sistemáticamente la vida de la población y acelerar el desarrollo de la misma industria pesada. Sobre todo, realizar con éxito la agricultura y resolver por sí solo el problema de la alimentación, cobra una importancia excepcional para crear seguras condiciones de vida para la población y vivir de manera independiente.

Para construir una economía nacional autosuficiente hace falta dotar la economía con moderna tecnología y preparar en escala masiva el personal técnico nacional.

La autosuficiencia técnica es una exigencia indispensable de la autosuficiencia económica. Sólo contando con su propia técnica avanzada es posible explotar eficientemente los recursos naturales del país y desarrollar la economía nacional de modo multilateral. Además, con el progreso tecnológico, será posible emancipar a las

masas trabajadoras de faenas penosas, disminuir la diferencia entre el trabajo físico y el intelectual, y resolver por cuenta propia los complejos y difíciles problemas que se presentan en la construcción económica y de defensa nacional. El poner fin al atraso técnico de la economía nacional y equiparla con la tecnología moderna, constituye una revolución. A condición de que en todas las ramas se impulse sin cesar la revolución técnica aprovechando todas las posibilidades, se puede lograr dentro de poco tiempo el progreso técnico y la autosuficiencia económico-técnica del país.

Solucionar el problema del personal técnico nacional es una importante condición para la autosuficiencia económico-técnica. Es indispensable para desarrollar con las propias fuerzas la economía y la técnica. Se plantea como una tarea de particular importancia para la construcción de una nueva sociedad en aquellos países que anteriormente estuvieron muy alejados de la moderna civilización científico-técnica bajo la dominación imperialista. Por lo tanto, si quieren hacer la revolución técnica y alcanzar la autosuficiencia en el plano económico-técnico, tienen que canalizar sus esfuerzos en la revolución cultural con el fin de elevar el nivel cultural-técnico de las masas trabajadoras y formar un gran contingente de personal técnico nacional. Nosotros debemos materializar consecuentemente la orientación del Líder sobre la intelectualización de toda la sociedad, elevar el nivel cultural-técnico de las masas trabajadoras y la calificación de los cuadros técnicos, y preparar más y mejor los nuevos contingentes de personal técnico.

Para construir una economía nacional autosuficiente se deben asentar las propias y firmes bases de materias primas y de combustible.

Depender de otros en cuanto a las materias primas y el combustible significa confiar a manos ajenas la yugular de la economía. Para autosostenerse en la economía y desarrollarla con firmeza y con vistas al futuro, es obligatorio apoyarse en las propias bases de materias primas y de combustible y cubrir sus necesidades fundamentalmente con la propia producción. Para esto hace falta movilizar al máximo y aprovechar racionalmente los recursos naturales propios, por una parte, y por

la otra, desarrollar la industria, desde su etapa inicial, con carácter jucheano a base de materias primas y combustibles nacionales.

Construir una economía nacional autosuficiente bajo el principio de apoyo en las propias fuerzas no significa de manera alguna realizar la edificación económica a puertas cerradas. Ello se opone a la dominación y al sojuzgamiento económico por otros países, pero no a la cooperación económica en el plano internacional. La estrecha colaboración económico-técnica entre los países socialistas y los emergentes desempeña un papel de singular importancia para garantizar su autosuficiencia y acrecentar su poderío económico.

Hoy, los pueblos de los países emergentes luchan contra la política de agresión y de saqueo de los imperialistas encabezados por los yanquis, para defender la soberanía y los recursos naturales, y para establecer un nuevo y equitativo orden económico internacional en lugar del viejo orden que permite a la minoría de las potencias capitalistas explotar y saquear a su antojo a la mayoría de los países y a sus pueblos. Los países emergentes poseen inagotables recursos humanos y naturales y enorme potencial económico. Cuentan, además, con abundante experiencia y tecnología valiosa que pueden intercambiar entre sí. Si esos países y sus pueblos estrechan la cooperación económico-técnica y libran una enérgica lucha uniendo sus fuerzas, pueden rechazar la política de agresión y de saqueo de los imperialistas, defender la dignidad nacional y el derecho a la existencia, y lograr en un corto plazo la autosuficiencia económica y la prosperidad, sin depender de las grandes potencias.

La importante tarea que enfrentamos hoy en la construcción de la economía nacional socialista autosuficiente es acelerar el proceso de la adaptación de la economía a las condiciones nacionales, su modernización y fundamentación científica.

Como señalara el Líder, la adaptación de la economía a las condiciones nacionales, su modernización y fundamentación científica constituye la línea estratégica que debe mantenerse invariablemente en la edificación económica socialista y comunista. Debemos impulsarlas con dinamismo siguiendo continua y firmemente la línea de

construcción de la economía nacional autosuficiente para afianzar su carácter independiente y original, modernizar sin cesar su equipamiento técnico y fundamentar en la ciencia todas las actividades productivas y administrativas.

(4) Autodefensa en la salvaguardia nacional

Asegurar la autodefensa en la salvaguardia nacional es un principio fundamental de la construcción del Estado soberano e independiente. Dada la existencia del imperialismo, aquel país que no cuente con fuerzas armadas de plena capacidad defensiva, susceptibles de protegerlo de los enemigos internos y externos, no puede considerarse, de hecho, completamente soberano e independiente.

El imperialismo es foco permanente de guerra y hoy el imperialismo yanqui constituye la fuerza principal de la agresión y la guerra.

Como enseñara el Líder, nosotros no queremos la guerra, pero no la tememos ni mendigamos la paz a los imperialistas. La vía más justa para defender la independencia nacional y la paz y lograr la victoria de la causa revolucionaria consiste en replicar a la guerra agresiva imperialista con la guerra de liberación, oponer a la violencia contrarrevolucionaria de la reacción la violencia revolucionaria y estar siempre listos para hacer frente a las maniobras de agresión y de guerra de los imperialistas.

Por todo esto, es preciso materializar el principio de autodefensa en la salvaguardia nacional.

Esta constituye la garantía militar de la independencia política y la autosuficiencia económica del país. Sólo cuando se materializa dicho principio es posible rechazar la agresión e intervención imperialistas y defender la independencia política, la autosuficiencia económica del país, las conquistas de la revolución y la seguridad del pueblo.

Aplicar el principio de autodefensa en la salvaguardia nacional significa defender el país con las propias fuerzas. Por supuesto, tam-

bién en este aspecto se puede recibir ayuda de los países fraternales y de los amigos. Con todo, no es posible encargar a otros la defensa del país. Lo principal es, en todo caso, que se tenga la propia fuerza y, además, así resultará eficiente la ayuda exterior. Por esta razón, para resguardar el país hay que apoyarse, ante todo, en la fuerza del propio pueblo y en la propia capacidad defensiva. La defensa nacional también es una obra para y del mismo pueblo. Si todo él, bajo la dirección de un partido revolucionario, se une estrechamente como un solo hombre y se alza en la lucha de liberación nacional y la defensa de la Patria, será capaz de rechazar con éxito a cualesquier agresores imperialistas y salvaguardar la independencia del país y los logros revolucionarios.

Con miras a encarnar el principio de autodefensa en la salvaguarda nacional se debe contar con fuerzas armadas de plena capacidad defensiva.

Estas fuerzas deben organizarse con hijos e hijas del pueblo trabajador. Sólo aquel ejército, cuyos integrantes, tanto soldados como oficiales, sin excepción, sean hijos de obreros, campesinos y demás sectores del pueblo trabajador, puede asegurar la unidad con el pueblo, la concordancia entre sus efectivos superiores y subalternos, y ser fuerzas armadas de plena capacidad defensiva, a la vez que genuinamente populares, que protejan la independencia del país y las conquistas de la revolución, además de servir al pueblo.

Para materializar el principio de la autodefensa en la salvaguarda nacional es necesario implantar el sistema defensivo de todo el pueblo y el Estado.

A fin de establecer este sistema se precisa convertir a todo el ejército en un ejército de cuadros y modernizarlo. Cuando se haga un ejército de cuadros, además de aumentar su poderío será posible asegurar las fuerzas de mando necesarias para poder, en caso de emergencia, acrecentar varias veces los efectivos. Y si se moderniza al ejército revolucionario en todos sus órdenes sumando a su superioridad político-ideológica la tecnología moderna, será factible hacerlo un ejército verdaderamente invencible.

Para implantar el sistema defensivo de todo el pueblo y el Estado, es necesario, además, armar a todo el pueblo y fortificar todo el país. Esta es la única manera de movilizar las fuerzas de todo el pueblo para aniquilar con prontitud hasta el último de los enemigos que ataquen, no importa por dónde, y defender con firmeza al país de la agresión imperialista.

Con miras a aplicar el principio de autodefensa en la salvaguarda nacional se debe promover en alto grado la superioridad político-ideológica de las fuerzas armadas populares.

El factor decisivo que determina la victoria en la guerra no está en el armamento o en la tecnología, sino en el alto fervor político y el espíritu de abnegación revolucionaria del ejército y de las masas populares, conscientes de la justeza de su causa. El noble espíritu revolucionario de luchar por la libertad y liberación del pueblo, la inmensa fidelidad al partido y al líder, el incomparable espíritu de sacrificio de entregar sin titubeo hasta la juventud y la vida en aras de la Patria y la revolución, el heroismo colectivo, la camaradería revolucionaria entre oficiales y soldados, los lazos inseparables con el pueblo, la disciplina consciente, etc., constituyen la superioridad político-ideológica que únicamente el ejército del pueblo, el revolucionario puede poseer. Como muestra la historia de las guerras revolucionarias el ejército revolucionario, bien preparado en el aspecto político-ideológico, puede combatir con todo éxito, aunque posea un armamento atrasado, a un enemigo que esté pertrechado con armas ultramodernas. La superioridad político-ideológica es, en realidad, la ventaja esencial de las fuerzas armadas revolucionarias y la fuente de su invencibilidad.

Por lo tanto, es preciso reforzar el ejército en el aspecto político-ideológico, elevar sin cesar su nivel de preparación en este aspecto y vencer al ejército agresor imperialista con la superioridad político-ideológica de las fuerzas armadas populares revolucionarias.

Otro requerimiento para aplicar el principio de la autodefensa en la salvaguardia nacional es la construcción de la propia industria bélica nacional.

Esta industria constituye la garantía material de las fuerzas armadas con plena capacidad defensiva. En especial, dado que hoy los imperialistas encabezados por los yanquis tratan perversamente de subyugar a otros países utilizando como cebo las armas, con cuyo tráfico saquean a los pueblos de otros países y obtienen fabulosas ganancias, es de suma importancia para los países recién independizados crear su propia industria para la defensa nacional. Por supuesto, a los países pequeños les es difícil producir por sí solos todas las armas necesarias, pero esto no puede ser motivo para depender totalmente de otros en este aspecto. Tienen que construir y promover la industria bélica nacional para poder producir cuantas armas les sean posibles.

Se debe consolidar la retaguardia para materializar el principio de autodefensa en la salvaguardia nacional.

Como indicara el Líder, la victoria o la derrota en la guerra moderna depende mucho de si se aseguran o no, en suficiente cantidad y por largo tiempo, los recursos humanos y materiales que se necesitan para sostener la contienda. Para hacer frente a la guerra es necesario fortificar las zonas de importancia estratégico-militar, crear reservas de materiales necesarios y hacer minuciosos preparativos en tiempos de paz para poder continuar la producción en casos de emergencia.

Al mantener la orientación de impulsar paralelamente la construcción económica y de defensa nacional, nuestro Partido ha hecho preparativos muy completos, tanto militares como materiales, para enfrentar la guerra, y ha consolidado monolíticamente el frente y la retaguardia.

Aplicando continua y consecuentemente la línea de autodefensa en la salvaguardia nacional, haremos invencibles nuestras fuerzas armadas, de plena capacidad defensiva, y resguardaremos con firmeza la Patria y las conquistas de la revolución, rechazando todo intento enemigo de invasión.

2) HAY QUE APLICAR EL METODO CREADOR

Para realizar la revolución y la construcción según las exigencias de la idea Juche es preciso aplicar el método creador tanto en la elaboración de la línea, estrategia y tácticas de la revolución como en su materialización.

La aplicación del método creador para solucionar todos los problemas de la revolución y la construcción conforme a la situación real, apoyándose en la facultad creadora de las masas populares, es un principio que ha de ser observado invariablemente en el movimiento revolucionario.

(1) Método de apoyarse en las masas populares

El éxito en la revolución y la construcción depende, a fin de cuentas, de cómo se movilizan las fuerzas creadoras de las masas populares.

Sólo cuando se apoya en éstas será posible acelerar con energía la revolución y la construcción resolviendo con éxito cualquier problema difícil, ya que se trata de fuerzas determinantes que las impulsan.

Para llevar a feliz término la revolución y la construcción con el apoyo de las masas populares, es forzoso trazar una línea y una política correctas que reflejen sus demandas y su aspiración y lograr que las hagan suyas.

Las masas populares conocen la realidad mejor que nadie y poseen ricas experiencias. Sólo si se sintetiza y generaliza la voluntad y las exigencias de las amplias masas, será posible trazar líneas y orientaciones justas que se avengan a las aspiraciones e intereses del pueblo, y conquistar su corazón y alentarlo en la lucha. Si no se logra

reflejar fielmente la voluntad de las masas populares, es probable que se cometan errores subjetivistas en la dirección de la revolución y la construcción y entonces no se podrá poner en juego la facultad creadora de ellas.

Una vez adoptadas la línea y la orientación que reflejan la voluntad y las aspiraciones de las masas populares, hay que explicarlas ampliamente entre éstas para que las hagan suyas.

Toda línea y orientación del partido se llevan a la realidad, a fin de cuentas, gracias a las masas populares. Cuando éstas llegan a conocer la justeza de la política de partido y las vías para su ejecución, la aceptan como una cuestión vital y se esfuerzan por realizarla, manifestando elevado entusiasmo e iniciativa. Al contrario, una línea y orientación incomprendidas por ellas no producen gran efecto en la práctica.

Con miras a efectuar la revolución y la construcción apoyándose en la facultad creadora de las masas populares es necesario aunarlas en una misma fuerza política.

La fuerza de las masas emana de la unidad. Si se agrupan en una sólida fila, mostrarán un poderío realmente sorprendente en la lucha revolucionaria y en la labor de la construcción.

Para agrupar compactamente a las masas populares se deben combinar de manera correcta la línea clasista y la de masas.

Sólo si se observa con rigor el principio clasista y, al propio tiempo, se aplica con acierto la línea de masas, será posible aislar por completo los elementos hostiles, afianzar la posición clasista, educar, transformar y unir a amplios sectores de masas y promover plenamente su facultad creadora en el proceso revolucionario y constructivo. Bajo el socialismo, si se cae en desviaciones izquierdistas o derechistas sin llegar a combinar correctamente la lucha de clases y la labor dirigida a consolidar la unidad y cohesión de las masas populares, esto debilita la unidad de las masas y paraliza su fervor revolucionario y su facultad creadora, causando graves daños a la revolución y a la construcción.

Para poner al rojo vivo la fuerza creadora de las masas populares en la revolución y la construcción se debe combatir cualquier elemento caduco que obstruya la innovación. De particular importancia es la lucha enérgica contra la pasividad y el conservatismo. Sólo intensificándose esta lucha es posible poner en pleno juego la facultad creadora de las masas populares y llevar la revolución y la construcción a innovaciones y auges ininterrumpidos.

Es preciso desplegar en amplia escala el movimiento de masas en la revolución y la construcción.

El movimiento de masas implica un método creativo que fortalece la unidad y cooperación de las masas trabajadoras y moviliza plenamente su fuerza inagotable, y un método revolucionario para acelerar la construcción del socialismo y el comunismo por medio de la lucha de las masas y la innovación colectiva. Si se libra la lucha de las masas con buena organización y se la promueve sin cesar, combatiendo todo factor que perturbe el movimiento y poniendo al rojo vivo la conciencia y la facultad creadora de las masas, será posible resolver con éxito cualquier problema difícil.

Una cuestión importante para llevar a cabo la revolución y la construcción, apoyándose en la facultad creadora de las amplias masas, es aplicar un método de trabajo revolucionario. Aunque haya una línea y una orientación acertadas, si falta un método de trabajo revolucionario no se puede movilizar con acierto a las masas para su ejecución, ni llevar a buen término la revolución y la construcción.

Hace mucho, en la época de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, el Líder creó el método de trabajo revolucionario de los comunistas, el método de trabajo inspirado en la idea Juche.

Se trata de un método de trabajo que orienta a las masas populares a mantener su posición y cumplir su papel como protagonistas de la revolución y la construcción. Es un método de trabajo revolucionario y comunista: compenetrarse siempre con las masas para conocer la situación real y tomar medidas justas para la solución del problema planteado, propiciar que la instancia superior preste ayuda eficiente a la inferior, anteponer la labor política a otros trabajos de manera que las masas se movilicen voluntariamente en el cumplimiento de las tareas revolucionarias, y solucionar de modo creador cualquier pro-

blema, sin formalidades ni moldes, de acuerdo con las peculiaridades concretas y las circunstancias que se presenten. Este método de trabajo exige compartir siempre con las masas las penas y las alegrías, mostrarles ejemplos prácticos poniéndose a su cabeza y tratarlas con una actitud modesta, sencilla y generosa, orientándolas a fin de que manifiesten sin reservas su espíritu creador y su iniciativa.

Este método de trabajo jucheano difiere radicalmente de aquellos otros métodos que mueven al hombre por la fuerza del dinero, y de látigo o del método de trabajo administrativo y de mando.

El partido de la clase obrera debe valerse siempre del método del trabajo revolucionario, tanto antes y después de tomar el poder como en la lucha revolucionaria y en la labor de la construcción. Sobre todo, después de tomar el poder tiene que mejorarlo y perfeccionarlo sin cesar, conforme a la realidad en desarrollo. Ello es imprescindible para promover debidamente el fervor revolucionario y la actividad creadora de las masas, para impulsar con dinamismo la construcción del socialismo y el comunismo. Además, ello es necesario para frenar al partido en poder la posible tendencia a la burocratización y a tomar forma y condiciones administrativas. La aplicación por el partido de la clase obrera del método de trabajo revolucionario de apoyarse en las masas y poner en acción sus facultades creadoras, viene a ser una importante cuestión de principio en la revolución y en la construcción.

Nosotros debemos poner al rojo vivo la facultad creadora de las masas populares con la encarnación consecuente del método de trabajo revolucionario creado por el Líder, el método de trabajo al estilo del gran Líder, para así impulsar a mayor ritmo la revolución y la construcción.

(2) Método del trabajo conforme a la realidad

El movimiento revolucionario requiere resolver todos los proble-

mas de acuerdo con la realidad en constante cambio y desarrollo y con las condiciones concretas del país.

La lucha revolucionaria por el socialismo y el comunismo se desenvuelve en diferentes épocas y circunstancias concretas en cada país. No puede haber en la revolución y en la construcción una receta conveniente a cualquier época o país. Por eso, partiendo siempre de la realidad, hay que solucionar todos los problemas de manera creadora, conforme a las situaciones reales.

Para encauzar la lucha revolucionaria de acuerdo con la situación de cada país, es preciso definir la línea y la política, la estrategia y la táctica sobre la base de una seria consideración de las condiciones subjetivas y objetivas de su revolución. Cuando no se toman bien en cuenta estas condiciones, es posible incurrir en el subjetivismo al elaborar la línea y la política, y se puede causar un gran daño a la revolución y la construcción.

En la lucha revolucionaria se debe conceder la mayor importancia a los factores internos, o sea, a factores políticos e ideológicos. Cuando están preparadas las fuerzas internas y es elevado el nivel de conciencia ideológica de las masas populares, es posible impulsar por propia iniciativa la revolución aunque sean desfavorables las otras condiciones. Al determinar la línea y el método de la revolución, deben considerarse como fundamentales los factores intrínsecos, es decir, los político-ideológicos, y desarrollar activamente la revolución, fomentándolos.

Para llevar a cabo la lucha revolucionaria y la labor de la construcción en consonancia con la situación del país es preciso adoptar una actitud justa con respecto a las teorías existentes.

Como enseñó el Líder, en cuanto a las tesis o fórmulas de las teorías existentes, hay que aplicarlas de acuerdo con las propias realidades concretas y peculiaridades tras analizar de qué época son las exigencias que reflejan y bajo qué premisas se crearon. La teoría que no se aviene a la práctica revolucionaria concreta no sirve para nada. El punto de partida para dirigir la lucha revolucionaria y la labor de la construcción no son las tesis o fórmulas de alguna teoría existente

sino la realidad palpitante. El problema no reside en si lo que se propone corresponde o no a la teoría existente, sino en si está de acuerdo o no a las exigencias e intereses de las masas populares, en si se adapta o no a las condiciones subjetivas y objetivas del período histórico determinado. Si conviene, no hay porque verse restringido por tesis o fórmulas existentes.

Para llevar la lucha revolucionaria por un cauce correcto, es preciso buscar en forma activa nuevos principios y vías para la revolución y la construcción que se avengan a las condiciones históricas de la época y a la situación concreta del país en cuestión.

Buscar nuevos principios y vías de la revolución a tenor de las exigencias de la realidad, es de la mayor importancia en nuestra época. En vista de que la revolución y la construcción se profundizan y desarrollan en una medida sin precedentes y se plantean muchos problemas teórico-prácticos, nuestra época exige crear teorías directivas, estrategias y tácticas revolucionarias convenientes a la realidad de hoy, y desarrollar de manera creadora las teorías revolucionarias de la clase obrera.

Las actividades teóricas de nuestro Partido, que esclareció los principios y las vías originales de la revolución conforme a las exigencias de la práctica revolucionaria de nuestra época, constituyen un brillante ejemplo por haber defendido los principios revolucionarios del marxismo-leninismo y desarrollado las teorías revolucionarias de la clase obrera hasta alcanzar una etapa superior.

En la revolución y la construcción es importante asumir una actitud crítica y creadora con respecto a las experiencias ajenas.

Las experiencias de otros países, en todo caso, reflejan sus condiciones socio-históricas y sus peculiaridades nacionales. Para los demás, hay en ellas cosas necesarias y útiles pero también las que no lo son, hay cosas que se adaptan a la realidad y otras que no. De ellas se debe aceptar sólo las beneficiosas, no las demás. Aun en el caso de introducir experiencias positivas se debe mantener la posición de no asimilarlas como están, sino luego de transformarlas y adaptarlas a la realidad del país respectivo.

Es necesario consultar las experiencias ajenas, pero en la medida de lo posible se debe aprovechar las propias.

Es un error tanto el tratar de copiar a ciegas lo ajeno como el no querer aprender modestamente de las valiosas experiencias de otros. Lo importante es qué actitud se toma ante ellas. A lo que nos oponemos es a la actitud dogmática: adorar a ciegas y sin espíritu creador las experiencias ajenas y aceptar sin consideración lo que no se adapta a la realidad. Esta actitud impide trazar correctamente la línea y la política acordes con las exigencias de desarrollo de la revolución del propio país y las aspiraciones del pueblo, y, a la larga, obstruye la revolución y la construcción.

El solventar todo de acuerdo con la realidad encarnando en ello el espíritu creador, es realmente un método científico y revolucionario que rechaza tanto el servilismo hacia las grandes potencias como el dogmatismo, y permite llevar a buen término la revolución y la construcción.

3) HAY QUE CONCEDER ATENCION PRIMORDIAL AL FACTOR IDEOLOGICO

Dado que la conciencia ideológica independiente de las masas populares desempeña el papel determinante en el movimiento revolucionario, es preciso, en la revolución y la construcción, conceder la atención primordial al factor ideológico y anteponer a todas las demás tareas el trabajo político, el de superación ideológica, destinado a despertar la conciencia y la actividad de las masas populares.

(1) Priorización de la superación ideológica

La superación ideológica es una tarea importante, encaminada a hacer de las gentes unos comunistas auténticos.

El Líder planteó como una tarea revolucionaria importante para transformar a toda la sociedad según los requerimientos de la idea Juche, la de preparar a todos sus integrantes como comunistas de tipo jucheano mediante su dotación con la conciencia revolucionaria y de clase obrera y su intelectualización.

Para construir el socialismo y el comunismo es imprescindible, además de desarrollar las fuerzas productivas y cambiar las relaciones sociales, convertir a los mismos hombres en comunistas de polifacética preparación. Por más elevado que sea el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por muy abundantes que sean los bienes materiales, no se puede afirmar que se haya construido la sociedad comunista mientras las gentes, dueñas de la sociedad, no se hayan convertido en comunistas.

Para convertir a las gentes en comunistas integralmente desarrollados, en seres independientes y creadores, hay que dotarlas de ideas comunistas, instruirlas en los últimos logros de las ciencias y las tecnologías, y elevar su nivel cultural.

Es preciso, sobre todo, dedicar la atención primordial a armar a las gentes con la ideología comunista.

La transformación del hombre es, en su esencia, la superación ideológica. La ideología determina el valor y las cualidades del hombre, y por eso la cuestión de capital importancia en la transformación del hombre es su formación ideológica.

Esta es una tarea más difícil que la de mejorar las condiciones de la vida material de los hombres o la de elevar su nivel cultural-técnico. Su conciencia ideológica se restringe por la situación socio-económica y por las condiciones de vida materiales, pero no se supera espontáneamente por mejorar éstas. Los rezagos de las viejas ideas son muy conservadores y persistentes. La formación ideológica es una tarea compleja y duradera, y necesita esfuerzos intensos para el éxito.

La superación ideológica del hombre es una revolución seria. Es una lucha encaminada a eliminar por completo de la mentalidad del hombre los remanentes de la vieja sociedad y pertrechar a todos los trabajadores con la avanzada ideología de la clase obrera, la comunista; es asimismo la forma principal de lucha de clases en la sociedad socialista, donde han sido derrocadas las clases explotadoras. A fin de transformar a las gentes por la vía comunista hace falta combatir, aun después del establecimiento del régimen socialista, la penetración de las ideas y de la cultura reaccionarias de los imperialistas y, al mismo tiempo, seguir impulsando consecuentemente la revolución ideológica con el propósito de limpiar la mentalidad de las gentes de los rezagos de las viejas ideologías y dotarlas con nuevas ideas comunistas.

La cuestión cardinal en la superación ideológica es establecer el concepto revolucionario del mundo, el concepto de la revolución.

Para preparar a las personas como fervientes revolucionarios comunistas que luchen con total entrega de sí mismos en aras de la causa del socialismo y el comunismo, es necesario cultivarles una correcta concepción de la revolución. La actitud y el grado de participación en la revolución dependerán, a fin de cuentas, de la concepción que tengan acerca de ella.

Los militantes de nuestro Partido y los demás trabajadores deben poseer la concepción jucheana de la revolución, la que se traduce en el punto de vista y en la postura de considerar a la revolución a partir de las masas populares, y en el espíritu revolucionario de luchar resueltamente en su favor.

El núcleo de la concepción jucheana de la revolución lo constituye la fidelidad al partido y al líder. La causa del socialismo y el comunismo se inicia por el líder y se lleva adelante bajo su dirección y la del partido. El movimiento revolucionario puede triunfar solo cuando cuenta con esa dirección. Por eso, para establecer correctamente la concepción de la revolución hay que prestar siempre la atención primordial al cultivo del alto espíritu de fidelidad al partido y al líder.

Con objeto de poseer en su debida forma esa concepción es necesario nutrirse al máximo con las ideas y teorías revolucionarias. Sólo así será posible conocer claramente la legitimidad del desarrollo de la

revolución, tener una fe firme en el porvenir de la revolución y luchar hasta el fin sin vacilación ni titubeo alguno en cualesquiera circunstancias adversas.

Para tener una correcta concepción de la revolución hay que poseer, además, un espíritu revolucionario comunista, que consiste en el elevado espíritu de abnegación dispuesto a consagrar todo lo suyo en aras del partido y el líder, de la clase obrera y el pueblo; un implacable odio y aborrecimiento a los enemigos de la revolución; y un indomable espíritu revolucionario de luchar sin tregua y resueltamente, conservando la entereza revolucionaria y sin vacilar en lo más mínimo, en cualquier situación difícil. Implica asimismo el espíritu revolucionario de apoyo en las propias fuerzas, o sea, el de superar valerosamente las dificultades y obstáculos que bloquean el avance y resolver todos los problemas valiéndose de los propios recursos, además de un sólido sentido de organización y de disciplina: estimar en mucho la organización revolucionaria y observar a conciencia su disciplina. Sólo quien posea este espíritu revolucionario y comunista podrá ser un revolucionario auténtico.

Sólo cuando se tenga por credo la idea y la teoría revolucionarias y se posea un firme espíritu revolucionario y comunista, se podrá decir que se tiene una correcta concepción de la revolución.

Ello se prueba en la práctica revolucionaria, la cual constituye un medio eficaz para la superación ideológica del hombre y, al mismo tiempo, un criterio para comprobar sus ideas. Al margen de la práctica y de los actos del hombre, no es posible comprobar ni apreciar su ideología. La práctica revolucionaria de los comunistas es precisamente su esfuerzo por materializar las ideas revolucionarias de su líder, y la línea y la política de su partido. Aquellos que, fieles a la idea revolucionaria del líder, luchan por todos los medios para poner en práctica la línea y la política del partido, son auténticos revolucionarios comunistas, dotados firmemente de la concepción de la revolución.

Si se tiene o no un correcto concepto de la revolución, eso se pone de relieve, sobre todo, en tiempos difíciles. La verdadera naturaleza del hombre se revela en los momentos críticos. Los que están dispuestos a ser invariablemente fieles al partido y el líder, aun a costa de su vida, y saben mantener el espíritu y la entereza revolucionarios aun en el cadalso, son auténticos revolucionarios dotados de una firme concepción jucheana de la revolución.

Para hacerse un revolucionario comunista bien pertrechado con esta concepción, hay que aplicarse en el estudio revolucionario.

El estudio es el medio principal para armarse con las ideas, teorías, estrategia y tácticas de la revolución. Sin estudiar es imposible conocer la verdad de la lucha revolucionaria, ni poseer una amplia visión clasista y revolucionaria. El que hace la revolución siempre tiene que considerar el estudio como su primer deber y seguir aplicándose en él toda la vida. Pero su finalidad no está en adquirir simplemente teorías y conocimientos. Hay que hacer una convicción de las teorías y conocimientos revolucionarios que se adquieren en el estudio.

Para hacerse un revolucionario comunista con una concepción justa de la revolución, es necesario tomar parte activa en la vida orgánica revolucionaria.

La vida orgánica es un modo de vivir revolucionario que emana de la naturaleza del movimiento comunista, y una escuela para la forja revolucionaria. Fuera de esta vida el hombre no puede prepararse como revolucionario ni conservar su vida política. La vida física la recibe de los padres, pero la política la puede tener y llevar dignamente a través de sus actividades en la organización.

La vida orgánica revolucionaria debe acompañarse siempre de una intensa lucha ideológica. Sólo promoviendo vigorosamente la educación y la lucha ideológicas a la vez, los hombres se despertarán y se forjarán en el plano político e irán completando sus rasgos ideológicos y espirituales como revolucionarios. El partido de la clase obrera, tomando siempre el control de la vida orgánica revolucionaria, debe forjar a las gentes como fervorosos comunistas en el crisol de la lucha ideológica.

Para hacerse un revolucionario comunista pertrechado con una

correcta concepción de la revolución, hay que forjarse en el curso de la práctica revolucionaria.

Es en la lucha revolucionaria donde el revolucionario se forja en lo ideológico y volitivo, y donde adquiere los rasgos y las cualidades que le corresponden. La lucha de clases es la más aguda lucha revolucionaria. En el proceso de esta lucha los hombres toman una elevada conciencia clasista, llegan a saber distinguir certeramente a los enemigos de los amigos y se educan en el espíritu de luchar intransigentemente contra los enemigos de clase. El esfuerzo por la construcción económica socialista es también una importante forma de la lucha revolucionaria. Unicamente mediante una activa participación en la lucha práctica por la producción y la construcción pueden tener fe en la justeza y la victoria de la causa del socialismo y el comunismo, además de adquirir el auténtico espíritu y los rasgos revolucionarios de la clase obrera.

A través del estudio, la vida orgánica y la práctica revolucionarios, debemos preparar a los militantes del Partido y a los demás trabajadores como revolucionarios comunistas con una firme concepción jucheana de la revolución, como auténticos combatientes revolucionarios que luchen con abnegación por dar cima a la causa revolucionaria del Juche, iniciada por el Líder.

(2) Priorización del trabajo político

Para llevar a feliz término las tareas revolucionarias hay que efectuar ante todo el trabajo político destinado a educar y mover a las masas.

Como son los hombres quienes hacen la revolución y la construcción, el éxito en la lucha revolucionaria y la construcción del socialismo y el comunismo depende, en fin de cuentas, de cómo se realiza la labor con ellos. Esta es, en esencia, una labor política, un trabajo con las ideas de la gente. Priorizarla significa dotar a las masas populares de la línea y la política del partido, y elevar su fervor revolucionario antes de emprender cualesquiera otras tareas de manera que ellas mismas, con elevada conciencia y actividad, lleven a buen término la lucha revolucionaria y la labor constructiva. La revolución es, de entrada, una lucha voluntaria. No se la hace a instancias ajenas ni para cobrar remuneraciones, sino partiendo, en todo caso, de la propia fe y conciencia políticas. Por eso, en la lucha revolucionaria hay que tomar como firme principio poner al rojo vivo la conciencia y la actividad de las gentes mediante la priorización constante del trabajo político.

Dar preferencia a este trabajo es una necesidad derivada de la naturaleza del régimen socialista. En la sociedad socialista, como las masas populares son dueñas de todo, a diferencia de la sociedad capitalista, donde son víctimas de la opresión y la explotación, es legítimo apoyarse en su alta conciencia política y su fervor revolucionario. Sólo si se eleva el entusiasmo consciente de los trabajadores, protagonistas de la revolución, mediante la priorización del trabajo político, es posible demostrar las ventajas del régimen socialista y dar un impulso enérgico a la construcción socialista.

Dar prioridad al trabajo político no significa menospreciar la labor administrativo-práctica o la económico-técnica.

Como nos enseñó el Líder, mientras se prioriza el primero, hay que impulsar las demás en combinación adecuada con él. La edificación del socialismo y el comunismo es una empresa altamente organizada que se realiza de modo planificado a escala de toda la sociedad, y es una labor compleja que se efectúa sobre la base de la ciencia y la técnica modernas. La minuciosa labor administrativo-organizativa y la técnico-económica fundamentada en la ciencia son exigencias ineludibles de la construcción del socialismo y el comunismo. Pero serán exitosas a condición de que les preceda un trabajo político. Si se ignora este trabajo y se ocupa sólo en la labor profesional, la técnico-económica, no se puede cumplir con éxito ninguna tarea revolucionaria.

Para movilizar con éxito a las masas populares en la construcción del socialismo es preciso combinar en la justa medida el estí-

mulo político-moral y el material, considerando como principal al primero.

La peculiaridad esencial de la sociedad socialista reside en su carácter comunista. El estímulo político-moral deriva de este carácter y se necesita para afianzarlo. Como la sociedad socialista es transitoria, se necesita aplicar en ella, desde luego, el principio de distribución consecuente: según la calidad y la cantidad del trabajo realizado y no se debe ignorar el estímulo material. Pero, dar prioridad a éste menospreciando el estímulo político-moral, contraviene el carácter esencial del régimen socialista. Es una tendencia muy peligrosa y nociva que fomenta el egoísmo entre los trabajadores, haciéndolos pensar sólo en el dinero y en los bienes materiales y, como consecuencia, perjudica al régimen socialista y a las conquistas de la revolución. Bajo el socialismo, lo principal ha de ser, en cualquier caso, el estímulo político-moral. La superioridad esencial del régimen socialista reside en que las masas populares, dueñas de todo, unidas con firmeza trabajan conscientemente en bien del país, el pueblo, la sociedad y la colectividad. Unicamente si prevalece el estímulo político-moral, podrán las masas populares, adoptando la debida posición y actitud como dueñas del país y encargadas de la revolución trabajar con entusiasmo consciente.

El trabajo político debe realizarse con métodos persuasivos y educativos. Es una labor para con la gente, que persigue despertar su conciencia ideológica. Con el método burocrático de ordeno y mando es imposible suscitar el entusiasmo de los hombres. Sólo apoyándose en el método de persuasión y educación, es decir de explicar y aconsejar, se puede dotar a los hombres de la idea revolucionaria, poner en pleno juego su fervor revolucionario e inagotable fuerza creadora, y estrechar aún más sus lazos con el partido.

La labor política debe efectuarse con originalidad, con diversas formas y métodos. Dado que se trata de una labor creadora que se lleva a cabo en condiciones y circunstancias diferentes y se dirige a personas con grados de preparación y características diferentes, no es posible valerse sólo de una misma receta o un molde. Debe ser realizada de manera eficiente y dinámica, con diversas formas y métodos, de acuerdo con la realidad.

La labor política debe convertirse en una obra de las mismas masas. Como está llamada a educar y mover a grandes masas, no se podrá cumplir sólo con los esfuerzos de unas cuentas personas. Originalmente los revolucionarios deben ser, sin excepción, trabajadores políticos, educadores y organizadores de las masas.

Como enseñó el Líder, hacer que uno solo eduque y movilice a diez hombres, estos diez a cien hombres y estos cien a un millar, es un método excelente que incorpora a muchos hombres en la labor política y la convierte en una tarea de las propias masas.

La labor política debe ligarse estrechamente con la práctica revolucionaria. Persigue el importante propósito de asegurar el cumplimiento exitoso de la tarea revolucionaria presentada. Sus frutos deben manifestarse y ser apreciados por los éxitos de la práctica revolucionaria y constructiva. No sirve para nada aquella labor política alejada de la realización de la tarea revolucionaria, la que no da ninguna ayuda a la revolución y la construcción.

Debemos construir mejor y con mayor rapidez el socialismo y el comunismo, ateniéndonos siempre con firmeza al principio de priorizar la labor política, cuya justeza y vitalidad han sido probadas en la práctica revolucionaria.

5. SIGNIFICACION HISTORICA DE LA IDEA JUCHE

La idea Juche ejerce poderosa influencia sobre la vida ideológico-espiritual de la humanidad y el proceso de transformación revolucionaria del mundo. Goza de gran simpatía entre los pueblos del orbe y da un fuerte impulso al movimiento histórico de nuestra época por alcanzar la independencia.

Se ha reconocido la idea Juche como una corriente ideológica de la época, y con el desarrollo de la historia crecen su fuerza de atracción e importancia revolucionaria.

La idea Juche ha dado la auténtica concepción revolucionaria del mundo que representa nuestra época, la época del Juche. Este es su importante aporte histórico al desarrollo ideológico de la humanidad y a su causa por la liberación.

El criterio de los hombres, su punto de vista y su posición con respecto al mundo han venido progresando a través de un largo proceso histórico.

La historia del desarrollo de la concepción del mundo fue una historia de la lucha entre las dos corrientes filosóficas opuestas: el materialismo y el idealismo, la dialéctica y la metafísica. El marxismo determinó el triunfo del materialismo y de la dialéctica en esta lucha. La concepción marxista del universo, materialista y dialéctica, apareció como reflejo de las exigencias de aquella época. Con la aparición de la clase obrera en el escenario histórico, se había iniciado una nueva etapa en la historia humana. Las nuevas circunstancias históricas en que se levantó el telón de la revolución contra el capital exigían con apremio una ideología revolucionaria que esclareciera a la clase obrera, alzada en la lucha, la inevitabilidad de la derrota del capitalismo y la victoria del socialismo. Lo que se planteaba entonces en primer plano era combatir el idealismo y la metafísica que pretendían divinizar el dominio del capital reaccionario y predicar su eternidad, y dilucidar una concepción científica del mundo para la clase obrera. El concepto del mundo materialista dialéctico apareció justamente reflejando estas exigencias de la época.

El avance del tiempo se acompaña del desarrollo de la concepción del mundo. La ampliación y el desarrollo ininterrumpido de la revolución que estalló con la aparición de la clase obrera, dieron inicio a una nueva época en que las masas del pueblo trabajador se convertían en dueñas de la historia desde sus apéndices que habían sido. Un nuevo período en que la clase obrera y otras masas del pueblo trabajador surgieron como una gran fuerza que domina el mundo, exigió

la aparición de una nueva concepción del universo que les permitiera ser dueñas de su propio destino, forjarlo de manera independiente y creadora, y llevar a la victoria la obra histórica de la liberación nacional, clasista y humana. Esa tarea histórica se vio realizada brillantemente con el surgimiento de la idea Juche.

La idea Juche, que aclaró la concepción del mundo de la nueva era, es actual y original en el principio filosófico en que se fundamenta.

En tiempos pasados, se consideró como el problema fundamental de la filosofía las relaciones entre la materia y la conciencia, entre el ser y el pensar. A este problema dio respuesta científica el principio del materialismo marxista sobre lo prioritario de la materia, del ser.

Puesto que ya se había dado una solución materialista al problema del origen del mundo, la idea Juche planteó originalmente como una cuestión fundamental de la filosofía la posición y el papel que el hombre ocupa en el mundo y dio respuesta al problema de quién es el dueño del mundo.

El principio filosófico de la idea Juche, que definió la posición y el papel que el hombre asume como dueño del mundo, se asienta en la nueva apreciación de los seres humanos.

El problema del hombre fue un tema muy discutido por los filósofos precedentes, pero se limitaron, en su mayoría, a retratarlo abstractamente en el puro aspecto humano, al margen de sus relaciones sociales. Fue el marxismo el que abordó y solucionó el problema de la esencia del hombre en medio de sus relaciones sociales.

La idea Juche dio una nueva aclaración a las características esenciales del hombre en función de las relacione sociales. Al definir que el hombre es un ser social con la independencia, la facultad creadora y la conciencia, le ha dado una perfecta configuración filosófica. El que la idea Juche estableciera, sobre la base de la apreciación científica del ser social, el principio filosófico de que el hombre es el dueño de todo y lo decide todo, constituyó el descubrimiento de una verdad filosófica que ha imprimido una nueva modificación de la concepción del mundo.

La idea de que el hombre es el dueño y factor determinante de todas las cosas, es decir, que el hombre es el dueño del mundo y de su propio destino, el transformador del uno y forjador del otro, se opone diametralmente al idealismo y a la metafísica. Mientras el idealismo se reduce al misticismo que sostiene que el destino del mundo y del hombre es regido por una "fuerza" sobrenatural, la metafísica se reduce al fatalismo según el cual todas las cosas del mundo son invariables y, por tanto, el hombre debe obedecer a su destino. La doctrina de que el hombre es el dueño del mundo y de su destino y es capaz de transformar el uno y de forjar el otro, tiene como premisa la posición materialista y dialéctica, que niega el misticismo y el fatalismo.

La idea Juche, al definir de modo original el principio de que el hombre, producto superior de la evolución del mundo material, gobierna, transforma y desarrolla este mundo, dilucidó en un nuevo plano el fundamento de la concepción del mundo, la que, según el principio filosófico del Juche, está centrada en el hombre.

La historia conoce diversas formas de concepción del mundo, pero ninguna que definiera el criterio y la posición hacia el mundo con referencia al hombre. No lo pudieron hacer ni los materialistas del pasado que consideraban al mundo como formado de materia y ni mucho menos los idealistas que lo reducían al concepto o al espíritu.

La idea Juche, al presentar al ser humano no como un simple componente del mundo sino como el que lo domina, estableció una nueva concepción que trata al mundo y a su evolución a partir de ese hombre, lo que no ocurrió nunca antes. El punto de vista y la posición de Juche, al conceptuar así al mundo, constituyen una segura garantía para el conocimiento y la práctica independientes y creadores de los hombres con el fin de transformar al mundo y forjar su propio destino.

La idea Juche, que dilucida el criterio y la posición de tratar al mundo sobre la base del hombre, ha renovado los criterios sobre la historia social. En tiempos premarxistas, hasta los partidarios del materialismo y la dialéctica mantuvieron una posición idealista con respecto a la historia social. El marxismo, al aclarar que la sociedad y la naturaleza pertenecen al mundo material y se transforman y desarrollan en virtud de leyes universales que rigen la evolución del mismo, negó los criterios idealistas sobre la historia social.

La idea Juche, reconociendo estas leyes universales del desarrollo del mundo material que influyen sobre la historia de la sociedad, determinó las leyes inherentes de esta historia. He aquí un aporte inapreciable que ha hecho la idea Juche al perfeccionamiento de la concepción de la clase obrera sobre la historia social.

Las masas populares son el sujeto de la historia, todo movimiento en la historia social es un movimiento independiente y creador de ellas, y su conciencia ideológica independiente desempeña el papel decisivo en la lucha revolucionaria; este principio de la historia social forma el contenido principal del concepto jucheano de la historia. Esto constituye una nueva aclaración de la esencia, del carácter y de la fuerza impulsora del movimiento en la historia social, es decir, el movimiento de su sujeto.

La idea Juche estableció un nuevo punto de vista y postura de considerar el desarrollo de la historia y la revolución de la sociedad a partir de su sujeto, es decir, de las masas populares.

Al ofrecer una concepción del mundo, un concepto de la historia social centrado en el hombre, la idea Juche ha generado un gran viraje en el desarrollo de la visión del mundo. Si el marxismo creó por primera vez la concepción revolucionaria del mundo de la clase obrera, la idea Juche la perfeccionó, desarrollándola hacia una etapa superior.

Esta idea, la concepción revolucionaria del mundo que representa una nueva época histórica, época del Juche, da golpes irreparables a toda clase de tendencias ideológicas reaccionarias y contrarrevolucionarias y orienta por un cauce justo el movimiento de avance de la humanidad que aspira a la soberanía, la independencia, el socialismo y el comunismo.

La idea Juche abrió una nueva etapa más alta en el desarrollo de la teoría revolucionaria de la clase obrera, lo cual constituye otro

aporte de trascendencia histórica a la causa revolucionaria de la clase obrera, a la causa de la liberación de la humanidad.

Han transcurrido muchísimos años y el movimiento revolucionario ha avanzado lejos desde que apareciera la teoría revolucionaria de la clase obrera. La práctica revolucionaria de una nueva época ha exigido desarrollar la teoría correspondiente a las nuevas condiciones históricas. La idea Juche, al formular el principio fundamental de la revolución de que las masas populares son dueñas de la revolución y la construcción y tienen fuerzas para impulsarlas, permitió que se crearan, partiendo de este principio, las nuevas teorías revolucionarias requeridas por nuestra época.

La idea Juche proporciona un sólido fundamento para desarrollar la teoría revolucionaria de la época del Juche. Desarrollar la teoría revolucionaria sobre la base de esta idea significa esclarecer los principios y leyes del movimiento revolucionario poniendo en su centro a las masas del pueblo trabajador, dueñas de la revolución y la construcción.

Desarrollar la teoría revolucionaria poniendo en su centro a las masas del pueblo trabajador, es un requerimiento del movimiento revolucionario de la época del Juche. Sólo así es posible dilucidar con acierto los principios y las leyes de este movimiento en nuestra época, cuando las masas del pueblo trabajador aparecen como dueñas del mundo y, en función de su conciencia ideológica independiente y su facultad creadora, se desarrolla con una gran dimensión y se profundiza la lucha revolucionaria. La idea Juche, al desarrollar de esta manera la teoría revolucionaria, ha podido dar una aclaración total a la teoría revolucionaria llamada a lograr la independencia de las masas del pueblo trabajador y convertir así la teoría de la clase obrera en una teoría cabal integrada por las teorías sobre la liberación nacional, clasista y humana, es decir, en una consumada teoría comunista que exponga en forma global las teorías sobre la transformación de la sociedad, de la naturaleza y del hombre.

Desarrollar la teoría revolucionaria teniendo como centro a las masas del pueblo trabajador es una segura garantía para desplegarla, además de la estrategia y la táctica, de conformidad con la naturaleza del movimiento revolucionario.

Como todo movimiento revolucionario es una obra para las masas del pueblo trabajador y se impulsa por ellas mismas, la teoría, la estrategia y la táctica de la revolución deben servir lógicamente para defender sus intereses y elevar su papel. Se puede decir que el valor de una teoría se determina según cómo defienda los intereses de las masas populares, y el efecto de una estrategia y la táctica se mide según cómo contribuyan a elevar su papel. Partiendo de la independencia, de la facultad creadora y de la conciencia de las masas populares, la idea Juche ha podido formular teorías, estrategias y tácticas capaces de defender sus intereses fundamentales y dar rienda suelta a su elevado entusiasmo revolucionario e inagotable fuerza creadora. Así fue como la teoría revolucionaria de la clase obrera se convirtió en la más poderosa doctrina revolucionaria destinada a defender fielmente los intereses de las masas del pueblo trabajador y elevar al máximo su papel.

La idea Juche sirve de guía, además, para ofrecer interpretaciones atinadas a las teorías revolucionarias precedentes. Esas teorías de la clase obrera se crearon teniendo como premisa las condiciones y tareas de sus épocas respectivas, diferentes a las de hoy, pero tienen comunidad con la inspirada en la idea Juche en lo referente al ideal y a la misión clasista. La idea Juche ha hecho posible aplicarlas y desarrollarlas conforme a las exigencias de la práctica revolucionaria de nuestra época, al presentar el principio de mantener una actitud creadora ante las teorías y experiencias ya existentes. De modo especial, al pronunciar por el mantenimiento de la posición de defender resueltamente y alcanzar la independencia de la clase obrera y de otras masas del pueblo trabajador, permite detectar y superar con éxito el revisionismo y todas las demás formas de oportunismo que se alejan de la revolución a mitad del camino o que niegan la lucha de clases, y mantener firmemente el principio clasista y el espíritu de la revolución permanente en la teoría revolucionaria de la clase obrera.

La teoría revolucionaria jucheana es la auténtica doctrina de la

clase obrera de la época del Juche e inmortal doctrina comunista que siempre triunfará, lo mismo que la lucha por la independencia de las masas del pueblo trabajador.

De una gran idea emana una gran práctica. La gran idea Juche, que ha aclarado desde un nuevo punto de vista el principio filosófico y las leyes del movimiento histórico-social y del movimiento revolucionario, y que ha formado sobre fundamentos científicos los principios directivos de la revolución y la construcción, ha producido grandes cambios en la práctica revolucionaria.

Ante todo, al materializarse brillantemente en la revolución coreana, ha alcanzado grandes victorias.

La revolución coreana se guía por la idea Juche y al margen de ésta no es posible imaginar ninguna de sus victorias. Al avanzar bajo la bandera de la idea Juche la revolución coreana pudo librarse de las tormentas en su origen, causadas por el servilismo hacia las grandes potencias y el dogmatismo, y abrir victoriosamente el duro camino de lucha sembrado de dificultades y pruebas.

La idea Juche ha conducido a la revolución y la construcción por un camino más recto, por nadie transitado antes. La revolución coreana ha abierto el sendero más recto para la liberación nacional en las colonias y allanado el atajo hacia el socialismo. Ha creado la mejor forma de vida socialista, que los extranjeros llaman el "modelo del socialismo", y está abriendo victoriosamente un nuevo camino hacia el socialismo y el comunismo. A la luz de la idea Juche, hemos recorrido el camino más directo logrando en breve lapso grandes victorias que asombran al mundo en la lucha por la soberanía, la independencia y el socialismo.

La idea Juche ha devenido una realidad irrefutable en nuestro país. Son sus valiosos frutos los cambios trascendentales y las obras monumentales realizados por nuestro pueblo, que hoy, con el alto orgullo y la dignidad de haber alcanzado brillantes victorias y méritos bajo la bandera de la idea Juche, se empeña en la batalla histórica para transformar toda la sociedad tal y como lo exige dicha doctrina.

La idea Juche, por reflejar el deseo común de los pueblos de la

Tierra que aspiran a la independencia, ejerce una poderosa influencia sobre el desarrollo del movimiento revolucionario de nuestra época, encaminado a crear un nuevo mundo independiente.

La idea Juche ha enseñado una nueva vía de la revolución, un ancho camino para llevarla a cabo de manera independiente y creadora.

Nuestra época, cuando el movimiento revolucionario se desarrolla en diversas formas por unidad de Estado nacional, exige que cada pueblo, consciente profundamente de ser el protagonista de su revolución, cumpla debidamente con la misión que le corresponde. Esto es un problema tanto más imperioso cuanto que se deja sentir la influencia del servilismo hacia las grandes potencias, el dogmatismo y otras ideologías erróneas. Al señalar el camino de hacer la revolución de manera independiente y creadora, la idea Juche guía al pueblo de cada país a liberarse de toda forma de trabas de las viejas ideologías que le impiden el desarrollo independiente y a tener bien presente su responsabilidad como encargado de la revolución, así como a trazar, según su propio juicio y fe, la línea y la política que se ajusten a la realidad de su país, y llevar a cabo la revolución movilizando sus fuerzas creadoras. Asimismo, ha permitido que los pueblos, en sus diferentes condiciones históricas y etapas de desarrollo, libren, con fe en el triunfo, una vigorosa lucha por lograr la liberación nacional y clasista, y por construir el socialismo y el comunismo.

La idea Juche ha abierto un nuevo camino al movimiento comunista internacional que avanza sobre la base de la independencia, y ha abierto una nueva era en el desarrollo de las relaciones internacionales.

El movimiento comunista es un movimiento independiente que despliegan el partido y el pueblo de cada país con el propósito de poner fin a toda forma de subyugación y desigualdad, y de convertirse en auténticos dueños de sus propios destinos; por eso, aquí no puede existir discriminación de superior e inferior, o de dueño y servidor. La independencia es la vida para los países o naciones, y entre

éstos no se pueden tolerar relaciones de dominio y sometimiento, de ordeno y sumisión. La idea Juche definió la independencia como principio fundamental de las relaciones entre los partidos y entre los Estados, con lo cual impuso un nuevo viraje en el desarrollo del movimiento comunista internacional y en las relaciones internacionales. Hoy en día, el principio de la independencia muestra cada día mayor vitalidad como firme principio que garantiza el progreso de este movimiento y rige las relaciones entre los partidos comunistas y obreros, así como sirve para los países recién independizados y otros países del mundo con diferentes regímenes sociales, como un reconocido principio para el desarrollo de sus relaciones estatales y como una poderosa arma contra los imperialistas que imponen el sometimiento y la desigualdad.

La idea Juche es de veras una inmortal bandera de lucha, una bandera victoriosa de las masas populares que se esfuerzan por construir un nuevo mundo y forjar su propio destino.

* * *

Nuestro Partido y nuestro pueblo, que bajo la dirección del gran Líder y con la bandera de la idea Juche en alto han recorrido la gloriosa trayectoria de luchas y victorias durante más de medio siglo, también en el futuro deberán enarbolar ese estandarte en su vigoroso combate.

Nuestra revolución aún no ha culminado; aún tenemos por delante tareas revolucionarias complejas y difíciles. Sólo si seguimos sosteniendo en alto la bandera de la idea Juche en nuestra lucha, podremos aproximar la reunificación de la Patria y la victoria final de la causa del socialismo y el comunismo, superando cualquier dificultad y prueba.

Es nuestro deber armarnos más firmemente con la idea Juche y

ejecutar hasta sus últimas consecuencias la línea y la política del Partido, que son la encarnación misma de esta idea, para realizar con éxito el programa de éste para la transformación de toda la sociedad según la idea Juche.

A fin de hacer realidad este programa, hay que pertrechar cabalmente con la idea Juche a todos los militantes del Partido y a los trabajadores en general para que luchen con tenacidad, siguiendo el camino señalado por ella, en cualquier momento y lugar.

Importante deber asume el campo de la teoría científica para dotar a aquéllos con la idea Juche y ponerla en práctica.

Priorizando el estudio y la difusión de la idea Juche es posible armarlos firmemente con la concepción revolucionaria del mundo basada en esta idea, y aplicarla a fondo en el proceso de la revolución y la construcción.

Todos los sociólogos y teóricos, profundamente conscientes de la gran importancia de su responsabilidad, deben producir un nuevo viraje en el estudio y la propaganda de la idea Juche.

A las ciencias sociales les incumbe profundizar en el estudio de la idea Juche y las ideas y teorías esclarecidas por ella.

Los sociólogos tienen que estudiar en toda su extensión los postulados y los principios rectores de la idea Juche, las ideas y teorías aclaradas por ésta, así como las proezas y las experiencias que nuestro Partido ha obtenido aplicándola en la revolución y la construcción.

Es un deber de nuestras ciencias sociales dar respuestas teóricas atinadas a las cuestiones apremiantes que se plantean en las prácticas revolucionarias. El personal de esta esfera deberá profundizar en el estudio de la idea Juche, prestando primordial atención a la solución de los problemas prácticos, para dar correctas aclaraciones teóricas a los problemas que surjan en la revolución y la construcción.

La idea Juche ha dejado abierto un ancho terreno para desarrollar todas las ramas de las ciencias sociales sobre un nuevo fundamento.

Debemos profundizar y promover sin cesar las investigaciones tomando la idea Juche como su fundamento ideológico-teórico y

metodológico para recoger nuevas y ricas cosechas en todas las ramas de las ciencias sociales.

Hay que reforzar la enseñanza de la idea Juche.

Nuestros establecimientos docentes son centros de enseñanza de la idea Juche y la instrucción escolar en nuestro país debe estar impregnada de esta idea.

Todas las instituciones docentes deben elevar decididamente la calidad de la educación en la idea Juche de modo que al graduarse del curso medio superior los estudiantes posean las bases de la concepción revolucionaria jucheana del mundo y, al egresar de la universidad, ya la hayan asimilado por completo.

Especialmente, los centros de docencia superior deben intensificar la enseñanza sobre las ideas y teorías del Juche. Deben combinar adecuadamente la educación en la concepción del mundo con la enseñanza de los conocimientos de las especialidades respectivas. A través de sus facultades de ciencias sociales formarán bien en los estudiantes la concepción revolucionaria jucheana del mundo, por un lado, y por el otro, intensificarán su instrucción especializada para prepararlos como excelentes especialistas pertrechados firmemente con la ideología y la teoría del Juche.

Es necesario que los cuadros, los militantes del Partido y los trabajadores estudien con aplicación la idea Juche.

El trabajo de propaganda teórica del Partido se orienta a dotarlos a cabalidad con la ideología y la teoría del Juche.

La idea Juche sirve de valioso alimento ideológico y espiritual para mantener la vida política de los auténticos revolucionarios de tipo Juche. Los que quieran ser tales revolucionarios, sin excepción, deberán estudiar a fondo la idea Juche.

Todos los cuadros, militantes del Partido y trabajadores se aplicarán siempre en el estudio de la ideología y la teoría del Juche hasta que formen parte de su propia carne y de sus propios huesos.

Los trabajadores del campo de la teoría científica y de la prensa deben escribir gran cantidad de libros y artículos de alto valor que expliquen en su debida profundidad la ideología y la teoría del Juche

y así harán una contribución activa a dotar consecuentemente a los cuadros, a los militantes del Partido y a los trabajadores con la idea Juche.

En el terreno de la teoría científica hay que librar una tenaz lucha contra las ideas burguesas reaccionarias y contra toda clase de corrientes ideológicas oportunistas, así como mantener inmaculada la pureza de la idea Juche.

El personal de esta esfera revelará con agudeza la esencia reaccionaria y la nocividad de toda idea opuesta a la idea Juche y vigilar rigurosamente por que no penetre en nuestras filas el menor elemento ideológico ajeno a la clase obrera y a la revolución. Combatirá con intransigencia a las ideas burguesas, al confucianismo feudal, al revisionismo, al servilismo ante las grandes potencias, al dogmatismo y a otras corrientes ideológicas reaccionarias y contrarrevolucionarias, y defenderá resueltamente la idea Juche, frustrando las maniobras de toda índole de los reaccionarios y los oportunistas.

Además, tomando como una firme credo la gran idea Juche, orientará todas sus actividades a estudiar, propagar, apoyar y materializar la ideología y la teoría del Juche, y explicar y divulgar en toda su extensión y profundidad la grandeza y justeza de esta doctrina.

Es muy grande el papel que desempeñan en la revolución y la construcción los sociólogos y los trabajadores teóricos, poseedores y propagadores de ideas avanzadas.

Estoy seguro de que los trabajadores de nuestro Partido en la esfera de la teoría científica, conscientes de su misión y deber como defensores y propagadores activos de la idea Juche, prestarán servicios inapreciables a la lucha por la victoria final de esta causa revolucionaria.

EL PARTIDO DEL TRABAJO DE COREA ES UN PARTIDO REVOLUCIONARIO DE TIPO JUCHEANO, HEREDERO DE LAS GLORIOSAS TRADICIONES DE LA UDI

17 de octubre de 1982

Hoy, el 17 de octubre se cumple el 56 aniversario de la fundación por el gran Líder camarada Kim Il Sung de la Unión para Derrotar al Imperialismo.

Con su creación la lucha revolucionaria de nuestro pueblo entró en un nuevo camino de su desarrollo y nuestro Partido comenzó a echar sus gloriosas raíces.

Durante más de medio siglo desde entonces, nuestro Partido ha recorrido un glorioso trayecto de lucha, en el cual ha realizado grandes proezas, de brillo eterno, y se ha fortalecido y transformado en un poderoso partido revolucionario, monolíticamente unido y cohesionado y con ricas experiencias.

Nuestro Partido, conduciendo al pueblo, alcanzó la independencia nacional, efectuó la revolución democrática y la socialista y realizó magnas obras constructivas imprimiendo un cambio radical a la fisonomía del país y levantando un "país modelo del socialismo" que admira todo el mundo. Guió a nuestro pueblo a la victoria en la difícil lucha contra la agresión armada del imperialismo norteamericano y defendió honrosamente la Patria y la revolución.

Por sus inmortales hazañas realizadas ante la Patria y el pueblo, la

época y la historia, nuestro Partido goza del apoyo y la confianza absolutos de todo el pueblo coreano.

Hoy nuestro Partido está fortalecido más que nunca en lo organizativo e ideológico como estado mayor probado de la revolución, hallándose firmemente establecido el sistema de ideología única en su seno, y lleva adelante exitosamente la tarea de la transformación de toda la sociedad según la idea Juche, con inmutable confianza en la justeza de su causa y en su victoria.

1

Nuestro Partido es un partido glorioso con larga historia, un partido revolucionario que ha allanado un nuevo camino de su desarrollo.

El partido de la clase obrera es el estado mayor de la revolución y el organizador de todas las victorias. Sin contar con su orientación, la clase obrera y otras masas populares no pueden triunfar en la lucha revolucionaria. La revolución coreana, que había sufrido vicisitudes en el período inicial del movimiento comunista, esperaba con apremio la aparición de un partido combativo capaz de llevarla al triunfo superando todas las pruebas. Pudo ver realizado brillantemente este deseo acucioso cuando tenía a su mando al gran Líder camarada Kim Il Sung.

En el período más oscuro de la dominación imperialista japonés, el gran Líder camarada Kim Il Sung, puesto a la cabeza de la revolución coreana, proyectó crear una organización de vanguardia de la revolución que desarrollara la lucha antijaponesa de liberación nacional de acuerdo con un programa correcto y apoyándose en las masas, a fin de allanar un nuevo camino de la revolución, y en 1926 fundó la Unión para Derrotar al Imperialismo.

La constitución de esta Unión fue la declaración histórica de una nueva partida del movimiento comunista y de la revolución en Corea. Desde entonces el movimiento comunista y el movimiento de

liberación nacional en Corea se separaron definitivamente de la vieja generación, contaminada por el servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo, y acogieron una nueva época que se orientaba por el principio de la independencia. Su fundación constituyó el inicio en nuestro país de la lucha por la creación de un partido revolucionario de nuevo tipo, jucheano, diferente de los anteriores. Su programa sirvió del fundamento del programa de nuestro Partido, su principio de independencia devino el principio para la construcción de nuestro Partido y sus actividades y la nueva generación de comunistas por ella formados constituyó el armazón para la fundación de nuestro Partido. Esto demuestra que precisamente de sus raíces ha crecido nuestro Partido.

La lucha por fundar un partido revolucionario, iniciada con la creación de la UDI, experimentó un nuevo avance gracias a la constitución de la Unión de la Juventud Comunista de Corea por el gran Líder camarada Kim Il Sung. Esta no fue una simple organización juvenil, sino la de vanguardia revolucionaria que dirigía en forma unificada las amplias organizaciones de masas antijaponesas, con la misión de abrir el camino de la revolución coreana en las condiciones de aquel tiempo cuando aparecía nueva generación en el movimiento comunista del país.

Como resultado de que el gran Líder camarada Kim Il Sung fundó la Unión para Derrotar al Imperialismo y la Unión de la Juventud Comunista de Corea en la segunda mitad de la década de 1920 y dirigía nuestra revolución, fueron eliminadas las deficiencias que afloraron en el movimiento comunista incipiente, se formaron muchos comunistas de nueva generación y fue puesto en el orden del día el problema de la fundación de un partido revolucionario en nuestro país.

En la reunión de Kalun, convocada en 1930, el gran Líder camarada Kim Il Sung señaló una orientación original para la fundación de un partido revolucionario al presentar una línea jucheana en cuanto a la revolución coreana.

La cláusula más importante de esta orientación fue la de crear el partido de modo independiente.

Mantener la independencia es el requisito esencial del movimiento comunista. Este es una lucha por asegurar la independencia a las masas populares en cada país, y sus encargados, sus protagonistas son comunistas y otros sectores del pueblo del país respectivo. Crear el partido de la clase obrera en cada país también es una labor que debe llevarse a cabo, en todo caso, por las fuerzas de sus comunistas desde la posición de responsables.

La orientación de fundar el Partido de manera independiente convenía también a la exigencia del movimiento comunista internacional en su nueva etapa del desarrollo. A medida que la lucha revolucionaria de la clase obrera y otras masas populares se desarrollaba con amplitud y en múltiples formas a escala mundial, la revolución en cada país, para avanzar por vía correcta, debía efectuarse de modo independiente bajo la responsabilidad de sus comunistas. Esto exigía hacer lo mismo con la labor de fundar el partido en cada país.

Otro punto importante de la orientación trazada en la reunión de Kalun para la fundación del Partido fue seguir el método de constituir primero sus organizaciones de base y luego ampliarlas y fortalecerlas, y hacer los preparativos para su fundación en estrecha combinación con la lucha antijaponesa.

Anteriormente el procedimiento general para formar el partido revolucionario de la clase obrera era reunir a los grupos de comunistas que actuaban dispersos o separar la fracción revolucionaria del partido social demócrata. Pero, en las condiciones de nuestro país fue imposible escoger este camino. Quienes en aquel período se autodenominaban comunistas eran, en su mayoría, fraccionalistas, serviles a las grandes potencias, que sólo se ocupaban de riñas sectarias y pensaban apoyarse en los otros, lo que llevó el partido a la ruina. No se podía fundar un partido revolucionario mediante la "reconstrucción" del partido disuelto o apoyándose en la vieja generación, empapada en el fraccionalismo y el servilismo hacia las grandes potencias.

Para constituir un partido revolucionario era preciso formar comunistas vivarachos de nueva generación, rompiendo relaciones

con el partido ruin y la vieja generación contaminada por el fraccionalismo y el servilismo hacia las grandes potencias, realizar la unidad ideológica y de voluntad de las filas comunistas y estrechar los vínculos con las masas. Sólo creando las organizaciones de base del partido y ampliándolas y fortaleciéndolas incesantemente era dable formar en corto tiempo a los comunistas de nueva generación procedentes de los obreros y campesinos a través de la vida organizativa e ideológica y la lucha práctica, asegurar la unidad ideológica, de voluntad y de acción y la pureza de las filas comunistas y preparar un sólido terreno de masas del partido. De igual modo, sólo impulsando los preparativos para la fundación del partido en estrecha combinación con la lucha contra el imperialismo japonés, se podía formar a excelentes comunistas medulares forjándolos y probándolos en el fragor del combate, y constituir un partido militante con una poderosa fuerza combativa.

De modo que la orientación en cuanto a la fundación del partido, trazada en la reunión de Kalun, era justa por reflejar las exigencias reales del movimiento comunista internacional y de nuestro país.

Después de la reunión de Kalun, basándose en esta orientación, presentada por el gran Líder camarada Kim Il Sung, se llevó a cabo enérgicamente la labor para la creación de las organizaciones del partido.

A principios de julio de 1930, el camarada Kim Il Sung creó en Kalun la primera organización del Partido con jóvenes comunistas de nueva generación. Era la primera que tenía la idea Juche como su idea directriz y constituía con honor el origen de nuestro Partido.

Tomándola como matriz, el camarada Kim Il Sung la iba ampliando en diversas localidades.

Gracias a su dirección y sus actividades enérgicas fue constituida, a principios de octubre de 1930, una organización del partido con los miembros medulares de las agrupaciones revolucionarias de la región de Onsong y en breve espacio de tiempo se crearon muchas organizaciones de base en los destacamentos armados y en las zonas del Este de Manchuria, a la ribera del Duman, y de las fronterizas septentrionales.

Mientras se ampliaban y fortalecían las organizaciones de base, se impulsaba el trabajo de establecer un sistema organizativo y directivo para orientarlas de modo unificado. Como resultado, se logró implantarlo desde el comité distrital hasta las células de la aldea y formar, en el seno de la Guerrilla Popular Antijaponesa, el comité en el regimiento, la célula en la compañía y el grupo en la sección.

En especial, al reorganizarse la Guerrilla Popular Antijaponesa en Ejército Revolucionario Popular de Corea en marzo de 1934, se tomaron medidas trascendentales de crear dentro de éste el comité del Partido y de encomendarle el control y la orientación sobre las organizaciones a todos los niveles en las unidades y hasta las organizaciones locales.

La creación del comité del Partido en el ERPC fue un evento de gran importancia en el movimiento comunista de Corea y en la construcción de nuestro Partido. Permitió establecer un sistema organizativo y directivo unitario sobre las organizaciones partidistas a todos los niveles y desarrollar con mayor vigor la Lucha Armada Antijaponesa y la labor constructiva de las organizaciones del Partido apoyándose en las propias fuerzas revolucionarias mejor organizadas.

A base de los éxitos logrados en la primera mitad de la década de 1930, el gran Líder camarada Kim Il Sung planeó y llevó a buen término, en la segunda mitad, las tareas para extender ampliamente en el interior del país las organizaciones del Partido, lograr la unidad de la nación entera bajo la bandera de la lucha antijaponesa, establecer un ordenado sistema de dirección unificada sobre todas las organizaciones del Partido y asegurar su dirección firme sobre la revolución coreana en conjunto. En ello tuvo una importancia histórica la reunión de los cuadros militares y políticos del ERPC, celebrada en Nanhutou en febrero de 1936.

En esta reunión el camarada Kim Il Sung hizo balance de la labor constructiva de las organizaciones del Partido en la primera mitad de la década de 1930 y presentó la orientación de dar enérgico impulso a este trabajo en escala nacional echando un firme terreno organizati-

vo e ideológico para poder declarar la fundación del Partido tan pronto como se creara una situación apropiada.

Según esta orientación, el camarada Kim Il Sung, mientras estructuraba sólidamente las organizaciones del Partido a todos los niveles en las unidades del ERPC, las amplió en el interior del país y en las zonas pobladas por los coreanos en Manchuria y, para intensificar la dirección sobre ellas, creó el comité de trabajo del Partido en el interior del país, el comité del Partido en el distrito de Changbai y el comité de trabajo del Partido en el Este de Manchuria. De esta manera, en las amplias regiones de Manchuria y en las zonas fronterizas al norte de nuestro país se extendieron rápidamente las organizaciones del Partido con un ordenado sistema organizativo y directivo.

Gracias a la expansión de las organizaciones del Partido a escala nacional y el establecimiento del sistema organizativo y directivo unificado desde el comité del Partido en el ERPC hasta las organizaciones locales, se garantizaba con firmeza la dirección única del gran Líder camarada Kim Il Sung sobre el conjunto de las organizaciones partidistas y del movimiento revolucionario en nuestro país.

La fundación de la Asociación para la Restauración de la Patria en mayo de 1936 fue un acontecimiento de significación histórica para agrupar sólidamente a los obreros, campesinos y otros sectores de las masas populares en torno al gran Líder camarada Kim Il Sung y afianzar el terreno de masas del Partido. Se trataba de una organización de frente unido nacional antijaponés bajo la dirección del Partido. Las organizaciones partidistas y los comunistas incorporaron a amplias masas populares en dicha Asociación y las movilizaron activamente a la lucha por materializar el lineamiento y la orientación juchéanos de la revolución coreana. Gracias a la fundación y la ampliación rápida de la Asociación se formó un mayor número de comunistas, se hizo más sólido el terreno de masas del Partido y se logró un nuevo avance en su dirección sobre diversos sectores del pueblo.

De este modo, en el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, merced a la creación de las organizaciones de nuestro Partido en las filas del ERPC y en amplias regiones del interior y exterior

del país y a su articulación organizativa con la Comandancia de la revolución coreana, se aseguró con éxito la dirección del Líder y del Partido sobre la revolución coreana en su conjunto.

Lo más importante en la dirección del partido sobre el movimiento revolucionario es analizar de modo científico la situación creada en cada período y trazar línea y política, estrategia y tácticas correctas para iluminar el camino de lucha.

Estas son trazadas por el líder, se discuten y deciden en las reuniones del partido. El gran Líder camarada Kim Il Sung concibió la inmortal idea Juche y, en su aplicación, planteaba en cada período un lineamiento, estrategia y táctica acertados para la revolución coreana en las reuniones de cuadros del Partido y la Unión de la Juventud Comunista y en las de cuadros militares y políticos. Esto constituía una garantía decisiva para asegurar la unidad ideológica, de voluntad y acción de las filas revolucionarias sobre la base de la idea Juche y proporcionar siempre una guía correcta de lucha a los comunistas y otros sectores del pueblo coreano en circunstancias tan difíciles. De hecho, en las condiciones de aquel tiempo las reuniones de cuadros del Partido y la UJC y las de cuadros militares y políticos reflejaban la voluntad organizativa del Partido y servían de un importante medio para realizar su dirección.

Otra tarea importante en la dirección del partido sobre el movimiento revolucionario es mantener vínculos estrechos con las masas y organizarlas para el cumplimiento de la línea y la orientación presentadas por el líder.

En aquel entonces, la lucha armada constituía la corriente principal de la revolución coreana y el objetivo principal de la dirección partidista fue llevarla a la victoria. Las organizaciones del Partido dentro del ERPC velaban por aglutinar a los militantes y otros guerrilleros en torno al Líder, explicarles la línea revolucionaria y la orientación estratégica y táctica elaboradas por el Líder y aplicarlas cabalmente. Mientras tanto, las organizaciones del Partido en diversas regiones del interior y exterior del país arraigaron profundamente en las amplias masas y desempeñaron bien su papel de educadoras y

organizadoras para movilizar a los obreros, campesinos, jóvenes estudiantes y otros sectores del pueblo a la lucha antijaponesa.

Contando así con sus propias organizaciones del Partido que los dirigían en su combate, los comunistas y otros sectores del pueblo coreano pudieron llevar la lucha de liberación nacional antijaponesa a un ascenso continuo y adelantar su victoria definitiva aun en las condiciones difíciles sin precedentes.

Después de la liberación, basándose en los éxitos y la experiencia que acumuló personalmente en la construcción del Partido durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, el gran Líder camarada Kim Il Sung constituyó sin demora las organizaciones del Partido en todas las regiones y creó el 10 de octubre de 1945 el Comité Central Organizativo del Partido Comunista de Corea del Norte. Esto fue un evento histórico que significó el cumplimiento de la tarea de la fundación del Partido, impulsada bajo su dirección durante largo tiempo. Nuestro Partido llegó a lucir con esplendor ante el mundo entero como partido revolucionario de nuevo tipo de la clase obrera que tiene la idea Juche por su idea rectora, y nuestro pueblo, bajo su dirección, llevar adelante con seguridad la edificación de una nueva sociedad.

Tras la liberación, nuestro Partido, llegado al poder, tomó un nuevo camino de su desarrollo.

La historia de su construcción después de la toma del poder se caracterizaba por el proceso de la expansión y la consolidación organizativa e ideológica de sus filas. En esto la tarea primordial era la de convertirlo pronto en un partido de masas. Cuando así arraigara profundamente entre amplias masas trabajadoras, el Partido podría movilizarlas en todos sus sectores y dirigir las labores política, económica, cultural y de otras esferas, dando un fuerte impulso a la construcción de una nueva Patria.

El gran Líder camarada Kim Il Sung, percatándose a fondo de la situación imperante y la demanda legítima del desarrollo del Partido, expuso la original línea organizativa de construir a nuestro Partido con carácter masivo y lo fusionó con otro partido de trabajadores creando un partido unificado de masas trabajadoras.

Convertir al Partido Comunista en un partido de masas constituyó una exigencia apremiante que se planteaba con el desarrollo de nuestro Partido y de nuestra revolución conforme con nuevas circunstancias de la época. En circunstancias como éstas participan ampliamente en la revolución no sólo la clase obrera sino también los campesinos y los trabajadores intelectuales, ya que las masas populares se han hecho protagonistas de la historia. Sólo cuando los agrupe en gran escala y los dirija de manera unificada, el partido de la clase obrera en poder podrá llevar a cabo exitosamente la revolución y la construcción. Incorporarlos activamente en estas empresas se presentó como una cuestión estratégica muy importante, sobre todo, en nuestro país que era en otra época una sociedad colonial y semifeudal. Después de la liberación, a medida que el Partido Comunista se fortalecía en el aspecto organizativo e ideológico y la revolución se desarrollaba, se tornaba acuciante la tarea de convertirlo en un partido unificado de masas capaz de aglutinar a las amplias masas trabajadoras en una fuerza política y movilizar su capacidad. Nuestro Partido se fusionó a tiempo con otro partido de trabajadores y admitió en su seno a gran número de elementos progresistas de entre la clase obrera, los campesinos y los trabajadores intelectuales, logrando así asegurar la firme unidad de las masas laboriosas, estrechar sus lazos con ellas y organizarlas en todos sus sectores para impulsar triunfalmente la revolución y la construcción.

Una tarea importante que se presentó para construir a nuestro Partido con carácter masivo era equilibrar la consolidación cualitativa de sus filas con su rápido crecimiento cuantitativo.

En su segundo Congreso, celebrado en marzo de 1948, el Partido planteó su afianzamiento cualitativo como el problema central de la construcción de un partido de masas y presentó tareas generales para alcanzarlo, tales como el fortalecimiento de sus células, el mejoramiento de su labor ideológica y el aseguramiento de su unidad organizativa e ideológica. A través de la lucha por realizar la orientación de consolidar cualitativamente al Partido, trazada en dicho Congreso, su labor organizativa e ideológica se mejoró, las células en general se transformaron en

organizaciones combativas y vivarachas y el nivel de preparación de los cuadros y otros militantes se elevó aún más. Como resultado, se consolidaron las filas del Partido en el aspecto cualitativo, se fortalecieron su unidad y cohesión y se incrementaron la combatividad de sus organizaciones y su capacidad rectora.

La década de 1950 fue un período histórico de significación trascendental para el fortalecimiento y el desarrollo de nuestro Partido por el cauce jucheano.

La Guerra de Liberación de la Patria contra la agresión armada del imperialismo yanqui constituyó una dura prueba para nuestro Partido. Para ganar la guerra era necesario, ante todo, fortalecer organizativa e ideológicamente al Partido y agrupar firmemente en su torno a todo el pueblo.

Aun en las condiciones de enconada guerra, el gran Líder camarada Kim Il Sung convocó el tercer, el cuarto y el quinto Pleno del Comité Central del Partido para corregir oportunamente las desviaciones y los errores aparecidos en la construcción del Partido y en su labor y orientar a robustecerlo más en el terreno organizativo e ideológico. Con motivo del tercer Pleno del Comité Central del Partido se rectificaron los fenómenos indisciplinados ocurridos durante nuestra retirada temporal, se estableció una disciplina revolucionaria dentro del Partido, mientras que a través del cuarto Pleno se eliminaron las desviaciones izquierdistas manifestadas en la labor organizativa del Partido y se expandieron y fortalecieron sus filas. De modo particular, con motivo del quinto Pleno nuestro Partido alcanzó un nuevo avance en su reforzamiento organizativo e ideológico gracias a haber movilizado a todas sus organizaciones y sus militantes en la lucha por forjarles el espíritu partidista, oponerse al sectarismo, fortalecer la unidad y cohesión de sus filas y establecer el Juche en su labor ideológica.

Por haber tomado así oportunamente medidas para reforzar sus organizaciones, nuestro Partido pudo superar todas las pruebas y asegurar firmemente la victoria en la Guerra de Liberación de la Patria.

Después del cese del fuego nuestro Partido alcanzó cambios radicales en su trabajo por establecer el Juche y afianzar la unidad y la cohesión.

Tras la victoria en la Guerra de Liberación de la Patria, aunque terminamos en corto tiempo la obra de rehabilitación de la economía nacional, nuestra situación era aún difícil. Por encima, los sectariastas que quedaban en el seno del Partido aprobaron el revisionismo y desafiaron al Partido. La situación creada exigió imperiosamente fortalecer organizativa e ideológicamente al Partido con la bandera del Juche en alto.

El gran Líder camarada Kim Il Sung convocó el tercer Congreso del Partido en abril de 1956 y planteó tareas programáticas para la construcción del Partido: oponerse al sectarismo, defender la unidad y la cohesión del Partido y mejorar su labor organizativa e ideológica; y en el Pleno del Comité Central de agosto de 1956 condujo sabiamente la lucha por revelar y expulsar a los sectaristas contrarrevolucionarios y antipartido. Los ex-combatientes revolucionarios antijaponeses y otros militantes y trabajadores, fieles sin límites al estimado Líder camarada Kim Il Sung, propinaron un rotundo contraataque a las maquinaciones de dichos elementos y defendieron resueltamente al Partido y al Líder. La trascendencia histórica que tienen el tercer Congreso y el Pleno del Comité Central de agosto de 1956 en el fortalecimiento y el desarrollo de nuestro Partido consiste en que combatieron el sectarismo, el revisionismo y otros factores ideológicos antipartido y contrarrevolucionarios y levantaron más alto la bandera del Juche, la bandera de la unidad y cohesión del Partido. Con motivo de dichos eventos se estableció más firmemente el Juche en la labor de nuestro Partido y se hicieron más sólidas su unidad y cohesión. De esta manera, habiendo combatido a tiempo el sectarismo y el revisionismo, establecido firmemente el Juche y salvaguardado su unidad y cohesión, nuestro Partido ha podido enarbolar sin vacilación la bandera de la revolución y afianzar más sus filas en lo organizativo e ideológico aun en la situación interna y externa tan compleja.

Nuestro Partido escaló en la década de 1960 a un peldaño más alto en su desarrollo.

Al haberse cumplido la tarea de la construcción básica del socialismo, se estableció el único dominio del avanzado sistema socialista y se echó una firme base de la economía nacional independiente, gracias a lo cual se produjeron cambios radicales en las condiciones socio-económicas para las actividades de nuestro Partido. Además, se eliminó el sectarismo que había causado graves daños a lo largo de la historia, y culminó la histórica causa de lograr la unidad del movimiento comunista coreano, mediante una lucha tenaz contra los fraccionalistas antipartido y sus secuelas ideológicas. Esto quiere decir que nuestro Partido ha entrado en una nueva fase de su desarrollo.

En el cuarto Congreso del Partido, celebrado en aquella época histórica, el gran Líder camarada Kim Il Sung planteó las tareas programáticas de fortalecerlo de continuo en el plano organizativo-ideológico y elevar aún más su papel rector, subrayando, en particular, la necesidad de combatir el revisionismo, fraccionalismo, regionalismo y amiguismo y defender la unidad volitivo-ideológica del Partido para que todos sus militantes y organizaciones pensaran y actuaran lo mismo que su Comité Central y lucharan hasta el fin compartiendo el destino con él en cualquier circunstancia difícil. A través de la lucha por cumplir las tareas planteadas para la construcción del Partido en su cuarto Congreso, se hicieron más compactas su unidad y cohesión, se elevó su papel rector y se registró un avance trascendental en la mejora de su método y estilo de trabajo y en la agrupación de las masas en torno suyo mediante la educación y transformación. En especial, con motivo del decimoquinto Pleno del cuarto Comité Central del Partido, celebrado en mayo de 1967, se imprimió un viraje decisivo al establecimiento del sistema de la ideología única del Partido.

La década de 1970 fue un período de nuevo y gran cambio en el desarrollo de nuestro Partido.

El quinto Congreso del Partido, celebrado en noviembre de 1970, definió como tarea general del trabajo partidista establecer en su seno el sistema de la ideología única y reforzar, sobre esta base, la unidad y cohesión de sus filas, así como planteó la tarea programática de promover el trabajo para con el hombre, aspecto principal de la labor partidista. Llevando a cabo consecuentemente la tarea general del trabajo partidista definida en el quinto Congreso, asentamos una firme base organizativo-ideológica para fortalecer y desarrollar incesantemente a nuestro Partido y realizar en relevo nuestra obra revolucionaria.

La causa del partido se lleva adelante de generación en generación, y éste debe conservar invariablemente su carácter revolucionario hasta cumplir con su noble misión. Para ello, el partido de la clase obrera debe llevar a cabo con visión de futuro la consolidación de sus filas y el asentamiento de su base organizativa e ideológica.

Nuestro Partido, en previsión de su desarrollo ulterior y de la revolución, planteó la orientación estratégica de transformar toda la sociedad según la idea Juche y, como la medida primordial para ello, ha librado una lucha tesonera por verificar ese proceso en sus filas.

La transformación de todo el Partido según la idea Juche constituye una etapa más alta del establecimiento en su seno del sistema de la ideología única. Nuestro Partido definió como el principalísimo rasgo de su militante la infinita fidelidad al Partido y al Líder y subordinó todas sus actividades al establecimiento de aquel sistema, de manera que se implantó en sus filas el dominio de una sola ideología, la idea Juche, y, sobre esta base, se fortaleció su unidad volitivo-ideológica. Prestó una atención profunda, especialmente, a la formación de fuerzas medulares de la revolución. Estructuró firmemente la fila de cuadros tomando como criterio fundamental la lealtad al Partido y al Líder y sobre el principio de combinar las personas de edad mayor, mediana y menor, así como elevó el concepto de la organización entre los cuadros y los militantes de fila y regularizó y normalizó su vida partidista para forjarles el espíritu de Partido. A través de la lucha por materializar la orientación del Partido en cuanto a la revolución en el asunto de cuadros y la de convertir todo el Partido en un colectivo de cuadros a fin de elevar el nivel político-práctico de los dirigentes y otros militantes, las filas de unos y otros se han reforzado más y se han formado sólidamente las fuerzas medulares capaces de llevar a la culminación la causa revolucionaria del Juche.

Nuestro Partido ha realizado la tarea de profundizar el establecimiento del sistema de su ideología única y fortalecer las filas de cuadros y otros

militantes en estrecha combinación con la implantación de un nuevo sistema de trabajo revolucionario. Alcanzamos un nuevo viraje en la labor y las actividades del Partido implantando en él un ordenado sistema de trabajo para difundir a tiempo las enseñanzas del gran Líder camarada Kim Il Sung y la orientación del Partido hasta en las unidades de base y guiar a todas las organizaciones y miembros del Partido a actuar unánimemente conforme a la disciplina centralista, defender y cumplir incondicional y consecuentemente la línea y la orientación del Partido.

Los éxitos logrados en la construcción y las actividades del Partido en la década de 1970 constituyen para nuestro Partido una firme base para presentarse objetivos más altos y luchar por alcanzarlos. El sexto Congreso del Partido, celebrado a principios de la década de 1980, al plantear un nuevo y grandioso programa de lucha por la transformación de toda la sociedad según la idea Juche, definió tareas combativas para la construcción del Partido: tomar invariablemente como línea básica el establecimiento en su seno del sistema de la ideología única, potenciar aún más sus filas y de la revolución, llevar adelante con éxito la tradición revolucionaria y reforzar la dirección partidista sobre la revolución y la construcción. Esta es una prueba de que nuestro Partido ha entrado en una etapa más elevada de su desarrollo como gran Partido que planteó en primer término y va realizando la transformación de toda la sociedad según la idea Juche.

Nuestro Partido ha seguido una gloriosa trayectoria de lucha bajo la bandera del Juche intensificando su forja y perfeccionamiento.

Siempre encontró la llave de la victoria en el fortalecimiento de sí mismo en el curso de dirigir la lucha revolucionaria y la labor de construcción y se ocupó primero de su fortalecimiento organizativo e ideológico logrando así frustrar las maquinaciones de los enemigos internos y externos, imprimir una mayor solidez a las filas revolucionarias y conducir la revolución y la construcción a una brillante victoria superando múltiples dificultades y pruebas.

El movimiento comunista coreano, que comenzó a abrir el camino de la revolución bajo la bandera de la UDI ha llegado hoy a una etapa muy elevada en que ha planteado como la tarea primordial la transformación de toda la sociedad según la idea Juche e impulsa con dinamismo la lucha por la victoria final de la revolución. Nuestro Partido, organizador y dirigente de esta gran lucha, se ha fortalecido y progresado más que nunca como invencible destacamento combativo tanto en el aspecto ideológico-organizativo como en la relación con las masas. Hoy en su seno se ha echado una sólida base organizativo-ideológica susceptible de fortalecerlo y desarrollarlo para siempre con carácter revolucionario y Juche y se ha establecido un firme sistema de dirección capaz de llevar adelante de modo espléndido la causa revolucionaria del Juche. Esto significa que se ha preparado una segura garantía para asegurar, generación tras generación, la victoria de la causa revolucionaria, iniciada por el gran Líder camarada Kim Il Sung.

2

Nuestro Partido es un partido revolucionario de nuevo tipo de la calse obrera que ha recorrido un camino original desde que comenzara a echar sus raíces con la fundación de la UDI.

Es un partido revolucionario de tipo jucheano que, guiado por la idea Juche, desarrolla sus actividades revolucionarias de manera independiente y creadora, conforme a los intereses de su pueblo y la realidad de su país. Gracias a que tomó esta idea por su firme guía rectora y la aplicó cabalmente en todas las proyecciones de su construcción y sus actividades, nuestro Partido se ha fortalecido y desarrollado como un invencible partido revolucionario.

Desde el principio, el establecimiento del Juche en el partido de la clase obrera es una exigencia fundamental que emana de su carácter y misión. Ello es natural ya que se trata de una entidad de dirección política que lucha para lograr la independencia de las masas populares contra toda forma de dominación y subyugación. En el caso contrario, si baila al son que le tocan otros, finalmente se malogrará

tanto él mismo como la revolución. Sólo aquel partido que actúa de modo independiente, según su propio juicio, puede ser firmemente unido y cohesionado sobre la base de su propia idea directriz, e impulsar con dinamismo el proceso revolucionario y constructivo en su país disfrutando del apoyo y confianza de las masas populares y movilizando sus fuerzas inagotables.

Para establecer el Juche en el partido de la clase obrera es importante combatir al servilismo a las grandes potencias y al dogmatismo. Sobre todo, en el caso de nuestro país donde estos ismos tuvieron un cariz serio con sus graves consecuencias en el movimiento comunista, el establecimiento del Juche se presentó como una cuestión vital para el destino del Partido y la revolución. Los comunistas coreanos lucharon sin tregua por implantar el Juche, contra el servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo, tanto en la época de la lucha antijaponesa de liberación nacional como en el período de la revolución democrática y la revolución y la construcción socialistas después de la liberación, logrando así fortalecer y desarrollar el Partido e impulsar la revolución.

En el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa los servilistas a las grandes potencias trataron de fundar el partido bajo la aprobación de otros y alcanzar la independencia del país a costa de las fuerzas ajenas, lo cual perjudicó gravemente el desarrollo del movimiento comunista de nuestro país. Después de la liberación, la nocividad del servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo se hizo sentir todavía más durante la Guerra de Liberación de la Patria y se tornó intolerable con el impetuoso avance de la revolución y la construcción socialistas.

El gran Líder camarada Kim Il Sung, quien desde la temprana época de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa viniera combatiendo el servilismo a las grandes potencias y el dogmatismo, orientó sabiamente la lucha por establecer el Juche con tanta mayor firmeza cuanto que se profundizaba el proceso de la revolución y la construcción. En cumplimiento de la orientación revolucionaria para implantar el Juche, nuestro Partido llevó a cabo una enérgica lucha ideológica por

arrancar de la mente de las gentes la idea servilista y dogmática, por una parte, y por la otra, las guió a pertrecharse firmemente con la gran idea Juche y su línea y política que encarnan esta idea, de manera que vieran y juzgaran todo problema desde la posición jucheana y lo resolvieran con las propias fuerzas. Gracias a la lucha por el establecimiento del Juche operaron cambios en la vida ideológica de los miembros del Partido y otros trabajadores, se afianzaron aún más la unidad y cohesión de las filas del Partido sobre la base de la idea Juche y se experimentó un auge ininterrumpido en el proceso revolucionario y constructivo.

En la hora actual, nuestro Partido, enarbolando el lema de transformar todas sus filas según la idea Juche, profundiza aún más la lucha por implantar el Juche en la tarea de su estructuración y en sus actividades perfeccionándose en este curso su fisonomía como partido revolucionario de tipo jucheano.

El nuestro es un invencible partido revolucionario dotado con un sólido sistema de ideología única en todas sus instancias.

La implantación de este sistema constituye la línea básica de la construcoión de nuestro Partido. Asegurar el carácter unitario de ideología y dirección en el partido de la clase obrera es un requisito que emana de su naturaleza y se materializa mediante el establecimiento del sistema de ideología única. Sólo cuando cuente con este sistema, el partido será una entidad orgánica que, armada con la ideología de su líder, respire y actúe según su voluntad.

Lo que importa para establecer el sistema de ideología única en el partido es dotar firmemente todas sus filas con las ideas de su líder.

El líder representa la voluntad organizativa de todo el partido y su ideología es precisamente la idea rectora del partido. La unidad ideológica del partido se logra únicamente sobre la base de la ideología del líder.

Como resultado de que nuestro Partido ha llevado a cabo enérgicamente la educación en la ideología única, considerándola lo principal de su labor ideológica, predomina en todas sus instancias una sola ideología, y la totalidad de sus militantes se ha armado sólida-

mente con la idea Juche, idea revolucionaria del Líder, piensa y actúa según sus postulados.

Otro punto importante para el establecimiento del sistema de ideología única en el partido es implantar cabalmente la única dirección del líder.

El líder es el máximo dirigente del partido y la dirección de éste es precisamente su dirección. Nuestro Partido ha logrado implantar un ordenado sistema en el cual todas sus organizaciones y militantes actúan unánimemente bajo la única dirección del gran Líder camarada Kim Il Sung y defienden y llevan a la realidad la política del Partido según el principio de considerarla como algo absoluto y ejecutarla incondicionalmente.

Con la implantación consecuente del sistema de ideología única, nuestro Partido ha incrementado inmensurablemente su poderío y ha dirigido el proceso revolucionario y constructivo por el recto camino de la victoria, desafiando cualesquier dificultades y pruebas.

Profundizar la labor de establecimiento del sistema de ideología única conforme al avance de la revolución constituye una exigencia legítima del desarrollo del partido y la revolución. Todo el proceso de la fundación, del fortalecimiento y del desarrollo de nuestro Partido fue un curso ininterrumpido de la profundización de dicha labor. En la década de 1970 cuando la transformación de toda la sociedad según la idea Juche se planteó en el primer plano, nuestro Partido, ateniéndose a esta exigencia del desarrollo de la revolución, presentó nuevos principios para el establecimiento del sistema de ideología única en sus filas y lo profundizó aún más. Y hoy se ha fortalecido y desarrollado como una entidad de fieles militantes que unidos firmemente en su totalidad en torno al gran camarada Kim Il Sung, piensan y actúan según la voluntad del Líder y el Partido. Esto es el logro más precioso de los comunistas coreanos en su prolongada lucha por la construcción del Partido.

El nuestro es un partido poderoso que ha logrado la más sólida unidad y cohesión de sus filas sobre la base de la idea Juche.

La unidad y cohesión constituyen la fuente del poderío del partido

en revolución. Es invencible el partido unido y cohesionado y no hay cosa más preciosa que la unidad y cohesión en la construcción del partido de la clase obrera.

La unidad y cohesión del partido se logran en medio de la lucha. La batalla contra las corrientes antipartido es, en su esencia, el reflejo de la lucha de clases en el interior del partido. Sin librar una lucha resuelta e intransigente contra las corrientes antipartido y los elementos extraños, es imposible asegurar la unidad y la pureza de las filas del partido. Nuestro Partido ha venido afianzando incesantemente la unidad y cohesión de sus filas en el curso de la lucha por superar el fraccionalismo y todos los demás elementos extraños y las corrientes antipartido.

El primer blanco de esta lucha fue el fraccionalismo. En el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, todas las filas de la revolución que dirigiera el camarada Kim Il Sung estaban monolíticamente unidas en su torno, después de haber superado el fraccionalismo. Esta unidad y cohesión constituyen una inapreciable tradición del movimiento comunista de nuestro país establecida en medio de la sangrienta lucha por forjar los destinos de la Patria y el pueblo. No obstante, después de la liberación los fraccionalistas, que habían degenerado en traidores o traficantes políticos, se infiltraron en las filas de los comunistas aprovechando la situación caótica de entonces y actuaron vilmente para destruir la unidad y cohesión del Partido. Con miras a realizar su ambición sectarista llegaron incluso a confabularse con los imperialistas sin la menor vacilación.

Si se tolera el fraccionalismo, el partido de la clase obrera no puede lograr la unidad ideológica y volitiva de sus filas ni existir como entidad integral. En la lucha por la unidad nuestro Partido dirigió el filo del ataque, ante todo, contra el sectarismo que venía existiendo a lo largo de la historia y así barrió de su seno a los fraccionalistas antipartido logrando la gran unidad del movimiento comunista de Corea.

La lucha por la unidad y la cohesión del Partido no pudo terminar sólo con la superación del sectarismo que venía subsistiendo históri-

camente. Aun después de haber eliminado esta basura fraccionalista nuestro Partido tuvo que seguir combatiendo a los revisionistas antipartido y llevó a una nueva etapa más alta la lucha histórica por la unidad.

La grandeza e invencibilidad de la unidad y cohesión de nuestro Partido consisten en que tienen en su centro al gran camarada Kim Il Sung y se basan en la infinita fidelidad de todos los militantes hacia él y el Partido. El centro de la unidad y cohesión del partido es el líder y su consistencia depende del grado de aglutinamiento de todos los militantes en torno del líder. La unidad y la cohesión de nuestro Partido no se han logrado por algún sentido de obligación, sino se basan en el infinito respeto y la absoluta confianza de todos sus miembros en el Partido y el Líder. Se trata de unidad y cohesión basadas en el inconmovible credo y obligación moral revolucionarios con que apoyan y defienden en lo político e ideológico al Partido y al Líder, sacrificando sin vacilación hasta la vida.

La grandeza e indestructibilidad de la unidad y cohesión de nuestro Partido consisten en su carácter ideológico y volitivo. Es importante, pues, afianzarlas en el sentido ideológico y volitivo. Sólo la unidad de esta índole basada en una sola ideología, es sólida; con una mera agrupación práctica, no se puede lograrla. La ideología única es precisamente la idea revolucionaria del líder, fundador del partido, la cual sirve de base a la unidad y cohesión del mismo. En cuanto al partido de la clase obrera su unidad y cohesión son de carácter ideológico-volitivo, basadas en la idea revolucionaria del líder. Nuestro Partido es una entidad ideológico-volitiva de los comunistas de tipo jucheano que toman por su concepción del mundo la idea Juche.

Nuestro Partido es poderoso gracias a su gran unidad y cohesión en torno del gran Líder camarada Kim Il Sung, basadas en la idea Juche.

El nuestro es un partido de acero con elevado espíritu de organización y disciplina.

El revolucionario espíritu organizativo-disciplinario constituye la vida del partido, organización suprema de la clase obrera y arma para

la lucha de clases y la revolución y construcción. Sólo cuando tenga un férreo espíritu organizativo y disciplinario el partido de la clase obrera puede ser verdaderamente revolucionario y combativo y conducir a la victoria la lucha revolucionaria, superando cualesquier dificultades y pruebas. Como muestran las lecciones históricas, si predominan en él el liberalismo y la indisciplina, no puede eludir la ruina.

Por su imperturbable espíritu organizativo y disciplinario nuestro Partido va siendo cada vez más poderoso e invencible. Si ese espíritu es de lo más firme y poderoso, se debe a que está basado en la ilimitada fidelidad de los militantes al Partido y al Líder y en su alta conciencia política.

El espíritu de organización y disciplina adquiere mayor firmeza cuando se establece en todo el partido un sistema revolucionario de vida partidista, regularizando y normalizando las actividades de sus miembros. Nuestra realidad muestra palpablemente que regularizar y normalizar la vida partidista y observar estrictamente las normas y el orden en la vida interna del partido constituye un medio eficiente para fortalecerlo y desarrollarlo como partido revolucionario con poderosa capacidad combativa mediante la dotación con espíritu revolucionario a los militantes y la elevación de su espíritu organizativo y disciplinario. A través de la lucha por la regularización y normalización de la vida partidista se ha elevado el concepto de los militantes sobre la organización e implantado entre ellos un sólido ambiente de actuar y vivir apoyándose firmemente en la organización. Esto es un precioso éxito logrado en la construcción del Partido.

El nuestro es un partido invencible que mantiene vínculos estrechos con las masas populares.

El partido lucha en defensa de los intereses de la clase obrera y otros sectores de las masas populares e impulsa la revolución movilizándolas. Por eso, mantener lazos estrechos con las amplias masas y arraigar profundamente entre ellas es de especial importancia para la construcción del partido de la clase obrera. Sólo el partido que echa profundas raíces en las masas, disfruta de su confianza y apoyo y sabe organizarlas, puede mostrar un poderío invencible y cumplir

plenamente con la misión que le corresponde como estado mayor de la revolución y dirigente político de las masas populares.

El problema de las relaciones con las masas tiene importancia también para cualquier partido gubernamental. Por arribar un partido al poder no se soluciona por sí solo este problema. Si ese partido se aísla de las masas y pierde su confianza y apoyo, se hará impotente y su misma existencia se verá en un peligro.

A lo largo del tiempo que va desde los primeros días en que emprendiera el camino de la revolución hasta la fecha, el gran Líder camarada Kim Il Sung ha venido considerando el vínculo con las masas como un problema fundamental relacionado con el destino de la organización revolucionaria, y como un férreo principio encontrarse siempre entre ellas, compartiendo su alegría y pena, y propulsar la revolución y la construcción confiando en ellas y poniendo en juego su fuerza y talento.

Nuestro Partido guió a los cuadros y otros militantes a elevar el espíritu partidista, de clase obrera y popular, a servir fielmente al pueblo y aplicar puntualmente la línea de masas en todas sus actividades; así fue como ha venido fortaleciendo incesantemente sus lazos con las masas. Y mientras mantenía firmemente el principio de clase en el trabajo con las masas y afianzaba la posición clasista, las educó y las acogió con los brazos abiertos, agrupándolas aceradamente en torno suyo.

En la actualidad, nuestro Partido mantiene la vinculación estrecha con amplios sectores de las masas y goza de su apoyo y confianza absolutos, y nuestro pueblo, por su parte, deposita enteramente su destino en el Partido y lucha sin la menor vacilación en el camino indicado por éste. Nuestro Partido, así unido con las masas como un solo cuerpo, es invencible; ninguna fuerza puede romper estos lazos.

Nuestro Partido ha establecido un ordenado sistema de labor para con la gente e implantado el método de trabajo revolucionario y el estilo de trabajo popular.

El partido, organización política de la clase obrera que lucha en aras de los intereses de las masas populares, despliega todas sus actividades a través de la labor con la gente. Con la movilización consciente de las gentes el partido transforma la naturaleza y la sociedad e impulsa la revolución y la construcción.

La idea del gran Líder camarada Kim Il Sung, que considera la labor con la gente como lo principal del trabajo partidista, es una gran idea que esclarece el principio fundamental de las actividades del partido aplicando la idea Juche en su construcción. Sólo presentando la atención principal a la labor con la gente el partido puede evitar que su trabajo se lleve a cabo de manera administrativa y técnico-profesional, preservar su carácter como organización política y cumplir debidamente su función y papel combativos.

Nuestro Partido ha materializado con firmeza la orientación de tomar como lo principal la labor con la gente, oponiéndose a la tendencia a realizar el trabajo partidista en forma administrativa y técnico-profesional, tendencia susceptible de manifestarse en el partido en poder.

Establecer el método revolucionario y el estilo popular de trabajo es un serio e importante problema que se presenta en la construcción del partido de la clase obrera.

De modo particular, cuando el partido toma el poder es posible que surja la tendencia burocrática a ordenar y mandar apoyándose en la autoridad. El burocratismo puede manifestarse con mayor intensidad entre los cuadros que se han formado en condiciones favorables, sin haber conocido las pruebas de la revolución.

Originalmente el burocratismo, siendo como es el método de gobierno despótico de la clase dominante en la sociedad explotadora, contraviene radicalmente a la naturaleza del partido de la clase obrera. Si los cuadros se empapan en aguas del burocratismo, sin adquirir el método revolucionario y el estilo popular de trabajo, no podrán aplicar debidamente la línea y la política del partido, por más justas que sean, sino traerán la grave consecuencia de que el partido se aísle de las masas y se aflojen su celo revolucionario y su actividad creadora.

Desde los primeros días de la toma del poder nuestro Partido planteó como uno de los problemas fundamentales de su construcción mejorar el método y el estilo de trabajo partidista, y le prestó una profunda y constante atención.

La orientación principal que mantiene nuestro Partido a este respecto es establecer en todas sus instancias el método de trabajo de la Guerrilla Antijaponesa. Este método, personalmente creado por el gran Líder camarada Kim Il Sung en los años de la ardua Lucha Revolucionaria Antijaponesa, es un método de trabajo auténticamente comunista. Llevarlo adelante es un verdadero camino para erradicar el burocratismo, el abuso de la autoridad y otros erróneos métodos y estilos de trabajo que dejó la vieja sociedad y para establecer un método revolucionario y un estilo popular de trabajo que convengan a la sociedad socialista y comunista.

El método de trabajo de la Guerrilla Antijaponesa, método tradicional de nuestro Partido, se ha aplicado y desarrollado de conformidad con las nuevas condiciones históricas de la construcción socialista a través del gran espíritu Chongsanri y método Chongsanri. Este es, en una palabra, el método de trabajo que se apoya en la fuerza de las masas, método revolucionario que exige compenetrarse y compartir con ellas la pena y la alegría y cumplir las tareas planteadas poniendo en juego su entusiasmo consciente y su actividad creadora. Con la aplicación del espíritu y método Chongsanri el trabajo de nuestro Partido se ha convertido irrevocablemente en labor con la gente, y su método y estilo laboral han marcado sensibles progresos.

La lucha por mejorar este método y estilo, en tanto que batalla llamada a superar los residuos de las viejas ideas que subsisten en la mente de los funcionarios, ha de ser sostenida con tesón y paciencia durante largo tiempo. Gracias a los dinámicos esfuerzos que ha realizado nuestro Partido en todas sus instancias por renovar el método y el estilo de trabajo a tenor de las nuevas exigencias del desarrollo de la revolución, planteándolo como una tarea cardinal de su actividad, se ha aplicado en todas las proyecciones de su labor el método de trabajo de la Guerrilla Antijaponesa e implantado un ambiente laboral totalmente nuevo. El Partido entero arde de espíritu revolucionario, todas sus labores se realizan con redoblado ánimo y vigor, y su vínculo con las masas ha adquirido una firmeza indestructible.

El que nuestro Partido se haya fortalecido y desarrollado como un partido revolucionario que avanza unido en un solo haz con las masas, como un partido combativo que ha arraigado profundamente entre ellas y goza de su apoyo absoluto, es uno de los más preciosos éxitos logrados en su configuración como partido revolucionario de tipo Juche.

Efectivamente, el nuestro es un partido que se ha fundado y actúa teniendo como guía directriz la idea Juche, un partido dotado con firme sistema de ideología única, cuyas filas se han unido y cohesionado férreamente sobre la base de esta idea, un partido que, estrechamente unido con las masas populares y elevando su papel, lucha por llevar al triunfo la causa revolucionaria del Juche; es, en fin, un glorioso partido revolucionario de tipo Juche.

Robustecerlo y desarrollarlo continuamente como tal constituye la garantía decisiva para llevar a la victoria la causa revolucionaria del Juche, venciendo todo tipo de contratiempos.

3

Hoy nuestro Partido tiene ante sí la difícil tarea revolucionaria de acelerar la transformación de toda la sociedad según la idea Juche y realizar la gran obra de la reunificación de la Patria. Cualesquiera sean las dificultades con que tropecemos en el camino de la revolución, debemos reunificar la Patria a toda costa y llevar hacia el triunfo, de generación en generación, la causa revolucionaria del Juche. Para lograr este objetivo es preciso fortalecer sin cesar el Partido y elevar su papel rector.

El partido es un arma para la revolución y la construcción y la fuerza orientadora de la sociedad socialista y comunista. Sin reforzarlo y elevar su función y papel directivos no se puede impulsar con éxito la revolución y la construcción ni administrar adecuadamente la sociedad socialista y comunista, que no es anárquica sino

altamente organizada. Para gestionar una sociedad así es indispensable la dirección política de una fuerza orientadora que tenga una gran capacidad organizadora como es el partido. Al margen de una correcta dirección política no es posible asegurar la unidad de idea y acción de las masas populares ni organizar y mandar las actividades de los hombres de acuerdo con los intereses comunes de la sociedad.

Aun después de construido el comunismo proseguirá la lucha para desechar lo viejo y crear lo nuevo en diversas esferas de la vida social y en este proceso se desarrollará sin cesar la sociedad. A menos que se cuente con la dirección de una fuerza orientadora como el partido, no se puede cumplir debidamente las tareas de instruir y educar a las gentes, mejorar las relaciones sociales, conquistar la naturaleza y asegurar el desarrollo ininterrumpido de la sociedad.

Aunque triunfe el comunismo en un país o en una región, no se podrá evitar el peligro de la agresión de los enemigos del exterior y la resistencia de los del interior confabulados con ellos, mientras queden en la Tierra el capitalismo y el imperialismo. Sólo bajo la dirección de la fuerza orientadora, el partido, será posible contrarrestar las maquinaciones de los elementos hostiles que perjudican los intereses de las masas populares y defender con seguridad su vida independiente y creadora.

Debemos estructurar el Partido con visión de futuro, de acuerdo con su lugar y su papel que desempeña en el cumplimiento de la causa del socialismo y el comunismo. Esta tarea puede realizarse sólo mediante la configuración de todo el Partido según la idea Juche. Porque así será factible transformar debidamente la naturaleza, la sociedad y el hombre según los postulados de la idea Juche, construir y dirigir con éxito la sociedad comunista, sociedad estructurada de acuerdo con dicha idea.

La configuración según la idea Juche es la orientación que nuestro Partido ha venido manteniendo invariablemente para su estructuración con esa idea como guía desde el mismo día de su fundación, y todo este curso representa la historia de su construcción. La estructuración de todas las filas de nuestro Partido de acuerdo con la idea Juche es la continuación y la etapa superior de su lucha histórica por transformarse según esta idea.

Estructurar todo el Partido según la idea Juche significa, en esencia, fortalecerlo y desarrollarlo para siempre como el Partido del camarada Kim Il Sung.

Y esto, a su vez, quiere decir enaltecer eternamente al gran camarada Kim Il Sung a la cabeza de nuestro Partido y mantener y materializar invariablemente, de generación en generación, las ideas y lineamientos que él plantea.

El estimado camarada Kim Il Sung es el gran Líder que tiene nuestra nación por primera vez en su milenaria historia, es el padre y maestro de nuestro Partido y pueblo.

Enaltecerle para siempre es el sublime deber e inconmovible convicción revolucionaria de los comunistas coreanos.

Ellos poseen la convicción revolucionaria de que bajo la dirección del gran camarada Kim Il Sung pueden triunfar sin falta, sobreponiéndose a cualesquier dificultades. Nuestro pueblo ha adquirido esta convicción en todas las fibras de su ser en el curso de la lucha preñada de pruebas, de más de medio siglo, desde que emprendiera el nuevo camino de la revolución bajo su liderazgo.

Desde cuando se diera inicio a nuestra revolución, los comunistas coreanos, convencidos de que sólo bajo la dirección del gran camarada Kim Il Sung podían desbrozar el difícil camino de la revolución, han venido recorriendo el trayecto de luchas y victorias superando todo tipo de pruebas y en todo instante de su vida y lucha le han sido fieles confiándole por entero sus destinos.

Es inconmovible y eterna esta convicción revolucionaria de los comunistas y el pueblo de Corea que son leales a la dirección del estimado Líder camarada Kim Il Sung.

Debemos velar porque todos los militantes del Partido, los trabajadores y los miembros de la nueva generación lo enaltezcan por los siglos de los siglos tal como lo hicieron los combatientes revolucionarios antijaponeses y le profesen tal fidelidad absoluta que sigan

sólo el camino indicado por el Partido y el Líder, aunque tengan que atravesar montañas o pantanos.

Nuestro Partido fue fundado y forjado por el camarada Kim Il Sung, y los comunistas coreanos son combatientes revolucionarios que se han formado bajo su dirección. Es nuestro deber indiscutible, de comunistas, seguir invariablemente al Líder que nos ha formado.

En el futuro también debemos fortalecer y desarrollar sin cesar a nuestro Partido como partido revolucionario que tiene a su Líder y su maestro en la persona del gran camarada Kim Il Sung, como partido combativo que piensa y actúa según su idea y voluntad.

He ahí el punto fundamental a que debemos prestar atención profunda y constante en la construcción de nuestro Partido.

Ante todo, debemos profundizar de continuo la labor de establecimiento del sistema de ideología única en todas las filas del Partido.

Esta es una tarea que debemos atender en todo momento, mientras exista y actúe el Partido.

Hoy, nuestro Partido ha entrado en una nueva etapa de desarrollo. Nuestra revolución reviste el carácter prolongado y arduo, y en sus filas se relevan las generaciones. Su situación interior y exterior es tensa y compleja. Esta realidad hace más importante aún el problema del establecimiento del sistema de ideología única en el Partido.

Lo principal en el establecimiento de este sistema es formar a todos los militantes y trabajadores como fervorosos combatientes revolucionarios, fieles al Partido y al Líder.

Nuestro credo está en que la fidelidad al Partido y al Líder decide todos los problemas de la construcción del Partido y de su trabajo. Hoy, nuestro Partido presenta, como ejemplo a seguir, la lealtad de los jóvenes comunistas del período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y de los guerrilleros antijaponeses, para educar a los militantes y trabajadores en infinita fidelidad al Partido y al Líder. En la más tenebrosa época, cuando nuestro pueblo gemía bajo la represión brutal del imperialismo japonés, ellos se mantuvieron fieles al gran camarada Kim Il Sung con la firme convicción revolucionaria de que sólo siguiendo su dirección podían forjar los destinos de la Patria y la nación y alcanzar la victoria de la revolución. Las organizaciones del Partido tendrán que desplegar sus actividades poniendo acento en la tarea de educar a todos los cuadros y sus militantes a venerar y seguir sinceramente al Partido y al Líder con tan inmaculada lealtad como la de los combatientes revolucionarios antijaponeses.

Debemos defender con firmeza y mantener puro el linaje jucheano.

Por el linaje jucheano de nuestro Partido se entienden las ideas y teorías del gran camarada Kim Il Sung, sus proezas revolucionarias y experiencias de lucha, así como su método de trabajo. Estos, logrados en medio de la sin par profunda y multifacética lucha de largos años, son ilimitadamente ricos y valiosos y tienen vitalidad inmarcesible para el fortalecimiento y el desarrollo de nuestro Partido y la victoria de nuestra revolución. Por haber descendido del linaje jucheano nuestro Partido pudo robustecerse y desarrollarse sobre la más sólida base organizativa e ideológica y avanzar victoriosamente por un arduo camino, sembrado de múltiples pruebas y vicisitudes. Su porvenir depende también de cómo defienda y herede este gran linaje.

Debemos velar porque los miembros de las generaciones tanto presentes como futuras mantengan invariablemente la idea y teoría del gran Líder camarada Kim Il Sung como idea y teoría directrices del Partido, defiendan con firmeza las proezas revolucionarias, las experiencias de lucha, el método revolucionario y el estilo popular de trabajo creados por él y lleven adelante la causa revolucionaria del Juche hasta culminarla brillantemente.

Mantener y fortalecer sin cesar la unidad, la cohesión y la pureza de las filas del Partido es un importante problema relacionado con sus destinos y con los de la revolución. Debemos salvaguardar y fortalecer de generación en generación la gran unidad y cohesión de nuestro Partido.

Bajo la sabia dirección del gran Líder camarada Kim Il Sung nuestro Partido ha logrado a través de su larga lucha la más sólida y vivaz unidad y cohesión en la historia del movimiento comunista, de lo cual podemos tener merecido orgullo y dignidad.

Mas, no podemos contentarnos con este éxito ya alcanzado en la lucha por la unidad y cohesión del Partido. Nuestra revolución no ha culminado aún, y debemos seguir sosteniendo una dura lucha. Mientras existan el imperialismo y el oportunismo y prosiga la lucha de clases, tenemos que intensificar sin tregua la lucha por la unidad y cohesión del Partido.

Las organizaciones del Partido deben dotar firmemente a todos los cuadros y sus militantes con las experiencias de nuestro Partido en la lucha contra el sectarismo para que con aguda visión partidaria y clasista combatan siempre inconciliablemente el sectarismo, el amiguismo, el regionalismo y todas otras tendencias malsanas que socavan la unidad y cohesión del Partido. Debemos mantener de generación en generación la unidad y cohesión de las filas de nuestro Partido y de la revolución, aglutinadas compactamente en torno del Líder sobre la base de la idea Juche, e implantar una disciplina aún más rigurosa según la cual todos los militantes del Partido actúen como un solo hombre bajo la dirección del Comité Central.

Hay que preparar bien a todos los militantes como revolucionarios comunistas de tipo Juche.

Los militantes de nuestro Partido son combatientes de vanguardia que asumen la responsabilidad de dar cima en Corea a la causa revolucionaria del Juche, causa del socialismo y el comunismo. Para adiestrarlos como firmes revolucionarios comunistas de tipo Juche es preciso intensificar su vida en el Partido.

Este problema se reviste hoy de importancia aun mayor en vista de que en el seno del Partido se verifica el relevo de generaciones. Con el paso del tiempo las filas del Partido se nutren constantemente de miembros de la nueva generación con escaso temple partidista, razón por la cual es preciso intensificar la vida partidista para mantener con firmeza el linaje del Partido.

Las organizaciones del Partido deben aprovechar con eficacia el nuevo sistema de vida partidista, implantado en todas sus instancias, para elevar el nivel de esta vida de los militantes y forjarles incesantemente el partidismo, sean de fila o cuadros.

Hay que implantar estrictamente el método de trabajo del Líder en todos los ámbitos del Partido mediante los intensos y sostenidos esfuerzos por mejorar el método y el estilo de trabajo partidario.

Tal como en nuestro Partido, fundado y forjado por el gran Líder camarada Kim Il Sung, no pueden caber ideas que no sean de él, así tampoco son tolerables método y estilo de trabajo ajenos a los suyos. No obstante, se siente todavía la presencia del viejo método y estilo de trabajo que lesionan las actividades del Partido.

Si el Partido no logra eliminar el caduco método y estilo de trabajo, perderá poco a poco el apoyo y la confianza de las masas populares y se aislará de ellas, viéndose finalmente metido en un berenjenal. Muy conscientes de que el mejorarlos es una cuestión seria, relacionada con los destinos del Partido y la revolución, debemos eliminar decididamente el viejo método y estilo de trabajo.

Para renovar el método y estilo de trabajo deben los cuadros acatar el punto de vista revolucionario de masas y poseer cualidades populares. Los funcionarios del Partido son resueltos defensores de los intereses de la clase obrera y otras masas populares y sus fieles servidores. Deben, pues, considerar a los subalternos y a las masas como auténticos compañeros de la revolución, amarlos sinceramente, compartir con ellos penas y alegrías y estar dispuestos a dedicarles con gusto todo lo suyo.

Para mejorar dicho método y estilo es necesario dotarse de teoría y metodología jucheanas sobre el trabajo del Partido. Estas son doctrinas originales que reflejan la exigencia de la idea Juche de pensarlo todo en relación con el hombre y ponerlo todo a su servicio. Conociéndolas claramente es posible efectuar con acierto el trabajo con las gentes y resolver con habilidad todos los problemas concernientes a su educación, transformación y movilización.

Teniendo presente que si el partido de la clase obrera no logra superar su burocratización y procedimiento administrativo, perderá la facultad de dirigir la revolución, debemos seguir esforzándonos con tesón por eliminar de raíz el viejo método de trabajo, convirtiendo así el nuestro en un partido madre que sea infinitamente fiel a la clase

obrera y a otros sectores del pueblo y en su abanderado que unido como un solo haz con ellos y poniéndose a su cabeza impulse con dinamismo el proceso de la revolución y la construcción.

Los éxitos logrados en el pasado en la construcción del Partido constituyen una sólida garantía del luminoso porvenir de nuestro Partido y nuestra revolución.

Hoy, ante nuestro Partido están abiertas amplias perspectivas y nuestra lucha revolucionaria se torna cada vez más digna. Sin dormirnos sobre los laureles, debemos seguir luchando vigorosamente por nuevas victorias. Abrir con la lucha el camino de la revolución es el estilo revolucionario tradicional de nuestro Partido. Debemos seguir avanzando con espíritu indomable por el camino de la revolución, iniciado en el monte Paektu, para llevar a feliz término la causa revolucionaria del Juche, causa del socialismo y el comunismo.

Siempre habrá victoria y gloria ante nuestro Partido y pueblo que luchan para llevar al triunfo la causa revolucionaria del Juche bajo la sabia dirección del gran Líder camarada Kim Il Sung.

MARCHEMOS ENARBOLANDO LA BANDERA DEL MARXISMO-LENINISMO Y DE LA IDEA JUCHE

Con motivo del 165 aniversario del nacimiento de Carlos Marx y del 100 aniversario de su muerte

3 de mayo de 1983

Ha transcurrido un siglo desde la época en que vivió y actuó Carlos Marx, gran Líder de la clase obrera internacional y creador de la doctrina del comunismo científico. El hizo grandes contribuciones a la causa de la emancipación de la humanidad, y gracias a estas imperecederas proezas hasta hoy su nombre se conserva fresco en el corazón de la clase obrera, de los pueblos de todo el mundo.

La vida de Marx fue la de un eminente ideólogo y teórico, la de un gran revolucionario. Dio inicio al movimiento comunista internacional y promovió un cambio radical en la lucha por la libertad y emancipación de la clase obrera y de otras masas populares. La humanidad progresista recordará por siempre la brillante vida y los descollantes méritos de Marx, que se consagró a la sagrada causa revolucionaria de la clase obrera, de los pueblos trabajadores.

El mayor mérito de Marx ante la humanidad es que creó el marxismo, entregando a la clase obrera una poderosa arma ideológico-teórica para su lucha emancipadora.

La ideología revolucionaria de la clase obrera nace como un reflejo de las exigencias de la época y de las aspiraciones de las masas populares.

En la primera mitad del siglo XIX en varios países europeos el capitalismo se desarrolló rápidamente, acompañado de una cruel explotación y opresión de la clase obrera. Como consecuencia, ésta se levantó en la lucha contra la explotación y opresión del capital.

La lucha de la clase obrera contra el capital requería de una ideología y teoría revolucionarias que le iluminaran el camino, y esta exigencia fue satisfecha por Marx al crear, junto con Engels, el marxismo, doctrina que refleja la aspiración e intereses de la clase obrera.

Marx examinó desde una posición crítica la filosofía clásica de Alemania, la economía política clásica de Inglaterra, la doctrina del socialismo utópico de Francia y otras ideas y teorías progresistas de su época, analizó las contradicciones de la sociedad capitalista y, sobre esta base, enunció los principios del materialismo dialéctico e histórico, creó la teoría de la plusvalía, demostró la inevitabilidad de la ruina del capitalismo y de la victoria del comunismo y convirtió el socialismo de una utopía en una ciencia.

Gracias a los destacados méritos de Marx la clase obrera pudo, por fin, contar con su propia concepción científica del mundo, comprender las leyes del desarrollo social y hallar el camino de su emancipación clasista y de la construcción de una nueva y luminosa sociedad.

Sobre la base de haber analizado las relaciones clasistas en la sociedad capitalista, Marx aclaró que la clase obrera es precisamente la más progresista y revolucionaria que tiene la misión de acabar con el dominio del capital, poner fin definitivamente a la explotación del hombre por el hombre y crear la nueva sociedad comunista, y afirmó que su lucha contra la clase de los capitalistas engendra inevitablemente la dictadura del proletariado. Las ideas marxistas de la lucha de clases y la dictadura del proletariado devinieron una potente arma en el combate de la clase obrera por alcanzar su emancipación clasista y hacer realidad el comunismo.

La creación del marxismo constituyó un acontecimiento de trascendental importancia para el desarrollo de la lucha revolucionaria de la clase obrera. Al crearse el marxismo, ésta y otras masas del

pueblo trabajador pudieron contar con una teoría revolucionaria, una estrategia y tácticas científicas y entrar en la nueva época de la lucha por la libertad y la emancipación, el socialismo y el comunismo.

Marx no sólo dio a la clase obrera y otras masas del pueblo trabajador explotado el arma de la lucha liberadora en la alborada de la revolución proletaria, sino que, además, tomó parte directa en el combate revolucionario para abrirles el camino.

Desarrolló dinámicas actividades para unir el socialismo científico y el movimiento obrero, y luchó activamente contra el capitalismo y por la causa liberadora de la clase obrera.

Marx señaló la necesidad de organizar el destacamento de vanguardia de la clase obrera en su lucha revolucionaria y dedicó enormes esfuerzos a la fundación del partido. Al crear la Liga de los Comunistas y redactar y sacar a la luz, junto con Engels, el "Manifiesto Comunista", dio inicio al movimiento comunista con el que la clase obrera liberaría el combate conforme a su programa científico y bajo la dirección de su partido revolucionario. Con la fundación por Marx de la Primera Internacional, la clase obrera pudo afianzar la solidaridad internacional y desarrollar con más dinamismo la lucha revolucionaria.

La causa revolucionaria de la clase obrera ha venido triunfando a través de fieras batallas contra enemigos de clase de toda laya. Los burgueses y sus servidores sintieron desde el comienzo un odio implacable contra el marxismo y recurrieron a toda clase de maquinaciones para suprimirlo. Durante todo el período de sus actividades revolucionarias Marx luchó irreconciliablemente contra los reaccionarios burgueses y los oportunistas de toda especie defendiendo la causa revolucionaria de la clase obrera y abriéndole el camino hacia la victoria.

Desde la época en que Marx desarrollaba sus actividades la historia avanzó bastante y se han operado cambios radicales en la fisonomía del mundo. La doctrina de Marx fue continuada y materializada por los comunistas, por los pueblos revolucionarios del mundo, y el marxismo ha venido desarrollándose ininterrumpidamente.

Lenin, que continuó la causa de Marx, creó el leninismo al desarrollar de manera creadora el marxismo de conformidad con las nuevas condiciones históricas de la época del imperialismo y la revolución proletaria. Gracias al leninismo triunfó la Revolución Socialista de Octubre y surgió el primer Estado de dictadura proletaria. El marxismo-leninismo, ideología revolucionaria de la clase obrera creada por Marx y desarrollada por Lenin, incentivó poderosamente la lucha revolucionaria de la clase obrera internacional y la causa emancipadora de las masas populares.

Hoy el socialismo ha triunfado en numerosos países del mundo y cientos de millones de personas de Asia, Africa y América Latina se han emancipado de la subyugación y opresión imperialistas y colonialistas y están creando una nueva vida. Esta es una gran transformación alcanzada en la realización de la causa revolucionaria de la clase obrera, causa del comunismo, y una victoria histórica conquistada al precio de su sangre por los comunistas y revolucionarios, por los pueblos revolucionarios de numerosos países.

El líder desempeña un rol decisivo en el movimiento revolucionario de la clase obrera. Ya en su etapa inicial la historia del movimiento comunista internacional comprobó esta valiosa verdad por medio de las actividades de Marx. Si él, que era el primer líder de la clase obrera, no hubiera creado el marxismo para la clase obrera internacional, ésta habría continuado vagando por la oscuridad sin comprender su misión histórica y no habría podido desplegar victoriosamente la lucha revolucionaria. Asimismo, si Lenin no hubiera creado el leninismo, que es la teoría, estrategia y táctica de la revolución proletaria del período del imperialismo, y alzado a la clase obrera rusa a la lucha, habría sido imposible la aparición del primer Estado socialista del mundo.

No sólo en el pasado y presente del movimiento comunista, sino también en su etapa futura la causa revolucionaria de la clase obrera será llevada adelante victoriosamente bajo la dirección de su líder.

El marxismo-leninismo sirvió de aurora para los comunistas y otros sectores del pueblo coreano en su lucha por la liberación nacional y social en el período de la dominación colonial del imperialismo japonés.

Tempranamente, ya al ponerse al frente de nuestra revolución, el gran Líder camarada Kim Il Sung allanó de manera brillante, bajo la bandera del marxismo-leninismo, el camino victorioso del movimiento comunista y de la liberación nacional.

Como los movimientos revolucionarios se desenvuelven en las diversas condiciones que determina la época y en realidades múltiples y concretas, los comunistas deben aplicar los principios generales del marxismo-leninismo de acuerdo con esas condiciones y realidades en sus propios países, e ir desarrollando las teorías de la revolución conforme a las nuevas exigencias que el avance de ésta plantea.

En el proceso de allanar el camino de la revolución mediante la aplicación creadora del marxismo-leninismo a la realidad de nuestro país, el gran Líder camarada Kim Il Sung creó la idea Juche, abriéndole así a nuestra revolución el camino del desarrollo independiente.

La idea Juche es, en pocas palabras, la idea de que las masas populares son las protagonistas de la revolución y la construcción, y las fuerzas que las impulsan.

Las masas populares, siendo como son protagonistas de la revolución y la construcción, deben defender en éstas su posición y cumplir con su papel como tales.

Para guardar su posición como protagonistas de la revolución y la construcción, ellas tienen que mantenerse en una posición independiente.

El movimiento revolucionario es la lucha por defender la independencia de las masas populares y, por consiguiente, exige preservar esa posición autónoma. Sólo manteniéndola será posible resolver todos los problemas que se presenten en la revolución y la construcción, de acuerdo con los intereses de las masas populares y defender éstas su derecho y cumplir con su responsabilidad como protagonistas de la revolución y la construcción. Para mantener la posición independiente hace falta materializar los princi-

pios del Juche en la ideología, de la soberanía en la política, del autosostenimiento en la economía y de la autodefensa en la salvaguardia nacional.

Las masas populares deben mantener una posición creadora para poder cumplir con su papel como protagonistas de la revolución y la construcción.

El movimiento revolucionario es un movimiento creador de las masas populares y, por consiguiente, exige mantener una posición creadora. Sólo manteniéndose en ella pueden las masas populares llevar adelante dinámicamente la revolución y la construcción desplegando en alto grado su capacidad creadora y encontrando los medios convenientes a la realidad. Para mantener esa posición es preciso atenerse al principio de solucionar todo problema apoyándose en la facultad creadora de las masas populares y de acuerdo con las propias condiciones.

Para lograr que las masas populares mantengan su posición y cumplan con su papel como protagonistas de la revolución y la construcción hay que prestar atención principal al factor ideológico.

La conciencia ideológica de las masas populares por la independencia desempeña un rol decisivo en el movimiento revolucionario, de modo que éste exige remitirse principalmente al aspecto ideológico. Sólo cuando se logren la concientización y motivación ideológicas de las masas del pueblo trabajador, que son las protagonistas de la revolución y la construcción, se podrá acelerar la maduración de la revolución y llevarla a cabo activamente. Para elevar el rol de la conciencia ideológica en la revolución y la construcción es necesario aplicar el principio de priorizar la transformación ideológica, la labor política, en todas las actividades.

La posición y los principios jucheanos, aclarados por el gran Líder camarada Kim Il Sung están de acuerdo con los principios del movimiento comunista y del marxismo-leninismo.

El movimiento comunista es una lucha por librarse de toda forma de esclavitud y limitación y realizar la independencia, un movimiento que los comunistas, los pueblos libran de manera autónoma y conforme a sus convicciones. El mantenimiento de la posición jucheana en la revolución y la construcción se aviene por entero con esta característica esencial del movimiento comunista. Hoy la necesidad de mantenerla se torna urgente tanto más cuanto que la lucha por el comunismo se lleva a cabo teniendo como unidad al Estado nacional. Si sosteniendo esa posición los comunistas realizan con éxito la revolución en sus propios países, podrán contribuir mejor al fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias internacionales y anticipar el triunfo de la revolución mundial.

El marxismo-leninismo, que dio a conocer las teorías, estrategias y tácticas de la lucha revolucionaria de la clase obrera, no es un dogma sino una guía de acción. El mantenimiento de la posición jucheana en la revolución y la construcción también está de acuerdo con la naturaleza del marxismo-leninismo como doctrina creadora. Sólo aplicando correctamente el marxismo-leninismo, partiendo de esa posición, los comunistas pueden ponerlo de relieve en toda su dimensión y enriquecer su acervo con nuevas teorías revolucionarias.

En el curso de su dirección a la revolución coreana, el gran Líder camarada Kim Il Sung, basándose en la idea Juche, dio solución científica a todos los problemas que planteaban la revolución y la construcción, y sistematizó integralmente la ideología, teoría y metodología del Juche. Toda la ideología, teoría y metodología que él dilucidara emanan de los principios del Juche y son su materialización. En este sentido las llamamos idea Juche.

La idea Juche es el brillante fruto de más de medio siglo de actividades ideológicas y teóricas del gran Líder camarada Kim Il Sung, y el resumen ideológico y teórico de la revolución coreana. Ella sintetiza las ideas y teorías desarrolladas, enriquecidas o creadas en el transcurso de la lucha revolucionaria bajo la bandera del marxismo-leninismo, y da respuestas científicas a los problemas que la revolución y la construcción han planteado por primera vez en nuestra época. Siguiendo el camino señalado por la idea Juche será posible superar todo oportunismo, defender resueltamente los principios revolucionarios del marxismo-leninismo, encontrar soluciones justas

a todos los problemas nuevos que plantean la época y el desarrollo de la revolución, y culminar brillantemente la causa del comunismo.

La historia de la revolución coreana es la historia de la materialización y triunfo total de la gran idea Juche.

La toma de esa idea como nuestra inconmovible guía rectora nos permitió avanzar victoriosamente en la revolución y la construcción, sin desviarnos en lo más mínimo.

Librando la heroica Lucha Armada Antijaponesa en cumplimiento del lineamiento jucheano trazado al respecto por el gran Líder camarada Kim Il Sung, nuestro pueblo pudo vencer al imperialismo japonés y cumplir la histórica tarea de restaurar la Patria. Y después de la liberación, materializando bajo su sabia dirección los lineamientos revolucionarios jucheanos, llevó a cabo en forma consecuente la revolución democrática antimperialista y antifeudal en el Norte de la República, convirtió esta parte del país en una poderosa base de la revolución coreana y, apoyándose en ella, alcanzó una gran victoria en la cruenta Guerra de Liberación de la Patria contra la agresión armada del imperialismo yanqui. Aplicando la idea Juche dimos la mejor solución a todos los problemas que se presentaron en el curso de la revolución y construcción socialistas de posguerra, y en un breve tiempo transformamos a nuestro país, otrora atrasado, en un poderoso país socialista, soberano, autosuficiente y autodefendido.

Hoy nuestra revolución se encuentra en un proceso de desarrollo hacia una etapa más alta, y ante nuestro pueblo, que marcha hacia el comunismo, se abre un horizonte más amplio.

Desde que Marx creara la teoría del comunismo científico la humanidad ha venido librando sin tregua la lucha por hacer realidad el ideal de la sociedad comunista y hoy en día el comunismo no es un anhelo para un futuro lejano sino que ha aparecido en el orden del día de la historia como una tarea de actualidad.

Basándose en el marxismo-leninismo y la idea Juche, nuestro Partido resuelve de modo correcto los problemas teóricos y prácticos que se presentan en la construcción del comunismo, y así va impulsando enérgicamente la revolución y la construcción con estrategias y orientaciones de lucha científicas.

Al exponer las teorías sobre la conquista de las fortalezas ideológica y material del comunismo y sobre las tres revoluciones: ideológica, técnica y cultural, nuestro Partido dilucidó claramente el principal objetivo estratégico de la construcción del comunismo y la vía para alcanzarlo.

A fin de edificar la sociedad comunista es imprescindible conquistar su fortaleza material. En otras palabras, hace falta desarrollar en alto grado las fuerzas productivas para asentar la base material y tecnológica del comunismo e implantar la única forma de propiedad comunista. Sólo de esta manera se podrá aplicar el principio comunista que formuló tempranamente Marx: "De cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad".

Para construir la sociedad comunista es necesario, además, conquistar su fortaleza ideológica. Es decir, hacer de todos los miembros de la sociedad comunistas integralmente preparados sometiéndolos a un proceso de dotación con la conciencia revolucionaria y de clase obrera e intelectualización. Los hombres, siendo como son dueños de la sociedad, podrán construir con éxito el socialismo y el comunismo y dirigir correctamente la sociedad comunista sólo cuando estén instruidos y preparados como comunistas integralmente desarrollados.

La vida ideológico-espiritual y material de los hombres constituyen las dos caras de la vida social, y la independencia de las masas del pueblo trabajador debe realizarse por igual en estos dos campos. Por lo tanto, para hacer de la independencia de las masas populares una completa realidad es indispensable conquistar tanto la fortaleza ideológica como la material del comunismo.

El programa de nuestro Partido para modificar toda la sociedad conforme a la idea Juche es un gran programa de la construcción comunista que permite conquistar con éxito las fortalezas ideológica y material del comunismo y asegurar plenamente la independencia a las masas del pueblo trabajador, transformando a las gentes, la sociedad y la naturaleza de acuerdo con las exigencias de la idea Juche.

Las tres revoluciones: ideológica, técnica y cultural conforman la línea estratégica que nuestro Partido mantiene invariablemente para transformar toda la sociedad según la idea Juche y construir el comunismo.

En la línea de desplegar las tres revoluciones está encarnada la firme disposición de nuestro Partido de llevar hasta el fin la causa del socialismo y el comunismo.

El triunfo de la revolución socialista y el establecimiento del régimen socialista representan un cambio histórico en la lucha revolucionaria de la clase obrera, en la realización de la obra del socialismo y el comunismo. Pero esto no significa, de ninguna manera, la culminación de la revolución.

Si se implanta el régimen socialista se eliminan los antagonismos de clase, pero siguen en pie las diferencias clasistas. En la sociedad socialista ellas se dan entre los obreros y los campesinos, dos clases principales y amistosas, y son consecuencia de la diferencia entre la propiedad de todo el pueblo y la cooperativista, dos formas de posesión socialista.

Con el establecimiento del régimen socialista también cambia radicalmente el carácter del trabajo, que se convierte en algo honroso, pero no se presenta aún como la primera exigencia de la vida y va acompañado de diferencias. En la sociedad socialista éstas se expresan principalmente bajo la forma de distinciones entre el trabajo físico y el intelectual, entre el pesado y el ligero y entre el industrial y el agrícola.

La implantación del régimen socialista implica la liquidación definitiva de las causas de la explotación y la miseria, pero siguen perdurando las diferencias en el nivel de vida material y cultural de los miembros de la sociedad.

Si en la sociedad socialista siguen en pie las diferencias clasistas y varias otras más, esto se debe a que subsiste el atraso ideológico, técnico y cultural, remanente de la vieja sociedad. Debido a estas diferencias y atraso, la sociedad socialista se distingue de la alta etapa del comunismo y tiene un carácter transitorio.

Por supuesto que este carácter transitorio de la sociedad socialista no constituye su característica esencial, que es, más bien, comunista. Porque ella es una sociedad que se basa en el colectivismo y lo principal de sus relaciones son la cooperación y la unidad camaraderiles.

La construcción de la sociedad socialista y su perfeccionamiento conforman el proceso de afianzamiento de su esencia comunista y de superación de su carácter transitorio. Esto exige que en la construcción socialista se tengan en cuenta por igual esos dos caracteres y toda política se ejecute conforme a ellos.

A partir de la superioridad esencial y la característica de la sociedad socialista, se plantea la importante tarea de aplicar políticas correctas y equilibradas en su construcción, es decir, intensificar el estímulo político y moral a los trabajadores, combinándolo en adecuada proporción con el material; aplicar activamente las medidas comunistas, observando en forma estricta el principio de distribución socialista de gratificar según la calidad y cantidad de los trabajos realizados; poner en pleno juego el entusiasmo de los trabajadores, armonizándolo adecuadamente con el control, etc.

Si en la confección de la política se tiene en cuenta sólo el carácter comunista de la sociedad socialista, menospreciando su carácter transitorio, o viceversa, se incurrirá en errores de izquierda o de derecha.

Con miras a superar el carácter transitorio de la sociedad socialista y construir la comunista es indispensable continuar la revolución para acabar con el atraso ideológico, técnico y cultural.

Las tres revoluciones: ideológica, técnica y cultural vienen a ser la continuación de la revolución bajo el socialismo y su proyección hacia una etapa más alta. La revolución de la clase obrera y otras masas populares trabajadoras para alcanzar la independencia iniciada con la lucha por la destrucción del viejo régimen explotador, continúa y culmina en la lucha que se libra en la sociedad socialista por eliminar el atraso ideológico, técnico y cultural, residuo de la vieja sociedad. Sólo llevando a cabo cabalmente las tres revoluciones es posible liquidar dicho atraso y sus consecuencias, es decir, las dife-

rencias clasistas entre los obreros y los campesinos y las diferencias que se dan en el trabajo y en el nivel de vida material y cultural, y satisfacer plenamente las demandas esenciales de la sociedad comunista.

Para llevar a cabo las tres revoluciones, nuestro Partido se atiene al principio de priorizar con firmeza la revolución ideológica e impulsar con energía, al mismo tiempo, la técnica y la cultural.

Sólo priorizando la revolución ideológica, es posible convertir a las personas en comunistas mediante la transformación de su conciencia ideológica y llevar a buen término la construcción económica y cultural dando libre curso al entusiasmo revolucionario de los trabajadores. Si no se sigue intensificando esta revolución pueden resucitar concepciones trasnochadas en la mente de las gentes, infiltrarse las ideas capitalistas y decaerles paulatinamente el interés por la revolución a medida que desaparecen las preocupaciones para la comida, el vestido y el alojamiento gracias a la elevación del nivel de vida. En resumen, menospreciar la revolución ideológica puede tener graves consecuencias para el proceso revolucionario y constructivo.

Es necesario, pues, intensificarla ininterrumpidamente, sin desdeñarla ni un solo momento durante la construcción socialista y comunista.

Al priorizar con firmeza la revolución ideológica e impulsarla con energía en el proceso revolucionario y constructivo, nuestro Partido logró imprimir cambios radicales en los rasgos ideológico-espirituales y el modo de vida de la gente. Toda la sociedad rebosa de la idea Juche y de una atmósfera de trabajo y vida revolucionarios, y todos los trabajadores, llenos de infinita fidelidad al Partido y al Líder, trabajan con abnegación en aras del Partido y la revolución, la Patria y el pueblo, la sociedad y la colectividad.

Con todo, hay que profundizar sin cesar la revolución ideológica para educar a todos los miembros de la sociedad y transformarlos en auténticos comunistas y dar libre cauce a su entusiasmo revolucionario.

La principal tarea que afrontamos hoy en la revolución ideológica

es la de educar y transformar cabalmente a todos los miembros de la sociedad en revolucionarios comunistas de tipo Juche de acuerdo con la exigencia del proceso de modificación de toda la sociedad sobre la base de esa idea, y movilizar con energía a los trabajadores en la lucha revolucionaria y la labor constructiva, poniendo en juego su celo revolucionario. Nos compete intensificar entre los militantes y otros trabajadores la educación en la idea Juche y la política partidaria, la educación en las tradiciones revolucionarias y la ideología comunista de modo que piensen y actúen, en cualquier momento y lugar, con la ideología de nuestro Partido, odien a las clases y regímenes explotadores, amen ardientemente al régimen y la Patria socialistas y se esfuercen hasta el fin para completar la causa del socialismo y el comunismo.

Debemos efectuar la educación ideológica en estrecha combinación con la práctica revolucionaria para que todos los militantes y trabajadores, manifestando un alto celo revolucionario y entusiasmo creativo, impulsen con ahinco la producción y la construcción.

Paralelamente a la priorización de la revolución ideológica hace falta dar un fuerte impulso a las revoluciones técnica y cultural.

La nuestra es la época de las ciencias y la tecnología. Sólo imprimiéndoles un rápido progreso es posible estimular la construcción socialista y llevar la economía nacional a una etapa más alta, así como solucionar con éxito tanto el problema de promover el bienestar del pueblo como el de incrementar el poderío del país.

Al impulsar enérgicamente la revolución técnica, el Partido convirtió en un lapso históricamente corto a nuestro país, que se hallaba atrasado en el plano técnico y económico, en un Estado industrial socialista desarrollado, y logró un gran avance en la tarea de colocar todas las ramas de la economía nacional sobre la base de la ciencia y la técnica modernas y emancipar a los trabajadores de las faenas duras y difíciles.

Pero aún debemos continuar impulsando vigorosamente la revolución técnica para liberar a nuestro pueblo de todo trabajo difícil y asegurarle condiciones de vida holgadas y civilizadas.

Nos incumbe ahora, dentro de la revolución técnica, la importante tarea de acelerar a gran ritmo la adecuación de la economía a las condiciones del país, su modernización y fundamentación científica. Sólo llevando a cabo esos procesos, será posible afianzar la autosuficiencia de la economía nacional y echar las sólidas bases materiales y técnicas del socialismo y el comunismo.

Canalizando esfuerzos hacia la solución de los problemas técnico-científicos que se presentan en la adecuación de la economía a las condiciones del país y las cuestiones relacionadas con la producción, tenemos que cubrir en forma más satisfactoria con los recursos nacionales los requerimientos de materias primas, combustible y energía, y seguir perfeccionando la estructura de las ramas de la economía nacional.

Debemos modernizar la economía nacional y emancipar a los trabajadores de las faenas duras y difíciles, esforzándonos tesoneramente en todas las vertientes económicas por renovar los procesos técnicos, introducir en la producción la mecanización combinada, la automatización y el control remoto e industrializar la agricultura.

Junto con esto hay que desarrollar con rapidez las ciencias y la técnica y efectuar las actividades productivas y administrativas de todas las ramas sobre una nueva base científica para así imprimir a nuestra economía nacional un carácter altamente científico.

Por ahora lo importante en la revolución técnica es elevar el sentido de responsabilidad y el papel de los científicos y técnicos.

Gracias a la correcta orientación del Partido en lo que respecta a la formación de cuadros nacionales, hemos llegado a contar con un gran destacamento de un millón 200 mil científicos, técnicos y otros especialistas dotados con la idea Juche y con avanzados conocimientos científicos y tecnológicos. Si acertamos a movilizar esta gran potencia que impulsa el desarrollo científico-técnico y económico del país, podemos resolver magníficamente cualquier problema que se presente en la revolución técnica y la construcción económica.

Los científicos y los técnicos, estableciendo con firmeza el Juche en sus trabajos de investigación e intensificando la colaboración creativa con los obreros, deben solucionar activamente los problemas científico-tecnológicos que surjan en el curso de la adecuación de la economía a las condiciones del país, su modernización y fundamentación científica. Mientras tanto, en todas las ramas de ésta deben ser aplicados a tiempo los logros científicos y técnicos que aquéllos alcancen, para que puedan hacer efecto en la producción y la construcción.

La actual situación económica en nuestro país es, en general, óptima, y ante nosotros se han abierto seguras perspectivas de llevar a feliz término el grandioso programa de la construcción económica socialista formulado por el Partido. En el curso de la lucha por la materialización de las resoluciones del VI Congreso del Partido se ha afianzado más el carácter jucheano de la industria y sentado sólidos cimientos para alcanzar los diez objetivos a largo plazo de la construcción económica socialista.

La cuestión depende de la decisión y el esfuerzo de nuestros cuadros y militantes.

Todos ellos y todos los trabajadores, en apoyo a la orientación del Partido de librar la batalla de la velocidad, deben dar un mayor impulso a la producción y la construcción a fin de cumplir con anticipación el Segundo Plan Septenal y las diez metas a largo plazo de la construcción económica socialista.

El principal objetivo que perseguimos al realizar la revolución técnica y acelerar la construcción económica socialista es el de hacer más rico y poderoso al país y asegurar al pueblo una vida más abundante y culta.

Mejorar ininterrumpidamente el nivel de vida material y cultural del pueblo es el principio supremo de la actividad de nuestro Partido.

Al mismo tiempo que fortalecemos la base económica del país, debemos lograr un avance trascendental en la producción de bienes de consumo popular y en la oferta de servicios públicos y elevar más el nivel de vida del pueblo.

La revolución cultural es una importante tarea para convertir a nuestros trabajadores en hombres integralmente desarrollados y satisfacer en forma adecuada sus cada día más crecientes necesidades culturales.

El Partido, dando un fuerte impulso a esta revolución, ha logrado brillantes éxitos en la creación de la cultura socialista. En nuestro país se ha implantado la enseñanza obligatoria general de 11 años, gracias a la cual todas las nuevas generaciones reciben hoy la enseñanza secundaria completa; con el desarrollo de la labor de preparación de cuadros nacionales se ha formado un gran ejército de intelectuales. Se ha elevado en general el nivel cultural y técnico de los trabajadores y se ha registrado un adelanto transcendental en las ciencias y la técnica, en la literatura y el arte, en la salud pública y en otros sectores.

En la actualidad la tarea central de la revolución cultural es la de realizar la intelectualización de toda la sociedad. Esta es una orientación original de nuestro Partido para la creación de la cultura socialista y comunista. Debemos afianzar los planteles de formación de cuadros nacionales ahora existentes y al mismo tiempo aumentar el número de centros docentes superiores en el sentido de desarrollar el sistema de estudiar mientras se trabaja a fin de mejorar la labor educacional. Paralelamente a esto debemos formar a todos los miembros de la sociedad como comunistas integralmente desarrollados e ir mejorando en forma incesante y en general su nivel de conocimientos culturales. Debemos promover la literatura y el arte revolucionarios e implantar consecuentemente el culto modo de vida socialista.

Para la construcción exitosa del socialismo y el comunismo hace falta asegurarle una dirección correcta.

El marxismo-leninismo formuló la teoría de la dictadura del proletariado y ofreció así a la clase obrera en el poder una guía para dirigir la construcción de una nueva sociedad.

Nuestro Partido ha solucionado, sobre la base del marxismo-leninismo y la idea Juche y de conformidad con la realidad de nuestro país, el problema del sistema y método de dirección de la revolución y la edificación, lo que le permite conducir victoriosamente la construcción del socialismo y el comunismo.

El partido de la clase obrera constituye la fuerza orientadora en el sistema de dirección de la revolución y la construcción.

Como el marxismo-leninismo señala, el partido de la clase obrera es la forma suprema de su organización.

En todo el curso de la dirección sobre la revolución y la construcción, el gran Líder camarada Kim Il Sung, viendo siempre la llave de la victoria en el fortalecimiento del partido, ha venido guiando sabiamente la construcción del partido revolucionario de la clase obrera en nuestro país.

La construcción de este partido ha de ser llevada a cabo de manera independiente por los comunistas de cada país. Durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa los comunistas coreanos, bajo la dirección del gran Líder camarada Kim Il Sung, crearon las organizaciones partidarias según el principio de la independencia y sobre esta base llevaron a la victoria la revolución coreana; y después de la liberación también resolvieron de modo independiente los problemas que se presentaron en la construcción del partido en el poder.

Nuestro Partido, a partir de la realidad concreta del país y de las demandas de la revolución, trazó la orientación de transformarse en un partido de masas, expandió con rapidez sus filas admitiendo en ellas a muchos elementos progresistas de entre los obreros, campesinos y trabajadores intelectuales, y las fortaleció sin cesar en lo organizativo e ideológico a través de una severa lucha contra los enemigos internos y externos.

Sobre todo hemos mantenido el establecer el sistema de ideología única como la línea principal de la construcción partidista, gracias a lo cual la unidad y cohesión de nuestro Partido se han hecho indestructibles y éste se ha convertido en un partido combativo y revolucionario, con un acentuado carácter organizado y disciplinado, que piensa y actúa como un solo hombre.

Nuestro Partido, considerando siempre como su más noble misión servir al pueblo, ha defendido consecuentemente sus intereses, se ha apoyado con firmeza en él y ha mantenido estrechos lazos con las masas. Hoy goza del apoyo y confianza absolutos del pueblo, que le confía enteramente sus destinos y lucha con tesón bajo su guía.

Podemos estar legítimamente orgullosos de haber construido un

férreo partido revolucionario, estrechamente unido sobre la base de una sola idea y voluntad en torno a su Comité Central, encabezado por el gran Líder camarada Kim Il Sung; un partido combativo que, enraizado profundamente en las masas populares y formando con ellas un solo cuerpo, impulsa vigorosamente la revolución y la construcción.

Fortalecer el partido y elevar su función rectora y su papel sigue siendo un asunto importante en el proceso de edificación del socialismo y el comunismo. La sociedad socialista y comunista es una sociedad altamente organizada, y para dirigirla con acierto hace falta una fuerza orientadora con tanta capacidad organizadora como el partido.

En vista de la posición y el papel que el partido ocupa en la tarea de asegurar la victoria de la causa del socialismo y el comunismo, debemos desarrollarlo con visión de futuro.

La posición inconmovible de nuestro Partido en lo que se refiere a su construcción es que debe desarrollarse para siempre como partido del camarada Kim Il Sung, que lo fundó y dirige. Para cumplir en forma brillante su misión histórica, invariablemente tendrá a su cabeza al gran camarada Kim Il Sung, mantendrá la idea Juche como su idea rectora, defenderá resueltamente sus tradiciones revolucionarias y propugnará con firmeza su línea y política.

Debemos fortalecer más el sistema de ideología única en todo el Partido, afianzar sin cesar su base organizativa e ideológica y estrechar de continuo sus filas. Todas las organizaciones partidarias, tomando la labor para con la gente como su principal tarea, deben trabajar intensamente con los cuadros y otros militantes y templar su espíritu partidista mediante la reglamentación y regimentación de la vida del Partido, así como mejorar la labor con las masas agrupando firmemente a todos sus sectores alrededor del Partido.

Una tarea importante del partido es ejercer una eficiente dirección sobre la revolución y la construcción.

Como el partido de la clase obrera es un organismo de dirección política, su orientación sobre la revolución y la construcción también debe ser política y estar inspirada en sus lineamientos. A lo largo de su dirección sobre ellas nuestro Partido ha prestado profunda atención a que sus organizaciones a todos los niveles controlen de modo unificado la labor de los correspondientes sectores y unidades y la dirijan intensamente desde el punto de vista político y basándose en sus lineamientos.

En la dirección partidaria de la construcción socialista es importante garantizar una conducción acertada de las tres revoluciones ideológica, técnica y cultural.

Nuestro Partido ha intensificado su dirección sobre estas tres revoluciones tal como lo exigían la revolución y la construcción en cada etapa. A medida que ellas se profundizaban y desarrollaban, organizó con sus militantes medulares y con jóvenes intelectuales grupos para promoverlas y los envió a las fábricas, empresas y granjas cooperativas, a la vez que elevaba la función y el papel combativos de las organizaciones partidistas para que unos y otras, uniendo sus fuerzas, impulsaran vigorosamente dichas revoluciones. Intensificando de continuo la dirección partidista sobre ellas debemos llevarlas a cabo de manera más organizada y activa imprimiéndoles un nuevo impulso.

La edificación económica socialista deviene una importante tarea revolucionaria del partido de la clase obrera en el poder. Sus actividades deben estar orientadas a asegurar la construcción económica socialista, y los éxitos de las mismas también deben expresarse en el avance de esa construcción.

Nuestra economía nacional tiene hoy un alto nivel de desarrollo y su potencial es muy grande. Esto requiere intensificar la dirección del Partido sobre la edificación económica socialista. Las organizaciones partidarias, asiendo firmemente las riendas de la labor económica, deben darle un fuerte impulso y ayudar con eficiencia a sus dirigentes para que realicen con responsabilidad, como protagonistas de la revolución, la organización económica y la dirección de las actividades productivas.

Para construir con éxito el socialismo y el comunismo hay que reforzar el Poder popular, que es su arma, y elevar el papel de los organismos estatales y económicos.

Nuestro Partido, teniendo como guía la teoría marxista-leninista de la dictadura del proletariado y de acuerdo con los nuevos requerimientos de la época, resolvió originalmente el problema del poder estatal creando el Poder popular, con lo cual contribuyó a enriquecer la experiencia histórica de esa dictadura.

El Poder popular es una nueva forma de poder de la dictadura del proletariado, creado como un reflejo de la exigencia legítima del desarrollo del movimiento revolucionario de la clase obrera.

La revolución socialista y comunista, en el larguísimo período de más de un siglo de desarrollo ininterrumpido, ha agrupado bajo su bandera no sólo a la clase obrera sino también a otras amplias masas del pueblo trabajador; y en nuestra época llegaron a participar en el movimiento revolucionario dirigido por la clase obrera, además de ésta, el campesinado y otros sectores del pueblo. Sobre todo en aquellos países, como el nuestro, que eran colonias o semicolonias del imperialismo, los amplios sectores del pueblo: campesinos, trabajadores intelectuales, clases pequeñopropietarias, etc., bajo la dirección de la clase obrera, no sólo participan en la revolución antimperialista de liberación nacional, sino también marchan por el camino del socialismo acogiendo este ideal. La nueva circunstancia histórica de haberse expandido incomparablemente la base social y política de la dictadura del proletariado, exigió la forma de Poder popular.

De acuerdo con la línea jucheana de construir el Poder popular que el gran Líder camarada Kim Il Sung trazó durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y materializó en las bases guerrilleras, después de la liberación nuestro Partido destruyó sin demora los aparatos de dominación colonial del imperialismo japonés, estableció el Poder popular y, apoyándose en él, llevó a cabo la revolución democrática antimperialista y antifeudal y la revolución socialista y está hoy construyendo exitosamente el socialismo.

Para la victoria final de la causa revolucionaria de la clase obrera, de la causa del socialismo y el comunismo, es necesario seguir fortaleciendo el Poder popular.

En cada período de desarrollo de la revolución nuestro Partido tomó medidas para reforzarlo y elevar su función y su papel de conformidad con las nuevas circunstancias y requerimientos, asegurándole de este modo un arraigo profundo entre diversos sectores de las masas populares y la realización plena de sus tareas. Actualmente nuestro Poder popular está cumpliendo magníficamente su función y su papel como arma de la revolución y la construcción, como protector de la libertad y los derechos del pueblo, como defensor de la Patria y de la revolución, y goza de la gran confianza y el amor de todo el pueblo.

En adelante también debemos seguir fortaleciendo el Poder popular.

Debemos reforzar los comités populares a todos los niveles y los organismos estatales y económicos destinándoles mejores cuadros, fieles al Partido y que gocen de la confianza del pueblo, y ayudarlos a cumplir satisfactoriamente sus deberes como servidores del pueblo.

Los trabajadores de los organismos estatales y económicos, con un alto espíritu partidista y de clase obrera y popular, deben poner en juego toda su inteligencia y entusiasmo para asegurar una vida más abundante y culta al pueblo.

Mejorar la dirección y la administración de la economía nacional constituye una tarea importante de los organismos estatales y económicos.

La economía socialista puede ser gestionada con éxito y desarrollarse rápidamente sólo bajo la dirección centralizada del Estado.

Los organismos estatales y económicos, de conformidad con la exigencia actual del desarrollo de la economía socialista, deben seguir intensificando la dirección centralizada de ésta. Especialmente deben poner en pleno juego la superioridad del sistema jucheano de administración de la economía socialista, cuya esencia la constituye el sistema de trabajo Taean.

Este es un sistema de gestión económica muy ventajoso y que va bien con la naturaleza del régimen socialista. Es una forma de administración económica jucheana en que la línea de masas se ejecuta sustancialmente bajo la dirección colectiva del comité del Partido y

la economía se gestiona de manera científica y racional. Los organismos estatales y económicos deben mejorar sin cesar la gestión económica adhiriéndose con firmeza a ese sistema para garantizar el desarrollo planificado y equilibrado de la economía nacional y el alto ritmo de crecimiento de la producción.

El Poder popular es la gran hechura de nuestra revolución que ha venido desenvolviéndose bajo la bandera del marxismo-leninismo y de la idea Juche, un poder revolucionario más democrático y popular y que está de acuerdo con la exigencia de nuestra época y con la realidad de nuestro país. Nuestro Partido y pueblo, tomando firmemente las riendas del Poder popular, cuya superioridad e invencible vitalidad fueron comprobadas durante la prolongada lucha por la revolución y la construcción, defenderán de la agresión enemiga las conquistas revolucionarias e irán construyendo con éxito el socialismo y el comunismo.

Las organizaciones de trabajadores son firmes auxiliares del partido en la tarea de llevar adelante la causa del socialismo y el comunismo.

Bajo el socialismo las organizaciones de trabajadores son agrupaciones de educación ideológica de las amplias masas, son corporaciones periféricas del partido. En la sociedad socialista, donde la clase obrera y otros sectores del pueblo trabajador son dueños del país, les incumbe la tarea de educar a las masas y aglutinarlas en torno al partido movilizándolas para el cumplimiento de las tareas revolucionarias que éste propone. Sólo elevando su papel será posible hacer más estrechos los lazos de las masas de todos los sectores con el partido, movilizarlas dinámicamente en la revolución y la construcción, incorporar a todos los trabajadores a las organizaciones y, a través de sus actividades en éstas, educarlos y forjarlos para desplegar en alto grado el poderío de la sociedad socialista.

En cada etapa de la revolución nuestro Partido definió correctamente la misión y el deber de las organizaciones de trabajadores, las condujo a elevar su función y su papel y, conforme con las nuevas circunstancias y condiciones que implicaban el triunfo de la revolución socialista y el establecimiento del régimen socialista, las reorganizó y mejoró su sistema y método de trabajo para que cumpliesen plenamente su papel como organizaciones de educación ideológica.

Especialmente, nuestro Partido, para resolver el problema de los jóvenes, ha dedicado grandes esfuerzos a intensificar la labor de la Unión de la Juventud Trabajadora Socialista.

Esta es una cuestión muy importante que decide el éxito de la revolución y la construcción y el destino futuro de la nación. Los jóvenes son poderosas fuerzas para la construcción de una nueva sociedad y continuadores de la revolución, de modo que sólo cuando se les prepare firmemente en el aspecto político, ideológico y moral, es posible llevar adelante con dinamismo la revolución y la construcción y garantizar en forma eficaz la prosperidad eterna de la nación y la victoria final de la revolución. Por eso hay que intensificar la labor de la UJTS a fin de forjar a las amplias masas juveniles en el espíritu de organización, educarlas e instruirlas de modo revolucionario y guiarlas a desempeñar el papel de brigada de asalto en la revolución y la construcción.

Gracias a los tesoneros esfuerzos que nuestro Partido ha dedicado a la labor juvenil, la labor de la UJTS, los jóvenes de nuestro país han cumplido brillantemente su honrosa tarea de brigada de asalto afrontando a la vanguardia los trabajos duros y difíciles en cada etapa del desarrollo de la revolución. Hoy en todos los frentes de la construcción socialista despliegan el heroísmo colectivo y están firmemente plantados en los puestos de defensa de la Patria. Para nuestro Partido y nuestro pueblo es un gran orgullo tener jóvenes revolucionarios, organizados y heroicos.

Debemos elevar el papel de la UJTS y las demás organizaciones de trabajadores para agrupar más compactamente a las masas de todos los sectores alrededor del Partido y hacer que se movilicen decididamente en la lucha por llevar a cabo la línea y la política de éste. Las organizaciones de trabajadores deben mejorar, de acuerdo con sus características, la labor con sus afiliados, intensificar entre ellos la vida orgánica y la educación ideológica para que todos se forjen continuamente en la conciencia revolucionaria y de clase obre-

ra y participen en forma activa en la edificación económica socialista realizando innovaciones colectivas en todas partes.

Otro factor importante para garantizar la dirección de la revolución y la construcción es que todos los cuadros aprendan el método de orientación revolucionario y lo apliquen a cabalidad.

El requerimiento fundamental de este método es materializar la línea revolucionaria de masas. La clave para la solución de todos los problemas está en organizar y poner debidamente en acción a las masas, que son las protagonistas y encargadas directas de la revolución y la construcción. Los cuadros deben necesariamente atenerse al principio de defender de modo consecuente los intereses del pueblo, servirle con abnegación, educar a los trabajadores a la vez que aprenden de ellos, y resolver todos los problemas mediante la movilización de las masas.

Para que los cuadros trabajen apoyándose firmemente en las masas, es preciso intensificar entre ellos la lucha por mejorar el método y estilo de trabajo. Mejorarlos tiene singular importancia para la construcción de un partido en el poder. Si el partido de la clase obrera toma el poder es probable que surja entre algunos cuadros la tendencia burocrática y a actuar administrativamente, es decir, tratar de resolver todos los problemas sólo apoyándose en su autoridad, lo cual puede acarrear la grave consecuencia de impedir la ejecución de la política del Partido y separarlo de las masas.

Desde el mismo día en que tomó el poder, nuestro Partido, atribuyéndole una gran importancia, ha prestado invariablemente una profunda atención a mejorar el método y el estilo de trabajo de los cuadros. Particularmente ha desplegado entre los trabajadores del Partido, de los órganos de Poder popular y otros cuadros una incansable lucha contra el burocratismo y por establecer el método revolucionario y el estilo popular de trabajo.

La orientación básica que nuestro Partido mantiene para el mejoramiento del método y el estilo de trabajo entre los cuadros es aplicar el de la Guerrilla Antijaponesa y el espíritu y el método Chongsanri, creados por el gran Líder camarada Kim Il Sung. Todos los cuadros deben

estudiar a fondo la gloriosa historia de dirección del gran Líder camarada Kim Il Sung y aprender su método de trabajo, el método revolucionario que él creó y cuya forma de aplicar mostró brillantemente. De esta manera deben formarse como verdaderos trabajadores que sirvan con entrega total al pueblo, como competentes dirigentes de la revolución que puedan realizar con éxito, apoyándose en las masas y poniéndolas en acción, las tareas revolucionarias que se presenten.

Hoy en día enfrentamos la importante tarea de acelerar la construcción socialista en el Norte de la República y, al mismo tiempo, reunificar la Patria dividida e implantar la soberanía nacional en todo el país.

Después de cerca de 40 años de ocupación y de ser víctima de la política de esclavización del imperialismo yanqui, el Sur de Corea se ha convertido en una verdadera colonia, privada totalmente de soberanía, y su población sufre toda clase de infortunios y calamidades. Para mantener su dominio colonial fascista, los imperialistas yanquis y sus lacayos han difundido allí ampliamente las ideas de adoración y servilismo, de temor y sometimiento a los EE.UU. En estas condiciones, sólo oponiéndose al servilismo a las grandes potencias y estableciendo firmemente el Juche se podrá avivar el espíritu de independencia nacional entre la población surcoreana y alentarla a ponerse firmemente de pie en la lucha antiyanqui y antifascista por la independencia y la democratización.

Nuestro Partido, enarbolando la bandera de la idea Juche, acelerará la construcción socialista e intensificará la lucha por la reunificación independiente de la Patria con miras a implantar la soberanía nacional en todo el territorio y hacer más cercano el día de la victoria de la causa revolucionaria del Juche en nuestro país.

Una tarea importante y actual para llevar al triunfo la causa revolucionaria de la clase obrera iniciada por Marx, es la de oponerse al imperialismo y acelerar el proceso de independización en el mundo.

La lucha a nivel mundial iniciada hace mucho tiempo contra el capitalismo y el imperialismo continúa hoy pero en forma aún más

fiera. En la historia humana el capitalismo y el imperialismo son el último sistema de explotación que reprime la aspiración y la demanda de las masas populares por la independencia, el régimen de represión más despótico que practica a la vez la dominación clasista y la opresión nacional. Hoy en día el imperialismo, en su variante contemporánea basada en el capitalismo monopolista estatal, acentúa más que nunca su naturaleza agresiva y su salvajismo, y se opone virulentamente a la causa de las masas populares oprimidas por la liberación nacional, la independencia y el socialismo. Los imperialistas, recurriendo al neocolonialismo, continúan obstinadamente y con métodos más disimulados y astutos su política de saqueo y sojuzgamiento a los pueblos de otros países. El imperialismo contemporáneo, acaudillado por el norteamericano, rueda cuesta abajo pero hace desesperados esfuerzos por escapar de su ruinosa situación. En particular, a medida que se profundiza la crisis general de capitalismo, los imperialistas no sólo reprimen de modo cruel el avance revolucionario de la clase obrera y otras masas del pueblo trabajador de sus propios países sino que intensifican aún más los actos de agresión y subversión contra los países socialistas y el movimiento comunista internacional bajo la especie del "anticomunismo".

Mientras exista el imperialismo no pueden desaparecer la dominación y el saqueo, y mientras perduren esa dominación y saqueo es inevitable la lucha revolucionaria de la clase obrera y las masas populares que los combaten.

Para derrotar definitivamente al imperialismo y lograr la victoria de la revolución mundial es preciso reforzar la lucha antimperialista y antiyanqui. Al margen de ella es inconcebible poder lograr y consolidar la independencia nacional, anticipar la victoria de la causa del socialismo y el comunismo, prevenir la guerra y mantener la paz y la seguridad en el mundo.

Para fortalecer la lucha antimperialista y antiyanqui lo más importante es que los países socialistas y los partidos comunistas y obreros desplieguen con dinamismo la lucha contra el imperialismo internacional manteniendo una posición consecuente al respecto.

Las fuerzas socialistas y el movimiento comunista internacional son en nuestro tiempo las fuerzas revolucionarias más poderosas que se enfrentan al imperialismo y demás elementos reaccionarios, y el factor decisivo que frustra su política de agresión y guerra y estimula la lucha revolucionaria de los pueblos del mundo.

A fin de cumplir con su sagrada misión, deben lograr la unidad y cohesión de sus filas.

La unidad es el arma más poderosa de la clase obrera. Desde que apareció en el escenario de la historia, la clase obrera siempre ha considerado la unidad como el arma más potente en su lucha contra el capital internacional y se ha abierto paso triunfalmente apoyándose en la fuerza de la unidad. Hoy también la lucha antimperialista y otras tareas comunes pueden ser llevadas a buen término sólo cuando los países socialistas y los partidos comunistas y obreros, como compañeros de clase, reúnan sus fuerzas y cooperen estrechamente sobre la base del respeto mutuo y la independencia.

Con motivo del 165 aniversario del nacimiento de Carlos Marx y del centenario de su fallecimiento, los partidos comunistas y obreros de muchos países del mundo han expresado su decisión de luchar por liquidar el imperialismo y el colonialismo, establecer el régimen de la clase obrera, construir una nueva sociedad libre de la explotación y la opresión y llevar al triunfo la causa del socialismo y el comunismo bajo la bandera del marxismo-leninismo. Esta es la condición fundamental para unir con un lazo clasista a los países socialistas y los partidos comunistas y obreros.

Pueden existir divergencias de opinión entre los partidos y países hermanos, pero ellas provienen de los diferentes criterios en cuanto a la línea y los medios para realizar el objetivo e ideal comunes, y de ninguna manera reflejan las contradicciones entre distintos regímenes estatales y sociales ni los intereses de clases antagónicas. Los países socialistas y los partidos comunistas y obreros tienen más comunidades que diferencias, siendo secundarias éstas y principales aquéllas. Por eso deberán poner la unidad en el primer plano, subordinar a ella todo lo demás y dar importancia a los puntos comunes,

dirimiendo las diferencias de opinión con el espíritu de comprensión recíproca y colaboración camaraderil. Si realizan esfuerzos sinceros y pacientes, podrán preservar la unidad y robustecer la solidaridad.

A fin de hacer invencibles las fuerzas socialistas y el poderío del movimiento comunista internacional es menester, además de asegurar su unidad y solidaridad, reforzar sus integrantes nacionales. Las fuerzas socialistas y el movimiento comunista internacional pueden ser fortalecidos en su conjunto sólo cuando se consoliden las unidades nacionales que los integran, y se unan sus fuerzas.

Los partidos comunistas y obreros deben antes que nada realizar bien la revolución en sus propios países y, para ello, mantener la independencia.

Los comunistas podrán desarrollar la lucha revolucionaria y la labor de construcción sólo cuando, partiendo de la realidad concreta de sus países, definan de modo independiente su línea y política y solucionen responsablemente todos los problemas que surgen en la revolución y la construcción.

La realidad de nuestra época, en que la lucha revolucionaria de la clase obrera se desarrolla por Estados nacionales con diferentes condiciones sociales e históricas, y en que son distintas las tareas revolucionarias de los países, exige con apremio que los comunistas de cada uno de ellos efectúen con responsabilidad su revolución manteniendo la independencia.

Esta sirve de fundamento para el fortalecimiento del internacionalismo proletario. La solidaridad internacionalista es la solidaridad entre los pueblos que aspiran a la soberanía, y su objetivo es el de eliminar toda forma de dominación y supeditación y asegurar la independencia. Sin apoyarse en ésta no se puede lograr una unidad auténtica y sólida, ni cumplir con el deber nacional ni tampoco ser fiel al deber internacional.

De modo particular, en los países donde el poder está en manos de la clase obrera, es muy importante mantener la soberanía y realizar con éxito la construcción del socialismo y el comunismo. Los partidos de los países socialistas deben elaborar la línea y política

que convengan a su realidad, fomentar la economía y la cultura y desarrollar su capacidad autodefensiva movilizando las fuerzas de sus pueblos y sus propios recursos. Sólo así podrán cumplir con la responsabilidad asumida ante sus pueblos y la clase obrera internacional.

Efectuar consecuentemente la revolución democrática antimperialista por la liberación nacional y acelerar la construcción de la nueva sociedad en aquellos países que en el pasado eran colonias o semicolonias, tiene capital importancia para derrotar definitivamente al imperialismo y hacer realidad la independencia en el mundo.

En la actualidad los imperialistas norteamericanos, deseosos de sojuzgar de nuevo a los países recién independizados, envían en gran escala sus fuerzas agresivas a las zonas con importantes recursos y a los puntos militar-estratégicos pretextando que "defienden sus concesiones" y "garantizan la seguridad", y maquinan frenéticamente para controlar a los países tercermundistas en el plano político, económico y militar, bajo el rótulo de la "colaboración" y la "protección".

Los pueblos de Asia, Africa y América Latina deben luchar con valentía contra el imperialismo y por la defensa de la independencia, enarbolando la bandera del antimperialismo y el anticolonialismo, y cumplir a carta cabal las tareas de la revolución antimperialista de liberación nacional. Los pueblos de las diversas regiones que se encuentran aún bajo el yugo del imperialismo, el colonialismo o el racismo deben acudir vigorosamente a todas las formas de lucha revolucionaria, incluida la armada, a fin de expulsar a los imperialistas y realizar la descolonización y la independencia de sus países, en tanto que los pueblos progresistas del mundo deberán apoyar y respaldar activamente su lucha tanto en el plano material como en el espiritual.

Los pueblos de los países recién liberados del yugo imperialista tienen que privar de sus terrenos políticos y económicos al imperialismo extranjero y las fuerzas reaccionarias nativas, consolidar las fuerzas revolucionarias, establecer un avanzado régimen social y construir una economía nacional independiente y una cultura nacional. Sólo haciéndolo así podrán defender los logros de su revolu-

ción, alcanzar la prosperidad de su país, de su nación, y contribuir a la causa común de los pueblos del mundo de sepultar al imperialismo.

Hoy una tarea importante para oponerse al imperialismo y construir un nuevo mundo independiente es la de fortalecer y desarrollar el Movimiento de los No Alineados.

Este es un movimiento progresista que se opone a toda forma de dominación y sometimiento y aspira a la independencia, y una poderosa fuerza revolucionaria de nuestra época que se enfrenta al imperialismo. Para fortalecerlo y desarrollarlo todos los países no alineados deben observar estrictamente el principio fundamental de este Movimiento y hacer realidad la unidad política y la cooperación económica. Uniéndose y ateniéndose al principio de completa igualdad y de no ingerencia en los asuntos internos, tienen que hacer frente conjuntamente a las maniobras de agresión e intervención de los imperialistas y librar una lucha resuelta por la implantación de un nuevo orden económico internacional.

La tarea más importante que afronta hoy la humanidad progresista es frenar y frustrar las maquinaciones de agresión y guerra de los imperialistas y salvaguardar la paz y la seguridad en el mundo.

Hoy en día la situación internacional es muy compleja y tirante; en todas partes crece el peligro de guerra y son seriamente amenazadas la paz y la seguridad.

Para realizar su ambición de dominar el mundo, los imperialistas estadounidenses intentan desatar la guerra termonuclear y hundir a la humanidad en esa espantosa calamidad. Aumentan sus fuerzas armadas, agudizan la situación en el Medio y Cercano Oriente preparando una nueva guerra de agresión contra los pueblos árabes, y perturban la paz y la seguridad en Africa oponiéndose a las luchas populares por la liberación nacional y la construcción de una nueva sociedad. En la región centroamericana efectúan intervenciones armadas contra los pueblos que luchan por la libertad y la independencia, e intensifican la amenaza militar y los actos de desestabilización y subversión contra los países progresistas. En Europa tratan de aumentar en gran

escala sus armas nucleares, volviendo extremadamente crítica la situación.

Especialmente, maniobran del modo más abierto para desencadenar una nueva guerra en Corea. Han convertido a su parte Sur literalmente en un gran polvorín bélico, en una base de guerra nuclear introduciendo allí al por mayor armas de exterminio masivo, incluidas las nucleares, con la intención de llevar a cabo su ambición utilizándola como punto de apoyo colonial en Asia y como cabeza de puente para la agresión al continente.

Debido a las maquinaciones provocativas de una nueva guerra que los imperialistas norteamericanos llevan a cabo en todas partes del mundo, hoy la humanidad se encuentra ante la alternativa crucial de una nueva guerra mundial o la paz.

La situación actual exige que todas las personas que desean la seguridad y la paz para la humanidad se unan sin distingos de criterio político, religión o régimen social, y luchen por frustrar las maniobras de guerra de los imperialistas yanquis y defender la paz mundial.

Lograr la unidad de las fuerzas antimperialistas e independientes es la garantía decisiva para detener y frustrar las maquinaciones de agresión y guerra de los imperialistas, lograr una paz duradera en la Tierra y construir un nuevo mundo en que se asegure la independencia.

Todas las fuerzas progresistas y amantes de la paz del mundo: las socialistas, el movimiento comunista internacional, los movimientos de liberación nacional, los movimientos democráticos y el Movimiento de No Alineados, deben formar un frente unido contra el imperialismo norteamericano y enfrentársele colectivamente para que no pueda actuar a su antojo. Todas las fuerzas antimperialistas e independientes han de librar una lucha resuelta para frenar y frustrar el desenfrenado aumento de armamentos y las maniobras de preparación de guerra de los imperialistas, desmantelar las bases militares de los estadounidenses en otros países, hacer que se retiren sus tropas y armas de exterminio masivo, incluyendo las nucleares, disolver los bloques militares, crear y ampliar las zonas desnuclearizadas y de paz en diversas regiones del mundo y realizar el desarme general y total.

El Partido del Trabajo de Corea y el pueblo coreano, unidos firmemente bajo la bandera del antimperialismo y la independencia con los países socialistas, la clase obrera internacional, los pueblos de los países no alineados y demás pueblos progresistas del mundo, harán activos esfuerzos por lograr la victoria de la revolución coreana y la mundial y cumplirán excelentemente con su deber nacional e internacional.

Triunfará infaliblemente la causa del socialismo y el comunismo iniciada por Marx y se hará realidad la sociedad ideal de la humanidad en que se dará a plenitud la independencia de los pueblos.

Nuestro Partido y nuestro pueblo, en el futuro igual que en el pasado, enarbolando la bandera revolucionaria del marxismo-leninismo y la idea Juche, lucharán con vigor para acercar más el luminoso futuro del comunismo.

Es invencible la justa causa revolucionaria de nuestro pueblo, que marcha a pasos firmes y estrechamente unido en torno al Comité Central del Partido encabezado por el gran Líder camarada Kim Il Sung.

SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS REFERENTES A LA EDUCACION EN LA IDEA JUCHE

Conversación con los cuadros responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea
15 de julio de 1986

Dotar sólidamente a los militantes del Partido y demás trabajadores con la idea Juche representa hoy para nuestro Partido un problema de vital importancia. Quisiera hablarles de algunos problemas referentes a la educación en la idea Juche.

1

Educar en la idea Juche quiere decir educar en la ideología única de nuestro Partido. Se trata de una labor de formación ideológica tendente a dotar firmemente a los militantes del Partido y a otros trabajadores con la idea Juche, ideología rectora de nuestro Partido, para prepararlos como genuinos revolucionarios comunistas de tipo jucheano. Los revolucionarios comunistas de Corea son auténticos revolucionarios que, tomando la idea Juche por su credo inconmovible, luchan abnegadamente por la culminación de la causa del Juche. Sólo cuando se intensifique la educación en la idea Juche, los militantes del Partido y los demás trabajadores llegarán a tener rasgos

ideológico-espirituales y cualidades propias de los revolucionarios comunistas de tipo jucheano y a combatir con total abnegación en aras de la sagrada obra encaminada a realizar la independencia de las masas populares.

La idea Juche es la inconmovible ideología rectora del Partido que conduce nuestra causa revolucionaria a la victoria. Sólo apoyándose en ella es posible llevar hasta el fin esta causa de nuestro Partido por la independencia de las masas populares.

La revolución es una labor que tiene por objetivo la realización de la independencia de las masas populares. El carácter revolucionario de una ideología se determina según cuán resueltamente defienda la independencia del ser humano y cuán científicamente señale el camino para su realización. La idea Juche es una ideología revolucionaria consecuente que plantea como objetivo fundamental de la revolución la defensa y realización de la independencia, vida del ser social, y exige continuar la revolución hasta el fin, hasta alcanzar por completo este objetivo. La idea Juche es la más perfecta doctrina revolucionaria que hace a los hombres dueños irreprochables del mundo y de su propio destino mediante la cabal transformación de la naturaleza, la sociedad y el propio ser humano, conforme a la propiedad social de éste, propenso a vivir y a desarrollarse de manera independiente, y señala a la humanidad el camino de su eterna felicidad y prosperidad.

Si la idea Juche constituye una doctrina revolucionaria que indica del modo más científico el camino de la emancipación del ser humano, es porque, ante todo, se basa en la concepción del mundo humanocéntrica. El gran Líder, camarada Kim Il Sung, formuló por primera vez en la historia la cosmovisión filosófica humanocéntrica que dilucida la esencia del mundo y las leyes de su cambio y desarrollo, poniendo al hombre en la posición de dueño.

Al escuchar que la idea Juche es la cosmovisión humano-céntrica, algunas personas creen equivocadamente que ella niega el mundo objetivo y resalta unilateralmente el deseo o aspiración subjetivos del ser humano, pero incurren en un grave error. Hemos insistido en considerar el mundo poniendo en su centro al hombre, y nunca en tener en cuenta sólo a éste.

Entonces, ¿por qué se debe poner al hombre en el centro del enfoque del mundo? Porque el hombre, siendo como es el ente material más desarrollado, ocupa la posición de dueño en el mundo y desempeña el papel decisivo en el desarrollo de éste y en la forja de su propio destino.

En el sentido de que también él es un ser material animado que se creó en el largo proceso de la evolución y el desarrollo de la naturaleza, tiene un origen común con otras materias vivientes, pero difiere cualitativamente de éstas en cuanto al nivel de desarrollo. Por eso, también su posición y papel en el mundo son radicalmente distintos a los de otras existencias materiales.

En el mundo material la posición de dueño no la ocupa la naturaleza, sino el ser humano. Este es el único ser independiente en él. De los animales no se puede decir que son dueños de su destino porque sobreviven sólo mediante su adaptación a la naturaleza. Mientras los animales constituyen una parte de la naturaleza, cuyo destino se decide por las leyes de cambio y desarrollo de ésta, los seres humanos son poderosos dueños del mundo que, sobre la base de la comprensión científica de dichas leyes, transforman la naturaleza según sus necesidades y la ponen a su servicio. Ellos no comparten el destino de la naturaleza sometiéndose a sus leyes de cambio y desarrollo, sino son entes sociales que forjan su destino de manera independiente y creadora siguiendo las leyes del movimiento social, propias de la sociedad humana. A medida que crece su papel creador en la transformación de la naturaleza se eleva más su posición como dueño del mundo, y el mundo material que existe independientemente del hombre, se convierte más y más en su servidor.

El ser humano, como es el único ente creador que transforma el mundo con fines bien definidos según sus exigencias, no sólo ocupa la posición de dueño en él sino que desempeña también el papel determinante en su transformación y desarrollo.

El que el hombre ocupe la posición de dueño en el mundo y jue-

gue el rol decisivo en su desarrollo es un criterio jucheano sobre el mundo de hoy en que vive el género humano. Es imposible comprender el grado de desarrollo del mundo y la dirección y forma de su posterior evolución, al margen de la posición de dueño del hombre en el mundo y de su papel creador en la transformación de éste.

Como el destino del ser humano se determina en relación con el mundo, el que él tenga dicha posición y papel significa precisamente que ocupa la misma posición en cuanto a su destino y ejerce el mismo papel para forjarlo. Por eso, el principio filosófico del Juche que dilucida la posición y el papel del ser humano en el mundo señala el camino para forjar su destino.

La misión fundamental de la mundivisión filosófica está en indicar al hombre el camino de la forja de su destino. En ésta reside el objetivo fundamental de todas las actividades cognoscitivas y prácticas del hombre. Según este enfoque, no pueden ser excepción el objetivo y la misión de la filosofía. Si el ser humano trata de saber qué es la esencia del mundo, el propósito no está en esto mismo, sino en conocer el camino de la forja de su destino. En otras palabras, tiene un interés vital por conocer qué es el mundo, porque sin este conocimiento no puede comprender su propio destino. Por esta razón, puede afirmarse que el carácter progresista y la vitalidad de la concepción del mundo se determinan, en fin de cuentas, según cuán certeramente señale el camino de la forja del destino del ser humano. La característica fundamental y la superioridad incomparable de la mundivisión filosófica jucheana consisten precisamente en el hecho de que, basándose en el principio filosófico que indica la posición y el papel del hombre en el mundo, dilucidan en forma más científica la manera fundamental de la forja de su destino.

Para aclarar su posición y papel en el mundo es preciso conocer, junto con la característica general del mundo material, los atributos esenciales del hombre. Si de estos dos factores se sabe sólo uno, es imposible dilucidarlos.

La anterior mundivisión filosófica patentizó el principio materialista de que el mundo está hecho de materia, y el dialéctico de que el mundo cambia y evoluciona ininterrumpidamente. Estos principios filosóficos pueden aclarar la característica general del mundo material, pero no la posición y el papel del ser humano en éste.

Como desde el principio la misión principal de la mundivisión consiste en esclarecer la posición y el papel del ser humano en el mundo, el materialismo y la dialéctica, para cumplir plenamente con su misión como una mundivisión, no deberían limitarse a aclarar que el mundo está hecho de materia y cambia y se desarrolla ininterrumpidamente, sino dilucidar hasta el hecho de que el ser humano, la más desarrollada materia en el mundo, ocupa la posición de dueño y desempeña el papel decisivo en el desarrollo de éste. Por supuesto, sólo con el principio general del materialismo dialéctico no se puede aclarar como es debido el problema concerniente a los atributos esenciales del ser humano y la posición y el papel que él tiene en el mundo, pero al margen de dicho principio tampoco es posible resolver correctamente este problema.

Sin embargo, ahora algunos trabajadores creen equivocadamente que la filosofía jucheana, por ser humanocéntrica, no tiene nada que ver con el principio general del materialismo dialéctico. La filosofía jucheana observa al ser humano, no aislándolo del mundo material sino en relación con entes materiales menos desarrollados que él y así aclara cuáles son sus atributos esenciales y cuáles su posición y papel. Resulta obvio que corresponde al principio fundamental del materialismo y de la dialéctica la afirmación de que el ser humano, ente material más desarrollado, ocupa la posición de dueño con respecto a otras existencias materiales menos desarrolladas que él, y de que el movimiento del ser humano, la materia superior, cumple un papel de mayor peso que el de las materias inferiores en el desarrollo del mundo. Se puede considerar que la filosofía jucheana completó más el materialismo dialéctico, en vez de abandonar sus principios, al tomarlos por premisas y dilucidar de manera científica la destacada posición y papel que el hombre ocupa en el mundo material.

Como esta posición y papel pueden ser enunciados sólo basándo-

se en la aclaración filosófica de la característica general del mundo material y los atributos esenciales del ser humano, la mundivisión filosófica humanocéntrica abarca tanto los principios que dilucidan esa característica y esos atributos como los que señalan la posición y el papel del ser humano en el mundo. En este sentido se puede afirmar que la concepción jucheana del mundo es una mundivisión filosófica que, superando la unilateralidad de la que le precedió, da la más profunda y comprensiva interpretación a la esencia del mundo y al problema del destino del hombre.

Partiendo del principio filosófico de que el hombre ocupa la posición de dueño en el mundo y desempeña el papel decisivo en el desarrollo de éste y en la forja de su propio destino, la idea Juche exige tratar cualquier cosa de manera independiente poniendo al hombre en el centro del enfoque, y actuar de modo creador para servir a la elevación de su posición y papel. He aquí la razón por la cual la posición independiente y la creadora constituyen la posición y el método fundamentales que deben mantenerse en todas las actividades cognoscitivas y prácticas.

También la esencia de la sociedad y las leyes de su cambio y desarrollo pueden comprenderse correctamente sólo cuando se pone en su centro al hombre. La sociedad está constituida por los hombres, las riquezas sociales que ellos crean y las relaciones sociales que los entrelazan. Aquí el dueño es, siempre, el hombre. Este crea las riquezas y relaciones sociales. Por consiguiente, en correspondencia con el desarrollo de la conciencia ideológica del hombre por la independencia y de su capacidad creadora, se crean las riquezas sociales y mejoran las relaciones sociales.

El movimiento social se genera y se promueve por el hombre. En éste están tanto su motivo como su fuerza impulsora. El hombre despliega el movimiento creador encaminado a transformar la naturaleza y la sociedad acorde con el nivel de desarrollo de su independencia, creatividad y conciencia, e impulsa el movimiento social para forjar su destino. Desde luego, él no puede crear la historia menospreciando las condiciones objetivas, pero éstas no son inmutables, sino cambiables a favor del hombre en función de sus actividades creadoras. El papel decisivo en el desarrollo de la historia lo desempeñan, no las condiciones objetivas, sino los seres humanos.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, nos enseña siempre que la causa del éxito o del fracaso del trabajo hay que buscarla en nosotros mismos, y las tareas, en la realidad objetiva. La causa principal del exitoso o deficiente proceso revolucionario y constructivo está en los hombres, que son sus protagonistas, y no en las condiciones objetivas. Pero, como la revolución y la construcción son actividades creativas que el hombre realiza para transformar los objetivos reales conforme a sus exigencias, pueden llevarse a buen término sólo aplicando un correcto método, elaborado sobre la base de una consideración científica de las características de estos objetivos y de las leyes de su movimiento. Para elevar el papel creador de las masas populares en la revolución y la construcción es importante poner en pleno juego su fervor revolucionario y su actividad creativa y, al mismo tiempo, combinarlos necesariamente con correctas estrategias y tácticas acorde a los objetivos y condiciones reales.

Basándose en el principio filosófico que esclarece la posición y el papel del hombre en el mundo, la idea Juche no sólo da correctos criterios y puntos de vista sobre la naturaleza, la sociedad y el ser humano, sino también indica las más perfectas teorías, estrategias y tácticas de la revolución, así como las teorías y los métodos de la dirección. Precisamente por esta razón ella constituye la única guía rectora en todas las actividades de nuestro Partido. En el seno de éste no puede ni se necesita existir una idea ajena a ella. Por eso la llamamos ideología única de nuestro Partido.

No obstante, todavía algunos de nuestros trabajadores no lo comprenden correctamente. Como consecuencia, hay quienes contraponen la idea Juche de nuestro Partido al marxismo-leninismo o consideran la educación clasista y la educación en las tradiciones revolucionarias como ajenas a la educación en la idea Juche.

Como he subrayado ya en varias ocasiones, la idea Juche hereda todos los principios revolucionarios del marxismo-leninismo. Este

constituye una valiosa riqueza revolucionaria que las masas del pueblo trabajador conquistaron en el proceso de la difícil lucha revolucionaria. ¿Por qué la idea Juche que exige realizar por completo la independencia del ser humano y llevar hasta el fin la revolución, habría de renunciar a los principios revolucionarios del marxismo-leninismo? La idea Juche, en vez de abandonar las riquezas ideo-teóricas de esta doctrina, las desarrolla y enriquece conforme a los requerimientos de la historia en marcha.

Desde un principio, todo desarrollo encierra dos aspectos: la herencia y la innovación. Tener en consideración sólo uno de estos dos aspectos es una concepción metafísica. También el desarrollo de la ideología revolucionaria implica estos dos aspectos.

La misión principal de ésta consiste en esclarecer el objetivo que persigue el movimiento revolucionario y la vía de su realización. El marxismo-leninismo, ideología revolucionaria de la clase obrera, plantea como el objetivo final de la lucha revolucionaria la construcción de la sociedad comunista, libre de la explotación y opresión del hombre por el hombre y en la que todos lleven por igual una vida dichosa, y señala que para alcanzarlo es necesario luchar apoyándose en las correctas estrategias y tácticas basadas en las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. Desde el punto de vista de la misión de la ideología revolucionaria, la idea Juche y el marxismo-leninismo tienen comunidad, pues son por igual ideologías del comunismo científico. La idea Juche hereda la posición revolucionaria de la clase obrera, los principios materialistas y dialécticos y las teorías científicas que impregnan el marxismo-leninismo en su conjunto.

Pero, en nuestros días, en comparación con el período en que actuaban los creadores del marxismo-leninismo, se han elevado considerablemente la independencia, la creatividad y la conciencia de las masas populares que forman el sujeto de la revolución, y han cambiado en gran medida su posición y papel en el desarrollo de la sociedad. De ahí que se presente como un problema importante desarrollar en forma creativa las teorías y los métodos de la revolución, de acuerdo con las nuevas circunstancias históricas.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, ha enseñado que en las nuevas circunstancias históricas de hoy la tesis de Lenin de que el comunismo es el Poder soviético más la electrificación debe ser interpretada con la fórmula de que el comunismo es el Poder popular más las tres revoluciones. La mención de Lenin sobre la electrificación podemos comprenderla como la acentuación de la necesidad de la base material-técnica de alto nivel para la construcción del comunismo. El camarada Kim Il Sung enseñó que a fin de edificarlo es imprescindible conquistar la fortaleza ideológica junto con la material y dar prioridad a la primera.

Si la conquista de la fortaleza material del comunismo es una labor de transformar la naturaleza conforme a las exigencias comunistas, la de la fortaleza ideológica viene a ser una tarea encaminada a remodelar a los hombres, dueños de dicha sociedad, de acuerdo con los requerimientos comunistas. La construcción del socialismo y el comunismo es una obra de los hombres y se realiza para su beneficio. Con miras a edificar la sociedad comunista es necesario, ante todo, transformar por vía comunista a los hombres, sus dueños. Si para alcanzar la fortaleza material del comunismo es preciso realizar enérgicamente la revolución técnica, para conquistar la fortaleza ideológica hay que impulsar la revolución ideológica y la cultural.

El proceso de la construcción del socialismo y el comunismo es un ininterrumpido proceso de mejoramiento de las relaciones sociales para que se realicen mejor la independencia y la creatividad del ser humano a medida que se consolide la base material-técnica de la sociedad y se eleve el nivel ideológico y cultural de los hombres. La acción decisiva en el aseguramiento de la posición y el papel de dueño que ocupan las masas populares en la sociedad, le toca al Poder popular que administra de modo unificado la vida social. Sólo cuando se eleven su función y papel será posible mejorar de modo racional las relaciones sociales, elevar sin cesar la posición y el papel de las masas populares en la sociedad y llevar a feliz término la construcción del socialismo y el comunismo.

En la sociedad socialista, donde han sido liquidadas las clases

explotadoras y el poder ha pasado a manos de las masas populares, es del todo posible que el Poder popular resuelva sin dificultad el problema de transformar por vía comunista las relaciones sociales en correspondencia con el avance de la tarea de conquistar las fortalezas material e ideológica del comunismo.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, definió como la línea general de la construcción del socialismo y el comunismo el que después del establecimiento del régimen socialista se fortalezca el Poder popular y, al mismo tiempo, se impulsen enérgicamente las tres revoluciones: la ideológica, la técnica y la cultural. Este es un vivo ejemplo que nos muestra cómo se debe desarrollar de modo creador la teoría revolucionaria de la clase obrera acorde a las nuevas circunstancias históricas.

La idea Juche rechaza categóricamente el mezquino chauvinismo en la esfera ideológica. Ella aprecia justa e imparcialmente el valor de toda ideología que contribuya, aunque sea mínimamente, a la elevación de la posición y el papel del hombre en el mundo, independientemente de la nación o el pueblo que la conciba, y la incluye en su propio sistema.

En nuestro Partido no se necesita ningún otro sistema ideológico que no sea el del Juche ni puede existir ninguna otra formación ideológica ajena a la educación en la idea Juche. No obstante, algunos trabajadores propagandísticos planifican la labor del Partido para la formación ideológica a la manera de destinar un tanto por ciento a la educación en la idea Juche y otro tanto por ciento a la clasista y a la de las tradiciones revolucionarias, lo cual, al parecer, indica que ellos creen que existe otra labor de formación ideológica que no fuera la educación en la idea Juche.

Por supuesto, el contenido de diversas formas de educación ideológica, tales como la clasista y la de la política del Partido, la de las tradiciones revolucionarias y la del patriotismo socialista, no es exactamente igual al de la educación en los principios de la idea Juche, pero todas ellas constituyen eslabones de la formación ideológica encaminada a dotar firmemente a los hombres con la idea Juche, ideología única de nuestro Partido. Dicho en pocas palabras, el objetivo fundamental de la educación en la idea Juche consiste en pertrechar a las masas populares, sujeto de la revolución, con las ideas revolucionarias independistas, para asegurar la cohesión ideológico-volitiva de las filas revolucionarias y lograr que ellas ocupen y desempeñen plenamente su posición y papel de dueñas en la revolución y en la construcción. Toda labor de educación ideológica que realiza nuestro Partido tiene que servir a la consolidación organizativa e ideológica de las filas revolucionarias y a la elevación del papel independiente y creador de las masas populares.

Para lograrlo, hay que efectuar la educación en la fidelidad y otras formas de la labor de formación ideológica en ligazón con los principios básicos de la idea Juche. Por lógica, debemos resolver también los problemas referentes a la conciencia clasista y al patriotismo socialista, sobre la base de dichos principios. Sólo entonces toda labor de educación ideológica puede ser penetrada por la idea Juche de nuestro Partido, y realizarse de acuerdo con la exigencia fundamental de esta idea de robustecer el sujeto de la revolución y elevar su papel. Por esta razón, llamo educación en la idea Juche a todas las formas de formación ideológica que realiza nuestro Partido. Su razón es igual a aquella por la que la ideología revolucionaria de nuestro Partido se llama idea Juche porque las ideas, teorías y los métodos de éste están imbuidos por los principios básicos de esta misma idea.

Al abordar el tema de la educación en la idea Juche, parece que algunos trabajadores propagandísticos tienen en cuenta sólo la educación en los principios de esta idea, y, por supuesto, puede ser considerada así, en un sentido limitado, para distinguirla de otras formas de educación ideológica. Pero, como la idea Juche es la ideología única de nuestro Partido, cuando se dice educación en esta idea, hay que incluir en ella a todas las formas de formación ideológica que realiza nuestro Partido.

La educación clasista es una importante forma de la educación en la idea Juche, cuyo objetivo es fortalecer el sujeto de la revolución. La clase obrera constituye la fuerza medular de este sujeto. Sin su direc-

ción, las masas populares no pueden unirse en cuerpo y alma como el sujeto de la revolución, ni llevar hasta el fin la revolución tendente a realizar su independencia. El proceso de la construcción del socialismo y el comunismo es el de la implantación de la conciencia de la clase obrera en toda la sociedad mediante la transformación de la naturaleza, la sociedad y el hombre conforme a las exigencias de la clase obrera y va acompañado de una aguda lucha de clases. Sólo cuando se intensifique la educación clasista entre los militantes del Partido y otros trabajadores, éstos podrán distinguir con acierto a los nuestros de los enemigos y defender resueltamente la posición revolucionaria de la clase obrera en la revolución y en la construcción. De modo particular, como estamos haciendo la revolución en el estado de enfrentamiento directo con los enemigos de clase como son los imperialistas yanquis, ocupantes del Sur de Corea, y sus títeres, tenemos que dedicar mayor esfuerzo a la educación clasista.

También la educación en el patriotismo socialista a la que nuestro Partido concede importancia en la actualidad, debe servir al robustecimiento del sujeto de la revolución. Dado que ésta se lleva a cabo por unidad de cada país y nación, el sujeto de su revolución y construcción es, en todos los casos, su pueblo. El primer deber que nuestro Partido y nuestro pueblo asumen ante la revolución mundial, es el de realizar bien la revolución coreana, su deber nacional. Para ser fiel a la revolución de su país uno debe amar y apreciar, antes que nada, a su nación. En este sentido yo insisto en dar la primacía a nuestra nación. Esto no quiere decir de ninguna manera que se enaltezca sólo la superioridad de nuestra nación despreciando a otras. Nosotros, los comunistas, no podemos convertirnos en nacionalistas. Los comunistas somos a la vez auténticos patriotas e internacionalistas. Si insisto en dar la primacía a nuestra nación es para destacar la necesidad de efectuar de manera independiente la revolución y la construcción con el espíritu de considerarla como lo más precioso y con un elevado orgullo nacional. Los que idolatran a ciegas a otras, desdeñando a su nación, no pueden ser fieles a su partido y a su pueblo ni tener una actitud de dueños hacia la revolución de su país.

Tampoco deben hacerse ilusiones hacia los países grandes o desarrollados. La ilusión no es la realidad. Nosotros debemos partir siempre de la realidad concreta de nuestro país. No sucede que los países grandes o desarrollados marchen siempre por el camino correcto, ni que sus experiencias convengan todas a las condiciones reales de nuestro país. Debemos valorar justamente el papel de los países grandes y promover las relaciones de amistad con ellos, pero no por esta razón hemos de seguir a ciegas lo que hacen ellos, abandonando la independencia. La amistad es necesaria para la independencia y puede ser auténtica sólo cuando se mantiene la posición independiente.

La grandeza de una nación no se determina de ninguna manera por la extensión de su territorio ni por la cantidad de su población. Ella se define, ante todo, por la grandeza de su ideología rectora, al igual que el valor del hombre se determina por su idea.

Al crear la idea Juche y construir el Partido revolucionario de tipo jucheano, el gran Líder, camarada Kim Il Sung, inauguró la nueva historia de nuestro pueblo en prosperidad y señaló a la humanidad un camino recto hacia la independencia. Es por esta razón que los pueblos progresistas del mundo respetan infinitamente a nuestro Líder como al gran maestro de la humanidad y loan a nuestro país, calificándolo de "patria de la idea Juche". Lógicamente, debemos sentir el orgullo nacional de esto y estar firmemente determinados a realizar la revolución y la construcción a nuestra manera, conforme a las demandas de nuestro pueblo y a las condiciones reales de nuestro país, enalteciendo al gran Líder, camarada Kim Il Sung, y siguiendo la dirección del Partido.

También la educación en las tradiciones revolucionarias debe efectuarse basándose en los principios fundamentales de la idea Juche. El sujeto de la revolución se robustece y se desarrolla en el largo proceso de la historia. En este sentido puede decirse que él tiene sus raíces históricas. Las tradiciones revolucionarias son inapreciables riquezas acumuladas mientras el sujeto de la revolución se genera, crece y se desarrolla a partir de esas raíces históricas. Sin defender heredar y desarrollar tales riquezas revolucionarias no es

posible asegurar la constancia ni la continuidad a la labor de robustecer el sujeto de la revolución.

Para nuestro pueblo es motivo de gran orgullo contar con las tradiciones revolucionarias de nuestro Partido que ha logrado la unidad y cohesión absolutas e incondicionales de sus filas revolucionarias alrededor del gran Líder, camarada Kim Il Sung. El profundo amor y las preocupaciones de éste por sus soldados revolucionarios y los ejemplos de los mártires revolucionarios antijaponeses, quienes, confiándole enteramente su destino, siguieron con fidelidad su dirección, conmueven hoy los corazones de muchísimas personas.

Nuestra revolución tiene por delante muchas dificultades. Para llevar hasta el fin, generación tras generación, la causa revolucionaria del Juche, iniciada por el estimado camarada Kim Il Sung, debemos aprender del noble espíritu revolucionario de los jóvenes comunistas, quienes en los albores de nuestra revolución lo enaltecieron como el centro de la unidad y de la dirección, e inmolaron sus vidas en la lucha por materializar sus ideas y líneas. Sólo así podremos salvaguardar la pureza de la brillante tradición de la unidad consanguínea entre el Líder, el Partido y las masas, que nuestros mártires revolucionarios cimentaron con su sangre, y consolidar y desarrollar a nuestro Partido, crecido con profundas y vigorosas raíces, en un partido empeñado siempre en la revolución, en un partido que nunca deje de luchar.

La política y la línea de nuestro Partido constituyen las estrategias y tácticas de nuestra revolución para plasmar la idea Juche en la realidad. Sólo cuando se intensifique la educación en la política del Partido entre sus militantes y los trabajadores, podrán éstos realizar la lucha revolucionaria y la labor constructiva conforme a los requisitos de la idea Juche. El objetivo del robustecimiento del sujeto de la revolución consiste, en última instancia, en orientar a las masas populares a poner consecuentemente en realidad la política y la línea del Partido bajo la dirección de éste y del Líder. El proceso del cumplimiento de la política del Partido es precisamente el de la lucha revolucionaria. Mediante una educación más eficiente en la política del Partido debemos lograr que todos los militantes y los trabajadores comprendan profundamente la justeza y vitalidad de la línea y la política de nuestro Partido y pongan en pleno juego su celo revolucionario y su actividad creadora para su realización.

Teniendo presente que todas las formas de superación ideológica que realiza nuestro Partido redundan en la educación en la idea Juche, nuestros trabajadores de la propaganda deberán efectuarla en un nivel aún más alto, en estrecha ligazón con los principios de esta idea, de modo que los militantes del Partido y los trabajadores comprendan profundamente la esencia de la idea Juche y mantengan firmemente la actitud de dueños en la revolución y la construcción.

2

Lo más importante de la educación en la idea Juche es orientar a los militantes del Partido y a los trabajadores a que tengan una correcta comprensión del sujeto de la revolución y establezcan firmemente la concepción revolucionaria del líder.

Para que ellos sean fieles a la causa revolucionaria es importante, ante todo, que tengan un correcto punto de vista sobre el sujeto de la revolución.

Las masas populares, aunque son sujeto de la historia, no siempre son sus artífices independientes, es decir, los que fraguan su destino de manera independiente y creadora. En la sociedad explotadora ellas fueron objeto de la explotación y opresión de las clases dominantes que constituían la minoría y no pudieron ocupar la posición de protagonistas de la historia. Es verdad que en dicha sociedad también las masas populares fueron impulsoras de la historia, pero tuvieron que soportar sobre sus hombros la pesada carga de hacerla, no según su propia voluntad, sino, en muchos casos, siguiendo la de las clases

dominantes. Mientras estén en tal situación, no puede decirse todavía que sean el sujeto independiente de la historia.

Este pudo aparecer en el extenso escenario de la historia sólo cuando emergió la avanzada clase obrera y, gracias a su ideología revolucionaria independista, se concientizaron y se organizaron las masas del pueblo trabajador. Esto marcó un viraje trascendental en el desarrollo de la historia de la humanidad. Desde entonces ellas pudieron forjar su destino con su propia fuerza, guiadas por la ideología revolucionaria independista.

Para ser sujeto independiente de la revolución las masas populares deben agruparse con una sola ideología y en una sola organización bajo la dirección del partido y del líder. Sólo unidas y cohesionadas en lo organizativo e ideológico pueden forjar su destino de manera independiente y creadora. El sujeto de la revolución es la integración del líder, del partido y de las masas.

Al aglutinarse en lo organizativo e ideológico con el líder en el centro y bajo la dirección del partido, las masas populares forman un cuerpo orgánico socio-político que tenga una vitalidad eterna, independiente. La vida física de un individuo tiene su límite, pero la de las masas populares aglutinadas como ente socio-político independiente es inmortal.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, enunció por primera vez en la historia la existencia de la vida socio-política que se distingue de la vida física del individuo. La inmortal vida socio-política es inconcebible al margen de la colectividad social y política que es la integración del líder, del partido y de las masas. Los individuos pueden gozar de dicha vida inmortal sólo cuando formen parte de esta colectividad.

Como el ente socio-político está compuesto por numerosas personas, debe contar con un centro que guíe de manera unificada la función vital de la colectividad social. El centro vital de esta colectividad es el líder, su supremo cerebro, al igual que el de cada individuo es su cerebro. Decimos que el líder es el supremo cerebro del ente orgánico socio-político porque es el centro que dirige en forma unificada su función vital. El líder es el centro que identifica las demandas y los intereses de las masas populares por la independencia a base de su análisis y síntesis, y que, al mismo tiempo, orienta de manera unificada la actividad creadora de ellas para su realización.

El partido, como destacamento medular de las masas populares, agrupadas sólidamente en lo organizativo e ideológico con el líder en el centro, constituye la columna vertebral del ente orgánico socio-político independiente. Los individuos pueden ser copartícipes de la inextinguible vida socio-política sólo cuando, unidos en lo organizativo e ideológico con el líder, centro del ente orgánico social y político, a través de las organizaciones del partido, llegan a compartir el destino con éste. Sólo participando intensamente en la actividad orgánica e ideológica como miembros de las organizaciones del partido y otras sociales y políticas dirigidas por éste, ellos pueden robustecer sus vínculos consanguíneos con el líder, centro del ente orgánico socio-político, y hacer así brillar su vida socio-política.

Dado que el líder, el partido y las masas forman un solo ente orgánico socio-político con una misma vida y un mismo destino, se establecen entre ellos las relaciones de obligación moral revolucionaria y de camaradería, o sea las relaciones de ayuda y afecto mutuos. La obligación moral revolucionaria y la camaradería desempeñan el papel de aglutinar a los individuos en un solo ente socio-político.

Hasta ahora muchas personas se han referido a lo preciosas que son la libertad y la igualdad. También la idea Juche lo reconoce. Porque todas las personas son seres independientes que como dueñas del mundo y de su destino no desean someterse a nadie. Pero el principio de la obligación moral revolucionaria y de la camaradería no es de la misma dimensión que el de la libertad y la igualdad. Si bien las relaciones basadas en la obligación moral revolucionaria y la camaradería deben tener por premisa las de libertad e igualdad, no se trata de que la existencia de estas últimas tenga implícitas a aquéllas. Puede decirse que el vendedor y el comprador de alguna mercancía, aunque estén en relaciones de igualdad, no por eso han de manifestarse recíprocamente afecto camaraderil. Aunque es injusto contraponer las

relaciones de libertad e igualdad a las basadas en la obligación moral revolucionaria y en la camaradería, lo es también tratar de diluirlas.

En el marco de un colectivo social, si el principio de la igualdad contribuye a rechazar la subyugación y desigualdad entre los individuos y defender la independencia de éstos, la obligación moral revolucionaria y la camaradería ejercen una poderosa influencia sobre el proceso de unirlos como un ente socio-político en que compartan un mismo destino y de defender la independencia del colectivo social. Si el principio de la igualdad se basa en la concepción individualista de la vida que considera como lo más precioso la vida de los individuos, el de la obligación moral revolucionaria y la camaradería se fundamenta en la concepción de la vida colectivista que aprecia incomparablemente más la vida de la colectividad socio-política que la de los individuos por separado.

Por supuesto, también dentro del ente socio-político rige el principio de la igualdad, además del de la obligación moral revolucionaria y de la camaradería. En él la igualdad entre los individuos no contradice su obligación moral revolucionaria y camaradería. Pueden establecerse las auténticas relaciones de obligación moral revolucionaria y de camaradería sólo cuando estén erradicadas la explotación y la opresión del hombre por el hombre y garantizada la igualdad entre las personas. Ellas no restringen la independencia ni la iniciativa de las personas, sino, al contrario, garantizan su mayor despliegue.

Si bajo el pretexto de asegurar la unidad de la colectividad social se restringen la independencia y la iniciativa de los individuos, no podrá garantizarse una unidad genuina dentro de ella, y si, al contrario, pretendiendo asegurar la independencia y la iniciativa de aquéllos se socava la unidad de la colectividad social, se afectará la vida de ésta, matriz de las vidas sociales de los individuos y, a la larga, no podrán asegurarse ni ese mismo independencia e iniciativa. La unidad del colectivo social debe lograrse en el sentido de contribuir a poner en pleno juego la independencia y la iniciativa de las personas, y éstos deben realizarse siempre en el marco de esa unidad que han de asegurar. Esto quiere decir que sólo aplicando en forma unificada el principio de la igualdad y el de la camaradería es posible resolver por igual tanto el problema de poner en pleno juego la independencia y la iniciativa de los individuos como el de consolidar la unidad del colectivo. Huelga decir que esto no se logra con facilidad ni de modo espontáneo. Por eso he recalcado más de una vez que donde existe la colectividad social se necesita indispensablemente su mando.

Como el líder es el centro vital de la colectividad social-política, también las relaciones de la obligación moral revolucionaria y la camaradería deben establecerse con el líder en el centro. Estas encuentran su más alta expresión en las interrelaciones del líder y sus soldados. En el ente socio-político cuyos miembros comparten el mismo destino, se manifiestan también entre estos individuos la obligación moral revolucionaria y la camaradería, pero éstas no pueden ser absolutas, ya que ninguno de ellos puede ser el centro vital de la colectividad social-política. Mas, la lealtad y el afecto camaraderil hacia el líder pueden ser absolutos e incondicionales porque él, como el supremo cerebro del ente socio-político, representa la vida de la colectividad.

Puesto que el líder, el partido y las masas constituyen un ente socio-político inmortal sólo cuando se unen en un sólo bloque, no es permisible separarlos ni contraponerlos. Al igual que fuera de la dirección del partido y del líder las masas no pueden ser sujeto independiente de la historia, tampoco aquéllos, separados de éstas, pueden tener vida como dirigentes políticos que orienten la historia. Un dirigente apartado de las masas ya no es un líder, sino un simple individuo, y un partido divorciado de ellas no es digno de llamarse como tal, pues no pasa de ser un colectivo aislado. Es por eso que he recalcado siempre que no se consideraran separadamente el líder, el partido y las masas.

También debemos tener una correcta comprensión sobre el papel decisivo que juega el líder en la revolución y en la construcción. El líder, como el centro de la unidad y la dirección, desempeña el rol determinante en la forja del destino de las masas populares, al igual que el cerebro en la actividad humana. Sin embargo, como el líder es, en todos los casos, del partido y de las masas populares, su papel

no debe considerarse al margen del papel de éstos. Los papeles del líder, del partido y de las masas son siempre idénticos.

Del mismo modo, es idéntica la lealtad al líder, al partido y al pueblo. Es inconcebible que uno sea fiel al líder sin serlo al partido y al pueblo, lo cual no puede considerarse como una lealtad en el verdadero sentido de la palabra. No se debe considerar la fidelidad al líder como un problema ajeno al partidismo, al espíritu de clase obrera y al carácter popular. Dado que el líder es el centro vital del partido y de las masas populares la fidelidad a uno y otras debe manifestarse en forma concentrada en la lealtad al líder. Es por eso que denominamos ésta como la máxima expresión del partidismo, del espíritu de clase obrera y del carácter popular.

He aquí precisamente la razón por la que decimos que el establecer firmemente la concepción revolucionaria del líder y tener como la primera forma de vida la lealtad a él constituyen la cualidad fundamental del revolucionario comunista de tipo jucheano.

La fidelidad al líder se basa en la concepción colectivista de la vida, según la cual la vida de la colectividad socio-política es la matriz de la de los individuos. Para el hombre lo más precioso es la vida. De ésta, la forma social y política es más preciosa que la física, y la de la colectividad social que la de los individuos. Esta puede existir solo cuando exista aquélla. Si el individuo es fiel al líder, al partido y a las masas, cuyo conjunto constituye la matriz de su vida social, ello no se debe a la imposición de nadie, sino deriva del requisito fundamental de su propia vida socio-política. Ello no redunda en beneficio de otro, sino en el suyo. La idea Juche considera que el vivir para satisfacer las necesidades de la vida física no difiere de la existencia del animal y que el vivir aislándose del líder, del partido y de las masas es una vida sin valor, contraria a los atributos sociales del hombre. Los revolucionarios comunistas de tipo jucheano sienten el auténtico valor y felicidad del vivir sólo en la lucha abnegada por la causa común encaminada a realizar la independencia de las masas populares, unidos monolíticamente por la obligación moral revolucionaria y la camaradería y bajo la dirección del partido y el líder.

Por eso podemos considerar la concepción revolucionaria del líder como el núcleo del concepto revolucionario de la vida.

Pero, si analizamos las deficiencias aparecidas en los últimos tiempos en la vida partidista, nos damos cuenta de que todavía nuestros trabajadores no tienen comprensión correcta del sujeto de la revolución y, en particular, no es consecuente su criterio de considerar al líder como el centro del ente socio-político. Por falta de una inconmovible determinación revolucionaria de compartir la vida y la muerte, la alegría y la pena con el Partido nucleado por el Líder, algunos fallan en observar el principio del cumplimiento absoluto e incondicional de las instrucciones del gran Líder y de las orientaciones del Partido, y si tropiezan con dificultades, se muestran vacilantes y se aferran al facilismo, vencidos por el derrotismo.

Antes de considerar como una orden o un deber la instrucción del gran Líder, camarada Kim Il Sung, y la orientación del Partido, debemos aceptarlas con ilimitada alegría y honor, profundamente conscientes de que esto es el más noble requisito de la vida, y dedicar todo lo nuestro para su materialización sintiendo en lo hondo del corazón que es una gran expresión del amor y confianza que nos profesan el Partido madre y el Líder paternal. Sólo quien piensa y actúa así puede considerarse revolucionario comunista de tipo jucheano, pertrechado consecuentemente con la concepción revolucionaria del líder.

Uno cae en el derrotismo cuando no hace de las ideas del Partido y del Líder su propia convicción y no confía en la inagotable fuerza de las masas populares. Los derrotistas, en vez de creer en el Partido, en el Líder y en las masas populares, depositan su esperanza en la mezquina inteligencia personal o en la suerte casual. Quien tiene la concepción revolucionaria del líder y un correcto criterio sobre el sujeto, se imbuye de la férrea convicción de que si el líder, el partido y las masas se identifican, no hay nada que no puedan realizar y, por lo tanto, no cae en el derrotismo en ninguna circunstancia.

También la práctica del formalismo y del facilismo está ligada, a fin de cuentas, con la falta de la concepción revolucionaria del líder.

El formalismo y el facilismo son expresiones de la mentalidad de asalariados, fundamentalmente contrarias a la actitud de dueño hacia la revolución. Nosotros no somos asalariados, sino protagonistas de la revolución que, unidos con nexos consanguíneos al Partido nucleado por el Líder, compartimos con él la vida y el peligro, la alegría y la pena. Los hombres conscientes de esto no pueden entregarse ni al formalismo ni al facilismo.

Practicar el servilismo a las grandes potencias o el dogmatismo echando el ojo a lo ajeno es también una expresión de la falta de la concepción revolucionaria del líder. Originalmente, la obligación moral revolucionaria y la camaradería no pueden cambiar de una u otra forma según las circunstancias y las condiciones. Si los hijos aman y respetan a sus padres, no es porque éstos sean precisamente mejores que otros ni porque pueden beneficiarse de ellos, sino porque son sus benefactores que les dieron la vida y los criaron. Una persona que observa su obligación moral revolucionaria comparte sin alteración la vida, el peligro y el destino con el líder, el partido y las masas, cuyo conjunto es la matriz de su vida; no importa que las condiciones sean favorables o desfavorables. Si alguien, desanimado por el atraso de su Patria, cambia la actitud hacia ella o, cuando su madre Patria que lo crió corre peligro, trata de salvar sólo su pellejo traicionándola, su pueblo, sea cual fuere, no lo considerará como un ser de corazón limpio. Un hombre consciente de su obligación moral revolucionaria jamás se aferrará al servilismo a las grandes potencias ni traicionará a su líder, a su partido y a su patria, no importa de qué lado sople el viento.

Nosotros debemos saber, antes que nada, que no fue ningún paladín extranjero, sino precisamente nuestro Líder, quien rescató a nuestra Patria sobreponiéndose a toda clase de dificultades y penalidades, en el tenebroso período de la dominación del imperialismo japonés, y construyó en esta tierra una Patria socialista próspera. También él fue quien condujo a nuestro pueblo a derrotar a los imperialismos japonés y norteamericano y a cubrir de honor a la Corea de Chollima, y hoy orienta por el camino victorioso la causa revolucionaria de nuestro pueblo por la construcción socialista y la reunificación independiente de la Patria en las difíciles condiciones de enfrentamiento directo con el imperialismo yanqui, caudillo de la reacción mundial. Todos los revolucionarios comunistas de Corea gozan de una eterna vida política que les dio el Líder paternal y se formaron al calor de su cariño y atención. Verdaderamente, nuestro Líder es para todos nosotros el gran maestro y padre que nos dio la vida política. Por eso, la fidelidad que los militantes de nuestro Partido y los trabajadores le manifiestan es pura e inmaculada, absoluta e incondicional.

Para conservar la lealtad al partido y al líder como una obligación moral revolucionaria estableciendo la firme concepción revolucionaria de éste, se debe conocer profundamente la grandeza del líder y el partido. La educación en este aspecto debe enfocarse principalmente a convencer de la grandeza de las ideas y teorías del partido y del líder, la de su dirección y la de sus rasgos ideológicos y espirituales.

En la actualidad, las organizaciones partidistas realizan con intensidad la educación en las virtudes del Líder, pero tan sólo con ésta no es posible lograr que los miembros del Partido y los trabajadores comprendan profundamente su grandeza. Huelga decir que nuestro Líder posee los más nobles rasgos populares y virtudes comunistas. Pero para convertir a los militantes y trabajadores en auténticos revolucionarios comunistas, dotados firmemente de la mundivisión revolucionaria jucheana, es necesario hacerles conocer a fondo, ante todo, la grandeza de la ideología, teoría y dirección del Líder.

El estimado camarada Kim Il Sung es un gran ideólogo y teórico que creó la imperecedera idea Juche y un gran político que conduce sabiamente a nuestro pueblo por un inexplorado camino al socialismo y el comunismo en las difíciles y complejas circunstancias motivadas por nuestro enfrentamiento directo con el imperialismo norteamericano. Ahora, los pueblos progresistas de numerosos países del orbe aprenden con entusiasmo de la inmortal idea Juche creada por el estimado camarada Kim Il Sung, y lo respetan de corazón, considerándolo su gran maestro.

Con miras a lograr que los militantes y los trabajadores compren-

dan profundamente la grandeza de las ideas y la dirección del Líder es importante orientarlos a estudiar sustanciosamente sus obras.

En las obras del gran Líder, camarada Kim Il Sung, están sintetizadas en forma global sus ideas, teorías y métodos jucheanos y aclarados todos los problemas teóricos y prácticos presentados en la revolución y la construcción y las maneras concretas de solucionarlos. Asimismo se encuentran resumidas con amplitud y profundidad todas las valiosas experiencias y las brillantes hazañas, acumuladas y realizadas por nuestro pueblo bajo la dirección del Partido en el curso de su difícil y compleja lucha, y dilucidados, en todos los aspectos, los principios fundamentales, las estrategias y las tácticas que debemos tomar como guía. Las obras del gran Líder son enciclopedias que reúnen las verdades de la revolución y la construcción y la Magna Carta de la idea Juche. Sus obras son los más preciados libros clásicos que debemos estudiar. Por eso el estudio de ellas debe realizarse siempre con sus textos.

Pero ahora, el estudio de las obras se hace de manera formalista. Algunos trabajadores, en vez de estudiarlas con sus textos, leen sólo los libros explicativos o los de referencia. Si se leen los textos de las obras en fácil de comprender su contenido, pero los materiales explicativos resultan complicados y no revelan las ideas centrales. A pesar de ello, los trabajadores de propaganda dan por cumplido el estudio de las obras sólo redactando y despachando tales materiales a las unidades inferiores o informándose de la asistencia al estudio.

El objetivo del estudio de las obras consiste en asimilar profundamente las ideas y teorías del Líder y materializarlas a cabalidad. Los militantes del Partido y los trabajadores se esmerarán, ante todo, en el estudio de las obras relacionadas con el trabajo de su sector y encauzarán sus esfuerzos principales a llevar a la realidad las tareas indicadas en ellas.

Para que este estudio sea eficiente es menester organizarlo con diversas formas y métodos, de conformidad con las características de las personas y el grado de su preparación. Fomentar el debate en el seminario de estudio de las obras viene a ser uno de los métodos más

fructíferos. Estudiarlas colectivamente en forma de debate es eficiente tanto para implantar un hábito de estudio como para comprender profundamente el contenido. Ya hace tiempo que he acentuado lo eficiente que es el método de preguntas y respuestas, es decir, el de estudiar preguntándose unos a otros para estimular el entusiasmo por la materia y asimilar profundamente la verdad con el esfuerzo colectivo. En todas las ramas y unidades hay que organizar ampliamente, por el método de debate, los seminarios sobre las obras clásicas conforme a sus condiciones reales.

En dichos seminarios no solamente se deben encauzar los esfuerzos a captar profundamente el contenido ideo-teórico de las obras, sino también discutir las maneras de solucionar los problemas pendientes que surgen en la aplicación a la realidad de los principios y métodos indicados en ellas. Los seminarios sobre las obras no deben resultar palabrerías hueras, ajenas al trabajo práctico.

Mediante una profunda educación en la idea Juche, hemos de establecer un correcto punto de vista sobre el sujeto de la revolución e ir consolidando la integración del Líder, del Partido y de las masas.

AVANCEMOS A PASO FIRME POR EL CAMINO DEL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO ENARBOLANDO LA BANDERA DE LA LUCHA ANTIMPERIALISTA

Conversación con los funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea
25 de septiembre de 1987

Hoy, la situación general de la revolución es muy compleja. Si analizamos los acontecimientos que tienen lugar ahora en la arena internacional, se observan serias cuestiones relacionadas no sólo con el destino de nuestra revolución sino también con el de la mundial.

Ante nosotros, los comunistas coreanos, llamados a llevar adelante, hasta la culminación, la causa revolucionaria del Juche, iniciada por el gran Líder, camarada Kim Il Sung, se presenta la histórica tarea de defender con firmeza la posición revolucionaria de la clase obrera e imprimir un nuevo auge a la revolución teniendo un correcto criterio acerca de la situación actual.

Para apreciar con acierto esta situación y mantener una actitud revolucionaria es necesario, ante todo, comprender de modo correcto la verdadera faz del imperialismo contemporáneo y su destino.

El imperialismo mundial sufrió duros reveses en el curso de la Segunda Guerra Mundial. No sólo los Estados vencidos como la Alemania fascista, Japón e Italia fueron golpeados mortalmente, sino

que también Gran Bretaña, Francia y otras potencias de las fuerzas aliadas sufrieron pérdidas tan graves como aquéllos. En pocas palabras, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial el capitalismo se debilitó en extremo.

Sólo el imperialismo yanqui se retiró de ella con colosales ganancias y se enriqueció con rapidez. La industria norteamericana no fue afectada por la guerra, al contrario su producción creció más del doble. Durante la guerra Estados Unidos, como suministrador de armamentos y otros materiales bélicos a las naciones aliadas, desarrolló en gran escala su industria de muerte y obtuvo fabulosas ganancias vendiendo a altos precios sus mercancías sobrantes. La guerra le sirvió como medio para convertirse en el país acreedor más importante del orbe.

Así fue como ese imperialismo llegó a ocupar una posición prevaleciente en el mundo capitalista tanto en el plano económico como en el militar, lo que constituyó uno de los factores determinantes en los cambios operados en ese sistema después de la Segunda Guerra Mundial.

Terminada ésta, ante los monopolistas norteamericanos se planteó con carácter vital el problema de cómo mantener la industria militar extraordinariamente expandida, y en qué usar la colosal suma de capital sobrante.

Los imperialistas yanquis, con miras a preparar un pretexto para mantener la ampliada industria bélica comenzaron a hablar con desfachatez de la "amenaza del comunismo", y bajo el rótulo de defender el "mundo libre" aplicaron la política de guerra fría contra los países socialistas para agravar la tirantez internacional. Esta fue precisamente la "Doctrina Truman". Por otra parte, como una medida para evitar la crisis económica y gastar el capital excedente practicaron la política de invertirlo en los principales países capitalistas de Europa en concepto de "ayuda" para recuperar su economía devastada, y de tomar así ésta en sus manos. Este fue llamado "plan Marshall".

De esta manera el imperialismo norteamericano llegó a dominar al mundo capitalista en lo militar y ponerlo bajo su control en lo eco-

nómico, y a recurrir más y más a la política agresiva para frenar el incremento de las fuerzas socialistas y realizar su ambición de dominar el mundo.

Apoyándose en su avanzada tecnología y superioridad económica el capital monopolista norteamericano intensificó su expansión hacia el exterior y creó corporaciones multinacionales estableciendo sus compañías filiales en diversos países. Al llegar a la década de 1960, también en otras naciones capitalistas desarrolladas aparecieron muchas corporaciones del mismo tipo. Como resultado se aceleró la internacionalización del capital y las empresas multinacionales de Estados Unidos y de otros países desarrollados llegaron a dominar la economía del mundo capitalista.

A medida que se iba impulsando con rapidez la internacionalización del capital por medio de las corporaciones transnacionales se operó un cambio en las relaciones entre estos países.

Antes de la Segunda Guerra Mundial las potencias capitalistas se disputaron encarnizadamente los mercados y las esferas de influencia, lo que las llevó a devastadores choques armados e incluso a guerras. Podemos decir que las Primera y Segunda Guerras Mundiales fueron la explosión de las agudas contradicciones y confrontaciones de las potencias capitalistas. Pero, después de la Segunda Guerra Mundial, a medida del impulso de la internacionalización del capital, ellas llegaron a apoyarse unas en otras y confabular en el plano económico-tecnológico. Si antes invirtieron muchas fuerzas para competir y derribarse unas a otras, ahora tuvieron que mancomunar sus fuerzas para oponerse al socialismo e intensificar la explotación y saqueo. El hecho de que las relaciones entre las potencias capitalistas pasaran de las luchas intestinas de vida o muerte, a las de confabular y cooperar, puede considerarse como el cambio más importante registrado en el mundo capitalista después de la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto, entre ellas existen contradicciones, pero en la actualidad éstas han pasado al segundo plano, siendo esenciales sus relaciones de contubernio. A lo largo de más de 40 años, desde el término de la segunda conflagración mundial hasta la fecha, hubo más

de 170 guerras de grandes y pequeñas envergaduras, pero ninguna entre las potencias capitalistas. Al contrario se estrecharon más sus relaciones de complicidad mediante bloques militares.

Al impulsarse la internacionalización del capital y reorganizarse el imperialismo mundial en el sentido de su confabulación con el norteamericano en su centro, el capitalismo pudo resucitar de su ruina y desarrollarse a ritmo vertiginoso en el aspecto económico-técnico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, no sólo los imperialistas se pusieron en colusión política, económica y militar, sino que además, se tornaron más astutas sus formas de dominación y métodos de pillaje. Esta es también una de las características principales del imperialismo contemporáneo.

Ellos no pudieron menos que ver una seria amenaza en el crecimiento vertiginoso de las fuerzas socialistas y en el ascenso del movimiento obrero y el de liberación nacional en las colonias. De ahí que inventaran nuevas fórmulas de dominación y métodos de saqueo, más taimados que los anteriores, para debilitar la influencia del socialismo y frenar dichos movimientos.

Al comprender profundamente que sin desorganizar el movimiento obrero en sus respectivos países era imposible mantener el régimen capitalista, los imperialistas, por una parte, formaron gran número de aristócratas obreros y, por la otra, se empeñaron en encubrir la explotación y atropellar la resistencia de las masas trabajadoras contra el desempleo y la pobreza.

Se vieron obligados a cambiar también el método de saquear las colonias. La vía de su subsistencia está, en todo caso, en explotarlas y saquearlas. Como resultado de la Segunda Guerra Mundial se intensificó como nunca el Movimiento de Liberación Nacional y se desmoronó el sistema colonial, lo que fue un golpe mortal para los imperialistas. A fin de recuperar las colonias perdidas éstos tuvieron que aferrarse a un taimado método neocolonialista. A diferencia del pasado, cuando las gobernaban y saqueaban de modo abierto y coercitivo, reconocieron formalmente la soberanía de los países recién

independizados y de los en vías de desarrollo, pero los sometieron en lo político y económico y los explotaron y saquearon ofreciéndoles la llamada "ayuda".

El neocolonialismo les sirvió de medio para penetrar con facilidad en los países en vías de desarrollo. En otros tiempos las potencias imperialistas riñeron encarnizadamente para conquistar las colonias, pero desde que comenzaron a aferrarse al neocolonialismo se confabularon para penetrar en esos países y, de modo especial, utilizando la "ayuda" como carnada, aplacaron la resistencia de los pueblos de esos países, apoderándose con facilidad de los mercados y los recursos de materias primas.

Al entrar los países capitalistas en colusión económico-técnica y poner bajo su control extensos mercados y fuentes de materias primas de las naciones en vías de desarrollo, en el mundo capitalista se elevó vertiginosamente el grado de socialización de la producción y ésta y la técnica registraron un desarrollo rápido.

Este cambio operado en el mundo capitalista les sirvió de motivo a los portavoces de los imperialistas para parlotear que fueron eliminadas las contradicciones fundamentales del capitalismo y que éste ya no estaba moribundo sino en crecimiento y prosperidad.

No obstante, nunca se han resuelto esas contradicciones, ni tampoco ha cambiado la naturaleza rapaz del imperialismo. El capital, por más que se internacionalice, sigue siendo capital, no otra cosa. Las corporaciones multinacionales no pasan de ser un modo de existencia del gran monopolio, que afianza la explotación capitalista y asegura la dominación del imperialismo a escala mundial. El cambio consiste sólo en que se ha tornado más astuto el método de explotación y saqueo y que sus contradicciones, rebasando el límite nacional, se han extendido a escala internacional. Si antes, como consecuencia de la explotación capitalista, prevalecía en el marco de cada país perteneciente a ese sistema el fenómeno de que "los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres", ahora, al dividirse el orbe en países capitalistas ricos y los pobres en vías de desarrollo, se profundiza ese fenómeno en el marco mundial.

En la actualidad las contradicciones del capitalismo se agudizan más y más y el imperialismo se encuentra en una grave crisis político-económica.

Debido a su explotación y saqueo neocolonialistas se arruinan más la industria nacional de los países en vías de desarrollo, se agrava la pobreza de sus pueblos y aumentan cada día más sus deudas externas. En estas naciones decreció el poder de adquirir las mercancías capitalistas y se debilitó su capacidad de pagar las deudas externas. Esto no pudo menos que ser un golpe para las potencias imperialistas que se enriquecieron a costa de los sacrificios de esas naciones.

El desarrollo del capitalismo tiene como prerequisito la expansión de los mercados. Pero, como los países en vías de desarrollo llegaron al límite como mercados y terrenos de inversión, los imperialistas se vieron en la dificultad de vender en ellos sus mercancías excedentes y no tuvieron otro remedio que disminuir de modo gradual los préstamos que les concedían. Esto no sólo empeoró la situación económica de esas naciones, sino que también obligó a los países capitalistas desarrollados a limitar su producción. Actualmente, entre éstos se desarrolla una seria riña, de unos contra otros, para forzarse a reducir la producción. Como en ellos se limita la producción mientras sigue progresando la tecnología, engrosa la fila de desempleados y resulta incontenible la inflación monetaria. Hoy, en los principales países capitalistas de Europa el desempleo ocupa del 12 al 13 por ciento y la crisis monetaria azota el mundo capitalista.

La crisis del capitalismo se manifiesta con nitidez en la situación de Estados Unidos, cabecilla del imperialismo mundial, que se torna cada vez más difícil.

Este país se ve hoy en un atolladero, porque además de sufrir la crisis común que afrontan las potencias capitalistas, va perdiendo paulatinamente la posición dominante que ocupaba entre ellas. A medida que se debilita su hegemonía económica en contraste con el desarrollo en este dominio de los países capitalistas de Europa y de Japón, los yanquis se enrumban a militarizar más su economía para conservar su dominio en el mundo capitalista y asegurarles ganancias

a los grandes monopolios militares expandidos. En consecuencia, ha crecido exorbitantemente el déficit en el presupuesto estatal y aumentado la deuda externa, y Estados Unidos pasó de mayor país acreedor al mayor deudor del mundo. En Estados Unidos es imposible detener la militarización de la economía dado que los monopolios militares tratan de ampliar de continuo su industria para sacar mayores ganancias. Si bien ahora asiste a las negociaciones para la reducción de las armas nucleares, esto no significa de modo alguno que sus monopolios hayan renunciado a su deseo de expandir la industria de guerra. Es posible que ellos no se interesen directamente por la reducción de las armas nucleares ya vendidas, pero no tolerarán en absoluto restringir o prohibir la producción de éstas. Así es como Estados Unidos, si bien toma parte en las referidas negociaciones, sigue impulsando el aventurero plan de "guerra de las galaxias" que, según dicen, requiere exorbitantes gastos de billones de dólares. El no puede librarse de las abrumadoras cargas militares que crecen cada año y no pueden menos que aumentar su déficit presupuestario y su deuda externa. Esto, a fin de cuentas, arrastrará la economía norteamericana a la bancarrota total.

La vía por la cual los imperialistas pueden librarse de la crisis político-económica está, ante todo, en abandonar el viejo orden económico internacional que les permite explotar y saquear con métodos neocolonialistas a los países en vías de desarrollo, e implantar otro equitativo de modo que éstos puedan progresar en lo económico-técnico.

Solo cuando se promueva la economía de las naciones en vías de desarrollo de Asia, Africa y América Latina, que cuentan con enormes recursos naturales y humanos, podrá resolverse el problema de los mercados para los países capitalistas adelantados. Este es el único camino de supervivencia que les queda. No obstante, los imperialistas, movidos por su naturaleza explotadora, no aceptan la demanda de los pueblos de esas naciones a implantar un nuevo orden económico internacional y siguen aferrándose a la explotación y saqueo neocolonialistas, lo que significa su suicidio.

En adelante, se agudizarán más las contradicciones y antagonis-

mos entre las potencias imperialistas. Aunque por ahora éstas están en colusión a fin de mantener su posición monopolista, no cabe duda de que a medida que vayan restringiéndose los mercados y cerrándose los caminos del engrosamiento del capital y del enriquecimiento, entre ellas se contrapondrán los intereses y se profundizarán las contradicciones. Es natural que los lobos se peleen y se muerdan si disminuyen las presas.

El imperialismo contemporáneo tiene, además, agudos conflictos internos que hacen imposible su salvación de la ruina.

Por ahora los países capitalistas desarrollados aparentan estar en prosperidad, pero por dentro están en proceso de descomposición a causa de las contradicciones cada vez más recrudescentes.

Al restringirse más las vías de venta de sus mercancías los capitalistas tienden a deformar la vida material de los hombres con la invención adrede de demandas inhumanas. Debido a que ellos fomentan el lujo y la vida corrupta y depravada e inventan toda clase de medios de destrucción física y espiritual del ser humano van creciendo vertiginosamente las filas de los drogadictos, los alcohólicos y los depravados que persiguen deseos extravagantes y las personas van convirtiéndose en inválidos espirituales y físicos. Por este hecho se lamentan incluso los abogados de la burguesía llamándolo un mal crónico del capitalismo moderno.

Los capitalistas difunden con frenesí ideas y culturas de matiz reaccionario y antipopular, así como el corrompido modo de vida burgués para entorpecer la conciencia de las masas trabajadoras por la independencia y someterlas a su régimen de explotación. En los países capitalistas se difunden ideas reaccionarias y supersticiosas de toda índole paralizando como drogas la sana mente de los hombres y convirtiéndolos en ignorantes, y al fomentarse el modo de vida en que los fuertes devoran a los débiles señorean los males sociales como inmoralidades, asesinatos y robos con violencia, provocando temor e inquietud en las personas. De esta manera en la sociedad capitalista cuanto más crecen los bienes materiales tanto más empobrece la vida espiritual de los hombres.

Para mantener su posición privilegiada, que corre cada vez mayor peligro de perder, la clase capitalista recurre a astutas maniobras de conciliaciones, engaños y sobornos con respecto a las masas mientras, por otra parte, tiende a hacer fascista el aparato de dominación reaccionaria e intensificar la política de agresión y de guerra.

Se puede afirmar que la deformación de la vida material, la pauperización de la espiritual y cultural y la conversión en reaccionaria de la vida política son las principales características de la sociedad capitalista que muestran lo antipopular y corrupto que es el imperialismo contemporáneo.

El hombre no sólo desea vivir y progresar disfrutando de una vida material holgada y de buena salud sino también desarrollarse en lo espiritual y cultural gozando de riqueza en este aspecto. El quiere, además de una vida abundante en lo material y en lo espiritual y cultural, progresar, en unión con otros como iguales protagonistas de la sociedad, y llevando una existencia socio-política eterna. Puede decirse que esto es la exigencia intrínseca del ser social.

Con miras a desarrollar la existencia social conforme a esta exigencia es necesario fomentar su vida espiritual y cultural y su vida política acorde con la mejora del bienestar material. Pero a los capitalistas, por desear que la persona se haga esclava de una vida material depravada y del dinero, no les interesa hacer gastos para enriquecer la vida espiritual y cultural. Por el contrario, despilfarran colosales sumas de dinero para impedir promoverla en las masas trabajadoras. Además, como el afianzamiento de la posición y papel políticos de éstas pone en peligro su dominio, tratan de restringir al máximo el desarrollo de la vida política de ellas. En la sociedad capitalista la gente se va convirtiendo más y más en esclava del dinero y las mercancías y su existencia política se ve reprimida.

En esta sociedad es imposible eliminar no sólo la desigualdad en la vida material, sino también el desequilibrio entre esta vida, en enriquecimiento, y la espiritual-cultural, en pauperización, y entre la creciente demanda de las masas populares por la independencia y la vida política que empeora. Con vistas a eliminar esta desigualdad y desequilibrio y desarrollar proporcionalmente la vida material, la espiritual-cultural y la política de las masas trabajadoras es preciso ir por el camino del socialismo. Mas, por su naturaleza clasista, los imperialistas no quieren renunciar al capitalismo, sino, al contrario, se tornan más y más reaccionarios en contraposición con la naturaleza independentista del hombre.

A medida que hoy en la sociedad capitalista se agravan la desigualdad y el desequilibrio y se acentúa el carácter reaccionario y antipopular del imperialismo, se profundizan más las contradicciones entre las masas populares que desean vivir y desarrollarse de manera independiente y la clase burguesa, y el capitalismo se precipita hacia la bancarrota.

El imperialismo contemporáneo se halla en un callejón sin salida, tanto en el plano externo como en el interno y hace desesperados esfuerzos por salvarse de su cada día más creciente peligro de arruinamiento.

Los imperialistas norteamericanos y otros reaccionarios internacionales concentran la punta de la lanza de su ataque en los países socialistas, baluarte de la paz y el progreso, y maniobran de manera desvergonzada para estrangular la lucha de los pueblos progresistas del mundo que aspiran a la independencia. Como enseñara el Líder, hoy los imperialistas tocan el violín esgrimiendo con una mano las armas nucleares y agitando con la otra el portamonedas. Se tornan más frenéticas y taimadas sus estratagemas encaminadas a doblegar a los pueblos de los países socialistas y otros progresistas del mundo con métodos de amenaza y chantaje militares, de soborno y sometimiento económicos y de desintegración ideológica y cultural.

Es una ley, desde un principio, que cuanto más el imperialismo cae en la crisis tanto más se recrudece su carácter reaccionario y agresivo y tanto más se debate para sobrevivir. Sus maniobras desesperadas expresan, no su potencialidad, sino su vulnerabilidad. Cuanto más reaccionarios sean los imperialistas y forcejeen, tanto más las masas populares cobrarán conciencia revolucionaria, aproximando el día de la ruina de ellos.

El que el imperialismo contemporáneo viva sus últimos días es una realidad innegable, y su derrota y la victoria del socialismo son una necesidad histórica.

Pero él no se derrumbará por sí mismo. Podrá ser sepultado sólo por la lucha revolucionaria de las masas del pueblo trabajador encabezadas por la clase obrera.

Lo de decisiva importancia para derrotarlo y alcanzar la victoria de la revolución es preparar sólidamente las fuerzas internas. Tiene particular importancia el consolidar al partido de la clase obrera, destacamento de vanguardia de la revolución, y elevar su papel.

A fin de robustecer las fuerzas revolucionarias es preciso analizar y apreciar correctamente el cambio operado en la composición clasista de la sociedad.

Después de la Segunda Guerra Mundial ésta conoció un cambio notable en los países capitalistas desarrollados. Al impulsarse la mecanización y la automatización de la producción en ellos gracias al progreso de la tecnología, se redujo considerablemente el número de los obreros físicos y creció con rapidez la fila de los que se dedican a las labores técnicas e intelectuales llegando a ocupar una abrumadora proporción en la fila de los trabajadores.

Puede considerarse como un fenómeno legítimo la elevación del nivel técnico y cultural de éstos y el aumento de la fila de intelectuales en consonancia con el progreso de la sociedad.

Desde luego, es verdad que si engrosa rápidamente esta fila puede crecer entre los trabajadores la influencia de las ideas pequeñoburguesas. En particular, en la sociedad capitalista donde es imposible recibir sistemáticamente la educación revolucionaria, es inevitable que muchos intelectuales se contaminen con ideas burguesas y pequeñoburguesas. De ahí que surja como una cuestión difícil ganarlos al lado de la revolución. Pero este cambio no significa el debilitamiento del terreno socio-clasista en que se basan los partidos comunistas y obreros, ni puede considerarse como una condición desfavorable para la revolución socialista. Ellos, tanto los que se dedican al trabajo técnico como al intelectual, no son propietarios de los medios de producción. Aunque difieren en cierto grado de los obreros físicos en cuanto al nivel técnico y cultural y a las condiciones laborales, tienen comunidad sustancial en el sentido de que están empleados, por igual, por los capitalistas, y sustentan la vida con el sueldo.

Hoy en los países capitalistas desarrollados el número de los trabajadores empleados por los burgueses ocupa el 80-90 por ciento de toda la población profesional si al de las masas obreras, en el sentido original de la palabra, se le suma el de los trabajadores posteriores, es decir, los que se dedican a las labores técnicas e intelectuales. Esto muestra que el terreno socio-clasista de los partidos comunistas y obreros, lejos de debilitarse, se ha ampliado.

Lo importante está en cómo los partidos comunistas y obreros realizan la labor política para concientizar por vía revolucionaria y ganarse a las amplias masas conforme a la realidad, al cambio de la composición socio-clasista.

Las masas trabajadoras no toman parte en la revolución de manera espontánea. También los obreros pueden participar en ella sólo cuando tomen conciencia de clase.

Hoy se presenta con mayor urgencia el problema de concientizar de manera revolucionaria a la clase obrera y otras masas trabajadoras. Los obreros actuales no pueden considerarse sólo como una clase desposeída como en el pasado. Es innecesario afirmar que en la sociedad socialista no es una clase desposeída. Tampoco la de los países capitalistas desarrollados es igual a la desposeída del pasado que, según los clásicos precedentes, no tenía nada más que las cadenas para perder. La participación en la revolución no depende únicamente de si uno es el desposeído o el propietario.

No se debe considerar que los hombres toman parte en la revolución sólo por no poder soportar más el hambre y la miseria. Vivir como dueño de su destino, del Estado y de la sociedad es la exigencia fundamental del hombre independiente. Como enseñara el Líder, es una ley que donde se pisotea la independencia surja la resistencia y donde hay ésta se desate la lucha revolucionaria.

Antes de la liberación, bajo la dominación del imperialismo japo-

nés también los intelectuales de nuestro país llevaron una vida relativamente holgada disfrutando de altos beneficios en comparación con los obreros comunes. No obstante, siendo intelectuales de la colonia, estaban condenados a la discriminación nacional, razón por la cual poseían el espíritu revolucionario de carácter antimperialista.

Aunque hoy en los países capitalistas desarrollados se haya elevado el nivel de vida de los trabajadores dedicados a labores técnicas e intelectuales, siguen siendo objetos de la explotación y opresión, y por tanto, sienten antipatía hacia este régimen y quieren vivir de modo independiente liberándose de la dominación del capital. Exigir una vida independiente significa precisamente aspirar al socialismo. De hecho, en los países capitalistas casi no hay intelectuales que alguna vez no hayan simpatizado con el socialismo. Si ellos no continúan luchando en pro de éste, se debe más a la falta de alguien que los eduque y oriente con acierto en el aspecto ideológico que a las limitaciones originadas por la situación socio-clasista en que se encuentran.

El protagonista que da conciencia revolucionaria y atrae a las masas trabajadoras es, en todo caso, el partido de la clase obrera. A menos que se le robustezca en el plano organizativo e ideológico y se mejore su método de trabajo de acuerdo con el requisito de la realidad, es imposible concientizar y organizar a las masas y, por ende, agruparlas en torno al Partido y preparar poderosas fuerzas revolucionarias. Esperar la victoria en la revolución sin priorizar la tarea de consolidar el partido y aglutinar a las masas a su alrededor para robustecer las fuerzas internas de aquélla, es tan absurdo como esperar el fruto de un árbol sin cuidarlo.

Para fortalecer al partido es preciso primero construirlo a base del principio de asegurar la única ideología y dirección, y que él se arraigue entre los intelectuales y otros amplios sectores y posea una nueva ideología y teoría directivas con las que pueda guiarlos a la revolución. La teoría de la revolución no es un dogma; es la guía para la acción. Se debe desarrollar ésta y mejorar sin cesar el método de trabajo partidista sobre la base del principio referente a la posición

independiente y el papel decisivo de las masas populares y conforme a la realidad modificada. De proceder así se podrá dar conciencia revolucionaria y ganar a amplios sectores y llevar la revolución a un nuevo auge.

Debemos ver justamente la verdadera faz del imperialismo contemporáneo que condenado a la bancarrota bravuconea y se debate furiosamente, y estar seguros de la inevitabilidad de su ruina. Sólo entonces podemos tener la firme fe y optimismo en la victoria de la revolución y mantener de modo consecuente la posición revolucionaria.

Para analizar correctamente la actual situación revolucionaria y mantener esta posición se debe tener, además, firmes conocimientos de la superioridad del socialismo y de la indispensabilidad de su triunfo.

Debemos considerar el curso de desarrollo de la historia después de la Segunda Guerra Mundial, como la historia de la victoria del socialismo.

La derrota de la Alemania fascista y el imperialismo japonés y la victoria de la Unión Soviética en esta contienda constituyeron un gran triunfo para el socialismo y un golpe contundente al imperialismo.

Como consecuencia de esta conflagración mundial en Europa y Asia surgieron numerosos países socialistas, gracias a lo cual el socialismo pudo desarrollarse como un sistema mundial, y hoy muchos otros países de Asia y Europa, de América Latina y Africa aspiran a obtenerlo. Ha crecido como nunca la fuerza de atracción del socialismo y éste sirve de faro de esperanza para los pueblos progresistas del mundo.

Claro está que el curso del desarrollo del socialismo no fue expedito. Es una ley que el nacimiento y la victoria de lo nuevo siempre tropiecen con percances.

Los países socialistas se vieron obligados a vencer una serie de dificultades en el curso de allanamiento de un camino virgen.

La transición del capitalismo al socialismo constituye el más importante cambio social en el curso del desarrollo de la historia humana. El socialismo no puede menos que allanar de manera original el camino para su desarrollo a través de una prolongada y ardua

lucha por liquidar toda clase de inmundicia de la historia acumulada durante varios milenios. Sobre todo, dado que en el mundo persiste el imperialismo la batalla por la victoria del socialismo se acompaña de una aguda y compleja lucha contra los enemigos internos y externos.

Los países socialistas, pese a que habían heredado la economía y tecnología atrasadas, no podían concentrar su fuerza en la construcción económica desde el principio. La clase obrera en el poder se enfrentó, ante todo, a la apremiante tarea de llevar a cabo el profundo cambio social como es liquidar el viejo sistema explotador e implantar otro nuevo, el socialista, y de salvaguardar la revolución de la contrarrevolución. Por ejemplo, la Unión Soviética, el primer país socialista, libró la difícil y compleja lucha por asegurar la victoria del socialismo en medio del cerco del capitalismo y, a continuación, se vio obligada a llevar el peso de la Segunda Guerra Mundial. También en la posguerra, frente a la política de la guerra fría de los imperialistas, no pudo menos que dirigir grandes recursos a la preparación de la defensa nacional para salvaguardar su régimen. Los pueblos de los países socialistas, al mismo tiempo que se esforzaban para construir el socialismo y defender la revolución frente a la amenaza militar de los imperialistas y su bloqueo económico, debieron destinar gran fuerza también a la tarea de ayudar el movimiento revolucionario mundial y la lucha de los pueblos progresistas por la construcción de una nueva sociedad.

Si se toma esto en consideración, se puede decir que son formidables los éxitos que ellos han alcanzado en la construcción económica, para no hablar ya de sus logros en la vida política e ideológico-cultural. En el período de poco más de medio siglo que va desde que surgió el primer Estado socialista hasta la fecha, han logrado adelantos económicos y científico-técnicos no alcanzables bajo el capitalismo ni en varios siglos y preparado sólidas bases que les permitirán desarrollarse más rápido en el futuro.

El hecho de que el socialismo disfruta de superioridad incomparable sobre el capitalismo y de vitalidad inquebrantable, ya se ha comprobado con nitidez en la práctica a lo largo de la historia.

Si se comparan el socialismo, en que las masas populares disfrutan por igual y a sus anchas de una vida independiente y creadora como dueñas del Estado y de la sociedad y el capitalismo, en que los hombres persiguen únicamente el goce individual como esclavos del dinero, se observa que existe una diferencia abismal entre el primero y el segundo. Quien no sabe ver esto es una persona contaminada con la ideología capitalista, paralizándosele la naturaleza humana.

Es obvio que en adelante, a medida que el socialismo vaya echando más profundas raíces y la unidad político-ideológica de los pueblos y su poderío creador se afiancen con la eliminación de los residuos de la vieja sociedad, el régimen socialista mostrará en mayor grado su superioridad, y que en un futuro no lejano los países socialistas superarán con amplio margen a los capitalistas desarrollados también en el aspecto económico-tecnológico.

Desde luego, no puede afirmarse que hasta ahora los países socialistas sacaron todo el provecho posible a la superioridad de su régimen.

Francamente, estos adolecieron de tendencias izquierdistas o derechistas en la administración del nuevo sistema social. Aparecieron desviaciones en el curso de la implantación del régimen socialista y particularmente graves en solucionar el nuevo problema de qué manera llevar a cabo la revolución y la construcción después de establecido dicho régimen. Además se observaron otras también graves en resolver el problema de las relaciones entre esos países que realizan la revolución y la construcción en distintas condiciones históricas. Todo esto enturbió la imagen del socialismo.

Estas desviaciones no tienen nada que ver con la naturaleza del régimen socialista. Se deben en todo caso a que los que lo administran no tienen experiencias y suficiente preparación política e ideológica.

La lucha entre el socialismo y el capitalismo es entre lo nuevo y lo viejo. Es una ley inmutable del desarrollo de la historia el que lo nuevo triunfe y lo viejo se arruine. En modo alguno puede cambiar esta ley, aunque la victoria del primero se enfrentara a vicisitudes y altibajos.

El curso del desarrollo de la historia humana es el de la realización de la independencia de las masas populares, el sujeto de la historia. En este decursar es precisamente lo nuevo lo que contribuye a la realización de la independencia de las masas populares, y lo caduco, por el contrario, lo impide. El capitalismo fue nuevo en comparación con el feudalismo en el sentido de haber abolido su régimen de castas e implantado libertad e igualdad burguesas. Pese a esto, oprimió la exigencia independentista de las masas populares por ser completamente dueñas de la sociedad liberándose no sólo de la esclavitud feudal sino también de la explotación y opresión capitalistas, motivo por lo que se convirtió en lo caduco, oponente al desarrollo de la historia. No puede existir capitalismo que no explote ni oprima a las masas populares tal como no puede existir capitalista que no persiga provecho.

El socialismo es el único camino que permite realizar la exigencia de las masas populares por ser las dueñas del Estado y de la sociedad liberándose de la explotación y opresión. El capitalismo, por mucho que sea embellecido y adornado, no puede desprenderse del viejo marco de la sociedad explotadora. Sólo en la socialista las masas populares pueden ocupar completamente la posición de protagonistas y desempeñar el papel como tal en todas las esferas de la política, economía y cultura. Verdaderamente es la sociedad nueva que corresponde a la naturaleza independentista de las masas populares y al requerimiento del desarrollo de la sociedad.

Es posible que lo viejo se disfrace de lo nuevo y el moribundo parezca temporalmente renaciente, pero lo caduco no es prometedor por ser una existencia en agonía. Los revolucionarios no deben dejarse seducir por un fenómeno temporal sino distinguir lo nuevo de lo viejo y esforzarse constantemente por la victoria del socialismo con la firme convicción de que lo nuevo triunfa sin falta.

Con el objetivo de mantener de modo consecuente la posición revolucionaria de la clase obrera y marchar hasta el fin por el camino del socialismo, es preciso elevar el papel rector del partido de acuerdo con la exigencia real del desarrollo de la sociedad socialista.

En los países socialistas a medida que se impulsaba la construcción socialista han ido mejorando la vida material y espiritual de la clase obrera y de otros sectores de las masas trabajadoras, elevándose por lo general su nivel cultural y técnico e incrementándose mucho más las filas de los intelectuales. Es una ley que cuanto más se acerque el socialismo a la fase superior del comunismo tanto más se disminuye la diferencia entre el trabajo físico y el espiritual, y toda la sociedad se intelectualiza. Esto no significa la alteración del carácter de la clase obrera en la sociedad socialista. El cambio y desarrollo de ésta es el curso en que se elimina gradualmente la diferencia clasista y se imprimen los rasgos de la clase obrera a toda la sociedad. Puede decirse que en ella la intelectualidad es la clase obrera que se dedica al trabajo espiritual. No es que con el desarrollo de la sociedad socialista se debilite su carácter de clase obrera, sino, por el contrario, se consolida todavía más.

La socialista es una sociedad en que está plasmada la exigencia intrínseca de la clase obrera, que consiste en oponerse al egoísmo individual y realizar plenamente la independencia de las masas populares sobre la base del colectivismo. Esta exigencia concuerda con el deseo común de la humanidad que aspira a la independencia.

Puesto que en la sociedad socialista se materializa la exigencia intrínseca de la clase obrera, la construcción del socialismo y el comunismo puede llevarse a cabo necesariamente bajo la dirección del partido, que es su vanguardia. Cuanto más se impulse este proceso no se debe debilitar esta dirección, sino por el contrario, fortalecerla más. Al margen de la dirección del partido no es posible asegurar la unidad ideológica y volitiva de las masas populares ni poner en función el colectivismo, la ventaja propia del socialismo, ni allanar el camino virgen hacia el comunismo.

Intensificar la dirección del partido significa elevar el nivel de su trabajo en correspondencia al requisito de la realidad en desarrollo, manteniendo el principio revolucionario de la clase obrera en la revolución y la construcción. Si el partido repite continuamente las teorías y los métodos anacrónicos, sin ver la realidad en proceso, comete

un error dogmatista, subjetivista, y si abandona el principio revolucionario de la clase obrera, bajo el pretexto del cambio de la realidad, comete un error revisionista y reformista.

El partido de la clase obrera que orienta la construcción socialista debe concentrar toda su fuerza en mejorar e intensificar su trabajo para preparar un competente sujeto de la revolución y elevar su papel.

Sólo de esta manera es posible llevar a feliz término la transformación de la naturaleza y la sociedad y salir victorioso en el combate contra los enemigos. Para poner en pleno manifiesto la superioridad del régimen socialista es importante, sin duda, preparar su sólida base material-técnica y mejorar el método de gestión de su economía, pero lo es más robustecer el sujeto de la revolución. Es el hombre quien desarrolla la economía y la tecnología y también es quien administra el régimen socialista, y por tanto, sin consolidar este sujeto es imposible desarrollar la superioridad del sistema.

El robustecer el sujeto de la revolución también permite impedir la penetración de la ideología y cultura imperialistas. El gran Líder enseñó que el hombre forjado con solidez en lo físico no cae enfermo aunque se vea atacado por los microbios patógenos desde afuera. Por muy desesperadas que sean las maniobras de los imperialistas, el revisionismo y reformismo no podrán asomar, con tal que sea potente la fuerza interna de la revolución.

Siempre debemos buscar el factor fundamental de la victoria o la derrota de la revolución y la construcción en el sujeto y no en las condiciones objetivas, y también la vía fundamental para impulsarlas en fortalecer éste y elevar su papel.

Para que el sujeto de la revolución crezca es indispensable robustecer, ante todo, el partido que es su fuerza medular, rectora.

Si éste es sano en lo ideológico, lo serán también las masas, y si el primero es enfermo en lo ideológico, lo serán también las segundas. Mientras el partido esté unido, así estarán las masas y mientras el primero esté dividido, así estarán las segundas. De ahí que sea preciso encauzar la fuerza primeramente en salvaguardar la pureza de la

ideología revolucionaria del partido, elevar continuamente su nivel ideológico y teórico y estrechar su unidad y cohesión organizativa e ideológica.

Para robustecer el sujeto de la revolución es necesario, además, imbuir la conciencia revolucionaria a las grandes masas y agruparlas compactamente en torno al partido.

Hace falta intensificar la educación de las personas en la ideología revolucionaria de la clase obrera en consonancia a la elevación de su vida material y espiritual y nivel cultural y técnico, que se logra con el impulso de la construcción socialista. De no ser así se dará motivo a que aparezca el vacío en su conciencia por donde penetren las ideas burguesas, y es posible que renuncien a la revolución perdiendo la fe en el socialismo y el comunismo.

Incrementar continuamente el papel del sujeto cobra importancia decisiva en el impulso vigoroso de la revolución y la construcción.

Conforme a la línea revolucionaria de masas y basándose en el estricto aseguramiento de la dirección unificada del Partido sobre todas las esferas de la revolución y la construcción hay que elevar al máximo el celo y la actividad creadora de las masas. Como la creación del socialismo y el comunismo es una labor que se realiza para las masas populares y por éstas, no puede haber otra alternativa que la de apelar a su conciencia y abnegación para impulsarla. Si se trata de encontrar otros factores excepcionales, ello conducirá, en fin de cuentas, a los métodos capitalistas ajenos al socialismo, causando una consecuencia tan grave como irreparable, a la construcción de éste.

Si nuestro Partido pudo guiar victoriosamente la revolución y la construcción, en medio de circunstancias difíciles y complejas jamás conocidas en la historia, es porque vino reforzando con constancia el sujeto de la revolución, y elevando su papel.

En las difíciles condiciones en que el imperialismo yanqui, cabecilla del imperialismo mundial, tiene ocupada la mitad del territorio del país y perpetra sin cesar las maquinaciones de agresión contra la República, nuestro pueblo está cumpliendo a la vez dos tareas: la de construir de manera independiente el socialismo y la de reunificar la

Patria rechazando las amenazas agresivas imperialistas. Ahora él lucha llevando sobre sus hombros una doble y triple carga. A pesar de ello nuestro Partido mantiene con firmeza la posición revolucionaria, siempre con la seguridad en la victoria, porque tiene preparado sólidamente el sujeto de la revolución.

Hace mucho el gran Líder, camarada Kim Il Sung, desarrolló de manera creadora y conforme a la nueva realidad la teoría marxista-leninista de la revolución y concibió la inmortal idea Juche, basándose en un resumen científico de las experiencias históricas del movimiento revolucionario coreano y mundial, dejando así preparada la guía directiva de nuestra época, capaz de llevarla a un constante auge. Al consolidar en lo organizativo e ideológico al Partido, reforzar por todos los medios los lazos muy íntimos de éste con las masas y elevar continuamente su papel rector en todas las esferas de la revolución y la construcción, basándose en los principios jucheanos de la construcción del Partido, ha conducido la revolución a brillantes victorias.

El gran Líder enseñó que para construir el socialismo es preciso conquistar la fortaleza ideológica del comunismo junto con la material y que para ello es preciso librar con energía las tres revoluciones: la ideológica, la técnica y la cultural, sobre la base del principio de dar prioridad a la labor de transformar por vía comunista a los hombres, dueños de la sociedad. Con ello se dilucidó claramente por primera vez en la historia el correcto camino para llevar a cabo la causa del comunismo continuando el proceso revolucionario después de establecido el régimen socialista.

Al seguir la senda indicada por el gran Líder, nuestro Partido edifica con éxito el socialismo sin caer en ninguna desviación y pone en alto la superioridad del régimen socialista.

Siempre con la bandera revolucionaria de la lucha antimperialista en alto, combate con resolución contra las amenazas de agresión y guerra de los imperialistas y defiende fidedignamente la avanzada oriental del socialismo.

Concediendo importancia estratégica a Corea del Sur que colinda con Japón, su mayor aliado, y está situada en un punto primerísimo del continente asiático, los imperialistas estadounidenses no solamente la han convertido en una base militar nuclear y ejercen sobre nosotros la presión militar, sino que también hacen toda clase de conjuras para convertirla en una base económica y política contra el socialismo y manifestar la "superioridad" del capitalismo en la Península Coreana, utilizando para este fin a los imperialistas nipones y a otros reaccionarios del mundo. No obstante estas estratagemas desesperadas de los imperialistas yanquis y de sus esbirros, nuestra República avanza a paso firme, sin la menor vacilación, por el camino del socialismo, y el pueblo surcoreano, estimulado por esto, desarrolla una enérgica lucha contra Estados Unidos en aras de la independencia y contra el fascismo por la democratización, sacudiendo así de raíz la dominación colonial del imperialismo norteamericano en Corea del Sur. El hecho de que nuestro país, que no es grande, mantenga firmemente la independencia construyendo con éxito el socialismo frente a las fuerzas unidas del imperialismo, evidencia que nuestro sistema tiene ventajas absolutas sobre el capitalismo y una vitalidad invencible.

La nuestra no es en absoluto una época que avanza a favor del imperialismo, sino la del viraje histórico en que éste se aproxima a su ruina y los pueblos del mundo marchan vigorosamente por el camino del socialismo, de la independencia.

La época actual exige a los pueblos revolucionarios del mundo alzarse como un solo hombre a la lucha por derrotar decisivamente al imperialismo que hace sus últimos forcejeos y crear un mundo independiente. Oponerse al imperialismo y defender la independencia es la tarea de lucha común que hoy encaran ellos.

El sujeto de la lucha por la independencia en cada país es su pueblo, pero el de la batalla contra el imperialismo y por realizar la independencia en todo el mundo lo constituyen los países socialistas, el Movimiento Comunista Internacional, el de Liberación Nacional en las colonias, el No Alineado, el de defensa de la paz del mundo, en fin, todas las fuerzas independentistas antimperialistas.

Estas son incomparablemente más potentes que las imperialistas. Lo importante está en cómo luchan mancomunadas.

Es una verdad inalterable que la unidad es el factor decisivo para el triunfo de la revolución. Hoy, cuando los imperialistas se oponen al socialismo y a los pueblos progresistas del mundo, confabulados y con las fuerzas conjuntas, constituye un problema vital el que todas las independentistas antimperialistas luchen firmemente unidas.

Lo más importante para reforzar su cohesión es fortalecer la de los países socialistas y del Movimiento Comunista Internacional. Dichos países y los partidos comunistas y obreros tienen la digna tradición de haber luchado manteniendo con firmeza la posición revolucionaria y unidos bajo la bandera del internacionalismo proletario. Llevando hacia adelante esta tradición, todos ellos deberán mantener con resolución la posición antimperialista y unirse compactamente con las relaciones camaraderiles de respetar y ayudarse unos a otros oponiéndose al egoísmo nacional.

El imperialismo contemporáneo es no sólo el adversario del socialismo, sino también el enemigo común de todos los pueblos progresistas del mundo que abogan por la paz y la independencia. Sólo cuando todos éstos, sobre todo los de los países socialistas, estén unidos estrechamente, podrán triunfar en el combate antimperialista por la independencia. Haciendo añicos cualquier maniobra divisionista y cizañera de los imperialistas, los pueblos progresistas deben unirse estrechamente bajo el estandarte del antimperialismo y la independencia, por encima de sus diferencias de ideología, régimen y creencia religiosa.

No cabe duda que si todas las fuerzas independentistas antimperialistas del orbe luchan en un compacto bloque, podrán derrotar al imperialismo y crear un mundo nuevo, independiente.

Nuestro Partido hará todos los esfuerzos para fortalecer la solidaridad con estas fuerzas, sobre todo con los países socialistas, el Movimiento Comunista Internacional y el No Alineado.

La lucha de nuestro pueblo que marcha a la vanguardia contra el imperialismo y por la independencia enarbolando la bandera revolucionaria de la idea Juche sirve de gran estímulo para los pueblos progresistas del mundo en su batalla por la independencia. Hemos de sentir, lógicamente, el orgullo y la dignidad de esto.

Los revolucionarios deben continuar resueltamente su lucha con la convicción en el porvenir y sin olvidar las lecciones de la historia. Es una grave equivocación creer que nuestra lucha por crear una vida nueva e independiente tenga un camino libre de obstáculos, mientras queden los imperialistas que en el pasado masacraron y saquearon con salvajismo a nuestro pueblo y que hoy también acechan la oportunidad para agredirnos. Tal como la nueva y feliz vida socialista de hoy fue alcanzada por la dura y sangrienta lucha de nuestros precursores revolucionarios y del patriótico pueblo, así también la victoria total del socialismo y el triunfo definitivo de nuestra revolución podrán conquistarse sólo a través de la lucha indoblegable del pueblo contra el imperialismo.

Nuestro Partido tiene la noble e histórica misión de guiar a la victoria nuestra revolución en medio de las complejas circunstancias actuales. Todos los militantes del Partido y los trabajadores, unidos monolíticamente en torno al gran Líder y al Partido, deberán marchar con vigor por el camino del socialismo y el comunismo, enarbolando la bandera revolucionaria de la lucha antimperialista.

PARA FORMAR CON FIRMEZA LA CONCEPCION JUCHEANA DE LA REVOLUCION

Conversación con los funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea
10 de octubre de 1987

Hoy, cuando se conmemora el XLII aniversario de la fundación de nuestro Partido, quisiera precisar una vez más cómo formar con firmeza la concepción jucheana de la revolución en los militantes y los trabajadores.

Desde el mismo día de su fundación nuestro Partido se ha fortalecido y desarrollado continuamente y guiado la revolución por caminos de victorias a través de una lucha difícil y compleja. Si ha llegado a ser un partido revolucionario tan invencible como el de hoy es porque, ante todo, ha heredado las brillantes tradiciones de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa. En aquel entonces, por poseer la concepción jucheana de la revolución, los auténticos combatientes pudieron luchar resueltamente por la victoria, sin la menor vacilación aun en circunstancias tan adversas, unidos compactamente en torno al gran Líder, camarada Kim Il Sung y manteniendo estrechos vínculos con las masas populares.

La concepción que ellos tenían de la revolución no era un simple conocimiento adquirido en algún libro o en un gabinete, sino una férrea convicción formada en medio de una dura lucha contra los

perniciosos enemigos, bajo la dirección del gran Líder, que allanó por primera vez el camino de la revolución. Esta concepción puede prender en el revolucionario como una cualidad más sólo cuando sea formada y transformada así en una convicción a través de la lucha práctica.

Nuestra revolución ha avanzado mucho, y se han operado grandes cambios en las situaciones y circunstancias en que se encuentran los que la desarrollan, pero aún a estas alturas el adquirir una correcta concepción de la revolución y hacer de ella una convicción sigue siendo una tarea importante. Nuestra revolución no ha terminado aún, y el camino que hemos de recorrer es largo y escabroso. Empero, el número de veteranos va mermando poco a poco y nuestras filas revolucionarias se nutren con muchos miembros de la joven generación, no forjados en medio de la ardua lucha. Si queremos alcanzar el triunfo final venciendo las dificultades y pruebas con que tropecemos debemos pertrechar firmemente a todos los militantes del Partido y los trabajadores con la concepción jucheana de la revolución.

La concepción de la revolución debe formarse no como un conocimiento general, sino como una convicción. Dado que la ideología es la conciencia social que refleja las exigencias y los intereses de los hombres, puede consolidarse sólo cuando se adquiere en medio de la lucha práctica. De igual manera, la concepción de la revolución puede constituir una voluntad inconmovible sólo cuando sea percibida según sus principios y comprobada en la práctica.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung enseñó que puede considerarse que un hombre tiene formada la mundivisión revolucionaria sólo cuando, después de darse cuenta de su posición e interés clasistas, haya captado la idea y el sentimiento de odio a las clases explotadoras y de defensa de los intereses de la suya y así cuando haya tomado el camino de la revolución con la firme determinación y voluntad de combatir hasta el fin para derrocar la sociedad explotadora y construir otra nueva para las masas populares trabajadoras. Por esta destacada idea se dilucidó científicamente, por primera vez en la historia, el proceso de formación de la mundivisión revolucionaria.

Sin embargo, si observamos cómo proceden nuestros funcionarios para formarla en los militantes del Partido y los trabajadores nos damos cuenta de que permanecen, por lo general, en la fase cognoscitiva, y no prestan atención a lo de orientarlos para que la interpreten y hagan de ella su convicción a través de la lucha práctica. Hay quienes consideran resuelto el problema de su formación sólo con reunir estadísticas acerca de cuántas veces se han celebrado las reuniones de estudio y las conferencias, y organizar los concursos de memorizar las citas. También orientan los concursos de estudio por grupos mediante preguntas y respuestas no por el método de que muchas personas, a través de debates y poniendo de manifiesto sus conocimientos colectivos comprendan la esencia del problema con amplitud y profundidad, sino por el de hacerles memorizar mecánicamente. Al documentar a los militantes y trabajadores con las ideas revolucionarias, su objetivo no consiste en hacerles que aprendan de memoria las citas y se den así aires de conocedores, sino, principalmente, en guiarlos a participar como protagonistas, y con una alta conciencia, en la lucha revolucionaria. Para implantar una correcta concepción de la revolución es necesario, desde luego, pasar por la fase cognoscitiva, pero la cognición no tiene en sí objetivo, su valor consiste en que sirve de premisa para hacer participar activamente en ella con determinación revolucionaria y espíritu combativo. Debemos llevar a cabo la labor de dar la concepción de la revolución no de manera formalista sino con eficiencia, en estrecha relación con la práctica revolucionaria, de modo que ella se convierta en convicción y voluntad inconmovibles.

Por concepción jucheana de la revolución se entiende el punto de vista y la actitud jucheanos que sus protagonistas deben asumir hacia ésta. Formarla significa entender correctamente la esencia y el objetivo fundamental de la revolución y las maneras de efectuarla y tener como convicción la determinación y voluntad de consagrarlo todo a la lucha por ella.

La revolución es una obra para realizar la independencia de las masas populares, y una tarea de éstas, que son sus protagonistas. Su objetivo consiste en realizar la independencia de las masas populares, y la vía básica para ejecutarla es elevar el papel creador de éstas bajo la dirección del partido y el líder. En fin de cuentas, la victoria depende de cómo se vigoriza el sujeto de la revolución, conjunto del líder, el partido y las masas, y se eleva su papel. Para tener una correcta concepción de la revolución es necesario conocer bien a sus enemigos, pero importa más poseer un justo punto de vista y actitud hacia su sujeto.

Como éste es el conjunto del líder, el partido y las masas, si uno quiere formársela debe tener primero una justa concepción del líder, de la organización y de las masas. Además, ya que ese sujeto es un ente socio-político cuyos integrantes tienen un destino común, la concepción jucheana de la revolución ha de ser sustentada en un concepto revolucionario de la moral que demanda compartir la vida y la muerte, las alegrías y las penas, sobre la base del sentido de obligación moral y camaradería revolucionarios. Tal como el líder, el partido y las masas, unidos con una sola vida socio-política, constituyen el sujeto de la revolución así también las concepciones del líder, de la organización, de las masas y de la moral, relacionándose inseparablemente, forman una integridad de la concepción de la revolución. De ahí que para establecer con firmeza esta concepción a base del Juche sea preciso formar a la vez los conceptos revolucionarios del líder, de la organización, de las masas y de la moral.

Ante todo, hay que formar la concepción revolucionaria del líder.

Lo que importa en esto es comprender correctamente que él constituye el centro de la vida del colectivo socio-político.

En cuanto a la importancia de su papel rector se ha enfatizado mucho también en las teorías anteriores de la revolución. Claro está que el líder juega un rol importante como el centro de la dirección en la tarea de forjar el destino de las masas populares. Pero no se debe considerar simplemente como el máximo dirigente. Cualquier sociedad y clase reconocían la importancia del mando, pero ninguna clase, excepto la obrera, realzó tanto a su líder como el centro de la vida del colectivo socio-político. Las relaciones entre él y el soldado no

deben interpretarse de forma tan sencilla como las existentes entre el que dirige y el que es dirigido. Si se considera que el primero tiene únicamente el derecho a mandar y el segundo la obligación de obedecer, éstas son puramente entre el derecho y la obligación y no pueden valorarse como basadas en el amor camaraderil y en el sentido de obligación moral revolucionaria. La democracia burguesa sustentada en la concepción individualista de la vida considera las relaciones entre el que dirige y el que es dirigido como las del derecho y la obligación. Con ese criterio es imposible comprender la concepción revolucionaria del líder.

La esencia del líder consiste, fundamentalmente, en que es el centro de la vida del colectivo socio-político. No cabe duda de que el centro vital es importante para la subsistencia y la actividad del cuerpo viviente. Si no se aúnan alrededor del líder, las masas populares no pueden tener la vitalidad como colectivo socio-político independiente. Debemos estar convencidos de que el líder constituye el centro de la vida del colectivo socio-político y que podemos compartir una existencia socio-política eterna sólo cuando nos unimos a él en lo organizativo e ideológico y como camaradas.

En el pasado, los combatientes revolucionarios antijaponeses pudieron ser fieles hasta el fin al Líder, porque mientras unidos con firmeza en su torno y compartiendo con él los momentos de peligro, las alegrías y las penas, libraban una guerra de vida o muerte contra los enemigos llegaron a comprender con claridad que él es el centro de la vida de nuestra nación y que su destino estaba vinculado inseparablemente con él. Nos enfrentamos a la cuestión de cómo orientar en las actuales circunstancias históricas a los militantes del Partido y a los trabajadores a que experimenten con profundidad en la vida los estrechos vínculos entre el Líder y el soldado, como lo hicieron los combatientes revolucionarios antijaponeses. Por supuesto, es posible hacer conocer las vivencias de éstos de modo indirecto, a través de las obras literarias y artísticas. Para formar una correcta concepción del líder es necesario crear y aprovechar muchas obras literarias y artísticas que describan los arquetipos de dichos combatientes que fueron infinitamente fieles a él. Aunque es bueno formar la concepción del líder a través de esos materiales, lo mejor es, en todo caso, hacerlo en estrecha vinculación con la práctica revolucionaria de hoy.

Si bien la Lucha Revolucionaria Antijaponesa y la de hoy son diferentes en cuanto a las circunstancias concretas, no lo son en el sentido de que ésta, al igual que aquélla, se lleva a cabo bajo la dirección del Líder y según su idea y voluntad. Realizar la lucha revolucionaria en estas condiciones significa hacerlo disfrutando de la vida socio-política dada por el Líder. Cuanto más fieles seamos a la idea y voluntad del Líder, más estrechos se tornarán nuestros lazos con él y más valiosa será la vida socio-política y sentiremos tan grande valor de la existencia como inimaginable será para quienes viven de modo individualista. Sólo quien busca el sentido de la vida en pensar y actuar de acuerdo con la idea y voluntad del Líder, y compartir con él la vida y la muerte, las alegrías y las penas puede llamarse revolucionario formado sólidamente en la concepción revolucionaria del líder. Conscientes de que nuestra existencia tendrá mayor valor y dignidad sólo cuando confiemos siempre con firmeza en el Líder, como en un pilar espiritual, y cumplamos con honestidad la tarea revolucionaria indicada por él, hemos de serle infinitamente leales a través de la práctica revolucionaria por llevar a vías de hecho su idea y voluntad.

Con miras a establecer la concepción jucheana de la revolución hay que tener un punto de vista y una actitud correctos hacia el Partido.

El partido de la clase obrera es, en general, el destacamento de vanguardia de ésta y otras masas trabajadoras unidas en lo organizativo e ideológico con el líder en el centro. En este sentido, su dirección es precisamente la del líder, y el punto de vista y la actitud hacia él son idénticos, en esencia, con los que se tienen respecto a éste. Como el líder encabeza al partido, es inconcebible considerarlos por separado.

Pero esto no es motivo para estimar que sean totalmente iguales. Si la esencia del líder consiste en que es el centro de la vida del colectivo socio-político, la del partido radica en que es una organiza-

ción que desempeña la función vertebral, al agrupar a las masas populares en un ente socio-político con el líder en el centro.

El partido es la agrupación de sus organizaciones nucleadas por el líder. El punto de vista y la actitud hacia el partido implican los que se tienen respecto al líder y a las organizaciones de aquél. Como la concepción del líder es considerada como una parte independiente del concepto de la revolución, el punto de vista y la actitud que se adoptan con respecto al partido coinciden, en última instancia, con los correspondientes a sus organizaciones. Es por esta razón que cuando nos referimos a la composición de ese concepto utilizamos no el término concepción del partido, sino el de concepción de la organización, junto con el de concepción del líder. La de la organización abarca no solamente el punto de vista y la actitud hacia la del partido sino también hacia todas las demás entidades sociales y políticas que bajo su dirección unen a las masas con él. La organización del partido difiere de todas éstas entidades sociales en el sentido de que es una organización política que desempeña la función vertebral en el colectivo socio-político.

Fuera de la organización nadie puede unirse estrechamente con el líder, ni gozar de la vida socio-política eterna. Por muy ricos conocimientos y talento destacado que uno tenga, si no se une a él a través de la organización no puede ser portador de la vida socio-política que da el líder. Apartarse de ella quiere decir precisamente perder esta vida. De ahí que un revolucionario auténtico considere más preciada y digna la organización que su propia vida y adopte como un principio inviolable vivir y luchar apoyándose siempre en ella.

En tiempos pasados, se destacó en muchos casos el valor de la organización relacionándolo principalmente con la necesidad de la unidad. Para hacer la revolución se precisa, desde luego, la unidad organizativa, y sólo uniéndose, se puede librar la lucha revolucionaria con vigor. En este sentido puede decirse que la fuerza de la organización es, precisamente, la de la unidad y ésta puede considerarse como fuente de la fuerza de los que hacen la revolución, como garantía de su victoria.

Para tener una profunda comprensión de lo preciada que es la organización, uno debe considerarla en relación con su vida socio-política. Sólo teniendo por matriz la organización del partido las masas populares pueden aglutinarse en un ente socio-político independiente y hacerse genuinas protagonistas de su destino. Debemos apreciarlo y respetarlo al Partido como ese centro generador de nuestra vida. Llamamos padre al Líder y madre al Partido porque esta organización nucleada por él es la matriz de nuestra vida socio-política.

Si queremos cultivar la concepción revolucionaria de la organización entre los miembros del Partido y los trabajadores debemos hacerles comprender su valor sobre la base de los principios y, al mismo tiempo, experimentarlo en carne propia a través de la vida orgánica. Todos ellos tienen que considerar más importante la organización que su propia vida y acostumbrarse a trabajar y vivir apoyándose siempre en ella y bajo su dirección y control.

La vida partidista es una actividad mediante la cual los militantes cumplen las exigencias de la vida política que tienen. Nuestra actividad en este campo es precisamente una vida orgánica e ideológica encaminada a mantener nuestra posición como protagonistas del Estado y la sociedad y cumplir con nuestra responsabilidad y papel. A través de esta vida los militantes comparten la más valiosa y digna existencia como protagonistas de la revolución.

La vida partidista puede dividirse en orgánica e ideológica.

La vida orgánica del partido es la actividad política mediante la cual sus miembros cumplen la tarea revolucionaria que él les asigna, incorporados a una de sus organizaciones y bajo la dirección y el control de ésta. Los responsables de la organización del partido son los propios miembros que la constituyen. Estos deben participar desde la posición de protagonistas en la labor por fortalecer su organización y en este proceso forjar sin descanso su partidismo y cultivar el hábito de actuar siempre de acuerdo a la voluntad y disciplina de ella, como sus militantes.

La vida ideológica del partido es la actividad política a través de la cual sus miembros se proveen de alimentos espirituales para man-

tener su existencia política y los convierten en su sangre y su carne. Sólo cuando se arman con la ideología del partido y del líder, ellos pueden identificarse con aquél en lo ideológico y mantener su existencia política. Como el hombre puede sostener su vida física sólo con la comida, así también el militante puede compartir el mismo destino, de vida o muerte, con el partido sólo cuando a través de su vida ideológica convierte constantemente en sus huesos y carne las ideas revolucionarias de éste y el líder.

La vida partidista debe realizarse en estrecha unión con el cumplimiento de las tareas revolucionarias. Unicamente quien las ejecuta con honestidad es ejemplo en la vida del partido y fiel a éste y al líder.

Si analizamos cómo ahora algunos trabajadores del Partido orientan la vida orgánica de los militantes, observamos que prestan atención, en lo principal, a cómo respetan la disciplina organizativa, cómo realizan el estudio y otras cuestiones por el estilo, mostrándose casi indiferentes a cómo cumplen sus propias tareas revolucionarias. Ellos piensan erróneamente como si eso fuera un trabajo de carácter práctico por el que deben interesarse nada más que los funcionarios administrativos y económicos. Por tal motivo, la vida partidista no lleva a los militantes a cumplir bien sus propias tareas revolucionarias e incluso se lo impide. De ahí que desde hace mucho tiempo yo venga precisando que la vida partidista de los militantes debe ligarse estrechamente con el cumplimiento de sus propias tareas revolucionarias.

Al oírnos decir esto algunos trabajadores del Partido suplantan la administración creyendo que deben hacerse cargo hasta de las labores administrativas y económicas. Esto también está reñido al principio de nuestro Partido en la orientación de la vida orgánica.

Los trabajadores del Partido deben orientar de manera eficiente esa vida de modo que todos los militantes aprecien su organización y cumplan con lealtad la tarea revolucionaria que les asigna.

Con el fin de dotarse con el concepto jucheano de la revolución hay que asumir un correcto punto de vista y actitud hacia las masas populares.

Como enseñara el gran Líder camarada Kim Il Sung, las masas populares son protagonistas de la revolución y la construcción y también tienen la fuerza que las impulsa. Por concepción revolucionaria de las masas se entiende el punto de vista y la actitud de servir a éstas considerándolas como protagonistas de la revolución y hacerla confiando y apoyándose en su inagotable fuerza.

Para implantar esta concepción revolucionaria hace falta formar el criterio de que las masas populares son protagonistas de la revolución.

Por supuesto, el partido ocupa la posición de orientarlas. Pero esto no quiere decir que es un ente situado por encima de ellas. El partido es la fuerza medular, directriz, de las propias masas populares. Es inimaginable la existencia de un partido separado de éstas.

Cuando decimos que el partido a las masas populares, esto no significa que les impone la voluntad subjetivista, sino que capta de manera científica las demandas e intereses de ellas y, sobre esta base, les orienta correctas metas de lucha y las guía a su conquista. El tiene el deber de dirigir la lucha de ellas conforme a sus demandas e intereses y ha de servirles con su satisfactorio cumplimiento. No puede haber intereses del partido apartados de los de las masas populares, y el principio supremo de su actividad consiste en luchar por realizar los de éstas.

Como el partido es el destacamento de vanguardia de las masas populares, si se pone al final no puede servirles con lealtad. Debe ayudarlas y guiarlas a que comprendan correctamente su verdadera pretensión y luchen activamente por satisfacerla. Si él las dirige, esto quiere decir, precisamente, servirles, para realizarles los verdaderos intereses.

De no tener el criterio de que las masas populares son protagonistas de la revolución, los funcionarios llegan a despreciarlas, dictarles órdenes, abusar de la autoridad del partido y practicar el burocratismo considerándose como personas especiales colocadas sobre ellas. Quien mira a las masas por encima del hombro, llega espontáneamente a creerse una persona especial. Esto es un vestigio de la ideo-

logía de las clases dominantes de la caduca sociedad que explotaban y oprimían a las masas trabajadoras. Los funcionarios deberán formarse el sólido criterio de que ellas son protagonistas de la revolución y comprender a fondo qué servirles es la tarea más honrosa y digna.

Para formar con firmeza ese criterio deben acostumbrarse, además de conocerlo a ciencia cierta en sus principios teóricos, a compenetrarse siempre con las masas y compartir con ellas las alegrías y las penas, considerando como su férrea regla realizar la revolución confiando y apoyándose en su fuerza.

Puede decirse que uno tiene formada seguramente la concepción revolucionaria de las masas sólo cuando, además de disponerse a servirles considerándolas como protagonistas de la revolución, se acostumbran a realizarla confiando y apoyándose en sus fuerzas. La victoria de la revolución depende de cómo se ponen en acción la sabiduría y la capacidad creadoras de las masas populares. Un individuo, por muy inteligente y capaz que sea, encarna en sí una parte sumamente limitada de la sabiduría y la capacidad que la humanidad ha acumulado a lo largo de su historia. Sólo aquéllas encarnan todas esas riquezas sociales y cuentan con la capacidad creadora para forjar por sí mismas su destino transformando la naturaleza, la sociedad y a los hombres. Por eso ellas son las únicas encargadas de la revolución que impulsan el movimiento de la sociedad hacia adelante. Para hacer la revolución no hay otro camino que el de apoyarse en la potencia de las masas populares. Quien no cree en ésta, desconfía también de la suya, y tal persona no reúne las condiciones del revolucionario. Con esa desconfianza se llega al servilismo a las grandes potencias y a las ideas de dependencia de las fuerzas extranjeras y se cae en el pesimismo y derrotismo.

El poderío de las masas, por muy grande que sea, no se pone en función espontáneamente. Puede demostrarse sin reserva sólo cuando ellas se concientizan en lo ideológico y se unen en lo organizativo. La fuerza de las masas concientizadas y organizadas se distingue cualitativamente y es incomparablemente mayor que la suma matemática de las fuerzas de los individuos. La invencible vitalidad del método de trabajo revolucionario creado por el gran Líder consiste en resolver todos los problemas confiando en la fortaleza de las masas y poniendo en plena acción su capacidad creadora.

Sólo con el método de estimular los intereses personales es imposible poner de pleno manifiesto el espíritu de iniciativa y de abnegación de las personas. Unicamente quien está consciente de que los intereses del colectivo son más preciados que los individuales puede luchar en alma y cuerpo, en aras de la revolución con ese elevado espíritu.

En la revolución el destino de un individuo está ligado de forma inseparable con el del colectivo, y los intereses de uno y otro están compenetrados. Pero, ella es, en todo caso, una tarea para el colectivo, las masas populares, y no para un determinado ente. Este puede ser el protagonista de la revolución y ejercer a plenitud su papel como tal sólo cuando se integre al colectivo. Los revolucionarios, únicamente esforzándose con abnegación por los intereses de éste, pueden forjar del modo más hermoso su propio destino.

La superioridad de la línea de masas de nuestro Partido consiste en que no sólo les asegura a ellas la libertad e igualdad democráticas sino que también les permite ocupar la posición de protagonistas de la revolución y la construcción y desempeñar su papel como tales. Las masas populares, en vez de estar contentas con ocupar igual posición como dueñas de la sociedad, deben cumplir con el deber y el papel que les corresponden como protagonistas de la revolución y construcción. Para esto tienen que unirse en lo organizativo e ideológico bajo la dirección del partido y luchar con una correcta estrategia y táctica. La línea de masas debe ligarse necesariamente con la dirección del partido. Al margen de ésta, las masas no pueden desarrollar su poderío como protagonistas de la revolución y la construcción, y de no apoyarse en ellas el partido no puede ejercer su dirección sobre estos procesos. He aquí precisamente la razón por la que combinar la dirección única y la línea de masas del partido constituye el principio fundamental de sus actividades.

Nuestros funcionarios dirigentes se refieren mucho a la línea de masas, pero por no tener un correcto punto de vista revolucionario de las masas y no haber asimilado el método de trabajo revolucionario del Partido, que es la materialización de esa línea, no han superado por completo el burocratismo ni logran poner de pleno manifiesto como es debido el entusiasmo revolucionario y la actividad creadora de ellas. Como consecuencia se dan incluso casos de que en vez de tenerse la convicción en la ejecución de la política partidista, se deposite esperanza en el método pragmatista, de índole individualista, que no tiene nada que ver con el método de trabajo revolucionario de nuestro Partido. Partiendo de un correcto punto de vista revolucionario de masas debemos hacer tesoneros esfuerzos para que ellos asimilen este método.

Para hacer de las concepciones revolucionarias del líder, de la organización y de las masas la fe inspirada en la conciencia revolucionaria, es indispensable combinarlas con la concepción revolucionaria de la moral.

La moral es la norma de acción social que debe ser observada no por imposición o control exterior sino de modo voluntario, según dicte la conciencia. El concepto revolucionario de la moral es el punto de vista y la actitud en cuanto a la norma de acción de los hombres, basada en la conciencia revolucionaria. Esta es la conciencia social que valora más la vida del colectivo socio-político que la de un individuo y más los intereses del partido, del pueblo y de la revolución que los personales. Los que hacen la revolución se sienten orgullosos cuando actúan de acuerdo con los intereses de ésta, pero, en caso contrario, sienten remordimiento aunque nadie lo sepa.

Mantenerse fiel al líder, al partido y a las masas constituye el deber infrangible de quienes hacen la revolución partiendo de sus intereses fundamentales. Violarlo significa, en última instancia, traicionar la revolución, lo que es imperdonable desde el punto de vista de la disciplina revolucionaria. Dado que las relaciones entre el líder, el partido y las masas unidos como un ente socio-político que comparte un mismo destino, están sustentadas en el amor camaraderil y

la obligación moral, ser fieles a ellos viene a ser también el deber ético que los revolucionarios deben observar sin falta. La fidelidad al líder, el partido y las masas ha de ser garantizada por la moral inspirada en la conciencia revolucionaria, y sólo entonces puede ser verdaderamente inconmovible y sincera.

En el pasado, cuando nuestro pueblo, esclavo colonial del imperialismo japonés, fue objeto de todo tipo de maltratos y opresión y estaba a punto de perder hasta el espíritu nacional, el gran Líder, camarada Kim Il Sung concibió la inmortal idea Juche, le cultivó el espíritu de la independencia nacional y lo condujo a la sagrada lucha revolucionaria. El es el benefactor del renacimiento de nuestra nación y generoso padre que le dio la más preciada vida socio-política y la más dichosa y digna existencia. Realzarlo con lealtad viene a ser una obligación moral a cumplir por todos los nacidos en Corea.

En la práctica hemos comprobado palpablemente que como el Líder encarna en sí, del modo más ideal, la exigencia y los intereses de las masas populares, actuar acorde con su ideología y voluntad es comportarse de la forma más consciente y ética. De ahí que digamos que la lealtad hacia el Líder es la máxima manifestación de la moral comunista.

Debemos enaltecer al Líder con la inmaculada conciencia y no por alguna imposición u obligación, respetar la organización partidista, observar de modo consciente la disciplina orgánica, amar sinceramente a las masas populares y servirles con abnegación.

La ética revolucionaria basada en la obligación moral y la camaradería debe materializarse no sólo en la fidelidad hacia el líder, el partido y las masas sino también en todas las esferas de la vida social.

Originalmente la moral apareció como la norma de acción universal que todos los integrantes de la sociedad debían observar a conciencia. Pero a medida que los intereses de los hombres se contraponían por motivos clasistas también ésta fue revistiendo el mismo carácter. En la sociedad explotadora no se puede pensar en ninguna moral universal marginada de los intereses de clases.

En la sociedad socialista, donde los protagonistas son las masas del pueblo trabajador, la moral reviste el carácter de la clase obrera. Pero, como ésta lucha por abolir las clases y levantar una sociedad sin ellas, sus intereses concuerdan con los de toda la sociedad. La moral que refleja los intereses de la clase obrera tiene significado general por conformarse con los de las demás masas populares.

La moral comunista, la de la clase obrera, es la más progresista y superior, ya que hereda todo lo racional de las éticas que han venido existiendo a lo largo de la historia, y lo desarrolla en conveniencia a la naturaleza social del ser humano. Ella es de carácter universal en el sentido más amplio que debe observar cualquiera que defiende la independencia y el espíritu creador, naturalezas sociales del ser humano.

En la sociedad socialista donde está materializada la ideología de la clase obrera, los hombres están unidos en un ente socio-político que comparte un mismo destino, aunque al mismo tiempo ocupan posiciones iguales como protagonistas del Estado y de la sociedad. El que la gente observe de modo consciente la ética comunista, basada en la obligación moral y la camaradería revolucionarias, es lógico y natural que corresponde al requisito esencial del régimen socialista.

Si la moral comunista aún no se ha implantado globalmente en la sociedad socialista, está relacionado principalmente con la persistencia de los residuos de la caduca sociedad. En el futuro, a medida que se vaya logrando la victoria total del socialismo y se acerque la fase superior del comunismo, se estrechará paulatinamente la esfera de la vida social controlada por el poder y se ensanchará más la dominada por la moral comunista. Desde esta óptica puede decirse que el proceso de la construcción del socialismo y el comunismo es el curso de la disminución gradual de la acción del poder y la ampliación ininterrumpida de la acción de la moral en la vida social.

Por lógica el partido de la clase obrera debe desarrollar en forma global la moral comunista en conformidad con los requisitos legítimos del desarrollo de la sociedad e intensificar la educación en ella.

Pero por el momento esta tarea educativa no se lleva a cabo como

es debido, de acuerdo con los requerimientos de la realidad en desarrollo. Nuestros funcionarios realizan bastante la educación en la moral comunista en relación con la lealtad hacia la revolución, pero prestan poca atención para vincularla con la vida cotidiana. La educación en la moral comunista debe enfocarse en imbuir la lealtad hacia el partido y la revolución, pero esto no basta para hacerla regir plenamente en todas las esferas de la vida social ni para fomentar sobre una sólida base ética esa misma lealtad.

La moral comunista se divide, a grandes rasgos, en dos partes: una que ha de ser observada en las relaciones entre el colectivo y el individuo, y otra en las interpersonales.

Las relaciones del colectivo y el individuo se expresan en las existentes entre el líder, el partido, las masas y las individualidades.

Huelga decir que las masas populares forman el colectivo, pero lo representan también el líder que es su centro y el partido que es su columna vertebral. Como las riquezas de la sociedad pertenecen al colectivo hay que considerar las relaciones que existen entre los bienes comunes del Estado y de la sociedad y los individuos como las que imperan entre el colectivo y éstos últimos, y, a la larga, como tales también las de la patria, que abarca los hombres, los bienes, el territorio, en fin todo lo que hay, y los individuos.

El colectivo y el individuo que le pertenece comparten el mismo destino y, por tanto, entre ellos rige el principio ético, el de obligación moral revolucionaria basada en la camaradería. El principio colectivista de "¡Uno para todos y todos para uno!" refleja esta relación de moral comunista. Pero esto no significa que los intereses del colectivo y los del individuo sean idénticos. Como el individuo no puede sobrevivir separado del colectivo es obvio que los intereses de éste sean más valiosos que los de aquél. En sus relaciones con el colectivo el individuo debe considerar como una obligación ineludible apreciar más los intereses de éste que los suyos y servirle con abnegación.

También entre las propias individualidades que forman parte del colectivo socio-político, rige el principio de obligación moral revolucionaria inspirada en la camaradería, pero sus relaciones, a diferencia

de las existentes entre el colectivo y el individuo, son iguales y por eso no surge el problema de quién tiene intereses más preciados. Dentro del colectivo todos tienen que considerar como su obligación moral amarse y ayudarse unos a otros con camaradería, disfrutando de iguales derechos.

Originalmente el afecto camaraderil tiene como su premisa considerar al otro como un ser soberano y reconocer su independencia. Entre el dominante y el dominado no puede regir este sentimiento. Puede existir sólo entre los componentes del colectivo socio-político que comparten el mismo destino. El amor camaraderil ha de manifestarse en el respeto y la ayuda abnegada recíprocos. Si uno ama a otro como un medio para realizar su ambición egoísta, tal sentimiento no puede calificarse como auténtico afecto camaraderil.

Dentro del colectivo socio-político en que se comparte un mismo destino las relaciones de los hombres son independientes, completamente iguales, y, al mismo tiempo, sustentadas en el amor camaraderil consistente en ayudarse con abnegación unos a otros. La moral comunista que refleja la exigencia y los intereses del colectivo socio-político debe contribuir lógicamente a poner de pleno manifiesto la independencia de los hombres particulares y a consolidar la unidad y cohesión del colectivo. La sociedad comunista en que está materializada del modo excelente una moral tal es la sociedad más justa y la más armoniosa y unida sobre la base de la camaradería.

Las cualidades morales del hombre de tipo comunista correspondiente a las características de su sociedad tienen, a grandes rasgos, dos aspectos. Quien posee esas cualidades es, ante todo, el hombre más justiciero, es decir, hombre imparcial y honesto que sabe odiar toda forma de actos injustos que violan la dignidad y los derechos del ser humano y tratar los problemas de modo equitativo y desinteresado. Además es el más popular y abnegado que sabe apreciar y amar al ser humano y servirle de corazón.

El gran Líder enseñó que como lo más preciado en el mundo es el hombre, respetarlo y amarlo es la más importante cualidad moral del revolucionario comunista.

No obstante, algunos de nuestros funcionarios, por no poseer todavía las cualidades morales comunistas, no cuidan ni aman de corazón al hombre, y no dejan de despreciar la personalidad de otros y de violar sus derechos independientes. Hay casos en que algunos, abusando de su autoridad, tratan de imponerse a otros, mientras existen quienes pretenden realizar su objetivo egoísta por medios injustos, sacrificando los intereses ajenos. Todos estos fenómenos son legados de la vieja sociedad, intolerables en la nuestra. Pese a esto, algunos funcionarios los menosprecian considerando que no contrarrestan gravemente los intereses fundamentales de la revolución. Quien desprecia la personalidad del hombre y no sabe amarlo no puede ser fiel a la causa revolucionaria de las masas populares. El que engaña a su camarada puede hacerlo con el partido y el líder y el que sacrifica a otro en beneficio de sí mismo, puede infringir los intereses de la revolución.

La moral comunista debe respetarse por cada persona en sus relaciones con los camaradas, en su vida familiar y en su convivencia social.

Lo importante en las relaciones camaraderiles es cumplir con honestidad la obligación moral revolucionaria.

El gran Líder enseñó que la revolución debe comenzar por ganar a los camaradas, afirmando que éstos no pueden cambiarse por nada en el mundo.

Los camaradas de la revolución son inapreciables compañeros de arma e íntimos hermanos que con una vida común, la socio-política, comparten la vida y la muerte, las alegrías y las penas en aras de su causa. Los revolucionarios se sienten muy felices cuando encuentran compañeros genuinos y más dolidos que nunca cuando los pierden. Puede considerarse como su rasgo moral elemental apreciarse y amarse entre sí. Quien no lo hace con sinceridad ni los atiende honestamente no puede ser fiel ni al partido ni a la revolución. Conocer si uno sabe o no cumplir cotidianamente con su obligación moral revolucionaria para con sus compañeros viene a ser el primer proceso para diagnosticar y evaluar de modo justo su fidelidad al partido y a la revolución.

El amor camaraderil ha de ser fervoroso y sincero, y a la vez basarse en los principios. Quien, bajo el pretexto de amar al compañero, finge no ver sus errores y no se esfuerza en ayudarle a corregirlos, no tiene un sincero sentimiento de afecto ni sentido de obligación moral con respecto a él. Tampoco es correcta la actitud de quien, con el pretexto de observar los principios, trate con frialdad a los camaradas y busque sólo sus defectos. Tenemos que poseer una ardiente hermandad, la de confiar en los camaradas, amarlos de corazón y compartir con ellos las penas y alegrías, y al mismo tiempo tratarlos con principio teniendo como regla la fidelidad al Partido y el Líder.

También en las relaciones entre jefe y subordinado deben materializarse el amor camaraderil y la obligación moral revolucionaria. En nuestra sociedad estas relaciones no son en absoluto las que existen entre los que mandan y los que son mandados, sino las de camaradas que por igual cumplen deberes revolucionarios. Los subalternos deben respetar y ayudar a los superiores considerándolos como valiosos compañeros que cumplen deberes más importantes, y éstos, por su parte, con más alto sentido de responsabilidad, atender cordialmente y orientar a aquéllos.

En nuestra sociedad la familia constituye la unidad base. Sólo cuando en ella reine un ambiente sano y de dicha la vida social en su conjunto puede resultar alegre y animada.

Las relaciones familiares se basan en los lazos consanguíneos, peculiaridad que las distingue de otras relaciones sociales. Pero, como forman parte de éstas, entre los miembros de la familia accionan los principios de la moral que rigen toda sociedad respectiva. Es nuestro deber tener en estima los afectos carnales que nacen en el curso de la existencia familiar entre esposos, entre padres e hijos y entre hermanos, y procurar que éstos se conviertan en un genuino amor camaraderil.

Hay personas que consideran a los revolucionarios comunistas como si fueran personas carentes de sentimientos humanos, que piensan sólo en la revolución despreciando a la familia, pero están equivocadas. Es una moral elemental del hombre amar y respetar a sus padres que le dieron vida y crianza. Quien no tiene cariño a sus padres, esposa e hijos, seres más cercanos, no es capaz de amar ni la patria ni el pueblo.

No obstante, no se debe absolutizar este cariño entre los familiares. Como la vida socio-política es más preciada que la física y las relaciones camaraderiles más importantes que las de parentesco, el amor entre los familiares debe subordinarse, en todo caso, al camaraderil. Los que hacen la revolución, a la vez que aman ardorosamente a sus familiares, tienen que ayudarles de modo activo, como a sus compañeros, a ser leales a esta empresa.

Respetar la moral en el amor entre el hombre y la mujer tiene suma importancia para implantar un ambiente sano de convivencia familiar y social. Las relaciones entre ellos deben fundamentarse sobre un amor genuino y ser las de camaradas que recíprocamente respeten la personalidad de cada uno, confíen y ayuden de corazón.

En la convivencia social se debe respetar a conciencia la moral comunista.

Lo importante en ella es la actividad laboral. Participar en ella con actitud honesta es un sagrado deber moral del ente social. Quien no participa sinceramente en el trabajo no reúne en sí la cualidad de protagonista de la sociedad ni puede disfrutar de una existencia digna como un ser creador. Todos los trabajadores deben amar su labor y realizarla con honestidad, con la actitud de responder por su resultado ante la sociedad, sin importarles que sean estimados o no por otros.

Todos los miembros de la comunidad no sólo deben participar con sinceridad en el trabajo sino también apreciar y amar las creaciones de éste. Esto constituye una expresión de la fidelidad al colectivo social y, al mismo tiempo, una actitud correcta hacia el trabajo y a los que lo realizan.

Nos compete prestar atención también a implantar un ambiente social en que todos respeten a conciencia las normas de cortesía y

ayuden con amabilidad a los ancianos, niños, madres con bebés y minusválidos.

Para hacer de la concepción jucheana de la revolución una fe inconmovible es preciso convertirla en un concepto de la vida.

El concepto de la vida puede dividirse, a grandes rasgos, en el individualista y el colectivista. Si el primero tiene por finalidad suprema la comodidad y el placer del individuo, el segundo entrelaza el destino de éste con el del colectivo y tiende a encontrar el verdadero valor de la existencia y la felicidad en la lucha por éste. Según el primero no hay cosa más valiosa que la vida del individuo y con el fin de ésta termina su existencia. En contraste, según el segundo, la vida del colectivo es más valiosa que la del individuo y la existencia humana no concluye con el término de aquélla, sino que sigue permaneciendo eternamente, junto con el colectivo.

Hacemos la revolución no sólo para nosotros mismos y nuestra generación sino también para la posteridad y, más adelante, para el porvenir de la humanidad. Si alguien muere luego de haber vivido sólo para su bien, no quedará nada de él y se puede considerar que esa existencia no tiene valor alguno, ningún sentido. Para que la vida de uno sea digna tiene que hacer algún aporte al colectivo de vida eterna y dejarle algo. Si en el pasado los combatientes revolucionarios antijaponeses lucharon sin doblegarse, alimentándose con las raíces de las hierbas y las cortezas de los árboles y durmiendo a la intemperie, no fue porque ignoraban que era bueno vivir cómodamente sino porque estaban conscientes de que batallar, aunque se viviera un instante, en aras de la Patria y el pueblo era el camino de una existencia digna y significativa.

Nuestra generación no puede existir sin la anterior y sin la nuestra no podrá nacer la siguiente. Nos compete el sagrado deber de preparar un excelente porvenir no sólo para nosotros mismos y la actual generación sino también para las posteriores.

Los seres humanos están entrelazados por un mismo destino. Tenemos que esforzarnos no sólo para nuestro pueblo sino también para la prosperidad común de la humanidad. Hemos de oponernos al

egoísmo nacional tanto como al individualista. Los que hacen la revolución deben ser fieles por igual, como es natural, al deber nacional de ésta y al internacional.

Hoy nuestro pueblo está luchando por la construcción socialista y la reunificación de la Patria, así como por la salvaguardia de la paz y la avanzada oriental del socialismo en las condiciones de la división del país y en el estado de enfrentamiento directo con el imperialismo yanqui, cabecilla de la reacción mundial. Nuestra lucha es para el bien de la nación y, al mismo tiempo, una contienda sagrada para la seguridad y prosperidad comunes de la humanidad. Es dura, pero honrosa y digna en la misma medida. La historia muestra que las proezas de los que combatieron con abnegación para su pueblo y el porvenir de la humanidad se recuerdan eternamente y cobran mayor luz con el paso del tiempo. Ser leal a su pueblo y a la humanidad es el camino de vivir de manera más fiel para sí mismo.

Guardando como inconmovible fe el que el camino de vivir de modo más brillante está en ser fieles al Líder, al Partido y a las masas, debemos hacer de la concepción de la revolución la de la vida.

El establecimiento de una correcta concepción de la revolución es un trabajo muy importante para fortalecer el sujeto de ésta y así llevar hasta la culminación, generación tras generación, la causa revolucionaria del Juche.

Llevando a cabo con eficiencia la tarea de establecer la concepción jucheana de la revolución debemos preparar a los militantes del Partido y a los trabajadores como verdaderos revolucionarios comunistas que la tengan formada sólidamente.

LA EPOCA ACTUAL Y LAS TAREAS DE LA JUVENTUD

Conversación con los cuadros responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea
12 de octubre de 1988

Es de gran trascendencia que el próximo año se celebre en Pyongyang el XIII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. El encuentro en nuestro país, Patria de la independencia, de los delegados de los jóvenes y estudiantes progresistas de los cinco continentes del mundo para fortalecer su amistad y solidaridad internacionales y reafirmar la decisión de luchar juntos en aras de la causa común, constituirá no sólo un suceso de profundo significado para el desarrollo del movimiento juvenil mundial, sino también una fehaciente manifestación de la solidaridad internacional con nuestra revolución.

El Festival será un marco propicio para que los jóvenes y estudiantes de nuestro país, educados y formados por el Partido, demuestren su elevado espíritu revolucionario y sus virtudes espirituales y morales. Para su celebración es necesario ejecutar de forma satisfactoria los preparativos materiales, pero más importante aún es realizar bien los político-ideológicos.

Con motivo del próximo Festival de Pyongyang debemos prestar una gran atención a reforzar el trabajo con los jóvenes y estudiantes e impulsar el movimiento juvenil conforme a las exigencias de la época actual.

Los jóvenes, preciadas flores de la nación y protagonistas del futuro, constituyen el más vigoroso destacamento de la sociedad. Puede decirse que la prosperidad de la nación y el futuro de la humanidad dependen de cómo se les prepara y se eleva su papel.

La historia testimonia que los jóvenes estuvieron siempre a la vanguardia y desempeñaron un papel importante en allanarle el camino a la época.

Fueron ellos los que en nuestro país cumplieron el papel de vanguardia para dar inicio a la causa revolucionaria del Juche. En la tierna edad de poco más de diez años el gran Líder, camarada Kim Il Sung, tomó el camino de la revolución con el gran propósito de salvar el destino de la nación y abrió una nueva senda para la revolución coreana rompiendo con audacia con la vieja corriente ideológica de apoyarse en las fuerzas extranjeras. En su juventud él concibió la inmortal idea Juche y organizó y dirigió victoriosamente la Lucha Armada Antijaponesa, adquiriendo así la fama como la estrella salvadora de la nación y como héroe legendario. También otros combatientes antijaponeses que, siguiéndolo, lucharon con heroísmo por la restauración de la Patria fueron en su mayoría jóvenes de diez a veintitantos años. Podemos decir que nuestra revolución comenzó a echar raíces a partir del movimiento juvenil en el sentido de que se inició bajo la dirección del gran Líder, entonces un General joven, y gracias a la sangrienta lucha de los jóvenes combatientes.

También en las historias de otros países sobran pruebas de que la juventud puede realizar grandes obras en la creación de lo nuevo y el progreso social. La cuestión radica en orientarla a que se movilice activamente en la lucha, bien consciente de su misión asumida ante la época y la historia.

Los jóvenes de hoy viven una era de cambios de gran trascendencia en el desarrollo de la historia de la humanidad.

Las masas populares, que durante milenios eran sólo el objeto de la historia, cumplen hoy el papel principal en su desarrollo, manteniéndose con firmeza en el centro de la época. Hoy día, la humanidad encara una demanda madura de la época: erradicar definitivamente el

viejo orden de la dominación y el sometimiento, de la explotación y el saqueo y construir un mundo nuevo, independiente, en el que todas las naciones vivan libre y pacíficamente. Esto significa que los seres humanos han entrado en una nueva fase histórica en su lucha por la independencia.

Pero en la actualidad la causa de la humanidad por la independencia enfrenta el serio desafío de los imperialistas que tratan de dar marcha atrás a la principal corriente de la época. Estos, conspirando y confabulándose unos con otros, se oponen en alianza a las fuerzas proindependencia del mundo y maniobran de modo más taimado y avieso para desintegrar el socialismo, la fuerza medular antimperialista y proindependencia, e intensificar su dominación y saqueo en los países en vías de desarrollo.

Aunque vociferan a favor de la "paz" y el "desarme", aumentan en realidad los armamentos y aceleran los preparativos de una guerra nuclear, y detrás de las cortinas de la "distensión" y del "diálogo", perpetran sin el menor reparo las intervenciones en otros países y los complots de desestabilización. La "ayuda" y la "cooperación" que ellos pregonan no pasan de ser rótulos vistosos para reforzar su dominación y saqueo en los países en vías de desarrollo apoyándose en el viejo orden sustentado en la ley de la selva.

La astucia y la crueldad del imperialismo contemporáneo se expresan en forma concentrada en sus maquinaciones encaminadas a convertir a los jóvenes de la nueva generación en inválidos espirituales divulgando entre ellos la corrupta cultura y modo de vida burgueses. Para el hombre la deformación espiritual entraña una desgracia mayor que la deformación física, y un inválido espiritual que tiene paralizada su conciencia de independencia no difiere a un muerto como ser social. El barbarismo de los imperialistas que despojan a los jóvenes de sus nobles y hermosas cualidades y vitalidad y convierten en inválidos espirituales a cientos de millones de ellos, de futuros prometedores, constituye un crimen más abominable que el cometido en el pasado por las hordas fascistas que los inmolaron en las guerras agresivas.

Los imperialistas contemporáneos son precisamente enemigos comunes de los pueblos progresistas del orbe que luchan por la independencia, la paz y el progreso social, y los principales blancos de lucha que los jóvenes de la época de la independencia deben combatir unidos por encima de las diferencias de ideología y religión, de nacionalidad y raza. Los jóvenes de nuestra época tienen que conocer claramente la verdadera faz del imperialismo contemporáneo astuto y vil como un viejo lobo, y alzarse con valentía en la lucha contra él para salvar el destino de la humanidad y proteger su preciada juventud de sus garras.

Tienen que luchar contra toda forma de colonialismo y racismo y por establecer un equitativo orden internacional político-económico. Han de librar una batalla enérgica para salvaguardar la paz y la seguridad en el orbe dando al traste con las maquinaciones de agresión y guerra de los imperialistas y para desarrollar una ideología y cultura sanas, acordes a la aspiración de los pueblos a la independencia, rechazando las decadentes.

Los jóvenes de nuestra época deben cumplir con la honrosa responsabilidad asumida ante la historia y la humanidad al consagrarse a la causa del antimperialismo y de la independencia, y precisamente en esto deben buscar el auténtico valor de su vida y hacerla más brillante.

En la existencia de una persona es muy importante cómo pasa su juventud. Para vivir correctamente debe adquirir una justa concepción del mundo en esa etapa, y para alcanzar relevantes éxitos en su existencia, consagrar su fuerza y pasión juveniles a la causa común por la sociedad y la colectividad.

El hombre como ente social puede vivir y desarrollarse sólo en el seno de la colectividad social. La vida de un individuo es una parte de la existencia de las masas populares y está ligada a otra mayor que es la de toda la humanidad. Si uno persigue sólo su satisfacción personal haciendo caso omiso del destino de la sociedad y la colectividad, será rechazado por éstas, y semejante persona parecerá a una hoja desvinculada de la raíz y la rama.

El valor de la vida del hombre se determina según el aporte que brinda a la sociedad y el colectivo. Si no ofrece nada para su desarrollo aquélla no tendrá valor, resultará vana, aunque su deseo personal quede satisfecho a plenitud. En el mundo no son pocas las personas que vivieron de manera cómoda vistiendo y comiendo bien gracias a haber acumulado muchas riquezas, pero no han legado nada a la historia por no haber hecho ningún aporte a la sociedad. En contraste con esto, los que consagraron todo su ser en aras del desarrollo de la nación y el progreso de la humanidad, valorando el destino del colectivo y compartiendo con él las penas y las alegrías, disfrutan del respeto y el cariño, generación tras generación, y sus nombres quedan inscritos eternamente en la historia.

Cuando decimos que uno debe abnegarse en aras de la sociedad y el colectivo, esto no significa, de ninguna manera, que desprecie su exigencia e interés personales. Una felicidad auténtica y una vida digna pueden lograrse sólo cuando éstos se identifican con los comunes de la sociedad. Si uno es fiel a ésta y al colectivo, esto quiere decir que lo es en la misma medida a sí mismo. Si los jóvenes se aprecian de veras a sí mismo y desean ver florecer su esperanza, deben prepararse como entes más poderosos tanto en lo espiritual como en lo físico y luchar con abnegación por la causa común de la sociedad.

Los jóvenes coreanos nacidos en la Patria del Juche asumen una responsabilidad muy grande ante la época actual.

Hoy nuestro pueblo defiende la paz y la avanzada oriental del socialismo, enfrentado de forma directa al imperialismo norteamericano, cabecilla del imperialismo mundial, y combate para lograr la completa soberanía nacional y allanar el camino hacia el socialismo y el comunismo, el porvenir de la humanidad. Nuestro país es un campo de aguda confrontación entre el progreso y la reacción en todas las esferas de la política, la economía y la cultura, y la lucha de nuestro pueblo refleja del modo más sintético la característica principal de la corriente de la época de la independencia. De ahí que el exitoso avance de la revolución y la construcción en nuestro país ejerza

una gran influencia sobre la batalla de los pueblos progresistas del mundo. Si nuestro pueblo y juventud mantienen con firmeza los principios revolucionarios y llevan a la victoria la revolución y la construcción, darán a otras naciones y jóvenes progresistas del orbe magníficos ejemplos de la lucha antimperialista y la creación de una nueva sociedad y les infundirán la convicción de que pueden forjar su destino con su propia fuerza en cualquier condición por desfavorable que sea.

En la actualidad los jóvenes coreanos encaran la sagrada tarea de heredar y llevar adelante, generación tras generación, bajo el liderazgo del Partido, la causa revolucionaria del Juche iniciada y conducida por el gran Líder, camarada Kim Il Sung. Ellos constituyen un destacamento de combate, digno de confianza, de nuestro Partido, destinado a llevar sobre sus hombros la construcción socialista en la parte Norte de la República y la causa de la reunificación de la Patria.

El socialismo es la causa histórica más noble para realizar las aspiraciones de las masas populares a liberarse de toda clase de dominación y sometimiento, explotación y opresión, y a vivir felices con independencia. Hasta la fecha, nuestro pueblo, bajo la dirección del gran Líder, ha recorrido triunfante el difícil y complejo camino de lucha por el socialismo y hoy ha ascendido a una fase superior desde donde contempla con seguridad su victoria total.

Si nuestros jóvenes desean llevar a cabo, hasta el fin, esta obra, deben comprender con claridad la superioridad esencial de la sociedad socialista sobre la capitalista.

Aunque hoy los imperialistas se empecinan en embellecer al capitalismo y difamar al socialismo, la sociedad capitalista es, en todos los casos, explotadora, gobernada por la clase capitalista, y precisamente la socialista es una sociedad auténticamente popular donde las masas viven por igual con dignidad como dueñas del Estado y de la sociedad. Esto es una realidad que no puede ser negada por nadie. La superioridad esencial del socialismo sobre el capitalismo radica en que el primero responde plenamente a la demanda intrínseca del ser

social, de vivir y progresar con igualdad y de manera independiente y creadora.

La capitalista no es de ninguna manera una sociedad rica y feliz como la pintan los imperialistas; en ella los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres. Cuanto más bienes materiales se producen en ella, tanto más se agrava la desigualdad en la vida material, y mientras los ricos derrochan desmedidamente colosales cantidades de riquezas en su vida lujosa, depravada y libertina sin ningún valor ni sentido, los pobres llevan una existencia trágica debajo del límite del hambre. En dicha sociedad muchas personas se ven obligadas a llevar una existencia inhumana para ganarse el sustento, o sea, a vender incluso su propia dignidad y conciencia. A fin de cuentas, en ella ni los ricos ni los pobres pueden convertirse en auténticos artífices de una vida material sana.

La sociedad capitalista es muy pobre también en cuanto a la vida ideológica y cultural. Debido a la acción corrosiva de la ideología y cultura burguesas reaccionarias, se paraliza la conciencia de independencia de las personas y éstas se corrompen y degeneran en lo ideológico y cultural. Por ejemplo, en los llamados países capitalistas más desarrollados se incrementa cada día más el número de analfabetos e inválidos espirituales e innumerables personas van convirtiéndose en hombres viles que persiguen sólo comodidades y placeres momentáneos sin ningún ideal ni esperanza.

Los imperialistas pregonan que la sociedad capitalista es un "reino de la libertad" y que ésta se les asegura a las personas en todos los aspectos, pero eso es una cínica mentira. En esa sociedad donde la clase capitalista lo domina todo y las masas populares no llevan una vida política independiente, no puede existir una auténtica libertad. Su libertad es la de perseguir sólo los intereses personales ignorando los comunes de la sociedad, y que gozan únicamente las personas adineradas.

Actualmente, en la sociedad capitalista se acrecienta el número de desempleados y arruinados, de alcohólicos y drogadictos, y proliferan males sociales como el asesinato y el bandolerismo, debido a lo

cual las personas sienten cada día mayor inquietud y desesperación. En una palabra, la capitalista es una sociedad corrupta y enferma, sin perspectiva, al borde de la ruina.

En contraste con esto, la socialista es una sociedad sana y dinámica en que palpita la vida creadora de las personas, una sociedad llena de esperanza que avanza sin cesar hacia un radiante porvenir. En ella, que tiene por dueñas a las masas populares, todos pueden gozar de una vida material sana, una vida ideológica y cultural multifacética y una vida política independiente.

En nuestro país nadie siente preocupación por la comida, ropa y vivienda; todos viven bien por igual, sin diferencias de riqueza y pobreza. Gracias a los beneficios de la educación y asistencia médica gratuitas, el pueblo entero puede estudiar durante toda su existencia y según sus deseos, progresar en iguales condiciones y gozar de buena salud y longevidad. Disfruta a plenitud del arte y literatura socialistas que florecen y se desarrollan y vive con orgullo, guiado por la ideología más avanzada y mirando el porvenir. Aquí no hay personas harapientas y hambrientas, ni desempleados, ni alcohólicos, ni drogadictos, ni tampoco males sociales que causen temores y penas a la vida de la población. En nuestra sociedad donde las riquezas creadas por el pueblo se destinan en su totalidad al fomento de su propio bienestar, la vida material y cultural mejora cada vez más, a la medida del crecimiento de su capacidad creadora.

La superioridad del socialismo se manifiesta del modo más palpable en las actividades políticas del pueblo. En nuestra sociedad, donde éste es protagonista de la política, cualquiera goza de igualdad de derechos y libertad en este aspecto y participa como dueño en las actividades del Estado. Además, todas las personas militan en determinadas organizaciones políticas, y para el pueblo las actividades de este tipo constituyen la más importante parte de su existencia y una exigencia cotidiana de ésta. Aquí todo el pueblo está monolíticamente unido como un solo hombre sobre la base del sentido de obligación moral y camaradería revolucionarios, y lucha y avanza hombro con hombro, ayudándose y guiándose según el principio de "uno

para todos y todos para uno". Este es el mayor orgullo que tenemos de nuestra sociedad, inimaginable en la capitalista, y precisamente aquí radica la fuente de la infinita felicidad e invencible fuerza de nuestro pueblo.

La nueva y dichosa vida socialista de que hoy disfrutan nuestros jóvenes la preparó la generación anterior en su juventud al precio de su sudor y sangre, y es el resultado de haber cumplido ella con su deber histórico de modo magnífico. Nuestros jóvenes no deben olvidar esto, y tienen que realizar con responsabilidad la misión histórica que asumen siguiendo el ejemplo de aquellos que les antecedieron. Al luchar con elevado orgullo y dignidad por el socialismo defenderán y salvaguardarán con firmeza la bandera de éste de toda clase de intrigas y desafíos imperialistas y demostrarán de modo más patente su decisiva superioridad.

Para cumplir su responsabilidad como continuadores de la revolución deben pertrecharse con firmeza con la idea Juche de nuestro Partido y manifestar a plenitud la lealtad y el espíritu revolucionario en la ejecución de las tareas asumidas.

La idea Juche es una doctrina revolucionaria científica que por primera vez en la historia sitúa al hombre en la posición de dueño del mundo y dilucida el correcto camino de la realización de la independencia de las masas populares que son el sujeto de la historia. Constituye la más acertada guía de acción en la lucha por alcanzar la independencia, y la idea directiva que las personas de la época de la independencia tienen que conocer necesariamente. Sólo cuando los jóvenes estén armados sólidamente con la idea Juche podrán continuar hasta el fin la revolución, venciendo dificultades y pruebas, con alta conciencia de ser sus protagonistas e inconmovible fe en su victoria.

A nuestra juventud le compete hacer de ella una firme convicción y pensar y actuar según sus exigencias.

Para forjar su destino de manera independiente y creadora las masas populares deben agruparse como un ente socio-político que tenga en su centro al Partido y al Líder y ser fieles a la dirección de éstos. La experiencia histórica de nuestra revolución muestra que la

llave de todas las victorias está en que el pueblo entero luche unido con una sola idea en torno al Partido y al Líder.

En el tenebroso tiempo de la dominación del imperialismo japonés los jóvenes patriotas de Corea que estaban desorientados por no encontrar un camino correcto de la lucha, pudieron formarse como verdaderos revolucionarios y desempeñar el papel de vanguardias en allanar el camino de la revolución al aglutinarse alrededor del gran Líder, camarada Kim Il Sung, y recibir su dirección. Para los jóvenes comunistas que lucharon bajo su guía él no fue solo el Líder de la revolución sino también su entrañable camarada y bienhechor que les ofreció la preciosa vida de revolucionario y los guió de la mano a hacerla brillar. Por esta razón, su absoluta lealtad al estimado camarada Kim Il Sung fue la más pura y firme basada en la convicción y el sentido de obligación moral revolucionarios.

Los jóvenes de hoy representan una nueva generación que nacida en el seno de la Patria socialista se ha desarrollado disfrutando a plenitud de una vida feliz. Nuestro Partido confía en ellos firmemente y los valora en grado sumo como continuadores de la revolución, y no escatima nada para ellos.

Les corresponde apoyar con lealtad la dirección del Partido y el Líder y cumplir con su obligación moral y tarea de soldados de la revolución siguiendo el ejemplo de los antecesores. Con la firme disposición de compartir la vida y la muerte con nuestro Partido tienen que apoyarlo y defenderlo de modo resuelto, y servirle en todo momento y lugar como su destacamento de guardia y su brigada de a vida o muerte.

La fidelidad al Partido y al Líder debe manifestarse en los esfuerzos prácticos por la materialización de sus lineamientos y políticas. Estos constituyen la estrategia y las tácticas para alcanzar la causa revolucionaria jucheana, y las tareas revolucionarias que competen al propio pueblo y juventud. Todos los lineamientos y políticas de nuestro Partido encarnan en sí el cálido amor y atención hacia el pueblo y reflejan la plena expectativa y confianza en que éste los aceptaría como suyos propios y los cumpliría de modo infalible. Los jóve-

nes deben aceptar la política del Partido no sólo como una obligación sino también como motivo de gran júbilo y honor, y al demostrar en grado sumo la lealtad y abnegación en su ejecución responderán a la expectativa y confianza del Partido.

La juventud debe jugar el papel de vanguardia en la realización de las tres revoluciones: la ideológica, la técnica y la cultural. Tomará la delantera en las difíciles y duras tareas de la construcción socialista y cumplirá con responsabilidad los deberes revolucionarios correspondientes a sus cargos. Todos nuestros jóvenes, incorporándose valerosamente a los entusiasmados campos de batalla por la construcción socialista, tienen que realizar proezas y convertirse en héroes.

El socialismo no triunfa por sí solo sino, únicamente, a costa de los tesoneros esfuerzos de las masas populares. Cuando es preciso esforzarse de modo ingente y sufrir repetidos reveses para lograr el éxito en la construcción de una nueva máquina, está de más decir que no se alcanza con facilidad, sin dificultad ni reveses, la histórica causa de erradicar los rezagos del milenario régimen explotador y la sociedad caduca y de construir otra nueva para el pueblo.

Quien teme a las dificultades y pruebas no puede convertirse en revolucionario. Para ser un revolucionario de inflexible voluntad de lucha, tiene que forjarse desde la época juvenil en el fragor de las difíciles luchas. Lo confirma el proverbio: la prueba sufrida en la juventud vale más que el oro.

Los jóvenes deben vencer con valentía las dificultades y obstáculos que salgan a su paso, con la inconmovible convicción de que si luchan compactamente unidos bajo la dirección de nuestro Partido, no existirá nada que no puedan alcanzar y lograrán infaliblemente la victoria. En la lucha revolucionaria el derrotismo y el pesimismo conducen a la rendición y la traición. Cada vez que tropiecen con las dificultades y los obstáculos los jóvenes deben batallar con el ánimo renovado y realizar ininterrumpidas innovaciones y avances desplegando el espíritu revolucionario de apoyarse en las propias fuerzas y de luchar con tenacidad.

Para cumplir con su misión como continuadores de la revolución tienen que poseer una alta capacidad creativa y ricas dotes culturales.

La lucha por la construcción del socialismo y el comunismo es una magna tarea creadora llamada a transformar en todos los aspectos a las personas, la naturaleza y la sociedad. Los jóvenes, encargados de esa empresa y protagonistas de la futura sociedad, deben poseer, necesariamente, un elevado nivel de conocimientos científicos y tecnológicos y una fortaleza física que les permitan impulsar con energía la edificación del socialismo, así como cultivarse los rasgos propios del comunista.

Si la conciencia ideológica es el factor que determina la independencia de la persona, los conocimientos de ciencia y tecnología constituyen el factor fundamental que define su facultad creadora. Hoy en día la ciencia y la tecnología se desarrollan a un ritmo asombroso y los países compiten reñidamente para adelantarse en estas esferas. Los imperialistas maniobran con tenacidad para monopolizar los logros de las ciencias y la tecnología, riquezas comunes de la humanidad, y frenar su progreso en los países socialistas. Sin dotarse con los conocimientos de la ciencia y la tecnología modernas los jóvenes no pueden realizar proezas creadoras en la construcción del socialismo ni manifestar en alto grado la superioridad de éste en la confrontación con el imperialismo.

Todos los jóvenes tienen que estudiar y estudiar con un alto espíritu revolucionario y sentido de responsabilidad para dominarlas. Precisamente de entre los integrantes de la nueva generación deben salir gran número de competentes científicos y técnicos que hagan importantes aportes al desarrollo del país en estos campos. Ellos deben impulsar de modo dinámico el movimiento de invenciones científicas y el de innovaciones técnicas masivas oponiéndose al misticismo acerca de la técnica y el conservadurismo e intensificando la cooperación creadora entre los científicos, los técnicos, los productores y los miembros de los grupos por las tres revoluciones.

La fortaleza física es la fuente del vigor y vitalidad juveniles y la garantía para un trabajo creativo y una lucha heroica. Nuestros jóve-

nes tienen que formarse como hombres poderosos, no sólo sanos en el aspecto ideo-espiritual sino también fuertes y armoniosamente desarrollados en lo físico. Es necesario fomentar y popularizar de modo activo el deporte entre ellos con el fin de que se preparen perfectamente para el trabajo y la defensa del país.

El comunista es un hombre de nuevo tipo que no sólo trabaja y lucha con gusto sino que, además, sabe vivir de manera culta, con elevados rasgos morales y ricos sentimientos. El espíritu revolucionario comunista puede hacerse el más firme y poderoso, fundamentado en una genuina y fecunda vida, sólo cuando se combina con nobles rasgos morales y ricos sentimientos. Debemos procurar que todos los jóvenes aprecien y amen a los camaradas y el colectivo y observen de modo consciente las normas y orden de la vida socialista de manera que contribuyan activamente a la implantación de un ambiente de existencia armoniosa y ordenada en nuestra sociedad. Al mismo tiempo hay que intensificar entre ellos la formación cultural y estética y las actividades de círculos literarios y artísticos para que donde estén haya siempre canciones y danzas y desborden la alegría y el optimismo juveniles.

Hay que intensificar entre los jóvenes la vida orgánica de la Unión de la Juventud Trabajadora Socialista.

Sólo a través de la organización el hombre puede tener la preciada vida política como miembro de la comunidad socio-política, y gozar de una existencia de gran valor en medio de una digna lucha por la sociedad y el colectivo. El fuerte espíritu de organización es una de las cualidades más importantes del revolucionario. Sólo cuando las personas participen a conciencia en la vida orgánica, incorporándose a ella desde su infancia, pueden crecer como revolucionarios habituados a ella y dotados con un fuerte espíritu de organización.

La UJTS es una escuela revolucionaria donde se educan todos los jóvenes de nuestro país como continuadores de la revolución, como vanguardias juveniles de nuestro Partido. Los jóvenes, con un alto orgullo y honor de ser sus miembros, deben participar activamente en la vida orgánica correspondiente. Tienen que apreciar su organización, vivir siempre apoyándose en ésta y cumplir con honor las tareas que ella les asigna y sus propios deberes revolucionarios, para así resaltar su honor como guardia juvenil del Partido.

Los jóvenes deben luchar de manera activa por la reunificación de la Patria, supremo anhelo de la nación.

Nuestro pueblo, que durante milenios vivió como una nación homogénea con una brillante cultura, debía convertirse, lógicamente, en dueño de un Estado unificado, soberano e independiente al ser derrotado el imperialismo japonés. Pero hasta la fecha, durante más de cuatro décadas, sufre el dolor de la división nacional debido a que a raíz de la liberación los imperialistas yanquis ocuparon el Sur de Corea. La historia de esta división puso de manifiesto ante el mundo cuán grande es la desgracia y penalidad que padece una nación con ascendencia única, pero dividida artificialmente por las fuerzas foráneas y cuán criminal es el barbarismo de los imperialistas que, impulsados por su ambición agresiva, pisotean sin el menor reparo el destino de otra nación.

Hoy para nuestro pueblo no hay tarea más importante y vital que reunificar su Patria acabando con la tragedia de la división nacional impuesta por el imperialismo yanqui. Los habitantes y jóvenes del Norte y el Sur deben unir sus fuerzas para alcanzarla a toda costa en nuestra generación y lograr así que las venideras disfruten con amplitud la felicidad en una Patria reunificada.

Hoy los jóvenes y estudiantes de Corea del Sur, sin rendirse ante la represión y el taimado engaño de los enemigos, manifiestan sin reservas el heroico temperamento de la juventud coreana en su lucha contra los imperialistas yanquis y sus lacayos y por la reunificación de la Patria. Ellos desempeñan el papel de vanguardia y principal en la justa batalla de la población surcoreana por la independencia antiyanqui, la democratización antifascista y la reunificación de la Patria, y su heroica lucha llena de orgullo a nuestra nación.

Nuestros jóvenes, ni por un instante, deben olvidar al pueblo y la juventud estudiantil de Corea del Sur en combate, y apoyar y respaldar activamente su lucha. Al realizar mejor la construcción socialista

con gran abnegación patriótica, tienen que estimular poderosamente a los jóvenes estudiantes surcoreanos, que luchan viendo en la parte Norte de la República el faro de su esperanza.

Los jóvenes del Norte y del Sur deben marchar a la cabeza de toda la nación en la lucha contra el imperialismo norteamericano y por la reunificación de la Patria, y desarrollar con energía el combate conjunto para derribar el muro que divide a la nación y abrir un arremetedero para la reunificación de la Patria, basándose en el espíritu de la nación coreana por la independencia.

Debemos efectuar con éxito el XIII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes conforme a los ideales del antimperialismo, la paz y la amistad para así fortalecer aún más la solidaridad de nuestros jóvenes con sus colegas progresistas de la Tierra.

En el próximo Festival participarán numerosos jóvenes y estudiantes progresistas de muchos países del mundo que luchan contra el imperialismo y por la paz y el desarrollo social. Estos son abanderados de la época que representan la esperanza y el futuro de la humanidad y son combatientes que marchan a la cabeza de la lucha por crear un mundo nuevo, independiente y pacífico. Precisamente de ellos podrán surgir eminentes combatientes y héroes de la época, y su manera de luchar ejercerá una gran influencia sobre el futuro desarrollo del mundo.

Debemos trabajar bien con ellos, con un cálido sentimiento de amor al porvenir de la humanidad y de aprecio a los camaradas y amigos. Hemos de procurar que todos los delegados al Festival comprendan hondamente el noble ideal de éste y regresen con un cálido sentimiento de amistad hacia nuestro pueblo y nuestros jóvenes. De este modo lograremos que en el futuro ellos se conviertan en fervorosos combatientes antimperialistas, excelentes precursores de la construcción de una nueva sociedad y confiables apoyantes y simpatizantes con nuestra revolución. Sólo entonces podremos decir que el Festival se haya efectuado de modo satisfactorio a tenor de la esperanza de nuestro pueblo y de otros progresistas del mundo.

EL PARTIDO DEL TRABAJO DE COREA ES EL ORGANIZADOR Y ORIENTADOR DE TODAS LAS VICTORIAS DE NUESTRO PUEBLO

3 de octubre de 1990

Han transcurrido 45 años desde que se fundó el Partido del Trabajo de Corea, Estado Mayor de la revolución coreana y fuerza orientadora de nuestro pueblo.

En su larga y difícil trayectoria —que recorriera con la bandera de la idea Juche en alto—, realizó proezas que brillarán en la historia, en aras de la libertad y felicidad del pueblo, del progreso y prosperidad de la Patria. Venciendo múltiples dificultades, efectuó profundos cambios sociales y magnas obras constructivas; en virtud de lo cual nuestro país se transformó en un Estado socialista soberano, independiente y autodefensivo, así como defendió con firmeza a la Patria y la revolución tras rechazar la agresión de los imperialistas y las maquinaciones subversivas de los enemigos de clase. Asimismo, con ilimitada fidelidad a la causa de la humanidad por la independencia cumplió con honor su deber internacional e hizo valiosos aportes al desarrollo de la revolución mundial.

A través de su prolongada lucha, ardua pero gloriosa, nuestro Partido se ha desarrollado y fortalecido como un partido avezado, lleno de vigor combativo y capaz de conducir al pueblo siempre hacia la victoria, cualesquiera que sean las dificultades y pruebas, y como un

fogueado Estado Mayor de la revolución coreana, que disfruta del absoluto apoyo y confianza de todo el pueblo.

Hoy los miembros de nuestro Partido y los demás trabajadores rememoran con gran orgullo y dignidad su trayecto revolucionario y están firmemente decididos a luchar con mayor energía bajo la bandera del Partido para construir el paraíso socialista en la tierra patria y lograr la reunificación de la Patria, el anhelo de la nación.

En la actualidad, en la palestra mundial se desarrolla una aguda lucha entre el progreso y la reacción, y entre la revolución y la contrarrevolución, y la causa del socialismo, la de la humanidad por la independencia, se enfrenta a un peligroso reto de los imperialistas.

Debemos cumplir con relevancia nuestras misiones mediante el fortalecimiento del Partido y la elevación de su papel rector en la revolución y la construcción a tenor de las exigencias de la realidad en que el deber de nuestro Partido ante la revolución nacional y la mundial crece en importancia.

1. LA DIRECCION DEL PARTIDO ES LA GARANTIA DECISIVA DEL TRIUNFO DE LA CAUSA SOCIALISTA

La dirección del partido es la vía respiratoria de la causa socialista.

En nuestro país esta causa ha venido avanzando y triunfando bajo la dirección del Partido, que es la condición indispensable también para su brillante conclusión en el futuro.

La dirección del partido es la garantía decisiva para fortalecer el sujeto de la causa socialista y elevar su papel.

Se trata de una obra revolucionaria que llevan a cabo las masas populares, que por primera vez en la historia de la humanidad han devenido en sujeto independiente. Estas, aunque son artífices de la historia, permanecieron marginadas de la misma durante mucho

tiempo, y precisamente el partido de la clase obrera es el que las concientiza y organiza, convirtiéndolas en un poderoso sujeto capaz de forjar su destino de manera independiente y creadora.

Gracias a la dirección de nuestro Partido, encabezado por el estimado camarada Kim Il Sung, el pueblo se ha hecho el sujeto independiente que, como genuino dueño de su propio destino impulsa con energía el progreso de la sociedad y la revolución. En el proceso revolucionario y constructivo el Partido siempre prestó gran atención a estructurar con solidez las filas revolucionarias, y a medida que se desarrollaba la construcción socialista a una etapa superior, se esforzó con mayor tesón para fortalecer el sujeto de la revolución. Dotó con firmeza a todo el pueblo con la idea Juche y lo aglutinó fuertemente alrededor del Líder desde el punto de vista organizativo e ideológico y desde el ético y de obligación moral, lo cual dio lugar a la fusión de las filas revolucionarias en un ente socio-político. Hoy día, en nuestro país el Partido del Trabajo de Corea se mantiene con firmeza en el centro de las filas revolucionarias, y las masas populares, que en el prolongado proceso de la lucha revolucionaria compartieron con él un mismo destino, venciendo todo género de pruebas, están firmemente unidas en torno suyo y del Líder con una misma idea y voluntad.

Nuestro pueblo, guiado por el Partido, da pruebas de su inagotable capacidad creadora en la construcción socialista, cuya fuerza impulsora pujante la constituyen, ante todo, su poderío político e ideológico, su entusiasmo consciente y su actividad creadora. La fuente de estos factores radica en la dirección del Partido que concientiza a las masas para que hagan suya sinceramente la causa del socialismo. Gracias a ella también se exhiben en alto grado la fuerza colectiva, el heroísmo masivo de nuestro pueblo que impulsa la construcción socialista, porque une los intereses individuales con los colectivos y fortalece el poderío de la unidad y colaboración. Nuestra realidad, en que las masas populares hacen gala de su capacidad creadora en la construcción socialista, demuestra fehacientemente que la calumnia de los imperialistas de que la dirección del Partido frena el espíritu

creador de las personas es un sofisma contrarrevolucionario encaminado a introducir la libertad burguesa y desbaratar el socialismo.

También en el futuro, al seguir fortaleciendo la dirección del Partido, debemos consolidar sin descanso la unidad revolucionaria de nuestro pueblo alrededor de él y del Líder y poner en pleno juego el espíritu abnegado y el entusiasmo creador de las masas populares en la lucha por el triunfo definitivo de la causa revolucionaria del Juche.

La dirección del partido es la condición esencial para llevar adelante la causa del socialismo de acuerdo con una correcta estrategia y tácticas de lucha.

Ella es una obra difícil y compleja, que, acompañada de una aguda lucha de clases, tiende a crear lo nuevo desbrozando un camino inexplorado por nadie, tarea que podrá cumplir victoriosamente con una orientación y métodos correctos, sólo cuando se guíe por una acertada estrategia y tácticas de lucha.

Unicamente el partido de la clase obrera, capaz de iluminar con claridad el camino para el desarrollo de la sociedad y la revolución y organizar a las amplias masas, puede dar la dirección estratégica y táctica a la causa socialista. Ninguna otra organización u organismo puede suplir al partido en su posición y papel como Estado Mayor de la revolución que traza la estrategia y las tácticas acertadas para la construcción del socialismo y organiza y dirige la lucha para llevarlas a la práctica. Entre todas las organizaciones y organismos de la sociedad socialista, incluido el poder estatal, sólo el partido de la clase obrera es creado con la misión de darle a ésta y a la revolución una dirección política, estratégica y táctica y tiene la capacidad de cumplirla.

En cada período y etapa de la revolución y construcción nuestro Partido formuló la política y la línea apropiadas a las condiciones del país y a la aspiración del pueblo, y movilizando a todo éste las llevó a la práctica con puntualidad, en virtud de lo cual la construcción socialista pudo marchar por un camino recto y se produjeron cambios y proezas que asombran al mundo.

También en el futuro, fortaleciendo sin interrupción la dirección

estratégica y táctica del Partido, Estado Mayor de la revolución, conduciremos con seguridad la causa del socialismo por el camino de la victoria.

La dirección del Partido es un requisito indispensable para mantener de forma invariable y materializar de modo cabal el principio revolucionario en todo el proceso del cumplimiento de la causa socialista.

Esta se distingue de otros movimientos sociales por sus principios revolucionarios, y avanza por su justeza y vitalidad. La historia de la lucha revolucionaria muestra que si mantiene los principios revolucionarios la causa socialista avanza arrostrando cualquier dificultad y prueba, pero si desiste de ellos se altera y detiene en mitad de camino.

Mantener los principios revolucionarios en la construcción socialista significa defender y materializar las exigencias esenciales de la clase obrera y las demás masas trabajadoras por la independencia, y sus intereses. Si bien en el proceso de la construcción socialista pueden cambiar el ambiente y las condiciones de la lucha, no deben variar la exigencia y la posición fundamental de las masas populares para lograr la independencia. Con miras a llevar a cabo la causa del socialismo, es indispensable mantener de modo invariable el principio revolucionario de defender y realizar la independencia de las masas populares.

La exigencia de éstas por la independencia y sus intereses pueden sostenerse y realizarse sólo bajo la dirección del partido de la clase obrera. Esta representa la independencia en el más elevado plano y lucha más resueltamente que otras clases y capas sociales por materializar la exigencia de las masas populares por ella y sus intereses. Para la clase obrera y su partido no existen otras exigencias e intereses que éstos, y la misión clasista del segundo radica precisamente en defenderlos y materializarlos hasta sus últimas consecuencias.

Si nuestra construcción socialista se rige invariablemente por los principios revolucionarios que encarnan las demandas y posición fundamentales de la clase obrera y las masas trabajadoras, es un

resultado de la dirección revolucionaria de nuestro Partido. Este ha implantado y venido consolidando y desarrollando el régimen socialista conforme a las exigencias e intereses de las masas populares por la independencia e impulsando la revolución y la construcción en concordancia con la naturaleza de la causa del socialismo y el comunismo.

A medida que se intensificaba la ofensiva contrarrevolucionaria y antisocialista de los imperialistas que atentaba contra los intereses de las masas populares por la independencia, nuestro Partido ha defendido y materializado con mayor resolución los principios revolucionarios.

El espíritu de principios revolucionarios que el partido de la clase obrera mantiene en la construcción socialista se expresa principalmente en cómo enfrenta las intrigas antisocialistas de los imperialistas. Estas maniobras contrarrevolucionarias de los imperialistas que intentan obstruir, disgregar y suprimir la causa del socialismo pueden ser frustradas con éxito sólo por la lucha de principios del partido de la clase obrera. La realidad demuestra que donde el partido mantiene los principios revolucionarios resulta impotente la ofensiva contrarrevolucionaria de los imperialistas, pero allí donde él los cede y abandona se enferma el socialismo.

Gracias a la dirección del Partido del Trabajo, que los ha mantenido de modo invariable y firme en todo el curso de la lucha revolucionaria, nuestro pueblo ha podido avanzar con vigor por el camino de la revolución con la bandera del socialismo en alto, aun en las circunstancias de una complejidad y gravedad sin precedentes en que se concentraba la ofensiva de los imperialistas acaudillados por los norteamericanos. Por la lucha de principios librada por aquél en nuestro país se han frustrado de manera consecuente todas las maniobras de destrucción y sabotaje de los imperialistas y se ha defendido con firmeza la causa del socialismo y también hoy, cuando en el seno del movimiento comunista se crean situaciones complejas imprevistas, nuestra revolución sigue avanzando triunfalmente sin la menor vacilación. Partiendo de las demandas fundamentales de la construcción

socialista y de las experiencias y lecciones de la lucha revolucionaria, debemos mantener y materializar de manera consecuente los principios revolucionarios, los socialistas, en la vida estatal y social bajo la dirección del Partido.

Completar la causa del socialismo y el comunismo mediante el fortalecimiento del Partido y la elevación de su papel rector constituye la voluntad inmutable de nuestro Partido y el pueblo. La dirección revolucionaria de éste se necesita tanto para impulsar con éxito la construcción del socialismo como para edificar y desarrollar la sociedad comunista. Aun en esta sociedad seguirán elevándose las demandas de las personas respecto a la independencia, y ellas podrán realizarse sólo por la lucha consciente y organizada de las masas populares bajo la dirección política de las fuerzas orientadoras como lo es el partido. Nos incumbe fortalecer a nuestro Partido y elevar sin interrupción su papel rector en consonancia con la exigencia real de la construcción socialista y con la demanda perspectiva del desarrollo de la sociedad socialista.

2. TENEMOS QUE FORTALECER Y DESARROLLAR AL NUESTRO COMO PARTIDO REVOLUCIONARIO DE TIPO JUCHEANO

Al cumplir su misión de fuerza orientadora de la revolución nuestro Partido siempre ha prestado su primera atención a consolidarse a sí mismo. También en adelante lo fortaleceremos y desarrollaremos sin tregua para conducir con firmeza la causa del socialismo por el camino victorioso.

Lo que más importa en esto es defender de manera consecuente su naturaleza revolucionaria como partido de tipo jucheano.

Preservar la naturaleza revolucionaria del partido constituye una

cuestión muy importante de que dependen su existencia misma y el destino de la revolución. En el curso del avance de la revolución pueden surgir cambios en el deber, estrategia y tácticas y métodos de lucha del partido, pero no en su carácter revolucionario. Si sucede esto, él perderá su aspecto original, convirtiéndose en una entidad impura, impotente para cumplir la función rectora sobre la revolución. Hoy día, cuando los imperialistas en sus maniobras antisocialistas dirigen la punta de la flecha a deteriorar el partido, fuerza orientadora de la sociedad socialista, urge intensificar la lucha por mantener el carácter revolucionario del nuestro.

El carácter revolucionario de nuestro Partido, de tipo jucheano, se determina por su doctrina rectora, la idea Juche.

Para mantener de modo invariable el carácter revolucionario del partido es indispensable defender con firmeza su idea rectora y llevarla adelante inmaculada. Por supuesto, ella debe desarrollarse y perfeccionarse sin cesar a medida que avanzan la época y la revolución. Sin embargo, por muchos cambios que surjan en las circunstancias y condiciones de la revolución hay que preservar con rigor los principios revolucionarios que están impregnados en ella y no introducir corrientes ideológicas espurias que le contravengan. Si se procede de manera contraria por no corresponder la idea rectora del partido a las circunstancias y condiciones cambiantes, esta organización caerá en el camino del revisionismo.

El nuestro es un partido revolucionario de la clase obrera, de nuevo tipo, que tiene en la idea Juche su doctrina rectora.

Con esta idea como guía se construyó y vino fortaleciéndose y desarrollándose. Y gracias a ello pudo hacerse un partido invencible con fundamentos sólidos, una historia de desarrollo peculiar, grandes proezas e inapreciables experiencias. Si él ha podido allanar el más acertado camino para la construcción del partido revolucionario en la época de la independencia y mantener de modo inconmovible, sin la menor vacilación, la bandera de la revolución aun cuando otros sufrían reveses y contratiempos, fue porque ha venido realizando su construcción y actividades tomando la idea Juche como su guía de dirección.

Por haberse constituido sobre la base de la idea Juche ha podido asegurar de modo consecuente su carácter clasista. En el pasado nuestro país fue una sociedad colonial y semifeudal, razón por la cual la clase obrera era débil y ocupaba una proporción baja en la composición de los militantes de nuestro Partido. Sin embargo, éste, por tener la idea Juche como su ideología rectora, desde el principio pudo fundarse y fortalecerse como un partido de la clase obrera, así como ampliarse y desarrollarse con rapidez en las filas de los revolucionarios comunistas. Como resultado de haber llevado a cabo su construcción y actividades apoyándose en esta doctrina, pudo mantener de modo invariable su carácter clasista conforme a su naturaleza revolucionaria aun bajo las condiciones en que la revolución avanzó lejos y cambiaban las circunstancias de la lucha y sus deberes.

En el futuro también tendremos que enarbolar invariablemente la bandera revolucionaria de la idea Juche, idea rectora de nuestro Partido e impulsar con energía la transformación de todo el Partido según esta doctrina para consolidarlo y desarrollarlo para siempre como un partido revolucionario de tipo jucheano. Debemos armar de modo firme a los cuadros y los militantes con la idea Juche para convertirlos en revolucionarios comunistas de tipo jucheano que tengan establecida la concepción revolucionaria del mundo fundamentada en la idea Juche y que hagan esfuerzos tesoneros para materializar esta doctrina.

Al mismo tiempo, hemos de preservar de modo estricto la pureza de la idea Juche y combatir con intransigencia toda índole de caducas ideas, sobre todo las burguesas y revisionistas, de manea que en el seno de nuestro Partido no penetren en lo más mínimo ideas espurias, incompatibles con la idea Juche.

A fin de defender el carácter revolucionario del Partido debemos afianzar su base social-clasista.

El nuestro es un partido masivo que tiene por su núcleo a los combatientes de vanguardia de la clase obrera y agrupa en sus filas a gran número de elementos más progresistas de procedencia obrera, campesina e intelectual trabajadora. El carácter masivo de nuestro

Partido, como quiera que refleja la existencia fundamental de nuestra época, en que grandes masas trabajadoras se incorporan de modo activo a la lucha por la independencia y la realidad concreta de nuestra revolución, no debilitó la índole clasista y revolucionaria que tiene como un partido de la clase obrera, y al contrario, le hizo posible desarrollarse con mayor rapidez como un partido revolucionario de la clase obrera con profundas raíces en amplios sectores de las masas.

Haremos mayores esfuerzos para afianzar la base social-clasista de nuestro Partido.

Cuanto más avanza la construcción socialista tanto más se amplia y consolida la base social-clasista del partido de la clase obrera. Por lo general, a medida que se desarrolla la sociedad, en la composición de la población se disminuye el número de las personas dedicadas al trabajo físico y aumenta el de las que hacen trabajos técnicos e intelectuales, es decir, el de los intelectuales. Pero esto no significa el debilitamiento del terreno social-clasista del partido de la clase obrera. En cuanto a la situación socio-económica, entre las personas ocupadas en trabajos técnicos e intelectuales y las de labores físicas existe una comunidad esencial. Sobre todo, es legítimo que al compás con el avance de la construcción socialista la posición socio-económica de los intelectuales y de otros miembros de la sociedad vaya cobrando el perfil de la clase obrera. Desde luego, también en la sociedad socialista es posible que si el partido menosprecia la labor ideológica, esto tenga como consecuencia la difusión de ideas burguesas entre los miembros de la sociedad y el debilitamiento del terreno socio-clasista de aquél. La solidez de este terreno del partido de la clase obrera se garantiza por el elevado nivel político e ideológico de las masas y, por consiguiente, depende de cómo él realiza la labor con éstas. Nuestro Partido, considerando siempre a la clase obrera, el campesinado y la intelectualidad trabajadora como su terreno socio-clasista, ha venido intensificando la labor político-ideológica entre ellos y a medida que progresaba la construcción socialista ha hecho ingentes esfuerzos por insuflar la conciencia revolucionaria y de la clase obrera a todos los miembros de la sociedad. En nuestro país al impulsarse con energía este proceso bajo la dirección del Partido, no sólo la situación socio-económica de los trabajadores, sino también sus rasgos ideológico-espirituales, se acercan con rapidez a los de la clase obrera y el terreno socio-clasista de nuestro Partido se amplia y consolida todavía más.

En la constitución del partido desde el punto de vista clasista lo más importante es estructurar sus filas de cuadros y militantes con personas fieles a la causa revolucionaria y preparadas firmemente en lo ideológico. Nos es preciso promover como cuadros a las personas con capacidad de despliegue revolucionario, habilidad organizativa y rasgos populares, sobre todo las forjadas y probadas en la prolongada lucha revolucionaria y el trabajo, y prevenir de modo estricto la infiltración de elementos extraños y casuales en sus filas.

Debemos dar acceso al Partido a los miembros medulares de la clase obrera, fogueados y probados y a otros leales a la causa revolucionaria para consolidar las filas de los militantes desde el punto de vista clasista.

Con vistas a consolidar a nuestro Partido es indispensable, además, preservar y afianzar la unidad y cohesión de sus filas.

Guiándose por el principio de la construcción del partido, originado de la idea Juche, el nuestro ha dirigido su mayor fuerza a consolidar la unidad y cohesión organizativo-ideológicas de sus filas y alcanzado brillantes resultados. Podemos afirmar con plena confianza que hoy nuestro Partido ha logrado implantar en sus filas una unidad y cohesión de tanta firmeza y vitalidad que resultan indestructibles y capaces de superar cualquier prueba.

Se trata de una unidad monolítica y total que supone que el Partido entero está aglutinado en torno al Líder sobre la base de una sola ideología, la idea Juche.

Asegurar con firmeza la unidad de ideología y de dirección es el principio básico que se debe mantener siempre para fortalecer al partido en lo organizativo e ideológico y afianzar y elevar a un nivel superior la unidad y cohesión de sus filas. La historia del movimiento

comunista demuestra que un partido ha de regirse por una sola idea y en caso de tolerar varias, no puede lograr una unidad verdadera aunque constituya una agrupación. Es igual a un castillo levantado sobre un arenal la unidad basada no en la comunidad e integridad ideológicas, sino en la identidad de los intereses temporales y las relaciones de trabajo. Si en un partido se toleran diferentes criterios políticos y, como consecuencia, cada cual aboga por su propio ismo e insistencia, él no solamente no podrá alcanzar su unidad de acción, sino que también le dará a los contrarrevolucionarios la posibilidad de actuar a su libre albedrío.

La unidad y cohesión de nuestro Partido se han alcanzado mediante la tenaz lucha por implantar la unificación ideológica en todo su ámbito, sobre la base de la idea Juche. Debido a la peculiaridad del desarrollo del movimiento comunista en nuestro país hubo un tiempo cuando en el seno del Partido subsistieron el fraccionalismo, el servilismo a las grandes potencias, el dogmatismo y otras ideas malsanas que obstruyeron la unidad en las filas de sus militantes. Siempre que el Partido tropezaba con difíciles pruebas, los fraccionalistas infiltrados en su seno levantaban la cabeza y cometían actos antipartido y contrarrevolucionarios. Con el vigoroso desenvolvimiento de la lucha por establecer en su seno el sistema de ideología única, el Partido puso fin por completo a la existencia de los fraccionalistas, que venían persistiendo a lo largo de la historia, y de los revisionistas antipartido recién surgidos y logró su firme unidad. Esta pudo llegar a ser sólida y poderosa por haber sido implantada gracias a la unificación ideológica de todo el Partido basada en la idea revolucionaria del Líder.

Siguiendo la inmutable línea revolucionaria de nuestro Partido debemos profundizar sin interrupción en la lucha por establecer en su seno el sistema de ideología única para hacer regir en sus filas sólo la idea Juche, defender con resolución su unidad y cohesión con el estimado camarada Kim Il Sung en su centro y afianzarlas y elevarlas a un nivel superior. Tenemos que intensificar de continuo la formación de los cuadros y otros militantes del Partido en esta ideología única,

de modo que adquieran de lleno la concepción de la revolución y del líder –fundamentada en la idea Juche–, piensen y actúen ante cualquier adversidad según la idea y el propósito del Partido, y combatan de modo intransigente las tendencias a roer su unidad y cohesión, aunque éstas fueran insignificantes.

A fin de realizar la idea y la dirección de líder y fortalecer la unidad y cohesión del partido a base de ellas, es imprescindible mantener con firmeza el principio de centralismo democrático en su construcción y sus actividades.

El sistema de centralismo democrático, siendo como es el principio organizativo del partido, se necesita para garantizar la unidad de idea y de dirección en la construcción de éste y en sus actividades. Fomentar la democracia en el seno del partido tiene mucha importancia para lograr que los militantes pongan de manifiesto la conciencia de dueño, el espíritu de responsabilidad y la iniciativa creadora. No obstante, la democracia ha de ejercerse en todo momento sobre la base del principio de lograr la firme unidad ideo-volitiva y de acción de los miembros del partido. El significado esencial de la democracia interna del partido consiste en acopiar el elevado entusiasmo revolucionario y el espíritu creador de todos sus integrantes para alcanzar en mejor forma los propósitos presentados por él. Para que en el seno del partido la democracia se ejerza a tenor de su requisito esencial, ha de combinarse sin falta con el centralismo. Este exige, por su esencia, sintetizar las amplias opiniones de los militantes en una sola voluntad de modo que piensen y actúen con una misma idea y propósito. En el seno del partido de la clase obrera no se puede pensar en el centralismo separado de la democracia, ni tampoco en ésta marginada de aquél. Una democracia contrastante con la idea y dirección del partido, una mera democracia desvinculada con la dirección unificada del centro, no puede ser nada más que la democracia burguesa, el liberalismo burgués.

En la construcción del Partido y en sus actividades, nos es preciso mantener con firmeza el principio del centralismo democrático y materializarlo cabalmente, conforme a la exigencia del desarrollo de

la realidad. Ante todo, debemos implantar en el seno del Partido una rigurosa disciplina según la cual toda su militancia se mueva como un solo hombre y establecer un ámbito revolucionario de informar y tratar oportunamente los importantes asuntos de principios que se presentan en la labor y en las actividades del Partido, y de aceptar y ejecutar de modo incondicional sus resoluciones y directivas. Tenemos que orientar a todos los cuadros y militantes a observar fielmente el orden y el reglamento internos del Partido, a que tengan un correcto concepto de la organización y participen a conciencia en su vida. Además debemos implantar en alto grado la democracia en todas las actividades y vida partidistas. Alentaremos en forma activa a todos los militantes a presentar opiniones creadoras en sus reuniones y a ejercer plenamente sus derechos. Los comités del Partido a todos los niveles observarán con rigor el principio de dirección colectiva y no permitirán el subjetivismo y la arbitrariedad individuales.

Para consolidar y fomentar la unidad y la cohesión del Partido es preciso llevar adelante y desarrollar más las tradiciones de nuestra revolución en este aspecto.

Las tradiciones de la unidad y cohesión de nuestro Partido se crearon por los jóvenes comunistas y los combatientes revolucionarios antijaponeses en la época en que se iniciaba la causa revolucionaria del Juche bajo la dirección del estimado camarada Kim Il Sung. La unidad revolucionaria lograda en el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa es la ideo-volitiva y de obligación moral, basada en la firme convicción de que se podía llevar al triunfo la revolución sólo al apretarse con solidez alrededor del gran camarada Kim Il Sung, teniéndolo como Líder, en el noble sentido de obligación moral comunista de cumplir la tarea asumida como soldado revolucionario en cualquier adversidad y en el cálido amor camaraderil. La tradición de esta unidad sirve de piedra angular para consolidar y desarrollar eternamente la unidad y cohesión de nuestro Partido.

Debemos dar a conocer claramente a los militantes del Partido y a los trabajadores, especialmente a los funcionarios de la nueva generación y a los jóvenes miembros del Partido, cómo se creó y cuán preciosa es esta tradición de modo que la defiendan generación tras generación, sigan fielmente al Partido y al Líder, como lo hicieron los combatientes revolucionarios antijaponeses, y luchen con toda su dedicación para consolidar y fomentar la unidad y cohesión del Partido.

Con miras a reforzar el partido se requiere agrupar en torno suyo a grandes masas para hacer monolíticos los lazos entre uno y otras.

La fuerza invencible del partido consiste en arraigarse profundamente entre las masas populares y formar junto con éstas un solo cuerpo. Y si de esta manera goza de su absoluto apoyo y amor, no temerá a ningún enemigo y podrá cumplir con éxito cualquier tarea por muy difícil que sea.

Desde el mismo día de su fundación, nuestro Partido se enfrentó al muy agudo e importante problema de fortalecer los vínculos con las masas y agruparlas firmemente a su alrededor. Como nuestro país fue colonia de los imperialistas por largo tiempo, el pueblo estuvo muy influenciado por su propaganda anticomunista. Además, después de la liberación, el país quedó dividido en Norte y Sur y los imperialistas y sus lacayos llevaron a cabo de modo avieso maniobras divisionistas, sabotajes y actos subversivos, así como una ofensiva reaccionaria. Dadas esas condiciones, nuestro Partido planteó como importante principio de su construcción formar un solo cuerpo con las masas populares y desarrolló dinámicas actividades para agrupar en su torno a los obreros, los campesinos, los intelectuales y otros sectores. En especial prestó una gran atención a la labor con diferentes capas y clases de las masas, en vista de que la composición de la población era compleja a causa de la dominación colonial del imperialismo japonés, la división de la Patria y la guerra de tres años. Se esforzó con tesón para aglutinar en torno suyo a todos los miembros de la sociedad mediante su educación y transformación, profundizando sin cesar en el trabajo con las personas de ambiente familiar y antecedentes socio-políticos complejos, al tiempo que intensificaba la labor con las masas trabajadoras. Presentamos como el principio fundamental de las actividades del Partido, combinar su dirección con la línea de masas revolucionaria y hemos venido

haciendo todos los esfuerzos para que ella se efectúe conforme a la demanda y voluntad de las masas populares y que éstas la apoyen con sinceridad. "¡Servimos al pueblo!" es la consigna lanzada por nuestro Partido para realizar su dirección en correcta combinación con la línea revolucionaria de masas. Al trazar y materializar la política y los lineamientos, nuestro Partido, que ve en el servicio al pueblo su sublime deber, partió siempre de la posición de defender con firmeza sus intereses y lo sometió todo a éstos. Constantemente educó a los funcionarios para que tuvieran el criterio de ser servidores fieles al pueblo y le dedicaran todo lo suyo. El espíritu de nuestro Partido de servicio abnegado a las masas, sus medidas populares, su gran atención y solicitud, que dispensa por igual a cada familia e individuo, dieron pie a la confianza absoluta del pueblo en él y lo unieron a las masas con un fuerte lazo. La plena confianza de las masas populares en el Partido se expresa concentradamente en su posición y actitud respecto a la política y la línea elaboradas por él. La consigna: "¡Si el Partido decide, lo hacemos!", enarbolada por nuestros trabajadores, muestra la elevada fidelidad de las masas populares que aceptan la política y la línea del Partido como la exigencia de su vida y las materializan incondicionalmente considerándolas como algo absoluto. Gracias a esta gran unidad entre el Partido y las masas, caracterizada por el servicio leal del primero a las segundas y el apoyo fiel de éstas a su dirección, nuestro Partido pudo frustrar a tiempo y por completo las maquinaciones contrarrevolucionarias de los imperialistas y sus acólitos y los complots de los oportunistas y los elementos anti-partido que aparecieron en su seno, y registrar un ascenso constante en la revolución y la construcción.

Debemos valorar en sumo grado la unidad y la cohesión entre el Partido y las masas populares, fortalecerlas y desarrollarlas a una etapa superior y convertirlo en un poderoso partido que eche más profundamente sus raíces en ellas. Tenemos que intensificar la educación ideológica entre los militantes y los trabajadores, realizar de manera consecuente y con paciencia la labor con diferentes capas y clases de las masas y combinar estrechamente la dirección del Partido con la línea de masas revolucionaria, y así unir en su torno, con mayor solidez, a todos los miembros de la sociedad y hacer que el Partido y las masas formen un solo cuerpo que comparta para siempre un mismo destino.

También en el futuro, como en el pasado, debemos elevar más la capacidad combativa y la directriz del Partido y hacer que cumpla excelentemente con su misión revolucionaria, prestando la atención primordial a su fortalecimiento y consolidándolo y desarrollándolo sin cesar como un partido revolucionario de tipo jucheano.

3. HAY QUE FORTALECER LA DIRECCION DEL PARTIDO ATENDIENDO PRINCIPALMENTE LA LABOR CON LAS PERSONAS

Fortalecer la guía del partido acentuando su labor con la gente es la vía fundamental para cumplir con su misión y deber como organización política rectora.

Nuestro Partido, sobre la base de la idea Juche humanocéntrica, formuló por primera vez en la historia de la construcción del partido de la clase obrera el nuevo principio de que la labor para con las personas es lo principal del trabajo partidista, y ha venido vigorizando incesantemente su dirección.

Desde el punto de vista del desarrollo del trabajo partidista, la construcción y las actividades de nuestro Partido son procesos de su fortalecimiento y de su guía sobre la revolución y la construcción mediante ese trabajo que presentara como el primer paso para toda labor. Desde el mismo período en que se preparaban para la fundación del Partido bajo la orientación del gran Líder, camarada Kim Il Sung, los comunistas coreanos, mediante esa gestión, formaron a los elementos medulares para la revolución, echaron los cimientos organizativos e ideológicos del Partido y movilizando a las amplias masas,

condujeron hacia el triunfo la Lucha Armada Antijaponesa y realizaron con éxito la empresa de la restauración de la Patria. Después de la liberación, nuestro Partido, —que tomó el poder—, no bien fundado, consolidó sus filas en el terreno organizativo e ideológico y condujo la revolución y la edificación hacia la victoria atendiendo invariablemente la labor para con la gente, que intensificaba más para poder impulsar con energía la revolución cuando la situación se tornaba complicada y se presentaban tareas difíciles.

Debemos convertir por completo el trabajo del Partido en una labor para con la gente, de acuerdo con la demanda de su desarrollo y de la revolución, y, a través de esta labor, incrementar su poderío y seguir elevando su papel rector.

Para fortalecer la dirección del Partido atendiendo principalmente la labor con la gente, es importante, ante todo, que cumpla con su deber específico como partido, que es decir padre responsabilizado con el destino de las masas populares.

Que el partido debe ser como un padre que se encargue y conduzca el destino de las masas populares es un principio establecido originalmente por nuestro Partido en sus actividades.

El partido de la clase obrera surgió con la exigencia de la lucha revolucionaria de forjar el destino de las masas populares, y su misión fundamental es guiarlas haciéndose cargo de su destino. Los lazos entre el partido y las masas no están solamente referidos a las relaciones entre el dirigente y los dirigidos, sino también entre quien da vida y quien la recibe, y entre quien atiende el destino ajeno y quien se lo confía. Estos nexos se hacen más sólidos y poderosos cuando el partido aprecia y ama a las masas populares como su padre.

Si nuestro Partido goza del apoyo y confianza absolutos de las masas populares y fortalece sin cesar su posición de rector, es porque cumple cabalmente su deber específico como padre responsable del destino de ellas. No sólo las convirtió en genuinas dueñas del Estado y la sociedad, sino que también les dio una valiosa vida política y las condujo a llevarla dignamente, así como también atiende total y responsablemente su vida material y cultural. Coloca en el centro de toda su actividad a las masas populares y procura que ésta sea una tarea organizativa y política para asegurarles una existencia y felicidad digna del ser social, lo que le hizo, al pie de la letra, el pecho paternal en que aquellas confían enteramente su destino.

Debemos lograr que nuestro Partido cumpla mejor con su deber de padre al seguir materializando cabalmente su exigencia intrínseca.

Para desarrollar el trabajo del Partido según este requerimiento, es necesario aplicar el punto de vista jucheano que aprecia más que nada a las masas populares, las considera como el más poderoso ente, confía en ellas y las ama sinceramente.

El amor y la confianza del Partido en las masas populares se manifiestan fundamentalmente en que traza sus líneas y política de acuerdo con la voluntad y la demanda de ellas, y las pone en la práctica, valiéndose de sus fuerzas creadoras.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, recordando la época de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, expresó que las masas eran inteligentes maestros que le enseñaron la verdad de la revolución. Presentarlas como maestros es un principio tradicional de nuestro Partido en sus actividades y trabajos. Siempre debemos aprender modestamente de ellas, respetarlas y resolver todos los problemas planteados basándonos en sus fuerzas. Tenemos que profundizar en la labor con las masas populares para que todas las líneas y política del Partido sean de carácter estrictamente independiente y popular al reflejar fielmente sus aspiraciones y voluntad, poner en pleno juego su facultad creadora para que surta más efecto en la realidad.

El amor y la confianza del Partido paternal en las personas se expresan además en el hecho de que atiende bajo su total responsabilidad la vida socio-política y la material y cultural de ellas. Lo más importante para el ser social es la actividad política, la vida política. En el trabajo partidista, en la labor para con la gente, debemos prestar la atención primordial a la vida política de los militantes y los trabajadores, apreciarla y estimarla con el sentimiento de un padre que se preocupa por la vida de sus hijos, y guiarlos para hacerla lucir

hasta el último momento sin ninguna mancha. También debemos tener mucho interés por su vida material y cultural y abnegarnos para garantizarles una existencia más abundante y culta.

El amor y la confianza en las masas populares tienen su expresión concreta en el estilo y conducta popular de los funcionarios. Debemos procurar que todos nuestros cuadros, con la disposición de compartir la vida y la muerte, la pena y la alegría con el pueblo, se abnieguen por él, y posean la cualidad popular, sencilla, modesta, imparcial y honesta.

Otro aspecto importante en fortalecer la dirección del partido atendiendo principalmente la labor para con las personas es aplicar métodos partidistas, políticos.

En la sociedad socialista el partido de la clase obrera, aunque está en el poder, ateniéndose a éste, no puede ejercer una política que convenga con la voluntad de las masas populares. A éstas pertenece todo el poder, por tanto, dominarlas de modo burocrático y administrativo ejerciéndolo contradice la naturaleza del poder socialista. El método de trabajo burocrático y administrativo causa enormes daños en la sociedad socialista, donde el partido y el Estado se responsabilizan enteramente con la vida del pueblo. Si el partido lo aplica, perderá el apoyo y la confianza de las masas populares poniendo en peligro su propia existencia. Es por eso que nuestro Partido subraya a menudo que abusar de su autoridad y practicar el burocratismo ante las masas populares, es tan peligroso como ingerir veneno. Desde luego que en la sociedad socialista no debe ocurrir que el Partido, por oponerse a dicho método, renuncie a su facultad de dirección como partido gubernamental y debilite el poder estatal. Si en esta sociedad se aplica el método burocrático y administrativo, ello se debe a que la guía del partido y la labor de los órganos de Poder popular no se efectúan a tenor de sus naturalezas. El partido debe ejercer su dirección con arreglo al modo de hacer la política propia de una organización de la clase obrera, sin dejar de reforzar su posición rectora, y los órganos del Poder popular, desempeñarse en atención a la esencia de la política socialista.

Desde el mismo día de su fundación, nuestro Partido ha venido esforzándose con tesón para aplicar el método político en su trabajo planteando la implantación de un método de trabajo apropiado a su naturaleza como partido guiado por la idea Juche, como una de las tareas fundamentales para su construcción y sus actividades. Al aplicar el tradicional método de trabajo de la Guerrilla Antijaponesa conforme a las exigencias de la realidad de la construcción socialista, creó el espíritu y método Chongsanri y lo popularizó entre todas sus organizaciones en virtud de lo cual se eliminó el método de trabajo burocrático y administrativo que, en un tiempo, los elementos sectaristas antipartido y contrarrevolucionarios, introdujeron de contrabando en el seno del Partido y se implantó otro revolucionario y político, conveniente a las características del Partido, cuyo contenido principal es la labor organizativa y política para con las personas. Debemos seguir impulsando con pujanza la lucha por aplicar este método en atención a la exigencia de la revolución en desarrollo y a que aumenta sin cesar el número de funcionarios de nuevas generaciones, no probados en una ardua lucha.

Emplear dicho método en el trabajo significa conceder la prioridad a la labor política, y dar a conocer a las personas el propósito del Partido por medio de la explicación y persuasión para que ellas se movilicen de modo voluntario. No es posible ganar la voluntad de las personas con dar órdenes e indicaciones.

Debemos acabar entre los funcionarios con la tendencia a poner en acción a las personas por medio de órdenes e indicaciones, lograr que la labor política preceda a cualquier actividad, y realizar con paciencia y de modo sustancial la persuasión y educación para que las masas acepten con sinceridad los planteamientos del Partido, considerándolos como suyos y se movilicen de manera voluntaria. Además, enarbolando el lema: "¡Que se compenetren todas las organizaciones del Partido con las masas!", los funcionarios se adentrarán siempre entre éstas para compartir las alegrías y las penas con ellas, educarlas y ponerlas en acción, y a la vez aprender de ellas y elevar su nivel de educación.

Para implantar el método político, propio del Partido, es preciso redoblar los esfuerzos por acabar con el viejo método de trabajo. Los resabios ideológicos dejados por la sociedad explotadora que aún perduran en la mente de los funcionarios, son la causa del viejo método de trabajo que se observa en la sociedad socialista. Debemos intensificar la formación de los funcionarios en la teoría y el arte de dirección basados en la idea Juche, por una parte, y por la otra, librar con energía una campaña ideológica dirigida a eliminar el viejo método y estilo de trabajo y aplicar con más firmeza el de trabajo revolucionario y político, inherente al Partido.

También se requiere fortalecer el sistema de trabajo del Partido para hacer más efectiva su dirección prestando atención principal a la labor con las personas.

Ante todo, hay que perfeccionar el sistema de trabajo interno del Partido.

Nuestro Partido ya ha implantado un ordenado sistema de trabajo con los cuadros, militantes y las masas, cuya vitalidad se ha comprobado en la larga lucha práctica. Debemos profundizar el sistema de trabajo interno de acuerdo con la demanda de la realidad en desarrollo para convertir el trabajo del Partido en labor con las personas, por completo.

Es menester establecer en forma estricta un sistema que permita a todo el Partido realizar la labor con las personas. Es un sistema de trabajo en que una persona educa y pone en acción a diez, estos diez a cien, éstos a mil y estos mil a diez mil. Todos, sean funcionarios del Partido o de administración, tengan cargos superiores e inferiores, sean cuadros o militantes de fila, deberán considerar dicha labor como un importante deber revolucionario y dedicarse con ahínco a ella. Al establecer de modo estricto el sistema de trabajo que obligue a los superiores a educar con responsabilidad a los subalternos, y a los cuadros y militantes a hacer lo mismo con las masas, compenetrándose con éstas, debemos logar que todos los funcionarios y militantes sean tratados en la referida labor y a la vez se hagan ejecutores.

Es necesario perfeccionar el sistema de dirección del Partido para que la dirección sobre el proceso de la revolución y construcción esté dedicada principalmente a la labor con las personas.

Nuestro Partido ha establecido un sistema de trabajo que permite a los comités del Partido, a todos los niveles, desempeñarse como órganos supremos que dirigen todas las actividades de sus entidades correspondientes, gracias a lo cual se asegura la dirección política unificada del Partido sobre la revolución y construcción y se pone en plena acción la facultad creadora de las masas por medio del trabajo con éstas. También en el futuro fortaleceremos el sistema de dirección del Partido que asegura que se resuelvan todos los problemas planeados mediante la labor política y con las personas bajo la orientación colectiva del comité del Partido. Debemos establecer un riguroso sistema y orden en que los comités del Partido de todas las instancias controlen de manera unificada y orienten por vía política las actividades de los organismos estatales, económicos y culturales y de las organizaciones sociales bajo su jurisdicción y que los funcionarios de todos los sectores ejecuten sus tareas apoyándose en los comités del Partido y priorizando la labor política, la con las personas.

En particular, es importante reforzar el sistema de dirección del Partido, de orientación política sobre la economía. La construcción económica socialista puede llevarse a feliz término sólo contando con la guía del partido de la clase obrera.

Debemos defender con firmeza y fortalecer el sistema de dirección política del Partido sobre la construcción económica de modo que ésta se efectúe conforme a la misión política de la revolución y a la naturaleza del socialismo. Para ello es preciso aplicar cabalmente el sistema de trabajo Taean concebido por nuestro Partido. Este consiste en manejar la economía bajo la orientación colectiva del comité del Partido ateniéndose al principio de dar la prioridad a la labor política, la labor con la gente. En correspondencia con las exigencias del sistema de trabajo Taean, los comités del Partido de todos los niveles deben manipular bien el timón de la economía y procurar que todos los funcionarios realicen su gestión económica con arreglo a lo

analizado y acordado en el comité del Partido y concediendo la primacía a la labor con la gente.

Con miras a consolidar y desarrollar sin cesar a nuestro Partido y obtener mayores victorias en la construcción socialista tenemos que convertir por completo su trabajo en labor con la gente y por medio de ésta, asegurar su dirección sobre la revolución y la edificación.

Nuestro Partido que cumple 45 años de fundación, se halla hoy más unido que nunca en lo organizativo e ideológico y, convencido de la justeza de su causa y su triunfo, avanza con pasos firmes por el camino señalado por la gran idea Juche. El gran Líder, camarada Kim Il Sung, quien ha venido dirigiendo de modo inteligente todo el curso de la construcción de nuestro Partido a lo largo de 60 años, desde la fundación de la primera organización de tipo jucheano en el fragor de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa hasta su conversión en un invencible Partido revolucionario, sigue manteniéndose como siempre a la cabeza del Partido y organizando y conduciendo a todos sus militantes y el pueblo entero, por el camino de la victoria mientras está más alto que nunca el entusiasmo revolucionario de nuestro pueblo, que sigue al Partido y apoya su dirección. El ve su futuro luminoso en la orientación del Partido del Trabajo de Corea y se encuentra firmemente convencido de que contando con su guía puede llevar con seguridad al triunfo la causa revolucionaria del Juche.

A nuestro Partido que, guiado con sabiduría por el gran Líder, camarada Kim Il Sung, conduce el proceso revolucionario y constructivo enarbolando la bandera de la idea Juche y contando con el absoluto apoyo y confianza de las masas populares le esperan sólo el triunfo y la gloria.

NUESTRO SOCIALISMO CENTRADO EN LAS MASAS POPULARES ES INVENCIBLE

Conversación con los funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea

5 de mayo de 1991

Disfrutar a sus anchas de una vida independiente y creadora en una sociedad libre de explotación y opresión, es un anhelo que las masas populares han abrigado a lo largo de los siglos. Para verlo realizado han venido derramando su sangre en la lucha contra los opresores y, venciendo pruebas de toda índole, lograron edificar la sociedad socialista. Esta, siendo nueva, radicalmente diferente de todas las explotadoras registradas en la historia de la humanidad, tiene que allanar un camino por nadie pisado antes, en medio de una cruenta lucha contra los enemigos de clase, razón por la cual es posible que, en el proceso de avance, tropiece con altibajos temporales. No obstante, es una ley del desarrollo de la historia el que ninguna fuerza pueda impedir que la humanidad vaya por la vía del socialismo.

El apoyo y la confianza de las masas populares en el socialismo surgido como reflejo de la aspiración popular a la independencia y de las exigencias de la época, constituyen la fuente de su poderío invencible. Este apoyo y confianza de nuestro pueblo son inconmovibles, y está experimentado en la vida real cuán valioso le resulta este régimen. En nuestro país, a lo largo de decenas de años de construcción del socialismo, no hubo, ni una sola vez, alguna inestabilidad o incer-

tidumbre política. Hoy, los imperialistas y otros reaccionarios llevan a cabo aviesas intrigas para suprimir el socialismo, pero el nuestro sigue avanzando a pie firme por su camino, sin la menor vacilación ante los viles ataques y calumnias de aquéllos. La solidez e invencibilidad de nuestro socialismo constituyen objeto de infinita admiración por parte de los pueblos progresistas del mundo.

La llave de estas cualidades de nuestro socialismo consiste en ser un régimen centrado en las masas populares, que las coloca en posición de genuinas amas de la sociedad y pone a su servicio todo lo que hay en ésta. Porque lo tiene a su disposición, nuestro pueblo lo considera la cuna de su vida y felicidad y le confía por entero su destino. El pueblo coreano, que goza de una plena felicidad y de una existencia genuina en la sociedad socialista, bajo la sabia dirección del Partido y el Líder, está esforzándose con abnegación para salvaguardar, de modo firme, ese régimen y culminar la causa socialista.

1

El implantado en nuestro país es un socialismo de estilo coreano, que encarna la gran idea Juche y se centra en las masas populares.

Tempranamente, el gran Líder, camarada Kim Il Sung, recogiendo la aspiración del pueblo y las exigencias de la época, creó la doctrina Juche que vendría a ser una nueva rectora de nuestro tiempo, el de la independencia.

La idea Juche es una concepción humanocéntrica del mundo. Sobre la base de haber aclarado las características esenciales del hombre en su calidad de ser social con independencia, creatividad y conciencia, esta teoría implantó un nuevo principio filosófico, el de que el hombre es dueño de todo y lo decide todo, así como un punto de vista y actitud originales de tratar todo el fenómeno partiendo de sus intereses y considerar todos los cambios y evoluciones teniendo como lo principal las actividades del ser humano. La doctrina Juche puso en la máxima altura la dignidad y el valor del hombre. El socialismo establecido en nuestro país, por encarnar esta doctrina, viene a ser humanocéntrico, que hace del hombre el dueño de todo y que todo le sirva a él.

El ser humano a quien la idea Juche considera el amo de todo y la existencia más preciada y potente, es el pueblo trabajador, presentado por ésta como sujeto del movimiento social, el cual se inicia y desarrolla por sus actividades independientes, creadoras y conscientes, las de las masas populares. Divorciado de éstas, no puede surgir el movimiento mismo, llamado a transformar y cambiar la naturaleza y la sociedad, ni puede realizarse el desarrollo socio-histórico. Las masas populares constituyen el sujeto del movimiento social, porque crean todo lo que hay en la sociedad y gracias a sus esfuerzos avanza la historia. Ellas, si bien son el sujeto del movimiento social y las creadoras de la historia, no en cualquier sociedad ocupan la posición de dueñas. Donde rige la explotación, quien se apropia de este puesto no son ellas sino las ociosas clases explotadoras. Precisamente el socialismo es el que pone fin a esa sociedad en que se usurpa esta posición de dueños, y hace a las masas populares genuinas propietarias de la sociedad. El implantado en nuestro país es un socialismo privilegiado para las masas populares, donde éstas son dueñas de todo y todo se pone a su servicio en correspondencia con la posición y papel que tienen en el desarrollo socio-histórico.

Nuestro socialismo encarna de un modo más consecuente la aspiración y exigencia de la clase obrera, que tiene en la idea Juche su doctrina revolucionaria que refleja sus demandas. Y considera a esta clase como destacamento medular del sujeto de la revolución. La obrera es la clase que encarna desde el más alto nivel las exigencias intrínsecas del ser humano a vivir y progresar de manera independiente y creadora. Su demanda es emanciparse de toda forma de subyugación y restricción para disfrutar de una existencia independiente y creadora, y su misión histórica consiste en alcanzar dicha emancipación, no sólo para sí misma, sino también para todos los otros

miembros de la sociedad y de esta manera implantar por completo la independencia de las masas populares.

Debido a que en el pasado nuestro país fue una sociedad atrasada, semifeudal y colonial, la clase obrera no era numerosa, pero siendo el contingente con más fuerte aspiración por la independencia y espíritu revolucionario, constituyó la médula de las fuerzas de la revolución. Desde la etapa de la democrática, antimperialista y antifeudal, el gran Líder consideró a los obreros como integrantes de la clase rectora de la revolución y tomó sus demandas y las de la nación por punto de partida de todas sus políticas y lineamientos. En nuestro país, todos los procesos de la revolución, desde el de la antimperialista de liberación nacional y el de la democrática antifeudal, hasta el de la socialista y de su construcción, se han efectuado con éxito bajo la dirección de la clase obrera. Hoy en día, ésta, al crecer y consolidarse de continuo e intensificando su papel, imprime con éxito sus rasgos a toda la sociedad. La fisonomía de nuestro socialismo está cobrando, de modo gradual, sus rasgos y completando los aspectos de la sociedad sin clases.

Al decir que nuestro socialismo encarna las exigencias innatas de la clase obrera, no significa de modo alguno que sea una comunidad exclusivamente para esa clase. Las demandas de los obreros se identifican con las de todas las otras clases y capas interesadas en el progreso social y, la sociedad donde las materializan, se aviene también a estas clases y capas. La idea Juche exige definir como integrantes del sujeto de la revolución, no sólo a los obreros, sino también a las masas de amplios sectores, sobre todo al campesinado y la intelectualidad, y proteger sus intereses.

El campesinado, junto con la clase obrera, constituye un principal componente del sujeto de la revolución y le sirve a ésta como fuerza motriz. En nuestro país, donde otrora los campesinos representaban la mayoría de la población, dar una solución justa a sus intereses se ha presentado siempre como una cuestión importante en la revolución. El gran Líder los situó al lado de los obreros, como el grueso de la revolución y procuró que todos los problemas que se le presenta-

ban en ésta se resolvieran en correspondencia no sólo con las exigencias de los unos, sino también con la aspiración de los otros. Bajo la sabia dirección del Partido y el Líder, en nuestro país la reforma agraria se efectuó de acuerdo con el anhelo secular de los campesinos de poseer, alguna vez, sus propias tierras, y en el período posbélico la revolución socialista se llevó a cabo teniendo en cuenta su anhelo, o sea se respetó de modo consecuente el principio de voluntariedad y se tomó una vía original para efectuar la transformación socialista de la forma económica, antes que de la técnica. Para ver realizado definitivamente el anhelo de los campesinos el Líder presentó la tesis sobre el problema rural socialista y dirigió con energía los esfuerzos para su materialización. La invariable política de nuestro Partido que protege los intereses de los campesinos, consiste en que el Estado y la sociedad se responsabilicen con ayudarles a realizar sus aspiraciones y demandas. En nuestro país, siguiendo el camino señalado por la tesis sobre el problema rural socialista, se está cumpliendo con éxito la tarea de industrializar y modernizar la agricultura y de imprimir al campesinado los rasgos de la clase obrera, mediante la intensificación, por todos los medios, de la dirección obrera sobre el campesinado, la ayuda de la industria a la agricultura y el apoyo de la ciudad al campo.

En los procesos revolucionario y constructivo, los intelectuales desempeñan un rol importante, el cual va creciendo a medida que se va desarrollando la sociedad. En éstos cobra enorme significación la justa solución del problema de la intelectualidad. Desde el período inicial de la revolución, el gran Líder la guió por ese camino, considerándola una parte componente de su sujeto y una de sus principales fuerzas. Como quiera que los intelectuales del pasado, por su condición de ser oriundos de un país colonial, poseían espíritu de antimperialismo, de independencia y de revolución democrática, nuestro Partido tuvo la audacia de depositar su confianza en ellos y los educó y transformó para orientarlos a servir a la clase obrera, y, por otra parte, formó en gran escala una nueva generación de intelectuales de origen obrero y campesino, lo que hizo posible la constitución de un

gran contingente de ellos. Estos, bajo la correcta dirección del Partido y el Líder, están manifestando, sin reservas, su fervor revolucionario e inteligencia creadora en todos los frentes de la revolución y la construcción, lo que significa una contribución activa a la causa del socialismo y el comunismo.

La clase explotadora no puede ser el sujeto del movimiento social, por el contrario, es la reacción de la historia y el blanco de la revolución. Considerar a las masas del pueblo trabajador como sujeto de la revolución y a la clase explotadora como su blanco, no significa de manera alguna definir la posición y actitud de las personas con respecto a la revolución y a la contrarrevolución, basándose únicamente en sus procedencias social-clasistas. El estado socio-clasista deja consecuencias sobre las acciones de las personas, pero, a través de su conciencia ideológica. También quienes tengan problemas en sus procedencias social-clasistas, pueden servir a la revolución, si reciben sus influencias. A la persona hay que valorarla, según su disposición ideológica y sus acciones y en cuanto a quienes se consagran al progreso social y a la revolución, no debe cuestionárseles por sus orígenes, sino confiar en ellos considerándolos integrantes del sujeto de la revolución. Estos son el punto de vista y la posición originados de la idea Juche, en cuanto a las personas procedentes de diferentes clases y sectores sociales.

Nuestro Partido confió con audacia en todos los que se unieron a la lucha por la independencia de las masas populares y los condujo por el camino de la revolución. En el país, cuando la revolución democrática, antimperialista y antifeudal, aglutinamos en una fuerza revolucionaria, no sólo a las masas de trabajadores, sino también a los capitalistas nacionales y a los religiosos de conciencia, y a todos los otros que se oponían al imperialismo y aspiraban a la democracia; y cuando la revolución socialista, no eliminamos a los campesinos ricos y a los comerciantes e industriales capitalistas, sino los condujimos a incorporarse voluntariamente a la economía cooperativizada y a transformarse en trabajadores socialistas. A todos ellos, convertidos ya, el Partido los considera no como amigos pasajeros del camino,

sino como acompañantes revolucionarios de siempre y los guía por el camino del socialismo y el comunismo, no importa a qué clase o sector social pertenecieron en el pasado.

Nuestro socialismo ha venido fortaleciéndose y desarrollándose sin cesar, con el absoluto apoyo y confianza de las masas populares, lo cual se debe a que el Partido, aplicando con acierto una línea de clases y de masas, impidió y frustró oportunamente las conjuras antirrevolucionarias de un puñado de fuerzas hostiles, y al mismo tiempo, reforzó el sujeto de la revolución, al unir con firmeza a los diversos sectores de las masas en torno suyo y al Gobierno de la República, colocando a esta sociedad sobre el más amplio y sólido terreno social y clasista.

Los intereses de los individuos que forman la comunidad social son compuestos por los colectivos y los personales. El modo de combinar a ambos es un importante factor que determina el grado del progreso del régimen social. En la sociedad capitalista se enfrentan los intereses colectivos a los individuales y prevalece el individualismo que pone éstos por encima de aquéllos. Inevitablemente, el individualismo trae la desigualdad social, el fenómeno de "los ricos más ricos y pobres más pobres" y el conflicto entre las personas. Es contrario a la exigencia ingénita del hombre, ser social. El hombre, como ente social que sólo puede forjar su destino dentro de la colectividad, necesita por instinto del colectivismo. La idea Juche dilucidó que el sujeto de la revolución no lo constituye un individuo, sino las masas populares, y que el hombre, por naturaleza, no requiere el individualismo, sino el colectivismo, cuyo requisito esencial es coordinar los intereses generales con los personales, dándoles siempre la preferencia a los primeros, y viabilizar los segundos en ese marco. Las demandas personales en sí no se oponen al colectivismo, pero sí el individualismo que únicamente persigue intereses particulares, dañando los colectivos. En nuestra sociedad socialista, donde se ha materializado la humanocéntrica doctrina Juche, los requerimientos personales son respetados sobre la base de la protección estricta de los colectivos, se ofrece a los hombres el máximo de beneficios y

atenciones sociales y florecen a plenitud la unidad y las relaciones de cooperación en todos sus ámbitos.

La mayor colectividad social integral es el país, la nación. Es ésta una sólida conglomeración de personas, formada en el proceso sociohistórico, una comunidad que comparte un mismo destino. La revolución y la construcción se efectúan en el marco de cada país y nación, y los intereses de la colectividad social, de las masas populares, se materializan también dentro de los límites de esa misma unidad. Las masas populares no pueden hacer realidad su exigencia por la independencia al margen de su país. La idea Juche presenta la defensa de la soberanía de la nación como requisito fundamental para realizar la independencia de las masas populares. En vista de que los imperialistas traman conjuras alevosas para atentar contra la soberanía de otras naciones, la firme protección de su independencia viene a ser una tarea vital para hacer realidad los intereses de las masas populares y su exigencia por la independencia.

Nuestro Partido y el pueblo, con clara conciencia de que la independencia constituye la vida del país, de la nación, se han propuesto como su necesidad primordial el defenderla en la revolución y la construcción y han venido luchando siempre por ello. Así pudimos levantar un territorio socialista, digno y poderoso, un país independiente, autosostenido y autodefensivo, y hoy seguimos con pasos firmes el camino de la revolución, desbaratando las cada vez más virulentas intrigas antisocialistas de los imperialistas y los reaccionarios.

La lucha para defender los intereses de un país y alcanzar su soberanía, está unida al esfuerzo por realizar la independencia en todo el mundo. Lograr este objetivo contra la dominación, la esclavitud y la desigualdad entre las naciones, es un importante requisito de la idea Juche que defiende la independencia. La causa por su realización en el mundo exige necesariamente la amistad y cooperación entre los países. Promover la colaboración entre todas las naciones, sean grandes o pequeñas, sobre la base de los principios de la independencia, la igualdad y el respeto mutuo, redunda en favor de la realización de su causa por la soberanía. Dado que los imperialistas, con sus fuerzas

aliadas, maniobran de modo perverso para violar la independencia de las masas populares, es de suma importancia fortalecer la solidaridad antimperialista internacional. Sólo cuando todos los países que defienden la independencia luchen en común, firmemente unidos bajo la bandera revolucionaria de la soberanía contra el imperialismo, podrán frustrar sus maquinaciones intervencionistas y agresivas y realizar con éxito la causa de la independencia en todo el mundo.

Guiado por los ideales de la soberanía, la paz y la amistad, nuestro pueblo, fortalece la solidaridad internacional y desarrolla las relaciones de amistad y colaboración con todos los que aspiran a la independencia, y efectúa intercambios multifacéticos con aquellos que lo tratan de modo fraterno, sobre la base del principio de la igualdad y el beneficio mutuo. Pese a que realiza la revolución y la construcción en las difíciles condiciones creadas por el enfrentamiento directo con el imperialismo norteamericano, no escatima el apoyo y el respaldo, tanto material como espiritual, a diversos pueblos del Tercer Mundo que luchan por la independencia.

Realmente nuestro socialismo, por tener materializada la idea Juche, doctrina revolucionaria de la época de la independencia, es el mejor socialismo centrado en las masas populares, que ampara con firmeza tanto las exigencias de la clase obrera y otros sectores, como los derechos independientes de la nación y la aspiración de los pueblos del mundo a la soberanía.

El socialismo es una obra para las masas populares y nunca se puede divorciar de sus intereses. Para preservarlo es preciso proteger con firmeza sus intereses, y para defender éstos, hay que ser fiel a él. La aspiración y las exigencias de las masas populares son el parámetro que mide la veracidad de todos los fenómenos sociales, y la guía para la práctica revolucionaria. También en lo adelante debemos prestarles una atención primordial a sus intereses en el proceso revolucionario y constructivo y atender todos los asuntos de acuerdo con ellos. Debemos mantener con rigor el principio de realizarlos, defendiendo firmemente los fundamentales y combinando éstos con los inmediatos de un modo estrecho.

Para construir el socialismo centrado en las masas populares es indispensable asumir una actitud revolucionaria encaminada a orientarlas a mantener su posición y a desempeñar el papel que les corresponde como dueñas en el proceso revolucionario y constructivo. Por muy importantes que se consideren sus exigencias e intereses, si no se adopta una postura correcta en la lucha por hacerlos realidad, es imposible lograr el objetivo en la práctica.

Para que las masas populares defiendan su posición y desempeñen su rol como dueñas en la revolución y la construcción, es necesario que mantengan una actitud protagónica, es decir, la independiente y la creadora, fundamentales en estos procesos.

La postura independiente tiende a defender su posición soberana como artífices de la revolución y construcción y de su propio destino, y exige, fundamentalmente, que plasmen los derechos como tales y cumplan con su responsabilidad. Esta postura se expresa en ejercer los derechos independientes en todas las esferas de la vida social. Para que se valgan de éstos, deben resolver todos los problemas que se presentan en la revolución y la construcción, con su propio juicio y decisión y conforme a sus propias exigencias e intereses. Nadie les regala los derechos independientes; las mismas masas populares tienen que conseguirlos y defenderlos con su lucha, porque son dueñas de sus propios destinos. Para defender esta posición y sus derechos independientes y su dignidad, deben resolver los problemas bajo su propia responsabilidad, sobre el principio de apoyarse en sus propios esfuerzos.

La postura creadora tiende a guiarlas a cumplir su papel como transformadoras de la naturaleza y la sociedad, como forjadoras de su propio destino, y su exigencia fundamental es que, confiando en su inagotable fuerza, lo resuelvan todo por el método creador, ateniéndose a su capacidad creativa. El movimiento social es creativo e implica un proceso de lucha entre lo nuevo y lo viejo. Las encargadas de la creación, que vencen lo viejo y promueven lo nuevo, son las masas populares. En virtud de su inagotable fuerza creadora avanza la historia y la revolución. Con miras a impulsar con energía la revolución y la construcción es necesario asumir una inconmovible actitud de incrementar su capacidad y papel creador. Sus actividades creadoras siempre se efectúan en condiciones concretas, subjetivas y objetivas. Las ideas, sentimientos y la preparación de las masas populares encargadas de la creación son diferentes por países, y también lo son las condiciones socio-económicas y materiales en que se desarrollan los quehaceres creativos. En el proceso de la revolución y construcción siempre se debe mantener la posición de resolver todos los problemas de acuerdo con la situación concreta de cada país.

La experiencia práctica de nuestra revolución muestra fehacientemente que si se mantiene con firmeza una posición protagónica, es posible resolver con éxito cualquier asunto difícil y complicado que se presente en la revolución y la construcción.

Las circunstancias socio-históricas de nuestra revolución nos exigieron imperiosamente solucionar todos los problemas a tenor con nuestra propia convicción y conforme a la voluntad del pueblo y a la realidad del país. Iniciamos la revolución en una sociedad colonial y semifeudal atrasada y nos vimos obligados a construir el socialismo en las peliagudas condiciones creadas por la división del país en Norte y Sur y la destrucción total por la guerra. No estaba dictada en ninguna parte una receta apropiada para resolver esta situación. Máxime, después de establecido el régimen socialista, era imposible allanar el nuevo camino a seguir en la construcción con las teorías existentes. Esto nos exigía resolver todas las cuestiones de la revolución y construcción con nuestro propio cerebro y conforme a nuestra realidad.

Desde una posición protagónica, el gran Líder formuló y sistematizó teorías originales sobre la revolución antimperialista por la liberación nacional, sobre la democrática antifeudal y sobre la socialista, así como perfeccionó en forma nueva e integral la pertinente a la construcción del socialismo y el comunismo. Aplicando la idea Juche él confeccionó las teorías sobre la revolución y la construcción, centradas en las masas del pueblo trabajador y trazó su estrategia y tácticas basadas en el papel de éstas. Se trata de una perfecta doctrina

revolucionaria comunista que ha sistematizado en todos los aspectos las concepciones sobre la liberación nacional, clasista y humana y la transformación de la sociedad, la naturaleza y el hombre. Como está doctrina original ilumina el camino a seguir, nuestro pueblo ha podido impulsar victoriosamente la causa del socialismo, sin ninguna desviación.

La situación interna y externa de nuestra revolución era muy compleja, lo cual exigió acuciosamente que el pueblo la impulsara por sí mismo junto con la tarea constructiva, poniendo en pleno juego el espíritu revolucionario de apoyarse en su propia fuerza. Para una pequeña nación no es fácil llevar a cabo con sus únicos esfuerzos la revolución y la construcción. En el caso de nuestro país, construir el socialismo por su cuenta resultó difícil sobremanera, porque se encaraba a los poderosos enemigos imperialistas en una situación tensa y heredó de la vieja sociedad y de la época anterior nada más que el atraso, la miseria y una economía devastada. Sin embargo, el pueblo no esperó la ayuda ajena para llevar a cabo la revolución y la construcción. Con la firme convicción de que es dueño de su propio destino y posee el poder para forjarlo, se unió monolíticamente en torno al Partido y al Líder y, venciendo con sus esfuerzos todas las dificultades, allanó con éxito el camino del socialismo.

Con la posición protagónica que mantiene consecuentemente en el proceso revolucionario y constructivo, nuestro Partido ha defendido de modo resuelto la dignidad de la nación y los principios revolucionarios y ha venido cumpliendo sin vacilación la causa del socialismo a despecho de tan compleja situación. El complicado contexto actual exige mantener con más firmeza la posición protagónica en la revolución y la construcción. Esto es más perentorio que nunca para nosotros, en vista de que los imperialistas y reaccionarios traman viles conjuras antisocialistas y dirigen los dardos de su ataque hacia los países que sostienen los principios revolucionarios. Bien conscientes de que conservar la posición protagónica en la revolución y la construcción es un asunto vital del que depende el destino de la nación, debemos seguir materializando consecuentemente el lineamiento y la política originales del Partido y resolver todos los problemas concorde a la realidad del país, acopiando la fuerza creadora del pueblo.

2

El peculiar socialismo a nuestro estilo, centrado en las masas populares, establecido por éstas mismas con su propia fuerza y conforme a la realidad del país, manifiesta su enorme superioridad y vitalidad.

Este es el régimen social más ventajoso, que ofrece a las masas populares una existencia independiente y creadora. El deseo de nuestro pueblo, de disfrutarla plenamente, ya libre de toda clase de esclavitud y trabas, se verifica con brillantez en todas las esferas de la vida política, económica e ideológico-cultural.

La vida política tiene una importancia decisiva en las actividades sociales. Las masas populares, sólo cuando participan en ella como dueñas del Estado y de la sociedad, pueden llevar una existencia independiente y creadora. Para asistirle como propietarias de su destino, tienen que tomar el poder en sus manos.

Hace ya mucho tiempo, el gran Líder presentó una línea original para la construcción del Poder popular, basada en la idea Juche, y orientó a nuestro pueblo a establecerlo según su voluntad. Nuestro Poder popular, así implantado, es un genuino poder del pueblo, asumido por la clase obrera y las otras grandes masas trabajadoras, y que defiende con firmeza los intereses de éstas.

En nuestro país, donde el pueblo es el dueño del poder, todos los trabajadores, como miembros iguales de la sociedad, con iguales derechos políticos, participan, en calidad de protagonistas, en la administración del Estado y en todas las labores para ejercer el poder y despliegan libremente las actividades socio-políticas.

Nuestra sociedad socialista es una auténtica sociedad democrática que le asegura al pueblo, efectivamente, genuinos derechos y libertades políticos. Por principio, el socialismo no puede separarse de la democracia. La única democracia auténtica es la democracia socialista.

Mientras sigue en pie la lucha de clases, la democracia se reviste de un carácter clasista y está vinculada con la dictadura. La democracia socialista es para las masas populares, pero a la vez es una dictadura contra los enemigos clasistas que la detestan. Los imperialistas y los reaccionarios calumnian a la democracia socialista por el hecho de que ejerce la dictadura contra los enemigos clasistas, con lo cual persiguen, en última instancia, el objetivo de abrir la puerta a sus intrigas criminales contra el socialismo. Dado que ellos recurren a actos subversivos y de sabotaje contra la democracia socialista, es lógico que se les apliquen sanciones a los enemigos clasistas que violan la independencia de las masas populares. La democracia burguesa que ellos tratan de imponer a otros es una "democracia" antipopular, que sirve a una minoría de las clases explotadoras, pero que ejerce una dictadura con las masas del pueblo trabajador. En ningún caso puede ser auténtica, porque reprime con crueldad la lucha de las amplias masas por las libertades democráticas y los derechos a la existencia. Aunque los imperialistas y los reaccionarios describen como una supuesta "democracia" el parlamentarismo y el pluripartidismo burgueses, son los grandes capitalistas monopolistas quienes manipulan realmente la política detrás de la cortina de estos "ismos". Los imperialistas y los reaccionarios, cuando les parece que esos sistemas formales obstruyen el mantenimiento de su dominación, los dejan de una noche a la mañana para practicar abiertamente métodos fascistas. Pruebas elocuentes de ellos son los hechos históricos.

El carácter popular de la democracia socialista y el antipopular de la democracia burguesa se expresan con nitidez en el tópico de los derechos humanos. En nuestra sociedad socialista, donde el hombre se considera como el ser más precioso, se aseguran plenamente por la ley y no se tolera la mínima práctica que los viole. Sería difícil

encontrar en el orbe un país como el nuestro, que tan estrictamente garantiza a las personas todos los derechos, desde los de trabajo, alimentación, vestido y vivienda, hasta los de estudio y asistencia médica. En la actualidad, los imperialistas y los reaccionarios calumnian al socialismo adjudicándose el título de "defensores de los derechos humanos", pero ellos son, de hecho, quienes los violan. Ni siquiera tienen cara para hablar sobre los derechos humanos porque aplican el terror político a los habitantes y personalidades inocentes que reclaman la libertad y la democracia, y atentan hasta a las más elementales libertades democráticas y el derecho a la existencia de los trabajadores. Los crueles actos de violación que se perpetran en el Sur de Corea a instigación del imperialismo norteamericano, demuestran fehacientemente cuán hipócritas y descaradas son las palabras de los imperialistas en cuanto a la "defensa de los derechos humanos".

La democracia socialista se asegura por la legalidad socialista. Esta es de carácter democrático, radicalmente opuesta a la burguesa, que permite gobernar al pueblo por la fuerza. La sociedad socialista está organizada sobre la base del colectivismo, y su alto grado de organización se garantiza por las leyes socialistas. En virtud de esa legislación, y en el marco de un perfecto orden social, se aseguran a los habitantes los derechos democráticos y la libertad. A diferencia de la sociedad capitalista, donde la ley sirve de medio de dominación antipopular de la clase gobernante reaccionaria, nuestra ley socialista es elaborada reflejando la voluntad de las masas del pueblo trabajador y se ejecuta basándose en su alta conciencia. A través de la legalidad socialista más popular, a nuestro pueblo se le aseguran estrictamente los derechos democráticos y la libertad que le corresponden como dueño del Estado y la sociedad.

En el socialismo la democracia está vinculada con el centralismo. Si, al margen de éste, las personas presentan cada cual a su antojo diversas demandas, las masas populares no pueden realizar correctamente su exigencia por la independencia. Sintetizar las opiniones de las masas populares y convertirlas en su voluntad, es precisamente la política democrática. La verdadera democracia puede garantizarse

sólo a condición de que el Estado aplique la dirección centralista bajo el liderazgo del partido de la clase obrera. Asegurar esta condición constituye un requisito intrínseco de la sociedad socialista, que es un ente social y político. En ésta, donde las personas viven ayudándose y guiándose unas a otras, el Estado se responsabiliza de su vida. Esta es una ventaja esencial de la sociedad socialista sobre la capitalista, donde la existencia de las personas transcurre por separado y de modo espontáneo, y el Estado burgués no hace caso a que la gente muera de hambre. En la sociedad socialista la función del Estado de atender con responsabilidad la vida de todos sus miembros, se efectúa a través de su dirección centralista.

La función de dirección centralizada que ejerce el Estado socialista no es una mera función autoritaria. Por supuesto, también el poder socialista que sirve al pueblo siendo éste su dueño, cumple esta función en correspondencia con sus características, pero no debe considerarla omnipotente. La omnipotencia autoritaria es propia del poder de la clase explotadora que realiza el dominio político sobre el pueblo. El Poder socialista de nuestro país no es un simple órgano autoritario, sino que sirve al pueblo trabajador, como representante de su derecho a la independencia, como organizador de sus capacidades y actividades creadoras, como cabeza de familia encargado de su vida y como protector de sus intereses. Si se debilita la función de dirección centralizada del Estado socialista que procede de su misión y deber de servidor del pueblo, él quedará incapaz de asegurar bajo su responsabilidad la vida de éste, y más aún, se producirá un estado anárquico en la sociedad, poniendo en peligro al socialismo. El objetivo perseguido por los enemigos del pueblo que, enmascarándose con la "democracia", se oponen a la dirección centralizada del Estado socialista, es precisamente eliminar al socialismo.

Debemos fortalecer sin interrupción el Poder popular y elevar su función y papel, así como implantar, de modo más estricto, un clima de observación de la legalidad socialista y de vida democrática con vistas a dar un amplio margen a la democracia socialista. A nuestros órganos del Poder popular les compete cumplir en forma consecuente la política y lineamientos del Partido y aplicar con acierto la línea revolucionaria de masas, para llevar a feliz término la misión y el deber que les corresponden como cabezas de familias encargados de la vida de la población.

En la sociedad, las masas del pueblo participan en la vida política, no solamente por conducto del poder, sino también a través de los partidos y organizaciones. Para hacerse genuinas dueñas de la política, les es preciso, además de serlas con respecto al poder, tomar parte con actitud de protagonistas, también en las actividades políticas de los partidos y las organizaciones. La significación y el rol de estas tareas crecen en el socialismo, lo cual se relaciona con que es una sociedad donde el líder, el partido y las masas integran un solo ente socio-político. Aquí las personas pueden disfrutar de una inapreciable vitalidad socio-política, manteniendo inseparables lazos con el líder, sólo cuando se incorporan a las organizaciones del partido de la clase obrera y a otras políticas, que éste dirige, y asisten a sus actividades específicas. Nuestros trabajadores proceden así de modo consciente, considerando que ello les proporciona una existencia de alto valor.

El principio de la vida en las organizaciones del partido y de los trabajadores, es el centralismo democrático. En la vida político-organizativa no pueden existir superiores e inferiores, todos ejercen iguales derechos y cumplen iguales tareas. Las opiniones democráticas que los militantes del partido y los trabajadores plantean a través de sus respectivas organizaciones, se reflejan en la política del partido y el Estado y gracias a sus iniciativas creadoras se realiza de modo consecuente dicha política.

Las organizaciones del partido y las de los trabajadores, son escuelas que educan y forjan a sus miembros. Por medio de las actividades políticas y organizativas, estos asimilan la idea revolucionaria del líder como alimento político, y se fraguan bajo la ayuda de sus entidades y camaradas. El que en nuestro país la totalidad de los militantes del Partido y los trabajadores, armados firmemente con la doctrina Juche y unidos estrechamente en torno al Partido y el Líder,

gozan de una valiosa vida socio-política, no se puede imaginar jamás al margen de las actividades político-organizativas revolucionarias.

Los imperialistas y otros reaccionarios se oponen a esa labor política en las entidades del partido de la clase obrera y en otras dirigidas por éste, calumniándola como si fuera una "restricción" de la libertad, porque ahí está una fuente importante del poderío político e ideológico del socialismo. Si en esta sociedad, las personas descuidan su vida política en estas organizaciones, serán impotentes para hacerla lucir, llegando a mancharla y a caer en errores e incluso a dejarse engañar y ser utilizadas por los contrarrevolucionarios. Participando en la vida político-organizativa revolucionaria, las personas pueden intervenir en calidad de dueñas, en la ejecución de la política del partido y el Estado y disfrutar de una existencia de alto valor. Nuestro deber es consolidar y desarrollar el ordenado sistema de vida político-organizativa y promover altamente entre los militantes del Partido y los trabajadores, un ambiente de participar de modo consciente en ésa, de suerte que todos los hombres la hagan lucir más.

El aspecto económico constituye la base de las actividades sociales. El vivir independiente y creador de las personas se asegura por una libre y abundante existencia económica.

Las masas populares son dueñas de su destino, por tanto, deben serlo también de la vida económica, cuestión que se determina por el régimen económico de la sociedad dada, en particular, por el de propiedad. También en la vieja sociedad explotadora, las masas populares crean bienes sociales, pero no pueden ser sus dueñas, lo cual se debe a que los medios de producción son arrebatados por la minoría de la clase explotadora. La aspiración de las masas populares a una nueva sociedad, exenta de explotación y opresión, se centra en constituirse, ante todo, en propietarias de los medios de producción. En nuestro país, este anhelo se realizó con éxito a través de la revolución democrática y la socialista. Aquí existe sólo la propiedad social sobre los medios de producción, y sobre esa base, las masas populares se han convertido en auténticos dueños de la vida económica y disfrutan de una existencia independiente y creadora.

Si bien los imperialistas y los reaccionarios vociferan acerca de las "ventajas" de la propiedad privada y tratan de obligar a los países socialistas a renunciar a la tenencia social y restablecer la particular, ya hace tiempo que la historia comprobó su carácter reaccionario. Esas "ventajas" suponen una ilimitada emulación inspirada en la "ley de la selva" para apoderarse de mayores riquezas. Este reto basado en la propiedad privada engendra inevitablemente explotación y opresión y convierte a los trabajadores en esclavos del capital. Sólo en la sociedad socialista, sustentada en la propiedad social, las masas populares, siendo como sus dueñas auténticas, pueden gozar de una vida independiente y creadora. Nuestro pueblo experimentó a través de su vida que sólo la propiedad social puede asegurarle una existencia abundante y culta, por eso la aprecia mucho y lucha con abnegación por fortalecerla y desarrollarla. Consolidarla es un requisito legítimo para el avance de la sociedad socialista. Debemos cumplir con éxito la histórica tarea de establecer la única propiedad de todo el pueblo, con el método de acercar la cooperativizada a ésta, elevando sin descanso su papel directivo.

La economía socialista, en la que las masas populares son dueñas de los medios de producción, ha de ser administrada también por ellas. Con el establecimiento del sistema de trabajo Taean, el gran Líder logró implantar una muy eficiente fórmula que permite a las masas populares gestionar esa economía. El sistema de trabajo Taean es una forma comunista de administración económica, perfectamente científica, y que materializa la línea revolucionaria de masas, que se le garantiza, excelentemente, por la dirección colectiva del comité del Partido, la cual posibilita acopiar sin reservas la inteligencia conjunta de todos, poniendo fin al subjetivismo y a la arbitrariedad personal en la administración de la economía y movilizarlos enérgicamente, por un método político, para el cumplimiento de las tareas económicas. Esta dirección que nuestro Partido preconiza para el trabajo económico, es política, una orientación basada en la política, y rechaza la suplantación de la administración y el método administrativo. De acuerdo con las resoluciones del comité del Partido, sus tra-

bajadores realizan una labor con las personas, una gestión política, y los funcionarios administrativos y técnicos efectúan los trabajos correspondientes. Gracias a la dirección colectiva del comité partidista, todas las labores económicas se ejecutan conforme a las exigencias de la política del Partido, se reflejan correctamente las opiniones de las masas en la administración de la economía y se eleva de forma sensible la responsabilidad de los funcionarios y el entusiasmo consciente de los trabajadores en el cumplimiento de dichas tareas. Las ventajas y la vitalidad del sistema de trabajo Taean se han comprobado con claridad en la práctica. Debemos seguir aplicándolo consecuentemente para desarrollar sin interrupción y a alta velocidad la economía socialista, basándonos en las inagotables fuerzas creadoras de las masas populares, para asegurar a nuestro pueblo una vida material y espiritual, más abundante y culta.

La actividad laboral creativa ocupa un lugar importante en la esfera económica. A través del trabajo, el hombre crea los bienes que necesita para su existencia material y cultural y en este proceso se forja como un ser más fuerte. El derecho al trabajo es uno de los principales que debe poseer como dueño de la sociedad, y el grado de su aseguramiento constituye uno de los importantes factores que determinan el carácter progresista del régimen social.

En nuestra sociedad socialista se asegura de modo cabal a los trabajadores ese derecho laboral. El Estado les facilita puestos de trabajo seguros, según sus capacidades y vocaciones. Nuestro pueblo ya ha olvidado la palabra desempleo. Esto es un fenómeno que puede presenciarse solamente en nuestro socialismo, donde se considera al hombre como el ser más preciado. En el capitalismo, donde se le considera objeto de explotación y productor de plusvalía, los trabajadores no pueden asegurarse de oficios seguros. Los capitalistas utilizan el desempleo como la palanca para elevar la intensidad del trabajo y explotar la mano de obra con los menos gastos posibles. Allí, en las calles pululan los desempleados y semiempleados, mientras los que tienen trabajo viven con permanente temor a ser despedidos.

Para hacer de la actividad laboral creativa una vida digna, es preciso liberar a los trabajadores de las faenas duras y difíciles y ofrecerles condiciones laborales humanas e higiénicas. Con el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, crecen las posibilidades de tornar óptimas estas condiciones. Sin embargo, cómo se aprovechan esas posibilidades, depende mucho del carácter del régimen social. Nuestro Partido presentó la revolución técnica, llamada a liberar a los trabajadores de difíciles tareas, como una de las misiones de la revolución a impulsarse de continuo después de la instauración del régimen socialista, y está haciendo tesoneros esfuerzos para su realización. Bajo la sabia dirección del Partido y del Líder, en nuestro país se cumple de modo exitoso la histórica tarea de liberar hasta de las duras faenas a los trabajadores, ya emancipados de la explotación y la opresión. Debemos consolidar de modo incesante nuestro más avanzado régimen de trabajo socialista y acelerar con energía la revolución técnica para eliminar por completo las tareas duras y difíciles y hacer más digna la actividad laboral creativa de nuestro pueblo.

Asegurar al pueblo un equitativo y abundante bienestar material constituye una de las importantes exigencias de la vida económica socialista. Este objetivo puede alcanzarse sólo con medidas populares del partido de la clase obrera y del Estado socialista.

En virtud de la política popular del Partido y del Gobierno de la República, nuestro pueblo disfruta por igual de una realidad dichosa, siendo el Estado y la sociedad los que le aseguran de modo efectivo todas las condiciones necesarias para alimentarse, vestirse y alojarse. Entre otras, el Estado le suministra a un precio tan bajo, como casi gratuito, los víveres y le concede los beneficios de la educación y la asistencia médica gratuitas; y no sólo esto, al abolirse por completo el sistema tributario, los habitantes ya se han olvidado de la palabra impuestos. Aquí, el Estado se encarga de atender a los ancianos, inválidos y niños que no tienen protectores. En cuanto a los exmilitares que resultaron heridos al luchar con abnegación por la noble causa en aras de la Patria y el pueblo, y otras personas con méritos,

se les dan tratos privilegiados a escala social y de sus condiciones vitales se ocupan con diligencia el Partido y el Estado. Estos conceden otros muchos beneficios de que hoy está disfrutando nuestro pueblo. La política popular que ellos aplican muestra de modo concentrado la superioridad de nuestro régimen socialista centrado en las masas populares.

La "política de bienestar" que se aplica en los países capitalistas difiere radicalmente de la popular de la sociedad socialista. Esa tiende a encubrir las contradicciones clasistas de la sociedad capitalista y a neutralizar la oposición de las masas trabajadoras. Aunque se aplique, no será más que un rótulo, incapaz de mejorar la situación vital de los trabajadores.

Teniendo en cuenta el carácter transitorio de nuestra sociedad socialista, aquí se rige la distribución socialista basada en el volumen y la calidad del trabajo cumplido y se aprovechan los precios y otras palancas económicas, pero también en este caso se fijan los salarios y los precios según el principio de mejorar de modo sistemático e igualitario la vida de la población; las diferencias salariales son pequeñas y se orienta a disminuirlas de continuo. Y en el caso de los precios de las mercancías se establecen bajos para las de consumo masivo y aún más asequibles los de los artículos imprescindibles para los niños y los estudiantes.

El que bajo la sabia dirección del Partido y el Líder y sus solícitas atenciones, todos los miembros de la sociedad, ayudándose y guiándose recíprocamente, lleven por igual una vida holgada y dichosa, sin tener que preocuparse por la comida, la ropa y la vivienda, constituye la constancia de la existencia material socialista de nuestro pueblo. No sólo seguiremos aplicando la más avanzada política popular en virtud de la cual el Partido y el Estado se encargan de atender la vida material del pueblo, sino que iremos ampliándola y completándola en la medida del avance de la edificación socialista.

La garantía material de la vida económica del pueblo se prepara por el desarrollo de las fuerzas productivas del país, a las que el régimen socialista les abre un ancho camino de progreso. La economía

socialista que sirve al pueblo, no es de mercado, sino planificada, ni se subordina, sino se autosostiene. La de mercado, que persigue sólo la ganancia, o la dependiente, destinada a llenar sólo los bolsillos de los monopolistas foráneos, contravienen radicalmente a los intereses de las masas populares, y en cuanto al ritmo de desarrollo, no pueden estar a la altura de la economía socialista que progresa de manera planificada e independiente. Los imperialistas y sus portavoces hablan como si la "prosperidad material" en los países capitalistas adelantados se debiera a la "superioridad" de su sistema económico, pero esto no pasa de ser un sofisma por el que nadie se deja engañar. Si esos países emprendieron ya hace mucho tiempo el camino del desarrollo capitalista, las naciones socialistas fueron otrora económicamente atrasadas o colonias o semicolonias. Ellos alcanzaron la "prosperidad material" mediante la cruel explotación de los trabajadores y el saqueo colonialista a los del Tercer Mundo, pero éstas no podían proceder así. Los imperialistas pueden convertir en sus colonias a algunos países atrasados y fabricar expresamente en éstos la "prosperidad material" para utilizarlos en el enfrentamiento con los socialistas, pero tal economía subordinada, por mucho que se desarrolle, no puede proporcionarle a las masas trabajadoras un genuino bienestar. Unicamente la economía socialista que, por cada país o nación, progresa en forma planificada y apoyándose en una base independiente, puede traerles verdadera prosperidad y felicidad. Con tal que se edifique una potente economía nacional independiente, que se desarrolle por vía planificada, será posible asegurar la soberanía política, echar los firmes fundamentos técnico-materiales del socialismo y mejorar el bienestar real del pueblo, lo que sería la plena manifestación de la superioridad del régimen socialista.

Mantener con firmeza el principio de construcción de la economía socialista adquiere mayor importancia en las condiciones en que los imperialistas, utilizando como cebo la "colaboración económica" y la "ayuda", imponen a otros países la de mercado capitalista y maniobran con maña para lograr su penetración económica. Bajo la dirección del Partido, nuestro pueblo, dando amplio margen a la superiori-

dad de la socialista planificada, ha edificado una potente economía nacional independiente, lo que le permite impulsar con fuerza la construcción socialista, sin dejarse influir por ningún bloqueo económico imperialista, ni ninguna fluctuación económica mundial. Nuestra tarea es llevar la construcción de la economía socialista a un continuo auge, verificando constante y cabalmente la orientación del Partido de unificar y pormenorizar el plan y su línea de edificación de la economía nacional autosostenida, para así aumentar el poderío del país y fomentar sin cesar el bienestar material del pueblo. Iremos desarrollando por todos los medios y sobre la base de los principios de igualdad y de beneficio mutuo el intercambio y la colaboración económicos con todas las naciones que nos tratan con amistad, pero rechazaremos de modo categórico la penetración económica imperialista.

Las actividades ideo-culturales forman parte importante de la vida social. A través de ellas las personas se forman en la conciencia de independencia y la facultad creadora, realizan sus diversas necesidades estético-culturales y adquieren nobles cualidades espirituales y morales.

La característica relevante del quehacer ideo-cultural en la sociedad socialista consiste en que las masas populares no sólo son las creadoras de los bienes espirituales sino que se benefician de ellos, llegando a disfrutar de una elevada existencia en esta esfera. Como esta sociedad es donde las masas populares ocupan la posición de dueñas, el partido y el Estado de la clase obrera deben encargarse de asegurarles las condiciones para desarrollar sanas y fecundas actividades ideo-culturales. Y así sucede en nuestro país. El régimen social que hace posible esto es el más avanzado, que se conforma con la exigencia y aspiración de las masas populares, y el que nuestra sociedad socialista se rige por tal régimen redunda en una de sus características principales.

Las actividades ideológicas, lo mismo que las políticas, forman una parte muy importante de la vida social de las personas. Las cualidades del hombre se definen por su conciencia ideológica, que tiene

un peso decisivo en todas sus actuaciones. En el fondo de la confrontación entre el progreso y la reacción, entre la revolución y la constrarrevolución, se halla siempre el enfrentamiento ideológico.

La vida ideológica en la sociedad socialista se basa en la ideología revolucionaria de la clase obrera, y la que desarrolla nuestro pueblo tiene como fundamento la idea Juche, la perfección de aquella ideología. En cualquier sociedad esta vida reviste un carácter clasista. La conciencia ideológica refleja los intereses clasistas y las exigencias de las personas. En la historia no hubo una clase que no exigiera la predominación de su ideología en la sociedad. En la capitalista, los imperialistas y los monopolistas imponen a la comunidad sus corrompidas ideas burguesas reaccionarias. Sin embargo, por estar dividida en clases y capas con intereses opuestos, ella no se puede regir por una sola ideología y, como consecuencia, es inevitable que surjan diferentes concepciones y corrientes ideológicas. Los imperialistas y sus portavoces vociferan de que ese fenómeno es la "libertad" de la ideología en la sociedad capitalista. En ésta, donde el poder del capital lo gobierna todo, no puede existir una auténtica libertad en la ideología. Los capitalistas monopolistas, apoderándose por la fuerza del dinero de casi todos los medios de propaganda, entre otros la prensa, la radio y la televisión, imponen sus ideas reaccionarias y no vacilan en reprimir abiertamente aquellas concepciones que consideran peligrosas para ellos. Esta es la "libertad" en la ideología de que hablan ruidosamente los imperialistas y sus representantes.

Los imperialistas norteamericanos y sus lacayos impiden por la fuerza de las bayonetas la difusión de la idea Juche entre la población surcoreana, y se atreven a hablar de que nosotros no tenemos esa libertad ideológica. Desde el principio, ninguna idea se elimina por un método coercitivo. En Corea del Sur, pese a la brutal represión de los ocupantes norteamericanos y sus esbirros, van engrosándose cada vez más las filas de los partidarios de la idea Juche. Suprimir ideas constituye un acto propio de quien no teniendo otra más ventajosa trata de imponer la antipopular. Nuestro pueblo acepta voluntaria-

mente como su exigencia vital, como su convicción, la idea Juche, la más avanzada idea humanocéntrica.

Por su naturaleza, la sociedad socialista requiere el predominio unitario de la ideología revolucionaria de la clase obrera. En ésta, donde se han eliminado la base socio-económica de ideas trasnochadas y el antagonismo entre las clases, es legítimo que predomine una sola ideología. Desde luego, no es fácil alcanzar este objetivo en las condiciones en que aún superviven los remanentes de las ideas caducas y continúa la penetración ideológica y cultural imperialista. La conciencia del hombre se deja influenciar por las condiciones socio-económicas, pero no se transforma por sí sola con el establecimiento de un nuevo régimen socio-económico. En la conciencia ideológica no puede haber el vacío; el hombre se deja influenciar por la ideología revolucionaria de la clase obrera o por la burguesa, no hay otra alternativa. De modo particular, en las condiciones en que los imperialistas y otros reaccionarios se obstinan en la penetración ideológica y cultural en los países socialistas, si se debilita en lo más mínimo la formación ideológica, puede entrar en ellos el viento de la libertad burguesa. Anteponer la penetración ideológica a la agresión abierta constituye el método convencional de los imperialistas. Hay que aplastar de cuajo sus intrigas, encaminadas a descomponer desde el interior a las naciones socialistas en el plano ideológico por medio de la penetración de los aires de la libertad burguesa.

A fin de eliminar las remanentes de las viejas ideas que subsisten en la sociedad socialista e impedir la penetración de todo tipo de ideas perversas desde el exterior, es preciso impulsar con fuerza la revolución ideológica y formar a los hombres como revolucionarios, comunistas, armados con la idea Juche. La revolución ideológica, llamada a transformar la conciencia ideológica de las personas, representa una exigencia legítima de la construcción del socialismo y el comunismo y deviene la más importante tarea revolucionaria a que se enfrenta el partido de la clase obrera después de instaurado el régimen socialista. Si se logra con ella liberar a los miembros de la sociedad de las trabas de toda clase de conceptos anacrónicos y formarlos como firmes revolucionarios, comunistas, dotados con la idea Juche, será posible reforzar el sujeto de la revolución y llevar a feliz término la causa del socialismo y el comunismo. Nuestro Partido, dirigiendo la atención primordial a la revolución ideológica, intensificó la educación de los militantes y demás trabajadores en los principios de la idea Juche, en la política del Partido, en la fidelidad, en las tradiciones revolucionarias, en el espíritu clasista, en el colectivismo, en el patriotismo socialista, y en otros diversos aspectos, y así los pertrecha con su ideología revolucionaria, la doctrina Juche, y realiza con éxito la unificación ideológica de toda la sociedad. Entre nuestros trabajadores se exhibe en sumo grado el espíritu revolucionario de abnegarse en bien del Partido y el pueblo, de la sociedad y el colectivo. Este es el verdadero aspecto de la vida ideológica de nuestro pueblo, y en este ámbito revolucionario que envuelve toda la sociedad radica la sólida garantía de la victoria de la revolución. Anteponer la revolución ideológica a la técnica y la cultural es la orientación invariable de nuestro Partido en el cumplimiento de estas tres revoluciones. También en el futuro, ateniéndonos estrictamente a este principio, mantendremos el sistema, el contenido y el método de la educación ideológica actual y la profundizaremos a tenor con las exigencias de la realidad en desarrollo, para así formar cabalmente a nuestros connacionales como revolucionarios, comunistas, identificados con la idea Juche.

En lo que se refiere a la tarea de asegurarles a los hombres una existencia independiente y creadora, es importante satisfacer sus necesidades culturales. Nuestro sistema de actividades culturales socialistas es el mejor, ya que permite cubrir las demandas de las personas en ese sentido. En nuestra sociedad socialista los trabajadores se preparan como competentes seres con facultad y capacidad creadoras. El nuestro es un "país de estudio", un "país de enseñanza", donde toda la población se supera. Aquí se realiza con éxito la intelectualización de toda la sociedad: se imparte la enseñanza obligatoria general de 11 grados y se fomenta la superior, en virtud de lo cual los miembros de la nueva generación se forman como excelen-

tes cuadros nacionales, encargados de la construcción del socialismo, en tanto que, por otra parte, gracias a un ordenado sistema de educación que compagina el estudio con el trabajo, los trabajadores van adquiriendo más capacidad creadora. El establecimiento en todo el Partido y en toda la sociedad de ese organizado método para el estudio y la creación de las condiciones necesarias, hacen factible que todos los cuadros y trabajadores se superen sin cesar en el plano político y profesional.

Hemos creado una cultura nacional socialista para que el pueblo disfrute libremente de diversas actividades culturales y estéticas. Se ha desarrollado y florecido una cultura revolucionaria y popular, nacional en la forma y socialista en el contenido, gracias a lo cual Corea ha cobrado fama como un país de cultura y artes espléndidas.

En nuestra sociedad socialista se han implantado los rasgos de la moral comunista inherentes al ser independiente, y el pueblo, estimulado por la camaradería, el sentido de obligación y la conciencia revolucionaria, vive en armonía, guiándose y ayudándose unos a otros.

La vida cultural, sana y diversa de que goza nuestro pueblo es de lo más valioso y digno. Para hacerla más fructífera y elevar sin cesar el nivel cultural de la sociedad, debemos seguir impulsando con fuerza la revolución cultural.

3

El socialismo de nuestro país es invencible, porque se sustenta en la monolítica unidad volitiva entre el Lider, el Partido y las masas.

El sujeto que impulsa la sociedad socialista son las masas populares, pero sólo cuando se aglutinan con firmeza como un solo hombre alrededor del partido y el líder, pueden desempeñar a plenitud su rol como sujeto independiente de la revolución y cumplir con éxito la construcción socialista.

Como la sociedad socialista está organizada sobre la base del colectivismo, no puede abrir su camino por espontaneidad. Sólo cuando es orientada por una correcta ideología y estrategia y por tácticas científicas y se elevan la conciencia política y el grado de organización de las masas populares trabajadoras, puede exhibir plenamente su superioridad, y fortalecerse y desarrollarse sin cesar. La tarea de presentarles una correcta ideología rectora, estrategia y tácticas científicas y de concientizarlas y organizarlas la cumplen el destacado líder y el partido de la clase obrera.

El líder es el centro de la unidad y cohesión, que concientiza y organiza a las masas populares en una fuerza política, y el de la dirección que orienta por el camino de la victoria su lucha revolucionaria con teorías, estrategias y tácticas científicas. El líder es el gran dirigente de la revolución, que con su perspicacia extraordinaria, su destacada capacidad directiva y nobles virtudes, defiende con firmeza los intereses y la exigencia de las masas populares por la independencia y conduce con acierto la lucha por realizarlos.

En el pasado nuestro pueblo, en medio de la desgracia nacional, sufría toda clase de vicisitudes sin encontrar el camino a seguir, y esperaba con anciedad la aparición de un destacado dirigente. Este deseo se hizo realidad de modo espléndido al ver en el camarada Kim Il Sung a su gran Líder. El pueblo, al recibir su dirección por primera vez en su historia de varios milenios, puso fin a sus largos anales de martirio y acogió la nueva era de la revolución, siguiendo victoriosamente la trayectoria del socialismo. La construcción del excelente socialismo de nuestro estilo, centrado en las masas populares, es un brillante fruto de las dinámicas e incansables actividades y la sabia dirección del gran Líder, quien ama infinitamente al pueblo y consagra toda la vida a su bienestar.

La ideología, las teorías y la política que él ha presentado son, sin excepción, la síntesis de la voluntad y las exigencias de las masas populares. El sentenció que éstas son maestras. Descubrió la verdad del Juche no en el gabinete, sino entre las masas populares, formuló el principio del Juche reflejando su aspiración, y mediante el análisis

de sus experiencias de combate por la independencia, completó en todos los aspectos la doctrina Juche. Se compenetró con las masas populares, conoció su voluntad y sus demandas, y reflejándolas confeccionó las nuevas líneas y políticas. También fue el Líder quien creó el método de cultivo adecuado al país, sobre la base de resumir las experiencias de los campesinos con quienes habló durante su recorrido por innumerables aldeas. Igualmente, el famoso espíritu y método Chongsanri, ideología y método de carácter comunista para la dirección de las masas, fue presentado por él tras sintetizar el deseo y la voluntad de los campesinos de la comuna Chongsan, para lo cual se compenetró con ellos, durmiendo y comiendo juntos. Los centenares de millones de kilómetros de los recorridos de orientación realizados por el Líder, son precisamente la inmortal trayectoria de nuestra revolución, que condujo de auge en auge, al trazar líneas y políticas que reflejaban el deseo y la voluntad de las masas populares y movilizarlas para su materialización. El método de dirección del Juche, método de trabajo al estilo del Líder, que éste creara con su excelente ejemplo práctico, se ha hecho una fórmula de labor tradicional de nuestro Partido.

La unidad de voluntad entre el Líder, el Partido y las masas, que representa la imperecedera vitalidad del socialismo de nuestro país, tiene su origen en el infinito amor del gran Líder hacia el pueblo. Como, llevado por este afecto, satisface plenamente el deseo del pueblo, éste le profesa un profundo respeto, lo admira llamándolo padre, y le manifiesta en sumo grado su fidelidad y lealtad filial.

La dirección del Líder se efectúa a través del Partido de la clase obrera. Este es la vanguardia organizada por los elementos progresistas de las masas populares trabajadoras, y el Estado Mayor de la revolución que conduce su lucha por la independencia.

El partido de la clase obrera es la única fuerza orientadora en la sociedad socialista. Desde esta altura, su posición y papel no pueden sustituirse por los de ninguna otra agrupación política. Por sus características, ni los órganos del Poder que ejercen la función autoritaria y las organizaciones de trabajadores, entidades políticas de masas

que abarcan a ciertos sectores sociales, pueden reemplazarlo, al contrario, tienen que recibir su dirección. Fuera de él ni otros partidos políticos son capaces de constituir la fuerza orientadora en la sociedad socialista. En ésta, siendo como es una sociedad de transición, donde quedan diferencias de diversa índole, incluso las clasistas, pueden existir, junto con el partido de la clase obrera, otros, pero como representan a determinadas fuerzas políticas y sectores no pueden sustituir de modo alguno la posición y papel de aquél. Ceder a otro partido que no sea el de la clase obrera la hegemonía rectora sobre la sociedad socialista en que se materializan las exigencias de esta clase, significa en definitiva renunciar al socialismo. Aquí estas entidades deben ser organizaciones políticas que en vez de competir con el partido de la clase obrera por el poder, mantengan con él amistosas relaciones de cooperación bajo la condición de asegurar la dirección de éste sobre toda la comunidad. Esta es una exigencia intrínseca de la sociedad socialista en que se van realizando las demandas independientes no sólo de los obreros, clase rectora, sino también de amplios sectores de las masas populares, incluyendo los campesinos y los trabajadores intelectuales. Si ignorándose esta exigencia se debilitan o se castran la posición y papel directivos del partido de la clase obrera, la consecuencia será que las masas populares se conviertan en multitudes desorganizadas y fragmentadas, privadas de su centro orientador y, en cambio, los contrarrevolucionarios, manejando el sentimiento popular, acaparen el poder. Asegurar o no la dirección del partido de la clase obrera en la sociedad socialista, es la cuestión fundamental que determina el destino del socialismo.

Considerando sólo al Partido del Trabajo de Corea, el de la clase obrera, su única fuerza orientadora, nuestro pueblo le deposita enteramente su destino y sigue con lealtad su dirección.

La superioridad y solidez del socialismo dependen del carácter revolucionario y papel rector del partido de la clase obrera, fuerza orientadora en la sociedad socialista.

Nuestro Partido tiene en la idea Juche, centrada en las masas

populares, su ideología directriz y su meta de lucha es culminar la causa de las masas populares por la independencia. Aquí está la característica fundamental del nuestro que, siendo un partido revolucionario, sirve a las masas populares.

Conforme a las exigencias innatas que tiene como tal partido, el nuestro se constituyó como una organización masiva incorporando en sus filas a los elementos progresistas de entre obreros, campesinos y trabajadores intelectuales y se fortaleció y desarrolló como un partido revolucionario con profundas raíces en las masas.

Siendo infinitamente fiel a las masas populares, siempre que elabora alguna política, penetra en ellas para saber y reflejar sus opiniones y demandas. Toda su política, por definirse de esta manera, se convierte en la de las mismas masas populares y se materializa de modo cabal en la vida práctica. En el futuro también, considerando la protección de los intereses del pueblo como el principio supremo de las actividades del Partido, procuraremos que éste actúe en total correspondencia con los criterios y exigencias de las masas populares.

Para cumplir de manera correcta la misión de servir al pueblo que tiene el partido de la clase obrera, éste debe consolidarse ininterrumpidamente. Aunque asuma esa misión, no podrá desempeñarla de modo pleno si no está constituido con solidez.

La fuente del poderío del partido revolucionario de la clase obrera radica en su unidad y cohesión, basadas en una sola ideología. Nuestro Partido, que consideró el establecimiento del sistema de la ideología única como la línea básica de su construcción, la materializó con firmeza, gracias a lo cual logró implantar entre todos sus militantes el sistema de ideología y de dirección del Líder, consolidar con mayor firmeza su unidad y cohesión y, sobre esta base, impulsar con dinamismo la revolución y la construcción.

Asegurar la continuidad en la construcción del partido de la clase obrera viene a ser la garantía de su invencibilidad. Esto constituye una demanda legítima del desarrollo del movimiento comunista y del partido mismo. En vista de que la causa revolucionaria de la clase

obrera se realiza por largo tiempo, generación tras generación, y en el curso del avance del movimiento comunista se producen sucesivos relevos de generaciones, es indispensable que también la constitución de su partido se lleve adelante por el mismo proceso. Asegurar la continuidad en esta tarea se reduce, a fin de cuentas, al problema de hacerlo con la dirección partidista. Esta cuestión relativa a llevar adelante, de generación en generación, la causa del líder, promotor de la revolución, se ha resuelto con brillantez en nuestro país. Para garantizar la continuidad en la construcción del partido de la clase obrera es preciso defender y preservar sus tradiciones revolucionarias y mantener con rigor su principio. El socialismo no cesa de avanzar, y en este curso, surgen un sinfín de nuevos problemas a resolver. Sin embargo, en toda su trayectoria, desde su inicio hasta su culminación, el socialismo progresa heredando, desarrollando y enriqueciendo las hazañas y las experiencias acumuladas en sus etapas anteriores. En el proceso de vencer severas pruebas bajo la guía del partido y el líder se establecen inapreciables tradiciones que deben tomarse como raíces inmarcesibles para la revolución y la construcción, y se preparan los principios que han de mantenerse invariablemente. Nuestro Partido ha resuelto con acierto la cuestión de la continuidad en la dirección, defendido y preservado de manera consecuente las gloriosas tradiciones revolucionarias creadas en el fragor de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, y mantiene invariablemente una política y una línea revolucionaria apropiada a la realidad del país y así lleva adelante la causa revolucionaria del Juche por el camino de la victoria.

El espíritu de organización y disciplina revolucionarios constituye la vida del partido de la clase obrera y la fuente de su fuerza. Si esta organización se convierte en una colectividad informe, no puede manifestar su poderío, ya que su misión es conducir la lucha revolucionaria y el trabajo de construcción, venciendo toda clase de pruebas y contratiempos en la aguda lucha de clases. Mediante la aplicación del principio del centralismo democrático y el establecimiento consecuente del ambiente revolucionario de vida partidista entre sus

militantes, sobre la base de normas unitarias al respecto, nuestro Partido se ha fortalecido y desarrollado como un invencible partido combativo con tan fuerte espíritu de organización y disciplina, que toda su militancia actúa como un solo hombre bajo la guía unitaria del Líder.

El partido de la clase obrera debe tomar por tarea principal trabajar con las personas. Como quiera que éstas son el sujeto que impulsa la revolución y la construcción, es lógico que el partido de la clase obrera resuelva todos los asuntos que se presentan en su construcción y sus actividades mediante el trabajo político-organizativo con éstas. Cumplir o no con su misión depende de cómo realiza la labor con las personas. Nuestro Partido logró convertir con seguridad su trabajo en labor con las personas, es decir, con los cuadros, con los militantes y con las masas, e implantar ordenados sistemas de las tareas de los cuadros y de las masas y de dirección de la vida partidista. De esta manera, pudo consolidarse en lo organizativo e ideológico a sí mismo y a las filas de la revolución, fortalecer de modo extraordinario su sujeto y sobre esa base, impulsar con éxito la revolución y la edificación.

Nos compete seguir materializando a carta cabal la teoría de la construcción del Partido, originada en la idea Juche, para fortalecer y desarrollar al nuestro, como una organización política combativa, unida y cohesionada sobre el asiento del sistema de ideología única y de fuerte carácter organizativo y disciplinario; como un probado Estado Mayor político que, mediante la labor con la gente, ejerce con seguridad su dirección política sobre la sociedad; y como un partido de carácter jucheano, que mantiene invariable su naturaleza revolucionaria.

Para que el partido de la clase obrera sirva fielmente a las masas populares, en consonancia con su requisito intrínseco, es indispensable que sus trabajadores posean correctos métodos y estilos de labor. Si estos resultan inadecuados, la política del partido, por muy justa que sea, no podrá disfrutar del apoyo del pueblo, ni ejecutarse al pie de la letra. Sólo cuando se establezcan los métodos revolucionarios y estilos populares de trabajo, acordes con la naturaleza de la sociedad socialista, será posible profundizar la confianza de las masas en el partido y orientarlas a poner de pleno manifiesto su fervor e iniciativas creadoras en la revolución y la construcción.

Un problema importante que se presenta a este respecto, es acabar definitivamente con el abuso de autoridad y el burocratismo. Estos son métodos y estilos de trabajo trasnochados de quienes, esgrimiendo su autoridad, practican arbitrariedades y actúan en detrimento de la voluntad e intereses de las masas populares. Eliminarlos entre los funcionarios, constituye una exigencia vital para asegurar vínculos estrechos entre el partido de la clase obrera y las masas populares. Si este partido toma en sus manos el poder, es probable que entre algunos de sus trabajadores surjan tendencias de resolver todos los problemas con su poder, esgrimiendo la autoridad y el burocratismo. Desde el principio, éstos no tienen nada en común con la naturaleza del partido de la clase obrera. Se trata de los métodos de dominación de las clases gobernantes reaccionarias de la vieja sociedad y si siguen en pie en la sociedad socialista, se relaciona, principalmente, con que subsisten los remanentes de esas ideas caducas en la mente de los funcionarios. Los métodos y los estilos de trabajo propios del partido de la clase obrera que lucha en bien de los intereses del pueblo, son, respectivamente, revolucionarios y populares. Desde los primeros días de la construcción de la nueva sociedad presentamos como una meta importante de las actividades del Partido y del Estado, oponernos al abuso de la autoridad y al burocratismo entre los funcionarios, e implantar las vías revolucionarias y las formas populares de trabajo, y hemos venido empeñándonos en alcanzarla. Y teniendo en cuenta que en las filas de los cuadros surge un relevo de generaciones y va elevándose la proporción de los de escasa forja revolucionaria, seguimos planteando como una tarea importante, mejorar los métodos y los estilos de trabajo.

Con miras a eliminar el abuso de la autoridad y el burocratismo y establecer esos métodos y estilos, es necesario que todos los funcionarios implanten un ambiente de servir fielmente a las masas popula-

res con el espíritu de abnegarse para su bienestar. Este afán emana de un concepto revolucionario sobre las masas populares, que es considerarlas como protagonistas de la revolución y la construcción y como el ente más valioso y potente. La revolución y la construcción son para y de las masas populares, que poseen inagotable inteligencia y fuerza. Los funcionarios deben considerarlas como dueñas de todo y como seres más poderosos, respetarlas y amarlas, así como trabajar confiando y apoyándose en sus fuerzas inagotables. No deben actuar con subjetivismo y arbitrariedad, sino prestar siempre oído a la voz de las masas y poner al rojo vivo su celo revolucionario e iniciativa creadora.

Ellos no son hombres especiales puestos por encima de las masas, sino sus servidores surgidos de su propio seno. Por eso, siempre deben pensar primero en los intereses del pueblo, antes que en los suyos propios. Y tienen que considerar como suyas sus necesidades e inquietudes, resolver a tiempo los problemas pendientes en su vida y compartir con la gente las penas y las alegrías.

Con elevadas cualidades humanas y don de gentes, los funcionarios deben tratar afectuosamente a todos los hombres, respetar su personalidad, así como apreciar su existencia socio-política, resolverle a tiempo los problemas que les preocupan en las actividades en esta esfera, y no discriminarlos.

No tienen que separarse ni en lo más mínimo de las masas populares, sino mantener relaciones armoniosas con ellas. En vez de gustar de darse aires de importancia y esgrimir su autoridad, se mostrarán siempre modestos y sencillos. Y llevarán una vida honesta y austera, sin perseguir intereses personales ni esperar algún privilegio o beneficio especial. Deberán observar a conciencia las leyes y los reglamentos del Estado y mostrar ejemplos y servir de espejo a los demás, en el cumplimiento de las tareas duras y difíciles.

Para los funcionarios, servir al pueblo y granjearse su afecto y confianza es vivir con dignidad. En fiel acato a la consigna del Partido "¡Sirvo al pueblo!", poseerán un correcto punto de vista sobre éste, defenderán firmemente sus intereses y consagrarán todo lo suyo a la lucha por él.

A fin de poner fin al abuso de autoridad y al burocratismo y establecer el método revolucionario y el estilo popular de trabajo, es indispensable instaurar un ordenado sistema correspondiente. A menos que vaya a las masas, nadie puede escuchar sus opiniones, ni desempeñarse de acuerdo con su voluntad y exigencia, ni tampoco organizarlas y movilizarlas. Nuestro Partido lanzó la consigna de "¡Compenetrarse todo el Partido con las masas!" y estableció un ordenado sistema, según el cual todos los funcionarios convivan entre ellas.

Estos van acostumbrándose a trabajar entre las masas y en este curso se eliminan el subjetivismo, el burocratismo, el formalismo y otros métodos y estilos de trabajo obsoletos.

Además, nuestro Partido procuró que los funcionarios antepusieran la labor política a las demás tareas, y resolvieran todos los problemas con métodos políticos. Dar prioridad a la labor política constituye una exigencia intrínseca de la sociedad socialista que se desarrolla por el elevado entusiasmo revolucionario y la iniciativa creadora de las masas del pueblo trabajador. Al presentar la consigna de "¡Que todo el Partido sea propagandista y agitador!", nuestro Partido hizo que todos los funcionarios se compenetraran con las masas trabajadoras dando preferencia a la labor política para poner al rojo vivo su entusiasmo revolucionario. Ellos se identifican con las masas y les explican la política del Partido, y compartiendo el mismo destino, las movilizan con energía en la revolución y la construcción.

Con vistas a acabar con el abuso de la autoridad y el burocratismo y establecer el método revolucionario y el estilo popular de trabajo, es precio, además, intensificar la formación y la lucha ideológica entre los funcionarios. El abuso de autoridad, el burocratismo y otros métodos y estilos caducos de trabajo son expresiones de los remanentes de viejas ideas y sus raíces son profundas. Estos no pueden eliminarse al margen de una persistente educación y lucha ideológica entre los funcionarios. Nuestro Partido procuró que ellos se armaran firmemente con las originales teorías y métodos de dirección, creados por el gran Líder, por una parte, y por la otra, efectuaran a tiem-

po la educación y la lucha ideológica con los aspectos positivos y negativos que surgían en los métodos y estilos de trabajo. En el curso de esta constante educación y lucha, fueron suprimiéndose el abuso de autoridad, el burocratismo y otros métodos y estilos de trabajo anacrónicos y en su lugar se establecieron con firmeza otros revolucionarios y populares en el seno de nuestro Partido.

También en el futuro seguiremos esforzándonos con tenacidad para dar al traste con el abuso de la autoridad, el burocratismo y todos los demás métodos y estilos de trabajo anacrónicos e implanta otros nuevos, revolucionarios y populares, para así fortalecer y desarrollar a nuestro Partido como una organización invencible y revolucionaria que forma un solo cuerpo con las masas populares y goza de su absoluto apoyo y confianza, y conduciéndolas, lleva a feliz término la causa revolucionaria del Juche.

Hoy, nuestro pueblo confía ilimitadamente en el Partido y el Líder, y avanza con pasos firmes por el camino que ellos señalan. Y sosteniendo en alto la consigna: "Si decide el Partido, nosotros lo hacemos", combate contra viento y marea para plasmar la política y línea del Partido. Este y el Líder confían en el pueblo y lo aman también sin límites, mientras que éste, a su vez, deposita su absoluta confianza en ellos y les sigue con lealtad, he aquí precisamente el auténtico aspecto de nuestra unidad volitiva. Con nada es posible vencer el poderío del socialismo a nuestro estilo, que se caracteriza por la firme unidad volitiva entre el Líder, el Partido y las masas. Apoyándonos en el poderío de esta unidad, desbarataremos las maniobras antisocialistas de los imperialistas y otros reaccionarios, y alcanzaremos infaliblemente la reunificación independiente de la Patria y el triunfo definitivo del socialismo y del comunismo.

LECCIONES HISTORICAS DE LA CONSTRUCCION SOCIALISTA Y LA LINEA GENERAL DE NUESTRO PARTIDO

Conversación con funcionarios responsables del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea

3 de enero de 1992

1. LECCIONES HISTORICAS DE LA CONSTRUCCION SOCIALISTA

Defender con firmeza la causa del socialismo y llevarla adelante victoriosamente, se presenta hoy como un problema de suma importancia relacionado con el destino de la humanidad.

En los últimos años, en algunos países fracasó el socialismo y se restauró el capitalismo y recientemente se desintegró y desapareció la Unión Soviética. Ante esta situación, los imperialistas y otros reaccionarios hablan con mucho ruido como si el capitalismo hubiera "triunfado" y el socialismo hubiera llegado a su "fin". Esto causa confusión ideológica a personas que no tienen clara conciencia de la realidad, y acarrea graves consecuencias para el desarrollo de la revolución mundial. Sacar lecciones del actual estado, reconstituir el movimiento socialista sobre nuevos fundamentos e imprimir auge a la causa del socialismo, viene a ser hoy una tarea histórica imperiosa.

Esta es una misión justa llamada a realizar la independencia de las masas populares, y que la humanidad avance por el camino del socialismo deviene una ley irrevocable del desarrollo de la historia. Puede haber altibajos en el proceso de avance del socialismo, pero jamás se variará la dirección de la marcha de la historia. Afirmar que el ideal socialista fuera equivocado, y la revolución socialista, errónea, en vista del fracaso de este sistema en algunos países, como si hubiera cambiado el curso de la historia, es un sofisma reaccionario de los imperialistas y de los renegados.

Durante largo tiempo, las masas populares anhelaban vivir en una nueva sociedad independiente, libre de explotación y opresión, y han venido desplegando una penosa lucha para verla realizada. En este transcurso se creó el marxismo, doctrina del socialismo y del comunismo, y tomándola por guía, se condujo al triunfo la Revolución Socialista de Octubre. Posteriormente, el socialismo se extendió a escala mundial y los países socialistas alcanzaron, en un corto espacio de tiempo, trascendentales progresos socio-económicos, que ni en cientos de años habrían podido obtenerse bajo el capitalismo. Este proceso de desarrollo de la historia mostró que es justo el ideal del socialismo y que éste posee una superioridad incomparable con respecto al capitalismo.

Entonces, ¿cómo deberíamos apreciar la frustración del socialismo y la restauración del capitalismo en algunas naciones?

El camino hacia el socialismo es nuevo, por nadie transitado, un arduo sendero de la revolución que ha de ser allanado en medio de un agudo enfrentamiento y lucha contra el imperialismo. Razón por la cual es inevitable tropezar con dificultades y pruebas, así como pueden producirse acontecimientos imprevistos. Desde el punto de vista del curso principal del avance de la historia, el hecho de que en algunos países fracasara el socialismo y resucitara el capitalismo, no pasa de ser un fenómeno parcial y temporal. No obstante, nosotros no podemos considerarlo casual en modo alguno, ni creer, simplemente, que es consecuencia de un factor exterior.

Como siempre ha enseñado el gran Líder, cuando se malogra un trabajo, hay que buscar su causa, no en el factor objetivo, sino en el subjetivo. Proceder así constituye la actitud del revolucionario y una vía correcta de rectificación del error. Sólo cuando, desde este punto de vista y actitud, analizamos la razón del fracaso del socialismo y sacamos sus lecciones, podremos defender y llevar adelante la gran obra del socialismo.

La causa fundamental del desmoronamiento del socialismo en algunos países que lo estaban construyendo, radica, en pocas palabras, en el hecho de que en este proceso no se dedicaron los esfuerzos primordiales al fortalecimiento de su sujeto y a la elevación de su papel, por no comprender la esencia de esta sociedad, preferentemente en atención a las masas populares, artífices de la historia.

La socialista es una sociedad, cuyas dueñas son las masas populares, y que progresa en virtud de las fuerzas creadoras de éstas, cohesionadas y unidas como un solo hombre. Su esencia, que la distingue de todas las explotadoras, y la fuerza motriz que la impulsa adelante, radican precisamente en el hecho de que las masas populares, unidas por lazos camaraderiles se esfuerzan con alta conciencia y capacidad en calidad de protagonistas. Por eso, la vía principal para impulsar con éxito la construcción del socialismo, consiste en fortalecer el sujeto de la revolución, educando al pueblo de manera comunista y aglutinándolo en torno al partido, mediante la transformación prioritaria de los seres humanos, y elevar su papel poniendo en pleno juego su fervor revolucionario y su capacidad creadora. No puede haber otro remedio capaz de impulsar la edificación del socialismo. Sin embargo, personas de ciertas naciones no entendieron correctamente esta verdad.

El problema de qué principios y métodos escoger para promover este proceso, después de implantado el régimen socialista, se planteó como una nueva tarea histórica ante los partidos que lo dirigían. Fue un asunto importante relacionado también con cómo superar las limitaciones históricas de la imperante teoría del comunismo.

El marxismo, doctrina revolucionaria, que se creó cuando la clase obrera, una vez aparecida en el escenario de la historia, emprendió la

lucha contra el capital, realizó aportes imperecederos en la misión de dar al traste con las clases y regímenes explotadores y alcanzar la liberación clasista de las masas populares. Sin embargo, a medida que la época cambiaba y la historia adelantaba, no pudo menos que revelar sus limitaciones. En una palabra, se puede afirmar que es una doctrina que esclareció las condiciones para la emancipación clasista del obrerismo, partiendo de una concepción materialista sobre la historia. El marxismo, considerando el desarrollo social como un proceso de evolución de la historia natural, presentó la teoría de que el incremento de las fuerzas productivas promueve el auge de sus relaciones, y el conjunto de éstas, es decir, el régimen económico, constituye la base de la sociedad respectiva, sobre la cual se coloca la superestructura. Bajo estas premisas, estableció que el modo de producción de bienes materiales deviene factor decisivo que determina el carácter y el nivel de progreso de la sociedad y que éste es el proceso de resolver, mediante la lucha clasista, las contradicciones entre las fuerzas de producción y sus relaciones y de reemplazar el viejo modo de producción por otro nuevo. Partiendo de este principio, considera que, una vez establecido el modo de producción socialista, ya termina la revolución social correspondiente a la transición del capitalismo al socialismo y que, como la diferencia de las etapas superior e inferior del comunismo, no es sino la del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, si éstas se incrementan mediante la edificación económica, después de implantado el régimen socialista, es posible erigir esa sociedad, ideal de la humanidad. A fin de cuentas, el marxismo no pudo dar una correcta respuesta al problema de cómo continuar la revolución después de establecido el régimen socialista, para levantar la sociedad comunista. Históricamente, esta doctrina, síntesis de ideas y teorías que han reflejado las demandas de la etapa precedente a la causa socialista, no se había propuesto como tarea inmediata aclarar vías concretas para la construcción del socialismo y del comunismo, y en aquel entonces aún no estaban creadas las condiciones sociales ni acumuladas las experiencias prácticas para ello.

A fin de edificar con éxito el socialismo y el comunismo, después de implantado el régimen socialista, los partidos que lo orientaban debieron, como era natural, desarrollar la teoría comunista de acuerdo con las exigencias de la nueva etapa del progreso socialista y, sobre esta base, trazar líneas y políticas correctas. Sin embargo, en el pasado, los de algunos países que acometían el socialismo no llevaron a buen término esta tarea histórica. Como consecuencia, aplicaron de manera dogmática las hipótesis existentes, sin tomar en consideración sus limitaciones históricas, alegando que lo edificaban con el marxismo como guía directriz, y por otra parte, se orientaron a ejercer políticas revisionistas, negando la esencia revolucionaria de esta doctrina.

Aquellas personas, quienes no desistían de interpretaciones dogmáticas de las teorías existentes, no consideraron que la esencia y la superioridad de la sociedad socialista se determinan por las masas populares con ideas correspondientes, sino por el poder y las relaciones de posesión socialistas, así como también buscaron la fuerza motriz para su construcción en el factor económico que era la adaptación de las fuerzas productivas a las relaciones de producción. Desde luego, si se establecen el poder socialista y los correspondientes vínculos de posesión de los medios productivos, se crean las condiciones socio-políticas y económicas para asegurar a las masas populares la posición y el papel de dueñas y promover con rapidez las fuerzas productivas. Esta es una gran ventaja del socialismo sobre el capitalismo. Sin embargo, estas condiciones políticas y económicas no pueden ser un factor definitivo que estimula el desarrollo de la sociedad socialista. En cuanto al problema del avance de las fuerzas productivas, por ejemplo, quienes tienen el rol principal y activo en este proceso son las masas populares trabajadoras, encargadas directas de la producción y, a menos que se eleven su entusiasmo consciente y capacidad creadora, no es posible aumentarlas continua y aceleradamente, aunque estén implantadas las relaciones de producción socialistas.

El hombre dotado con ideas socialistas, y el poder y el régimen

económico del mismo carácter se encuentran estrechamente relacionados, pero el elemento principal es el primero. También a la luz del proceso histórico del establecimiento del régimen socialista, se constata que primero se concibe la ideología socialista en medio de la lucha contra la explotación y la opresión, y las personas armadas con ésta crean partidos revolucionarios que establecen el poder socialista mediante la concientización y organización de las masas populares, y posteriormente, basándose en ese poder, implantan el régimen económico correspondiente. Al margen del poder socialista, este sistema económico no puede mantenerse, ni gestionarse a tenor de su naturaleza, mientras que ese poder, aislado de personas con ideología socialista, no puede conservarse, ni ejercer su función, de acuerdo con su propio carácter. En este sentido, es obvio que el elemento decisivo que determina el desarrollo y el destino de la sociedad socialista son, en todos los casos, las masas populares dotadas de la idea socialista. No obstante esto, en algunos países, considerando que podían construirla sólo si impulsaban la edificación económica, valiéndose del poder estatal y de los medios de producción, no prestaron primordial atención a la transformación de las personas, encaminada a elevar con rapidez su nivel de conciencia y de cultura, y prepararlas plenamente como sujeto de la revolución y su construcción. El resultado fue que éstas, dueñas de la sociedad socialista no pudieron desempeñar de lleno su papel como tales y, por consecuencia, no marchó bien la construcción económica y todas las esferas sociales cayeron en un estado de estancamiento.

Además, como no dirigieron la debida atención a establecer formas de política popular, idóneas al requisito intrínseco de la sociedad socialista, debilitaron la unidad y la cohesión del pueblo y no lograron poner en pleno despliegue su facultad creadora. Si las masas populares participan o no como auténticas dueñas de la política en la administración del Estado y de la sociedad, constituye la cuestión más importante que decide la consolidación y el desarrollo del régimen socialista y el éxito de su construcción. Pese a ello, en ciertos

países, aunque se estableció el poder socialista, se mantuvieron en realidad tal como estaban, fórmulas de política propia de la vieja sociedad, razón por la cual el manejo del Estado y de la sociedad se separó de sus dueñas, las masas populares, y se convirtió en una tarea de unas personas privilegiadas. Esto dio lugar al burocratismo, que frenaba la creatividad de la gente e hizo decaer la confianza de las masas populares en el partido y el Estado, trayendo la grave consecuencia de la destrucción de la unidad y la cohesión de éstas.

Como resultado, en esas naciones el socialismo perdió la fuerza motriz que había impulsado con vigor su desarrollo, y no contaba con una sólida base socio-política. Un socialismo, desprovisto de un fuerte sujeto, no puede manifestar sus ventajas y poderío, ni vencer desafíos y pruebas que le salen al paso. Los hechos históricos demuestran que si un país no fortalece el sujeto, ni eleva su papel en la construcción del socialismo, puede desmoronarse ante la ofensiva de los imperialistas y de otros reaccionarios, por muy extenso que sea su territorio y enorme su capacidad militar y económica. Se debería considerar que por esta misma causa se llegó inevitablemente al resultado de que los referidos países no pudieron resistir esa ofensiva ni impedir el hundimiento del socialismo.

Otra causa radicó en que no vieron las diferencias cualitativas entre el socialismo y el capitalismo, ni mantuvieron con invariabilidad su principio fundamental.

A fin de llevar al triunfo la causa del socialismo, es indispensable mantener de modo constante, en la revolución y su construcción, este principio de defender y materializar con solidez los intereses y las exigencias de las masas populares por la independencia. En la sociedad socialista se pone coto a la explotación y a la represión del hombre por el hombre, y se plasma la demanda intrínseca de las masas populares de vivir juntas con soberanía y el proceso de la edificación del socialismo y el comunismo implica la completa realización de ésta. Por tanto, el partido de la clase obrera, al orientar este proceso, tiene que defender con firmeza los intereses y las exigencias de las masas populares por la independencia, y resolver todos los proble-

mas que se presentan en la revolución y su construcción, conforme a sus intereses fundamentales.

Para hacerlo así, es preciso fortalecer el partido de la clase obrera en el terreno organizativo e ideológico, asegurar de modo constante su dirección sobre la revolución y su construcción, elevar sin cesar la función y el papel del poder socialista, defender y desarrollar la propiedad del mismo carácter y luchar resueltamente contra el imperialismo. Esto representa un principio revolucionario en el que no se puede ceder ni un paso. En el proceso de la construcción del socialismo es probable que se cometan errores temporales, mas el partido de la clase obrera encargado del destino de las masas populares no debe abandonar nunca dicho principio en cualesquier circunstancias. Dado que en ese proceso cambian el ambiente y las condiciones de la lucha revolucionaria, es indispensable trazar de manera creadora la política y la línea conforme a ello, pero en ningún caso se permite desviar de tal principio revolucionario, de la línea de clase obrera. Pueden alterarse dichas circunstancias y condiciones, pero nunca el ideal básico y la exigencia del socialismo. En la batalla entre los partidarios de éste y del capitalismo, el abandono de ese principio significa precisamente la capitulación y la traición.

Personas de algunos países, que en el pasado edificaban el socialismo, por no tener firme convicción en éste, ni consecuente posición de clase obrera, vacilaban ante las dificultades temporales que iban surgiendo y se rindieron ante la presión de los imperialistas, cejando y abandonando, poco a poco, el lineamiento revolucionario. Descuidaron el fortalecimiento del partido de la clase obrera, debilitaron su papel rector y la función de dirección unitaria del Estado socialista; introdujeron relaciones de propiedad y métodos de administración económica capitalistas y se encaminaron a conciliarse, sin principios, con el imperialismo, en lugar de combatirlo. Como resultado de esa política revisionista, la sociedad fue degenerando, poco a poco, y con la introducción del "pluralismo", bajo el pretexto de "transformar" y "reorganizar" el socialismo se aceleró su proceso de descomposición.

En la sociedad socialista no se puede tolerar el llamado "pluralismo". La "liberalización", el "pluripartidismo" y la "diversificación" que éste preconiza en los terrenos ideológico, político y en el de la propiedad, respectivamente, son modos de la política de la sociedad capitalista, donde rige la competencia por la existencia, basada en el individualismo y el liberalismo. El socialismo tiene por base el colectivismo, y por vida la unidad de las masas populares, razón por la cual es incompatible con el "pluralismo", que al introducirse fomenta el individualismo y el liberalismo, en perjuicio de los intereses comunes de la sociedad, destruye la unidad y la cohesión de las masas populares y crea desorden y caos sociales. La admisión de la liberalización ideológica y el pluripartidismo en la sociedad socialista significa, a fin de cuentas, destruir sus cimientos y abrir camino a las maniobras contrarrevolucionarias enderezadas a derrocar el poder popular. La lucha ideológica es el preludio de la lid política, y está destinada a pasar al combate para el poder. La experiencia histórica muestra claramente que si a efecto de la liberalización ideológica se difunden corrientes ideológicas antisocialistas, y con la introducción de la "democracia pluripartidista" se aseguran las actividades de partidos hostiles, levantan la cabeza los enemigos de clase y los reaccionarios para perpetrar maquinaciones antisocialistas, y a la larga, expulsan del poder al partido de la clase obrera. Los revisionistas contemporáneos, forjándose ilusiones hacia el capitalismo, introdujeron de plano su modalidad política y su sistema económico, tras abandonar por completo el principio socialista, con el resultado de que sucumbía el socialismo dando lugar al resurgimiento del capitalismo. Por haber hecho concesiones y retrocedido un paso en el fundamento socialista, se vieron obligados a hacerlo en diez o cien ocasiones, hasta que al fin, trajeron la grave consecuencia de llevar a la bancarrota el partido de la clase obrera.

El hundimiento del socialismo en algunos países se debió también a que sus partidos no fortalecieron la solidaridad internacional, sobre la base de la autonomía en sus relaciones, con los de otros del mismo régimen social.

Unirse y cooperar sobre la base de la soberanía y mantenerla, fortaleciendo la solidaridad internacional, viene a ser un principio básico que los partidos de las naciones socialistas deben observar en sus vínculos.

La independencia es la vida del país, de la nación. El socialismo y el comunismo se construyen con éste por unidad, y su pueblo y partido son encargados de su revolución. El partido de cada país tiene el sagrado derecho de confeccionar su política y su línea a tenor de su realidad y llevarlas a la práctica de manera independiente. Nadie debe violarlo. Defender su autonomía no contraviene, bajo ningún concepto, al fortalecimiento de la solidaridad internacional con otros partidos. La causa socialista de un pueblo es nacional y, a la vez, internacional. El partido comunista o el obrero de cada nación tiene el derecho de defender su independencia, y al mismo tiempo, la obligación de respetar la de los partidos de otros Estados, y de unirse y colaborar de modo camaraderil en aras de la victoria socialista.

En el seno del movimiento comunista internacional, unos partidos actúan en territorios grandes, y otros en pequeños, con antigüedad larga o corta. No negamos que los primeros tienen mayor capacidad que los segundos y por ende pueden hacer más aportes al cumplimiento de la causa común. Deben, pues, estar conscientes de que tienen mayor responsabilidad en la defensa y en el desarrollo del movimiento comunista internacional, y ayudar de modo desinteresado, como es natural, a los partidos hermanos y desempeñar un rol más preponderante en el cumplimiento de las misiones comunes. Pero esto no debe ser pretexto para practicar el chauvinismo. Entre los partidos no pueden existir superiores e inferiores, ni dirigentes y dirigidos. Hace mucho tiempo que existía un centro en el movimiento comunista internacional, y el partido de cada país actuaba como su sucursal. Lo natural habría sido que los partidos de los países socialistas cooperaran de manera camaraderil sobre la base de completa igualdad e independencia, mas, algunos, por no haberse desprendido de las costumbres contraídas en medio de sus viejas relaciones, en el tiempo de la Internacional Comunista, causaron grandes daños al avance del movimiento comunista internacional. Uno, autodenominándose como ''centro'' de éste, había perpetrado sin reparos actos de impartir tal o cual directiva a otros y presionar e intervenir en los asuntos internos de los que no seguían su errónea línea. Por consecuencia, se debilitaron en sumo grado la unidad ideológica y las relaciones de colaboración camaraderil entre los países socialistas, y éstos no pudieron hacer frente al imperialismo con sus fuerzas mancomunadas. Hubo partidos que, dejándose doblegar ante la presión chovinista, actuaron bajo batuta ajena, sin mantener su propia posición, con el agravante de que cuando cierto territorio practicaba el revisionismo, también ellos lo cogieron, y mientras otros se metían en la ''transformación'' y ''reorganización'', les siguieron también fielmente. Por consecuencia, se creó la grave situación en que en la Unión Soviética y en otros países de Europa se arruinó sucesivamente el socialismo. Tempranamente, el gran Líder sentenció que si una persona se aferra al servilismo a las grandes potencias, se convierte en un don nadie, y si la nación se embarga por él, se arruina, mientras si un partido lo practica, se malogran la revolución y su construcción. La realidad de esos que por profesar ese ismo, terminaron por malograr el socialismo, es una patente prueba de lo justas que son estas palabras del Presidente Kim Il Sung.

La experiencia histórica muestra que, cuando, dotados con firme convicción en el socialismo y guiados por una correcta ideología rectora, refuerzan sin descanso al sujeto de la revolución, defienden el principio socialista en cualquier situación y fortalecen la unidad y la cooperación camaraderil sobre la base de la independencia, la causa del socialismo avanza por el camino de la victoria, pero, en el caso contrario, no pueden evitarse reveses y fracasos. Esto es una seria lección que la humanidad ha sacado en el camino del socialismo.

2. JUSTEZA DE LA LINEA GENERAL DE NUESTRO PARTIDO PARA LA CONSTRUCCION DEL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO

Por primera vez en la historia, el gran Líder, camarada

Kim Il Sung, basándose en la doctrina Juche, concibió la destacada idea de que el Poder popular más las tres revoluciones son el comunismo. Fortalecer el Poder popular y elevar de modo incesante sus facultades y papel, al mismo tiempo que realizar consecuentemente las revoluciones ideológica, técnica y cultural, constituye la línea general de la construcción del socialismo y el comunismo, trazada por el Líder. Sobre la base de haber aclarado, de manera original, la fisonomía de la sociedad socialista y comunista y el camino legítimo para su realización, él señaló de modo claro el principio revolucionario y la vía científica para la edificación del socialismo y el comunismo, gracias a lo cual se llevó a una nueva etapa de desarrollo la teoría del comunismo. Asimismo ha venido dirigiendo con sabiduría la tarea de hacerla realidad en nuestro país. Esto es su gran mérito histórico ante las masas populares por su independencia.

La línea general que proyectara el gran Líder es la más científica y revolucionaria, porque indica el camino de culminación de la causa del socialismo y de verificación total de la soberanía del pueblo, mediante la materialización de la idea Juche.

Este fundamento de nuestro Partido se basa en el principio sociohistórico humanocéntrico.

La sociedad es, en una palabra, colectividad de personas. Precisamente es la comunidad en que éstas viven vinculadas por conducto de sus relaciones sociales, disfrutando de bienes materiales. El dueño de la sociedad no es otro sino el hombre, un ente social que con sus atributos de independencia, creatividad y conciencia, forja su destino de manera autónoma y creadora. Según el grado de desarrollo de estas cualidades se determina el nivel de progreso de la sociedad, y conforme a la elevación de la conciencia de la independencia del hombre y de su capacidad creadora, aumentan los bienes de la sociedad y se consolidan los vínculos sociales correspondientes. Por eso, se debe apreciar a la sociedad teniendo al hombre en su centro, y no poniendo la atención primordial a las condiciones materiales, y considerar su desarrollo, no como un proceso de evolución de la historia natural, sino como el de actividades independientes y creadoras de

las masas populares, que son protagonistas del movimiento social.

Desde este punto de vista, se puede afirmar que la sociedad comunista permite a todas las personas ser perfectas dueñas de la naturaleza, de la sociedad y de sí mismas, liberándose una vez para siempre de toda forma de trabas. En la comunista, todos sus integrantes se harán entes sociales de formación completa, provistos integralmente de una conciencia de independencia y una capacidad creadora, correspondientes a la génesis social del ser humano, y las fuerzas productivas alcanzarán un nivel tan alto, como para poder asegurar de modo satisfactorio, en el aspecto material, las actividades soberanas y creadoras de los hombres en todas las esferas de la vida social. Y en virtud de esto, las relaciones sociales se convertirán por completo en colectivistas, en las cuales todos formen un solo ente sociopolítico y se verifiquen a la vez, la independencia del individuo y la del colectivo. Dicho en pocas palabras, la comunista es una sociedad donde se materializa plenamente la autonomía de las masas populares. La socialista es la etapa inferior de la comunista.

Para edificar la una y la otra se debe continuar la revolución, aun después de triunfada la primera etapa y establecido el régimen correspondiente.

Si en ésta empresa la realización de la sociedad comunista es el objetivo final, la implantación del régimen socialista constituye su punto de partida. Cuando se considera victoriosa la revolución socialista e implantado su régimen, eso significa la formación del esqueleto de la nueva sociedad, donde las masas del pueblo se convierten en sus dueñas al asentarse el poder y las relaciones productivas socialistas. El establecimiento de este sistema, considerado desde el punto de vista del progreso de la sociedad humana, constituye una gran transformación histórica, pero no es más que un paso inicial desde el del proceso de la construcción del socialismo y el comunismo. La sociedad socialista nacida con el establecimiento del régimen correspondiente, es nueva, de carácter comunista, pero, al mismo tiempo, transitoria, pues adolece de muchos vestigios de la anterior. De ahí que, a fin de llevar a buen término la edificación del socialismo y el comu-

nismo, después de establecido el régimen socialista, sea preciso hacer tesoneros esfuerzos para transformar por vía comunista a las personas, a la naturaleza y a la sociedad, teniendo como principio fomentar las propiedades comunistas de esta sociedad y superar su carácter de transición.

Con miras a edificar esta sociedad es necesario impulsar la conversión del pueblo en comunista para que desempeñe plenamente su responsabilidad y papel como dueño del Estado y de la sociedad y efectuar con energía la transformación de la naturaleza encaminada a asentar un sólido fundamento que pueda garantizar la vida socialista en el plano material. Al mismo tiempo, hay que reformar todas las relaciones sociales de acuerdo con las exigencias de esta sociedad para perfeccionar el sistema estatal y social de carácter socialista. Si de esta manera se preparan con firmeza el sujeto y la base técnico-material socialistas y se crea la capacidad de administrar en forma socialista el conjunto de la vida social, apenas entonces se podría decir que el socialismo haya llegado a adquirir su fisonomía perfecta.

Después de implantado el régimen socialista, una cuestión esencial que se debe resolver con prioridad, es elevar el nivel de conciencia y la capacidad creadora de las masas populares, de manera que cumplan con todas las tareas que les competen como dueñas del Estado y de la sociedad.

Y para esto es preciso que ellas lleguen a poseer alta conciencia ideológica y capacidad creadora correspondientes a la posición y al papel de protagonistas. Los rasgos ideológico-espirituales y cualidades que deben tener entonces, serán radicalmente diferentes de los anteriores. Cuando luchaban por derrocar el viejo régimen de explotación y establecer el socialista, les fue importante poseer elevada conciencia clasista y espíritu combativo contra la explotación y la opresión, pero en el esfuerzo por la construcción socialista se presenta como asunto central que se formen en las ideas colectivistas, según las cuales aprecien más los intereses del Estado y de la sociedad que los personales y luchen con abnegación para protegerlos. Y en el curso de la destrucción del anterior régimen de explotación, lo principal era disponer de fuerza combativa para aplastar la violencia contrarrevolucionaria de las clases gobernantes reaccionarias, pero en la tarea de edificar el socialismo es una necesidad imperiosa contar con la capacidad de transformar por vía comunista la naturaleza, las relaciones sociales y a las mismas personas. Si, después de asentado el sistema socialista, éstas, por no poseer conceptos colectivistas valoran más sus propiedades privadas que las del grupo y, por consiguiente, no manifiestan entusiasmo en el trabajo común, o por no estar dotadas con alta capacidad creadora, correspondiente a la posición de dueñas del Estado y de la sociedad, no logran administrar como es debido el Estado y la economía, la sociedad socialista quedará prácticamente sin amos y en esta situación el socialismo no podrá manifestar su ventaja ni desarrollarse.

Para lograr que las masas populares posean la elevada conciencia ideológica y facultad creadora que exige la sociedad socialista, es preciso desplegar de modo enérgico la revolución ideológica y la cultural. En el curso de éstas se lleva a cabo el trabajo de conversión de las personas, consistente en emanciparlas del atraso ideológico y cultural y formarlas como comunistas provistas de ideas correspondientes y con elevado nivel cultural.

La revolución ideológica es un trabajo de preparación de los protagonistas de la sociedad socialista y comunista mediante la formación de las personas en la conciencia ideológica de independencia, y la forma principal de la transformación del ser humano. La transformación del hombre es, en esencia, la de su ideología. Nuestro Partido separó el renglón ideológico de la esfera cultural y presentó la teoría de la preponderancia ideológica, ya que la conciencia lo decide todo. Esto significa que ésta es el factor decisivo que determina la acción del hombre.

La conciencia ideológica del hombre no se transforma de por sí. Es un error interpretarla como un simple reflejo del mundo real y así pensar que cambiaría con la variación del régimen social y de las condiciones materiales. Desde luego, el cambio de las condiciones objetivas ejerce cierta influencia sobre el desarrollo de esa concien-

cia, pero las personas no poseen, por espontaneidad, la ideología comunista por establecerse el régimen socialista e incrementarse las riquezas materiales. A medida que desaparecen la explotación y la opresión y se hace más abundante la vida material, hay que seguir profundizando la educación ideológica. Si no se procede así, se debilitará su espíritu revolucionario y crecerá paulatinamente entre ellas la tendencia ideológica a llevar una vida indolente. El éxito de la construcción del socialismo y su destino dependen de si se logra o no extirpar de su mente el egoísmo individual y toda clase de otras ideas trasnochadas y pertrecharlas con conceptos revolucionarios comunistas. Se puede afirmar que si en la sociedad capitalista donde rige el principio de la omnipotencia material, el dinero es la vida, lo es la ideología en el socialismo cuyo dueño son las masas populares. Si éstas se dotan de ideas socialistas y, sobre esta base, se unen como un solo cuerpo, el socialismo triunfa, mas fracasa si ellas se enferman en lo ideológico. La superioridad del socialismo sobre el capitalismo es, precisamente, la ventaja de la ideología, y su poderío no es sino el de su ideología. Por esta razón, menospreciar la revolución ideológica es igual a perder la línea vital en la construcción socialista.

Nuestro Partido, al presentar la revolución ideológica como la tarea de mayor importancia en la lucha por la construcción del socialismo, mantiene invariablemente el principio de priorizarla con seguridad y la profundiza y desarrolla sin interrupción al compás del progreso de la revolución y su construcción.

En el cumplimiento de la revolución ideológica es esencial imbuir de lleno la teoría revolucionaria de nuestro Partido, idea Juche, a todas las personas y, sobre esa base, lograr una perfecta unidad ideológica de toda la sociedad.

Proceder así constituye el requerimiento intrínseco de la sociedad socialista y la cuestión más importante que se presenta para la construcción exitosa del socialismo. En la capitalista, donde son diferentes las situaciones clasistas de las personas y se enfrentan sus intereses, no es posible que ellas posean un mismo ideario, ni por ende,

pensar en la unidad política e ideológica de la sociedad. Al contrario, la clase capitalista difunde ex profeso ideas reaccionarias de toda laya, para impedir la concientización de los trabajadores y su unidad y cohesión. Pero, en la sociedad socialista, cuyos miembros tienen objetivos e intereses comunes en el socialismo y el comunismo, es posible armarlos con el paradigma revolucionario comunista y, sobre esta base, realizar la unidad y la cohesión de toda la sociedad, y sólo entonces se puede preparar un firme sujeto de la revolución y elevar sin cesar su papel.

El sujeto de la revolución es, precisamente, el conjunto del líder, el partido y las masas. En el cumplimiento de la revolución ideológica, nuestro Partido canaliza sus esfuerzos para dotar a las personas con las concepciones revolucionarias del Líder, de la organización y de las masas, y aglutinarlas en torno al Partido y al Líder, para así convertirlas en un solo ente socio-político que comparta el mismo destino.

La idea sobre estas concepciones es original y se fundamenta en la aclaración científica del sujeto independiente de la revolución.

El líder es el centro del ente socio-político y el máximo cerebro que representa la voluntad de las masas populares. El líder y las masas mantienen estrechos vínculos dentro de dicho ente socio-político que está constituido por la idea revolucionaria y la camaradería. Tal como no es concebible el cuerpo viviente separado del cerebro, así tampoco es posible pensar en el líder, desvinculado de las masas populares, y viceversa.

La gloriosa historia de lucha de nuestro pueblo atestigua que es invencible la causa revolucionaria, cuando existe la sabia dirección de un destacado dirigente y las masas populares la siguen con lealtad. En el período tenebroso de la dominación del imperialismo japonés, nuestro pueblo, aunque se levantó en la lucha liberadora, al inicio se vio obligado a derramar en vano su sangre por no haber tenido un auténtico líder. Sólo al tener al camarada Kim Il Sung en el centro de la unidad y de la dirección, pudo derrotar al imperialismo japonés mediante la lucha armada organizada y alcanzar la restauración de la

Patria, e impulsar hasta hoy la difícil y complicada revolución coreana por el camino del triunfo. El gran Líder, al concebir la inmortal idea Juche, cultivó en nuestro pueblo un auténtico espíritu independiente y le ofreció una imperecedera vida socio-política, así como lo convirtió en un heroico pueblo invencible, mediante su agrupación en una gran comunidad revolucionaria. Así es como nuestro pueblo no sólo enaltece con lealtad al camarada Kim Il Sung como el gran Líder de la revolución, sino que también le respeta sin límites como salvador de su vida, como su padre, y le expresa toda su fidelidad y amor filial. Al margen de su sabia dirección y de la fidelidad absoluta del pueblo a él, no podemos hablar de la gloriosa trayectoria y brillante victoria de nuestra revolución. Las experiencias históricas del movimiento comunista internacional demuestran que bajo la dirección de un destacado líder la causa revolucionaria de las masas populares avanza de modo triunfal en cualesquier condiciones difíciles y complejas, pero en el caso contrario puede tropezar con altibajos y, sobre todo, si elementos casuales o traidores ocupan la posición directiva del partido, serán arrebatados por los enemigos los logros de la revolución, por los cuales se había derramado mucha sangre durante largo tiempo, y finalmente, fracasará la revolución.

El partido es la columna vertebral del ente socio-político. Sólo bajo su dirección, las masas populares tienen una vida socio-política, relacionándose de manera organizativa e ideológica con el líder, centro de su existencia, y constituyen el sujeto independiente de la revolución. Por lo tanto, es importante educar a todas las personas en el sentido de que consideren la organización socio-política centrada en el líder, como matriz de su vida política, y siendo sus integrantes se esfuercen de manera orgánica por la victoria de la causa revolucionaria.

Las masas populares son protagonistas de la revolución. El líder es, precisamente, su cerebro supremo y el partido, su destacamento medular. Sólo quienes posean la concepción revolucionaria de las masas, según la cual éstas se consideran dueñas de la revolución, podrán ser verdaderos servidores del pueblo, que se esforzarán con

total abnegación por sus intereses y, dignos encargados de la revolución y la construcción, capaces de resolver cualesquier problemas difíciles por sí solos, apoyándose en las masas. Si los funcionarios no tienen esta concepción, aparecerá entre ellos el fenómeno de menospreciar a las masas populares y de abusar de la autoridad e incurrir en el burocratismo, y caerán en la idea de dependencia de las fuerzas extranjeras, sin pensar en movilizar el poderío creador de su pueblo, e incluso, el derrotismo, doblegándose ante las dificultades.

Para ser fieles hasta el fin a la revolución como integrantes del ente socio-político, las personas deben poseer justas concepciones con respecto al líder, la organización y las masas. Estas concepciones revolucionarias constituyen los principales rasgos de los revolucionarios comunistas dotados de ideología Juche. Por lo tanto, en la revolución ideológica hay que prestar atención primordial a su formación en una ilimitada lealtad al Líder y al Partido y en el espíritu de servir con abnegación a las masas populares.

Si intensificando la revolución ideológica se les da una formación revolucionaria, y se prepara de modo sólido el sujeto de la revolución, es posible impulsar con éxito la construcción socialista y defender con firmeza la causa socialista bajo cualquier circunstancia. En nuestro país, al realizarse con éxito esa labor bajo la correcta dirección del Partido, todo el pueblo, firmemente armado con la idea Juche y unido de forma compacta en torno al Partido y el Líder, cumple lealmente con su responsabilidad y papel como dueño de la revolución y la construcción. Con alto orgullo y dignidad de ser un pueblo que hace la revolución, consagra toda su fuerza e inteligencia a la honrosa tarea de la construcción del socialismo y despliega a plenitud los rasgos comunistas de trabajar y vivir de manera revolucionaria, ayudándose y conduciéndose unos a otros, según el principio colectivista de "¡Uno para todos y todos para uno!". Hoy, entre nuestro pueblo se engrosan cada día más las filas de los héroes y beneméritos anónimos que trabajan con abnegación dedicando todo lo suyo en silencio, sólo en aras de la sociedad y la colectividad, el Partido y la revolución, sin importarles que otros lo reconozcan o no,

y en toda la sociedad se despliega con vigor un movimiento para aprender de ellos. Esto muestra de manera fehaciente el alto nivel que han escalado sus rasgos ideológico-espirituales. En el hecho de que el Líder, el Partido y las masas integran un ente socio-político que comparte el mismo destino y toda la sociedad forma una gran comunidad revolucionaria, está el verdadero aspecto de nuestro régimen, del que podemos sentirnos altamente orgullosos y dignos. Todo el pueblo está unido de modo inquebrantable en torno al Partido y el Líder y trabaja y vive con plena convicción y optimismo, he aquí la solidez y la invencible fuente del socialismo establecido en nuestro país, y la firme garantía para llevar a término la causa revolucionaria del Juche, sobreponiéndose a cualquier tempestad y prueba.

La revolución cultural es una obra encaminada a liberar a las masas populares del atraso y crear una etapa superior a su servicio, de manera que todos disfruten de la vida cultural socialista. En la sociedad explotadora ellas no tienen suficientes condiciones y posibilidades para lograr un rápido progreso en este aspecto, razón por la cual su nivel general es muy bajo. La cultura reaccionaria burguesa que sirve a la minoría aplastante de los privilegiados para la explotación y sometimiento de las masas laboriosas y el disfrute de diversión corrupta, ejerce influencias muy perniciosas, al carcomer como una droga el espíritu de las gentes y estorbar su vida cultural sana. Liquidar los remanentes de la vieja cultura que perduran arraigados en la vida y costumbres y crear una nueva cultura socialista, implican una lucha de principios entre el capitalismo y el socialismo. Sólo continuando la revolución en la esfera cultural, después de establecido el régimen socialista, es posible emancipar a las masas populares de las trabas de la cultura atrasada e inhumana, para así convertirlas en poseedoras de una alta capacidad creadora y en usufructuarias de la auténtica vida cultural socialista. Desarrollar esa última es una importante condición para impedir con éxito la penetración ideológica y cultural de los imperialistas. Para agredir y dominar a otros países, los imperialistas se aferran a la estratagema de penetrarlos, ante todo, con la cultura burguesa reaccionaria para exterminar su cultura nacional y paralizar la conciencia de independencia nacional y el espíritu revolucionario de sus pueblos. Sólo cuando la socialista prevalezca sobre la capitalista, al hacerla florecer y desarrollarla espléndidamente y asegurar al pueblo, a plenitud, una vida cultural socialista, éste no se hará ilusiones con la corrompida de la burguesía y será posible impedir la penetración ideológica y cultural de los imperialistas.

Un relevante objetivo estratégico en el cumplimiento de la revolución cultural es intelectualizar a toda la sociedad. Desde el punto de vista de la transformación del hombre, la construcción del socialismo y el comunismo es el proceso de imbuir en la conciencia revolucionaria y los rasgos de la clase obrera a todos los miembros de la sociedad y, a la vez, intelectualizarlos. Si la formación en el espíritu revolucionario y de clase obrera está destinada a eliminar las diferencias entre las personas en el nivel de la conciencia ideológica, se puede decir que la intelectualización de los integrantes de la sociedad está dirigida a convertirlos a todos en comunistas dotados de profundos conocimientos y elevadas cualidades culturales, para así erradicar el distingo existente en este aspecto. Después de establecido el régimen socialista y canceladas las relaciones antagónicas de clases, es indispensable pasar por el referido proceso. Con la implantación del régimen socialista, los intelectuales, al igual que la clase obrera, se convierten en dueños del Estado y la sociedad, y ya en calidad de trabajadores socialistas, llegan a encontrarse sobre la misma base socioclasista que ésta. Mas, la intelectualidad y la clase obrera se distinguen por sus peculiaridades de trabajo. Esta última, que, como desposeída, llegó a ser la rectora de la revolución, a través de su lucha contra la explotación y la opresión, tiene un firme carácter revolucionario y organizado, pero su nivel cultural y técnico es bajo en comparación con la otra, que le supera en el aspecto cultural y técnico, si bien es débil su espíritu revolucionario y organizado. La eliminación definitiva de estas diferencias es factible cuando se imbuye en la conciencia revolucionaria y de la clase obrera a toda la sociedad y ésta se intelectualiza al impulsar la construcción socialista. La trans-

formación comunista del hombre es, a fin de cuentas, la tarea de convertir a todos los miembros de la sociedad en hombres integralmente desarrollados, dotados de una conciencia ideológica independiente y una alta capacidad creadora, en intelectuales identificados con la clase obrera, y en obreros intelectualizados.

El sector de la enseñanza es al que deben dedicarse los esfuerzos primordiales en la revolución cultural. La labor docente es una de las cuestiones fundamentales que deciden la victoria o el fracaso de la construcción socialista y comunista y el destino futuro de la nación. Por eso, nuestro Partido ha venido prestando siempre importancia y grandes empeños a la gestión educacional. Después de la liberación del país comenzamos la edificación de la nueva Patria por asegurar al pueblo el derecho a la educación, liquidar el analfabetismo y establecer las escuelas para los integrantes de la joven generación, y no interrumpimos la labor docente ni en medio del fragor de la severa Guerra de Liberación en que se decidía la existencia o la ruina de la nación. Bajo las condiciones difíciles en que debíamos restañar las heridas dejadas por la guerra e impulsar la revolución y la construcción socialistas, pusimos en vigencia, de manera sistemática, la enseñanza obligatoria gratuita, combinamos la educación escolar con la social y desarrollamos el sistema docente de estudio y trabajo, logrando así que la totalidad de los niños y trabajadores recibieran la instrucción a expensas del Estado. Los inmensos esfuerzos que hicimos para el porvenir de la Patria y la nación, sobreponiéndonos a incontables adversidades, nos permitieron poner el nivel cultural de los trabajadores a la altura de los graduados de la escuela secundaria integral y presentar hoy, sobre esta base, el alto objetivo de intelectualizar a toda la sociedad y esforzarnos por su realización.

Nuestro Partido mantiene invariablemente el principio revolucionario en la docencia. La enseñanza socialista no es una labor práctica para proporcionarles sólo conocimientos generales y técnicos a las personas. Su misión y deber consisten en convertirlas en revolucionarios que luchan con dedicación en bien del Partido y la revolución, la Patria y el pueblo, contribuyendo así a la tarea de llevar adelante la causa comunista. Nuestro Partido presentó como un principio importante de la pedagogía socialista establecer el Juche en la docencia, encarnar el partidismo, el espíritu de la clase obrera y el carácter popular y combinar la enseñanza y educación con la práctica revolucionaria, y ha venido materializándolo de modo consecuente. Gracias a su correcta política educacional, en nuestro país los componentes de la joven generación se forman como comunistas firmes en el plano ideológico dotados con la doctrina Juche, y con útiles conocimientos y capacidad práctica. No es casual que los extranjeros nos aprecien como ''país de la enseñanza'', donde los miembros de la sociedad se entregan al estudio durante toda su vida, a través de lo cual se preparan como comunistas de nuevo tipo con una alta conciencia ideológica y facultad creadora.

Para asegurar suficientes actividades culturales socialistas al pueblo es preciso crear una nueva cultura de carácter revolucionario y popular, conveniente a la aspiración independiente, la ideología y el sentimiento de las masas populares. Sólo así, es posible eliminar todos los hábitos de vida incultos y atrasados, implantar plenamente el modo de vida socialista y orientar al pueblo a trabajar y vivir con un sano y sublime espíritu y moral, lleno de convicción y optimismo.

Con la materialización de la justa línea de creación de la cultura socialista del Partido, se logra en nuestro país un pleno desarrollo de una cultura y un arte autóctonos que representan la aspiración de las masas populares a la independencia y sus demandas revolucionarias y que se granjean, pues, su amplia aceptación, y todos los medios culturales de la sociedad se destinan exclusivamente a elevar su nivel y a satisfacer sus múltiples requerimientos en ese terreno y la recreación. La literatura, el arte, la salud pública, los deportes y todas las demás prácticas culturales tienen una gran incorporación de las masas, convirtiéndose en una parte de su existencia cotidiana, lo cual permite a todos los integrantes de la comunidad participar en la creación de la cultura y disfrutar de sus beneficios, volcando todos sus recursos intelectuales en el progreso de la cultura socialista y desarrollando sin impedimento alguno las actividades culturales y recrea-

tivas de distintos órdenes. En Corea no existen una ética y moral corruptas y vicios como los que se ven en el régimen capitalista, los cuales echan a perder a las personas, convirtiéndolas en inválidas espirituales y físicas. Entre nuestro pueblo predomina una noble moral socialista que alienta a respetarse y cooperar y a compartir la alegría y la tristeza, y en toda la sociedad rige un sano estilo de vida socialista. De veras, en todos los lugares del país, sea en las familias, sea en los puestos de trabajo, se percibe un optimismo revolucionario, y una cultura y arte autóctonos que constituyen un poderoso medio para elevar el orgullo y dignidad nacional de nuestro pueblo y para conducirlo a mantener una existencia sana en el sentido ideológico y espiritual y estimularlo en la lucha revolucionaria y el trabajo creador.

Preparar una sólida base material y técnica para el socialismo, mediante la transformación de la naturaleza, es, junto con la del hombre, una tarea de importancia, que se presenta en el primer orden en el proceso de construcción socialista, después de implantado el régimen socialista. Si no se asienta ese pilar preparado por medio de un rápido desarrollo de las fuerzas productivas, apropiado para el régimen socialista ya implantado, éste no podrá durar mucho tiempo como ocurre con un edificio que carece de un sólido cimiento ni tampoco asegurar a su pueblo una vida material y laboral de carácter independiente y creador.

La revolución técnica es el medio principal para forjar una base material y técnica conforme a la altura de la sociedad socialista y comunista, mediante la transformación de la naturaleza. Mientras las revoluciones ideológica y cultural se encaminan a preparar el sujeto de la sociedad comunista por medio de la transformación del hombre, la técnica se orienta a crear el basamento material imprescindible para ésta, repitiendo igual operación con la naturaleza. En la sociedad capitalista la reforma tecnológica se aprovecha para satisfacer la insaciable ambición lucrativa de una minoría, en tanto en la socialista la revolución técnica se considera como una relevante tarea revolucionaria destinada a ofrecer a los trabajadores mejores e iguales condiciones de trabajo y vida material, para liberar incluso de las restricciones de la naturaleza a las masas populares, ya exentas de la explotación y la opresión, y para garantizarles así, plenamente, la independencia.

En la sociedad socialista la revolución técnica debe contribuir a emancipar a los obreros de las labores duras y pesadas por medio de la promoción de las técnicas y a construir y fomentar una economía nacional autosuficiente, socialista, que responda al deseo de sus integrantes por la soberanía. Este tipo de economía, autosostenida y basada en los últimos logros de las técnicas, asegurará las condiciones independientes y creadoras del trabajo y la vida material y permitirá ejercer la autonomía ideológica, la soberanía política y la autodefensa en la salvaguardia nacional para consolidar así la independencia de la nación. De ahí que sea preciso ejecutar la citada revolución conforme a las características reales de la nación y con el apoyo de las actividades creadoras de su pueblo, manteniendo con firmeza la posición autóctona para lograr un alto nivel de desarrollo con recursos nacionales, la modernización y la fundamentación científica de la economía nacional.

Resulta muy perjudicial que al realizar dicha tarea no se confíe en la capacidad propia y hacerse ilusiones en cuanto a las técnicas avanzadas de los países capitalistas. Es erróneo totalmente el pensamiento de que el capitalismo reúne mejores condiciones que el socialismo para hacer progresar las ciencias y técnicas. En cualquier sociedad que sea, las masas del pueblo trabajador protagonizan su promoción. No hay duda alguna, pues, que la sociedad socialista, donde todos los trabajadores, convertidos en dueños del país, muestran un interés vital por el progreso de esas ramas y el Estado las impulsa de manera unificada, de acuerdo con un programa bien meditado y con las leyes de la economía socialista, lleva más ventajas para ello que la capitalista, donde se contradicen los intereses de sus integrantes a partir del individualismo dominante. Si con un correcto punto de vista en torno a la revolución técnica y con una firme posición autóctona, se explota todo el potencial económico de su país y se pone al rojo vivo el

entusiasmo revolucionario y la facultad creadora de las masas populares, es posible desarrollar a un ritmo rápido la economía y las técnicas.

Una vez implantado el régimen socialista hace falta equipar las industrias pesada y ligera, la agricultura y los demás sectores de la economía nacional con modernas técnicas, mediante un impulso dinámico de la revolución técnica a fin de asegurar la autosuficiencia económica. Cuando se cree una moderna industria pesada y, sobre esta base, se logre la renovación tecnológica en todos los órdenes de la economía nacional es posible liberar a los trabajadores de las labores pesadas y aumentar las fuerzas productivas hasta el nivel requerido por la sociedad socialista. Nuestro Partido, tras la implantación del nuevo régimen, definió alcanzar la industrialización socialista fomentando la revolución técnica como la misión inmediata principal en la construcción económica, y organizó y guió con certeza a las masas trabajadoras a sumarse a los esfuerzos por ejecutarla, gracias a lo cual se eliminó en breve tiempo el desequilibrio colonial y el atraso técnico de que padecía nuestra economía nacional y se culminó con éxito la histórica tarea de la industrialización socialista.

El gran Líder formuló tres tareas que forman parte importante de la revolución técnica que sigue a la industrialización socialista: eliminar las diferencias entre el trabajo pesado y el liviano, entre la faena agrícola y la industrial y emancipar a la mujer de la carga de los quehaceres domésticos y dirigió con acierto la campaña para cumplirlas. El lineamiento de nuestro Partido al respecto refleja en todas sus dimensiones el principio de la revolución técnica del socialismo de liberar a los trabajadores de las labores difíciles y asegurarles la independencia e igualdad en sus actividades.

Con la promoción exitosa de la mencionada revolución, orientada por nuestro Partido, no sólo ha quedado más sólida la base material y técnica de nuestro socialismo sino también se ha operado grandes cambios en los quehaceres laborales y la vida material de los trabajadores. Se han eliminado los trabajos nocivos y a altas temperaturas y disminuido considerablemente las faenas pesadas, disfrutando los

obreros de mejores condiciones de trabajo y descanso. Así es como su jornada laboral creadora se hace cada vez más alegre y fructífera. Con el progreso de las técnicas y el avance exitoso de la construcción económica socialista, mejora de manera sistemática la vida material del pueblo. En nuestro país, todos los trabajadores tienen empleos aptos para su disposición y vocación y llevan una vida feliz, si bien aún no viven en abundancia, sin tener preocupaciones por los alimentos, la ropa y la vivienda. No hay quienes viven en opulencia, ni en pobreza y mucho menos desempleados y mendigos. Gracias a la poderosa economía nacional independiente, con una moderna dotación técnica, podemos hacer cualquier cosa programada por nuestros propios medios y desarrollamos con seguridad la economía nacional, sin ser afectados gravemente por la fluctuación económica de radio mundial. En nuestro país toda la población trabajadora disfruta de igualdad en sus labores y vida, sin tener preocupación alguna gracias a la poderosa economía nacional autosostenida, mientras en la sociedad capitalista es extrema la diferencia entre la opulencia y la pobreza y sus habitantes viven con inquietud por su futuro incierto; esta realidad comprueba con elocuencia la justeza del principio socialista que nuestro Partido aplica estrictamente en la construcción económica y la revolución técnica.

Fortalecer el Poder popular y elevar su función y papel son la garantía decisiva para administrar y gestionar de modo adecuado la nueva sociedad e impulsar con éxito el proceso de edificación socialista y comunista.

El Poder popular implica el mando que representa el derecho independiente de las masas populares, dueñas de la sociedad socialista, y que gestiona de manera unificada la vida general en ésta. Por él se aseguran la independencia de las masas populares y sus actividades creadoras unificadas y se promueve la construcción socialista. De ahí la necesidad de fortalecerlo aún más y elevar sin cesar su función y papel en conformidad con la profundización y el avance de la edificación del socialismo. Sólo cuando desempeñe plenamente sus facultades y rol, el Poder popular puede llevar a buen término la labor de

transformación del hombre y de la naturaleza, mediante la promoción dinámica de las tres revoluciones —ideológica, técnica y cultural—, y modificar, desarrollar y perfeccionar por vía socialista las relaciones sociales en todos los terrenos de la política, la economía y la cultura. He aquí precisamente la razón por la cual nuestro Partido plantea su robustecimiento y el incremento de su función y papel, junto con la ejecución de las tres revoluciones mencionadas, como importante contenido de la línea general de la construcción socialista.

Cómo administrar y gestionar la sociedad socialista constituye un nuevo problema, relevante, que surge después de establecido el régimen socialista. Siendo ésta una sociedad en que las masas populares son dueñas de la misma y del Estado, su administración también debe adherirse al nuevo modo socialista protagonizado por ellas. Aun cuando se han convertido en protagonistas del Poder estatal y de los medios de producción, si no administran la sociedad conforme a su naturaleza socialista, en calidad de protagonistas de su gestión, no pueden garantizar debidamente su posición y papel como tales, ni poner en pleno juego la superioridad del sistema socialista, ni tampoco empujar con éxito la edificación del socialismo.

Erradicar el método de gobernación burocrático, legado del régimen caduco e implantar el modo de gestión idóneo a la esencia de la sociedad socialista, es una labor no menos difícil y complicada que el establecimiento del Poder socialista. La anterior teoría, que define el Poder estatal como arma de la dictadura para realizar la dominación clasista, consideraba la diferencia esencial entre el poder de la clase explotadora y el socialista, principalmente como la de su carácter clasista y que el Estado socialista se extinguiría al tornarse innecesario el dominio clasista, con la implantación de una sociedad sin clases. Este criterio no se aviene a la práctica de la construcción socialista y comunista. El viejo Estado, como medio de dominación clasista, se destruye por la revolución socialista, y el Poder socialista implantado en su sustitución es una nueva organización política estatal con la misión de orientar de manera unificada todas las esferas y las actividades independientes y creadoras de las masas populares, hechas dueñas de la sociedad. La función de la dirección unificada del Estado socialista debe fortalecerse tanto más cuanto se profundiza la construcción del socialismo y el comunismo, y esta función se necesita también en la sociedad comunista. Por lo tanto, el Poder socialista no puede extinguirse jamás, y el problema del poder sigue siendo la cuestión más importante no sólo en la etapa de la revolución socialista, sino, además, en todo el período histórico de la construcción del socialismo y el comunismo.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung, presentó como una tarea trascendental el adaptar el sistema y el método de trabajo del Poder popular a la demanda de las nuevas circunstancias imperantes después del establecimiento del régimen socialista en nuestro país, y creó el espíritu y el método Chongsanri y su encarnación, el sistema de trabajo Taean, de suerte que se ha resuelto brillantemente la histórica tarea de implantar el sistema y el método de la administración social, convenientes a la exigencia esencial de la sociedad socialista.

El sistema de trabajo Taean combina la dirección unitaria del Partido con la línea revolucionaria de masas, de modo que éstas puedan cumplir con su responsabilidad y su papel como dueñas del Estado y la sociedad, y encarna el principio fundamental de las actividades del Estado socialista. Tiene sentido universal no sólo como sistema de dirección y gestión de la economía socialista, sino también como medio político de administración y manejo de la sociedad socialista en su conjunto. Podría decir que la creación del sistema de trabajo Taean y su implantación en todos los terrenos de la sociedad, es una gran revolución en la transformación social, tan importante como el establecimiento del Poder socialista y las relaciones de posesión socialista de los medios de producción.

Lo que importa más en la implantación del sistema y el método de la administración socialista es realizar la dirección unificada del Estado sobre la sociedad, bajo la orientación del Partido.

Este es la unidad medular de las masas populares, sujeto de la sociedad socialista, y la organización de dirección política de la construcción del socialismo y el comunismo. El Partido señala el

rumbo de la actividad del Poder a través de su lineamiento y su política, que sintetizan la voluntad del pueblo y da la orientación política a los organismos del Poder para que actúen de acuerdo con sus intereses y demandas. Al margen de su dirección, el Poder socialista no puede cumplir con su misión y papel como aparato del pueblo. Este es el ejecutor de la línea y la política del Partido, cuya dirección sobre toda la sociedad se garantiza y materializa consecuentemente por medio del Poder estatal, que es la organización política más comprensiva.

La orientación del Partido sobre el Poder popular debe ser política, y las actividades de éste, destinadas a la materialización de la línea y la política del Partido. Como ejemplificó el Líder, la relación entre el Partido y la administración podría decir, metafóricamente, semejante a la existente entre el timonel y el remero de un barco. Como estos deben desempeñar bien su papel para hacer adelantar la embarcación derecho y rápido, así también el Partido ha de dar una acertada orientación política y el Poder cumplir mejor su rol, bajo su dirección, a fin de administrar y manejar la sociedad sin desviaciones, conforme a la voluntad y la exigencia de las masas populares.

En el país socialista, el partido de la clase obrera, que ha tomado el Poder, puede sustituir por un desliz a la administración en sus actividades, lo cual redundaría en debilitar la creatividad de los organismos del Estado. Por eso, es preciso vigilar el procedimiento administrativo en su labor de dirección sobre los organismos del Poder. Al mismo tiempo, hay que oponerse a la "práctica administrativa" en la gestión del Partido y, a la vez, rechazar tajantemente la tendencia de negar o debilitar la dirección del Partido sobre el Poder, bajo el pretexto de elevar la "autonomía" y la "independencia" del Poder estatal. Sin la orientación del Partido, el Poder socialista se convierte en burgués, y si el Partido abandona su dirección sobre éste, deja de existir como vanguardia con responsabilidad del destino de las masas populares.

Asegurar la dirección unificada sobre la sociedad, bajo la guía del Partido, es la función principal del Estado socialista.

La sociedad socialista, a diferencia de la capitalista, donde la vida entera se basa en el individualismo, es una sociedad colectivista, en la que todos sus integrantes trabajan juntos, con los mismos objetivos e intereses. Sin una dirección centralizada del Estado, no es posible lograr, como se desea, la unidad y la colaboración de las masas populares, sobre la base de las aspiraciones comunes de la sociedad, ni orientar a buen seguro, su lucha por construir el socialismo y el comunismo. Por eso, el Poder popular debe dirigir y administrar de modo unificado todos los sectores de la vida social: político, económico y cultural.

Bajo el socialismo una exigencia legítima para desarrollar la economía nacional es que el Estado la maneje de forma planificada, según un programa. Necesariamente debe hacerlo así, porque es el representante del pueblo, que es poseedor de los medios de producción. Sólo entonces será posible explotar al máximo la economía nacional, en todo su potencial y promoverla a alto ritmo, de acuerdo con la exigencia y los intereses de las masas populares por la independencia. Resulta fundamentalmente erróneo, contraponer la dirección unificada del Estado en la economía, a la iniciativa de las empresas, y negarla argüyendo que ya no vale la administración planificada de la economía, debido al aumento de su dimensión. El problema está en qué principio y de qué manera la realiza. Si antes ciertos países cometieron errores al ejercerla, en su economía socialista, no fue, sino, podría decirse, porque la administraron mediante ordeno y mando, despreciando la ley objetiva de su desarrollo y sus realidades concretas y se descuidaron de promover la iniciativa de las ramas y las unidades particulares, poniendo énfasis sólo en lo unificado. No deben, pues, oponerse a la misma dirección unificada del Estado en la economía, sino optar por mejorar los métodos de su gestión a la altura de la exigencia socialista. Si tienden a negar la orientación y el control del Estado, anteponiendo la independencia de las empresas particulares y los intereses económicos inmediatos, llegarán finalmente a destruir el régimen económico socialista, recuperando el capitalista, es decir, la economía de mercado. Afirmar que si se

aumenta el volumen de la economía, no se puede planificar debido a la ampliación enorme de sus indicadores, es tan absurdo como decir que con el crecimiento de la economía, el hombre se convierte en su apéndice. Si, conforme al desarrollo de la economía socialista, el Estado eleva el nivel de formación de los funcionarios que la dirigen y de los trabajadores, y coloca su gestión sobre una base científica, será posible manejarla según un plan y aprovechar en alto grado sus ventajas.

Para aplicar correctamente el sistema y los métodos de administración socialista, es preciso materializar de modo consecuente, la línea revolucionaria de masas en las actividades del Partido y el Estado.

En la sociedad socialista, tanto las dueñas del poder, como las encargadas de la política, son las masas populares. Ejecutar dicho precepto, que permite a éstas ocupar su posición de propietarios del Estado y la sociedad, y cumplir sus responsabilidades y papeles correspondientes, ha de ser el principio supremo de las actividades del Partido y el Estado. De cómo se materializa dependen también el aseguramiento satisfactorio de la democracia socialista, la eliminación del burocratismo y el fomento pleno de las iniciativas entre el pueblo. Precisamente de esta línea deben partir todos los quehaceres del Poder popular, instituyendo sus mecanismos y métodos de trabajo, de tal manera que se apoye en las masas populares y les sirva a conciencia. Los funcionarios de los órganos del Poder popular deben desempeñarse siempre en función de sus demandas e intereses, compenetrarse con ellas, compartiendo penas y alegrías y estimularlas enérgicamente a llevar a cabo la política del Partido.

En las labores del Poder popular, que sirve al pueblo, no debe tolerarse jamás el burocratismo, método de dominación de la vieja sociedad. Si sus órganos lo practican en su desempeño, imponiendo abusivamente a las masas populares lo que contravenga a su voluntad y demanda, sucederá que les frenen la independencia y la iniciativa, las separen del Partido y del Poder y, a fin de cuentas, no muestren de manera suficiente las ventajas del régimen socialista.

Si en ésta se dan manifestaciones burocráticas está relacionado con la circunstancia de que permanecen vestigios de la vieja ideología entre los funcionarios y no se han eliminado por completo los remanentes del arcaico sistema y métodos de dominio en el manejo de la sociedad. Para acabar con el burocratismo, hay que sacar de raíz los rastros de la añeja ideología y método de gestión, y materializar con eficacia los requisitos del espíritu y método Chongsanri y el sistema de trabajo Taean, que encarnan la línea de masas.

En el socialismo, de carácter transitorio, donde continúa la lucha de clases, el Estado debe ejercer también la función de dictadura sobre los elementos antisocialistas.

La edificación del socialismo y el comunismo acompaña una fiera batalla contra los elementos hostiles y los imperialistas. Puesto que estos prosiguen sus maquinaciones contra el socialismo y existen en el interior malintencionados, ligados con ellos, el régimen socialista, como arma de la revolución, debe cuidarse siempre de que no crezcan los contrarrevolucionarios y antisocialistas, y destruir a tiempo las maniobras de los imperialistas y los reaccionarios internos que tratan de obstruir la revolución y la construcción y derribar el régimen socialista. Si en esta sociedad transitoria se debilita el rol de la dictadura del Poder, no se puede asegurar al pueblo la libertad y los derechos democráticos, ni defender las conquistas de la revolución, y el mismo régimen socialista llegará a correr peligro. Fortalecer el Poder popular y elevar su función y papel, he aquí una garantía invulnerable para salvaguardar y llevar a la victoria la causa del socialismo.

La línea general del Partido de consolidar el Poder popular y seguir mejorando su función y papel, al mismo tiempo que realizar de modo consecuente las tres revoluciones —ideológica, técnica y cultural— se ejecuta con éxito en la edificación del socialismo en nuestro país, comprobándose claramente, en esa práctica, su justeza y vitalidad.

Mediante el mantenimiento invariable y la materialización acertada de dicha línea en la edificación socialista, el pueblo coreano ha

logrado grandes victorias en todos los sectores de la revolución y la construcción, a pesar de lo difícil y compleja que es la situación, y ha construido en esta tierra un excelente socialismo, a la coreana, centrado en las masas populares. Que el pueblo entero, unido con una misma voluntad, en torno al Partido y el Líder, forma un poderoso sujeto de la revolución; que el socialismo se desarrolla sobre un firme cimiento de la independencia, la soberanía y la autodefensa; y que se asegura a plenitud la vida socialista, independiente y creadora del pueblo, son grandes ventajas del socialismo coreano. Nuestro pueblo ha adquirido, a través de su vida real, la convicción de que sólo el socialismo puede poner fin a toda forma de dominación, subyugación y desigualdad social y asegurarle una verdadera libertad e igualdad, una existencia feliz y digna, y que, por lo tanto, continuarlo es el camino de plasmar su ideal de la independencia.

Nuestro pueblo tiene la inconmovible fe en la justeza y la perspectiva de la causa del socialismo que él mismo escogió y ha venido llevando adelante con sus propias fuerzas, y tiene la disposición revolucionaria de recorrer hasta el fin esa ruta bajo la dirección del Partido. En el futuro, por más que se torne compleja la situación, y cualquiera que sea la prueba que encare, no vacilará, ni retrocederá un paso; acabará de cumplir hasta sus últimas consecuencias la línea general del Partido que encarna la ideología Juche, coronando así con éxito la causa del socialismo y el comunismo.

PROBLEMAS ESENCIALES DE LA CONSTRUCCION DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO

Artículo redactado con motivo del 47 aniversario de la fundación del Partido del Trabajo de Corea

10 de octubre de 1992

La más importante tarea que hoy enfrentan los partidos y pueblos revolucionarios es defender y desarrollar la causa del socialismo. Este, pese a sufrir vicisitudes, sigue siendo el objetivo de su lucha y la aspiración de la humanidad progresista. Lo muestra patentemente el hecho de que numerosos partidos revolucionarios del mundo han firmado la Declaración sobre la defensa y el desarrollo de la causa del socialismo, adoptada en Pyongyang, en abril del presente año.

La manera de llevar adelante esta obra depende de cómo se consolida el partido que la dirige, y cómo se eleva su papel rector. Se puede decir que la historia de la lucha por el socialismo es la de la construcción del partido de la clase obrera y de sus actividades. Todo ese sangriento batallar que han sostenido la clase obrera y demás masas populares trabajadoras muestra que tanto la clave de la victoria como la causa del fracaso están en la construcción del partido y sus actividades.

Ahora, cuando los partidos revolucionarios inician un nuevo combate por el socialismo, presentando la Declaración de Pyongyang como programa de su acción común, es de suma importancia hacer

un balance correcto de las históricas experiencias y lecciones de la construcción del partido. Esto se presenta como una acuciante tarea también para lograr que nuestros cuadros y militantes agudicen la vigilancia ante las maquinaciones de los enemigos clasistas de toda laya encaminadas a destruir los partidos revolucionarios de la clase obrera, los fortalezcan sin cesar y eleven aún más su papel rector para seguir impulsando con energía la causa del socialismo.

1. LECCIONES HISTORICAS DE LA CONSTRUCCION DEL PARTIDO GOBERNANTE EN EL SOCIALISMO

La bancarrota del socialismo en varios países proporciona serias lecciones. A este respecto, lo más importante es conocer con certeza por qué se derrumbaron en una mañana los partidos que por decenas de años dirigieron la causa del socialismo en un difícil bregar. Porque la dirección del partido representa la vía respiratoria de esta causa.

El socialismo es una sociedad progresista que refleja la exigencia de las masas populares por la independencia, y el avance de la humanidad hacia él es el rumbo de la marcha de la historia. Este proceso está orientado por el partido de la clase obrera, y el progreso de la sociedad socialista demanda que éste se consolide y desarrolle de manera incesante. A la luz del curso general de la historia de la humanidad el reciente derrumbe de los partidos en el poder bajo el socialismo y el retorno del socialismo al capitalismo en algunos países pueden considerarse como un fenómeno temporal, como una desviación del trayecto normal.

Es también un fenómeno anormal teniendo en cuenta las circunstancias y condiciones en que se desarrollaban y actuaban esos partidos. Desde este punto de vista, el socialismo es incomparablemente

más ventajoso que el capitalismo. En la sociedad socialista desaparecen las condiciones sociales, económicas y clasistas que restringen la consolidación del partido y sus actividades, se amplía su terreno socio-clasista y crece la posibilidad de que en virtud de su política popular disfrute del apoyo y la confianza de las masas populares. Sin embargo, se desmoronaron esos partidos, lo cual está relacionado con el hecho de que no se habían fortalecido ni actuaban como era debido.

La tarea más importante en la estructuración del partido de la clase obrera y sus actividades es consolidar su base ideológico-organizativa.

Ya que es una organización política creada sobre la base de la ideología de la clase obrera, cómo preparar su cimiento ideológico-orgánico viene a ser el factor principal que determina su existencia. Ese cimiento tiene que establecerse sólido en todo el proceso de su desarrollo, a partir de los preparativos para su fundación. Esta tarea cobra mayor importancia cuando se plantea el asunto del relevo en su dirección. Porque en esos momentos los enemigos clasistas internos y externos, los conspiradores y los aspiracionistas cegados por la ambición de poder, intensifican de modo más abierto sus maniobras.

El partido gobernante en el régimen socialista puede desbaratar cualquier conjura de los imperialistas y demás enemigos clasistas para destruirlo, con tal de que cuente con una sólida base ideológico-organizativa. Los actos traidores en su seno ponen en mayor peligro su existencia que las intrigas subversivas externas, mas la posibilidad de impedirlos depende de la consistencia de la referida base. Si en su seno se mantienen con firmeza los principios revolucionarios y se estructuran con solidez sus filas en lo ideológico y organizativo, su dirección no será acaparada por los traidores a la revolución, y aun cuando esto ocurra, no tendrán posibilidad de imponer fácilmente lineamientos contrarrevolucionarios a sus organizaciones y militantes. No obstante, en muchos partidos, a causa del viento de liberalización burguesa, se debilitó la base ideológico-organizativa, oportunidad que aprovecharon los traidores para implantar abiertamente su

línea contrarrevolucionaria. De modo particular, al no prepararse como es debido las filas de cuadros, armazón de la base ideológico-organizativa, y dar pie a su degeneración ideológica, no pocos de éstos no pudieron distinguir certeramente lo revolucionario de lo contrarrevolucionario, y aun cuando se percataron de la naturaleza contrarrevolucionaria de los traidores, les siguieron ciegamente simpatizando con sus ideas o les adularon pensando primero en ampararse ellos mismos. Desde luego que los auténticos comunistas no desistieron de su conciencia partidista, sino lucharon para salvaguardar el partido y el socialismo. Mas su batalla no pudo vencer el regolfo contrarrevolucionario producido por la prolongada degeneración de sus partidos.

Otro asunto importante en el desarrollo del partido de la clase obrera y sus actividades es consolidar su terreno entre las masas.

Como representa los intereses de las masas populares, echar sus raíces entre éstas es la condición sine qua non para su existencia. Nunca puede sobrevivir al margen de su apoyo.

Para consolidar ese terreno, el partido en el poder bajo el socialismo tiene que hacer bien su labor con las masas y dotarlas de modo firme con las ideas socialistas, al tiempo que poner en plena acción las ventajas del régimen mediante una eficiente edificación del socialismo. El partido de la clase obrera es por su naturaleza de las masas populares y lucha en defensa de sus intereses, por eso cuando éstas se le oponen, quiere decir, precisamente, que se oponen a sí mismas. Pero, si ese partido, por no organizar y dirigir con tino la construcción del socialismo, no exhibe justamente la superioridad de este régimen ni supera los viejos métodos y estilos de trabajo como el burocratismo, y las manifestaciones de corrupción y degeneración como el soborno, puede separarse de las masas. En cuanto al burocratismo, éste se manifestó también en la primera etapa de la construcción del socialismo. Dado que en la mente de los funcionarios pervivían los resabios de las ideas caducas y carecían de experiencias en la administración de la sociedad socialista, era inevitable, hasta cierto punto, que se tolerasen viejos métodos y estilos de trabajo.

Pero, por entonces, éstos no producían consecuencias tan graves que pusieran en peligro las conquistas de la revolución, ya que los obreros y campesinos prestaban mucho apoyo al partido y al poder socialista que los habían liberado de la explotación y opresión. Sin embargo, con el paso del tiempo, a medida que se enervaba la conciencia clasista de las personas y se crecían sus exigencias vitales, mientras las filas de cuadros se engrosaban con integrantes de la nueva generación carentes del temple revolucionario, el burocratismo fue cobrando un cariz todavía más grave, e incluso aparecieron muchos fenómenos de corrupción y degeneración que en el primer período de la construcción socialista se manifestaban en medida limitada. Como se trata de cosas que surgen de los vestigios de ideas caducas y de la ideología burguesa, y no de la naturaleza del partido de la clase obrera y la sociedad socialista, son posibles de conjurar, si éste intensifica la labor ideológico-organizativa y entabla el combate contra ellas. Sin embargo, como muchos partidos no prestaron la requerida atención a esta labor, no lograron vencer el burocratismo, la corrupción y degeneración, y otras manifestaciones malsanas. Por otra parte, como consecuencia de una ineficiente educación de las masas populares para pertrecharlas de las ideas socialistas y de que abrieron sus puertas a la penetración ideológica y cultural del imperialismo, gran parte de las masas, embotada su conciencia política, se dejó engañar por las intrigas antisocialistas de los imperialistas y reaccionarios. Si ellas hubieran asimilado con firmeza las ideas socialistas, no habría ocurrido que un buen número de personas se dejaran embaucar por los contrarrevolucionarios y se opusieran a los partidos y gobiernos, aunque los traidores al socialismo y los reaccionarios utilizaron los defectos de esos partidos en el poder para desorientar las opiniones sociales bajo el rótulo de la "democracia" y "publicidad".

El proceso de degradación de los partidos gobernantes en el socialismo, que acarreó la frustración de éste, se inició con el abandono de los principios revolucionarios que regían en su consolidación como partidos de la clase obrera. Estos se estipularon hace mucho tiempo por el marxismo-leninismo. Partiendo de la necesidad

de la existencia de la vanguardia de la clase obrera para guiar su lucha revolucionaria hacia la victoria, los creadores de la doctrina marxista fundaron la Unión de los Comunistas como una organización política de la clase obrera, y la Primera Internacional, y desplegaron intensas actividades para desarrollar bajo la dirección de ésta el movimiento comunista internacional. En este proceso formularon una serie de principios para la construcción del partido. Lenin, a la vez que los defendía, desarrolló la correspondiente teoría de acuerdo con las nuevas circunstancias históricas, en que el capitalismo pasaba a la etapa imperialista y maduraba la revolución proletaria; definió como fuerza motriz de la revolución al campesinado pobre junto con la clase obrera y, sobre este nuevo fundamento clasista, creó un partido revolucionario. Al triunfar en Rusia la Revolución Socialista de Octubre bajo la dirección de este partido leninista, esos principios marxista-leninistas fueron reconocidos como universales para los partidos comunistas y obreros.

La nueva época de la independencia, en que las masas populares forjan su destino por sí mismas y de manera creadora, exigió perfeccionar la teoría de la edificación del partido en un nuevo plano. La tesis marxista-leninista, como pertenecía a la etapa en que los partidos de la clase obrera luchaban principalmente por tomar el poder, no dio explicaciones concretas al problema de cómo deberían consolidarse y actuar después de conquistarlo. Una vez que llegaron al poder y establecieron regímenes socialistas, se les plantearon numerosos problemas teórico-prácticos que debían solucionar para su consolidación y sus actividades como organización política rectora de la sociedad. No obstante, muchos de ellos, al aferrarse de modo dogmático al marxismo-leninismo alegando que lo tomaban por su guía directriz, no desarrollaron la teoría de su establecimiento conforme a las exigencias de la realidad de la edificación socialista. Por consiguiente, no lograron resolver de modo correcto nuevos problemas que encaraban en su propia consolidación y sus actividades, como por ejemplo, integrar con firmeza sus filas en lo ideológico-organizativo y reforzar sus cimientos de masas, en correspondencia a su posición en el poder. Al revelarse la limitación de la teoría marxista-leninista sobre la construcción del partido, los revisionistas contemporáneos la aprovecharon para arrastrar a los partidos de la clase obrera por el camino de la degeneración. Bajo el pretexto de desarrollar esa teoría conforme a las circunstancias y condiciones del momento, le eliminaron su esencia revolucionaria, debilitaron de modo sistemático a los partidos y paralizaron su facultad rectora.

La sociedad socialista exige consolidar de modo incesante el partido de la clase obrera y elevar su papel directivo. Al margen de la correcta orientación política del partido esta sociedad, basada en el colectivismo, no puede mantenerse ni allanar victoriosamente el camino de la edificación del socialismo y el comunismo por nadie transitado. A medida que en ella se disfruta de una vida estable durante largo tiempo, es posible que desaparezca de modo paulatino el espíritu revolucionario y surjan manifestaciones de blandenguería entre no pocas personas, sobre todo entre los integrantes de la joven generación que no experimentaron la explotación y opresión ni conocieron dificultades. Esta realidad exige fortalecer el partido, elevar su rol rector e intensificar la formación revolucionaria de los miembros de éste y del pueblo. Sin embargo, no pocos partidos gobernantes en el socialismo descuidaron esta tarea, al considerar que no había problemas si después de implantar el régimen socialista se efectuaba bien sólo la edificación económica. Aunque ésta es una tarea importante para el partido en el poder, luego de establecido el régimen socialista, si se ocupa unilateralmente de ella, prestando poca atención a su propio fortalecimiento y a la formación revolucionaria de sus militantes y de demás sectores del pueblo, es posible que fracase la misma edificación económica e incluso se pierdan los logros del socialismo.

El que se hayan derrumbado en cadena los partidos en el poder y los regímenes socialistas, no en uno o dos países sino en varios, está relacionado con que no implantaron el Juche en la estructuración y actividades de sus partidos.

Establecer el Juche constituye un requisito fundamental para la

construcción del partido revolucionario de la clase obrera y sus actividades. Este es una organización política autónoma que lucha contra toda forma de dominación y sometimiento y por realizar la independencia de las masas trabajadoras. Por esta razón, debe analizar y resolver con su propia cabeza y sus propias fuerzas todos los problemas relacionados con su perfeccionamiento y sus actividades. Por supuesto, en el primer período del movimiento comunista internacional fueron necesarias la orientación y ayuda de un centro internacional en la tarea de fundar los partidos para el caso de aquellos países que no tenían preparados los núcleos comunistas.

Con el desarrollo de la historia y el avance de la revolución, en diferentes países se formaron esos núcleos y las fuerzas revolucionarias y sus respectivos partidos llegaron a ser capaces de hacer la revolución de manera independiente, de acuerdo con su realidad concreta. En estas condiciones históricas resultó inadecuado que un centro internacional dirigiera en forma unitaria a los partidos y los movimientos revolucionarios de numerosos países, razón por la cual la Internacional dejó de existir.

Aunque ésta se disolvió, en las relaciones entre los partidos comunistas y obreros persistieron los hábitos anteriores, los cuales se manifestaron en aceptar por entero los lineamientos y políticas del partido de un país grande que inició primero el camino del socialismo. Se pueden aceptar las valiosas experiencias de otros, pero aun en este caso hay que aplicarlas con espíritu creador, conforme a la realidad nacional. Como quiera que es diferente la realidad concreta de cada país, si uno asimila de modo dogmático las experiencias ajenas, no puede construir con éxito el socialismo. Pero, no fueron pocos los partidos que, por estar acostumbrados a introducir por entero los lineamientos y políticas de otro, siguieron procediendo de la misma manera aun cuando aquél abandonaba los principios socialistas y abrazaba el camino revisionista, y finalmente llegaron a aceptar hasta la línea de matiz contrarrevolucionario que imponían los renegados del socialismo. Como consecuencia, en la Unión Soviética y en diversos países de Europa Oriental se desintegraron sucesivamente los partidos en el poder y, casi al mismo tiempo, corrieron igual destino sus regímenes socialistas. Estos sucesos no habrían ocurrido si dichos partidos hubieran solucionado todos los problemas que enfrentaban en su consolidación y sus actividades, con sus propios criterios y de acuerdo con las demandas de sus pueblos y la realidad de sus países, asumiendo la actitud de protagonistas y responsables de su revolución.

El proceso de hundimiento de los partidos que tomaron el poder a través de la ardua lucha revolucionaria y se dedicaron durante decenas de años a la construcción del socialismo, y de derrumbe de sus regímenes ha arrojado serias lecciones.

Una de estas lecciones históricas enseña que para dar cima a la causa del socialismo, es preciso defender de modo firme la pureza de la ideología socialista.

Las experiencias de la historia muestran que cuando se deteriora la ideología, se degradan también el partido de la clase obrera y el régimen socialista, y a la larga dejan de existir. Coincidieron con el deterioro ideológico tanto la aparición de traidores en el seno de los partidos y la desintegración de éstos en lo ideológico-organizativo como la alteración del estado de ánimo de los pueblos. Si se degenera la ideología, se vuelven ineficaces las potentes fuerzas económicas y militares, e inevitablemente se desmorona el régimen socialista a pesar de que haya pasado por un proceso de desarrollo de decenas de años.

El revisionismo, el dogmatismo y el servilismo a las grandes potencias son las corrientes ideológicas más peligrosas que corroen el socialismo.

La ideología que se opone directamente a la socialista es la burguesa, que, sin embargo, no es capaz de frenar su fuerza de atracción. Esa ideología refleja las exigencias codiciosas de las clases explotadoras y no puede encubrir su esencia reaccionaria por más que se adorne con palabras hipócritas. Es lógico que las masas populares trabajadoras acepten, no esta ideología, reflejo de las demandas de las clases explotadoras que violan su independencia, sino la socialista

que representa su exigencia por ésta. Por eso, en el plano ideológico los imperialistas y los capitalistas utilizaron el revisionismo, derivado de la modificación de la ideología socialista, en favor de sus intereses. Esta corriente sigue siendo, tanto en el pasado como en el presente, el principal peligro para la causa del socialismo. Como reflejo de la ideología burguesa aparecida en el seno del movimiento comunista, obstruyó en los países capitalistas el camino de transición revolucionaria hacia el socialismo, mientras en los socialistas sirvió de medio ideológico para la estrategia de "transición pacífica" de los imperialistas a la vez que abría las puertas a la restauración del capitalismo. Por muy mañosamente que se enmascare el revisionismo contemporáneo, debemos percatarnos de su esencia reaccionaria, y rechazarlo de modo tajante.

También el dogmatismo y el servilismo a las grandes potencias constituyen peligrosos agentes ideológicos para el cumplimiento de la causa del socialismo. Impiden que la ideología socialista manifieste justamente su vitalidad. Si uno se empapa de ellos, baila al son de otros en vez de actuar según su propio criterio, y, por consiguiente, introduce el revisionismo si lo hacen otros y a la larga, presa de la ilusión sobre los países capitalistas desarrollados, llega a introducir a ciegas sus métodos. Nos incumbe resolver todos los problemas de conformidad con las demandas de nuestro pueblo y la realidad de nuestro país, siempre con la convicción en la idea Juche y sin tolerar la mínima expresión de estas tendencias.

Otra lección histórica sacada del derrumbe de los partidos en el poder y los regímenes socialistas en varios países, consiste en que para culminar la causa del socialismo es imprescindible solucionar de modo correcto la continuidad de la dirección.

De ninguna manera se puede considerar que la responsabilidad por el derrumbe de estos partidos recae en sus masas de militantes. En cualquier país, ellas apoyaron con sinceridad la causa de su partido de la clase obrera y se sintieron apenadas por su desmoronamiento. El problema está en no haberse podido asegurar de modo correcto la continuidad de la dirección revolucionaria.

El destino de la causa socialista que allana su camino en medio de los encarnizados combates contra los enemigos de clase, depende de la dirección que recibe. La lucha por el socialismo se desplegó en numerosos países durante un largo período histórico, pero no siempre tuvo una dirección acertada. La guía sobre la causa del socialismo puede asegurarse de modo excelente sólo cuando se cuente en su centro con un dirigente destacado. Para los pueblos no hay mejor suerte que ser guiados por un líder en quien depositan su absoluta confianza, por poseer brillante perspicacia, sobresaliente capacidad rectora y nobles rasgos morales y por haber realizado inapreciables proezas. Esto, por supuesto, no significa que el pueblo que no tenga un gran hombre a quien aprecie como su líder, no sea capaz de realizar la obra del socialismo. La más importante cualidad del dirigente que la guía es su fidelidad a ésta y al pueblo. El adquiere su sabiduría, capacidad rectora y rasgos morales entre las masas populares. Estas son su maestro, y divorciado de ellas nadie puede ser dirigente destacado. Compenetrarse siempre con las masas, prestar oído a sus opiniones y resolverlo todo apoyándose en sus fuerzas, esto es asegurar una dirección justa, y quien posee tal rasgo de orientador popular es un genuino dirigente del pueblo. Ignorar la voluntad del pueblo y no confiar en su fuerza es naturaleza de renegado. De tomar el poder tales traidores, el pueblo padece inenarrables desgracias. El mayor infortunio para él es no tener un buen guía.

Para solucionar con acierto el problema de la continuidad de la dirección en la sociedad socialista es preciso que el partido sea fuerte. Por lo general las cualidades y capacidades de los dirigentes del movimiento comunista se forman en el curso de fogueo y temple, en medio de la fiera lucha de clases, pero en el caso de los de la nueva generación en la sociedad socialista, este proceso transcurre en lo principal mediante las actividades en el partido y la práctica de la construcción socialista. Y para escoger de entre éstos uno que sea sobresaliente hace falta un partido fuerte. La experiencia de la historia muestra que si se resuelve con previsión la continuidad de la dirección sobre la base de consolidar el partido en el plano ideológi-

co-organizativo y de observar los principios partidistas, es totalmente posible elegir un destacado y competente dirigente, fiel a la causa socialista y al pueblo, y así impulsar con éxito esta obra.

El derrumbe de los partidos en el poder y los regímenes socialistas en diferentes países constituye una gran pérdida para la causa independiente de los pueblos. Pero, será posible fundar partidos más revolucionarios y combativos, y bajo su guía, impulsar sin cesar la obra del socialismo, si se sacan lecciones del fracaso y allanan de modo independiente y creador el camino revolucionario para su constitución.

2. PRINCIPIOS BASICOS PARA LA CONSTRUCCION DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE TIPO JUCHEANO

La amarga lección de la desintegración de los partidos en el poder y el derrumbe de los regímenes socialistas en varios países, nos exige reconocer con más claridad la justeza del lineamiento original de nuestro Partido con respecto a su constitución y esforzarnos con mayor energía para llevarlo a la práctica.

Nuestro Partido siempre ha solucionado, desde una posición original y a nuestra manera, todos los problemas que se han presentado en relación con su estructuración y sus actividades. Si hubiera procedido imitando a otros, no habría podido evitar perjuicios. En su trayectoria pasada también hubo presiones del exterior e intrigas de los fraccionalistas serviles a las grandes potencias, que le exigieron seguir lo que hacían otros. Sin embargo, no retrocedió ni un paso de su línea original. Como estructuró sus filas y actuó a nuestra manera, aun en la situación tan compleja como la actual conduce con pujanza la revolución y su construcción como un destacamento combativo unido con una sola voluntad.

Al fundar y dirigir el Partido revolucionario, basándose en la idea Juche, el gran Líder, camarada Kim Il Sung, formuló y sistematizó integralmente la teoría original sobre su construcción, y acumuló imperecederos méritos e inapreciables experiencias a este respecto, los cuales constituyen un sólido fundamento y garantía para fortalecerlo y desarrollarlo sin interrupción como un partido revolucionario de tipo jucheano.

La idea Juche es la única doctrina rectora de nuestro Partido.

La directriz de un partido viene a ser el ideal básico que le indica el objetivo de lucha y los principios y vías para alcanzarlo. Determina el carácter del partido y define la orientación fundamental de su construcción y actividades. El partido es una organización política de las personas que profesan una misma ideología, razón por la cual concebir una idea rectora científica y revolucionaria constituye un importante asunto que ha de solucionarse con preferencia en su edificación. Sólo contando con esa idea el partido puede darles a conocer a sus militantes y otros sectores del pueblo la justedad de su causa, infundirles la confianza en la victoria, alcanzar la unidad y cohesión ideológico-volitiva de sus filas y de la revolución, así como llevar al triunfo a ésta y su construcción, valiéndose de acertadas estrategias y tácticas.

Las directrices de los partidos revolucionarios de la clase obrera tienen comunidad en el sentido de reflejar los intereses y las exigencias de las masas populares, sujeto de la revolución, por la independencia, pero, inevitablemente, se distinguen por sus propias características, porque cada nación se encuentra en la situación diferente. En otros tiempos se enfatizó sólo la necesidad de que todos los partidos poseyeran una consabida idea directriz, mientras se menospreciaba el asunto de que cada uno de ellos debía actuar de manera independiente, contando con la idea propia y desarrollándola de modo creador. Esto impidió que cada país construyera el partido e impulsara la revolución conforme a su realidad y de manera independiente. Sólo al concebir y desarrollar una correcta idea rectora desde una posición independiente y creadora, es posible conformar de la misma manera

el partido y llevar a buen término la revolución y su construcción, tomando como guía esa doctrina.

Sin embargo, formular la idea directriz de acuerdo con la situación propia y con la realidad en desarrollo, no debe ser motivo para abstenerse de los principios revolucionarios que han de mantenerse invariablemente en la construcción del partido y sus actividades. Estos principios deben sostenerse inmutables, porque el carácter clasista y la misión histórica del partido no pueden alterarse, aunque deben solucionarse en forma creadora los problemas teórico-prácticos relacionados con su construcción y actividades, de acuerdo con sus deberes y condiciones de actuar que cambian en el proceso del cumplimiento de la causa del socialismo. Renunciar a ellos con el pretexto del cambio de las circunstancias y condiciones conduce, precisamente, a destruir el partido revolucionario y traicionar a la causa de las masas populares.

Al concebir la idea Juche, el gran Líder, camarada Kim Il Sung dio una espléndida solución al problema de la ideología directriz del Partido, en consonancia con los requerimientos de nuestra época y la realidad de nuestro país. La justeza y la vitalidad de la idea revolucionaria se determinan por su modo de representar con acierto las demandas de las masas populares por la independencia y sus intereses y de señalar con fundamentos científicos el camino para alcanzarlos. La idea Juche refleja más correctamente la exigencia fundamental de la clase obrera y otras masas populares trabajadoras, y dilucida del modo más científico la vía para su materialización. Esa demanda consiste en librarse de la explotación y la opresión del hombre por el hombre y disfrutar a plenitud de una vida independiente y creadora como dueños del Estado y la sociedad. Por reflejarla con acierto y dilucidar de manera integral la vía para satisfacerla, la idea Juche deviene la más perfecta doctrina revolucionaria de la clase obrera que representa una nueva era en que las masas populares han emergido en el escenario histórico como forjadoras de su propio destino. Cuando el partido se estructura y despliega sus actividades tomando esta doctrina por guía, es posible que se fortalezca y desarrolle

sin cesar e impulse con éxito los procesos revolucionario y constructivo. Esta verdad fue comprobada de modo práctico en nuestra revolución.

Formar un partido de carácter masivo, del pueblo trabajador, constituye la orientación principal que el nuestro mantiene invariablemente.

Tiempos atrás, el partido se consideró como una organización política que representa y defiende los intereses de una determinada clase, y como un arma de la lucha clasista. Es la vanguardia que batalla por satisfacer la exigencia y aspiración de su clase, pero si existe sólo para servirle a ella, no puede completar su misión como partido revolucionario, ni gozar de un amplio apoyo de las masas populares. Las condiciones históricas de nuestra época, en que esas masas han surgido como forjadoras de su propio destino, requieren estructurar el partido de la clase obrera con un carácter masivo, que represente los intereses de todo el pueblo y abarque a los elementos avanzados de todas las clases y sectores trabajadores. En la sociedad socialista donde los sectores de masas se transforman en trabajadores socialistas y la estructura social y clasista và simplificándose más y más, la conversión del partido de la clase obrera en uno de carácter masivo se presenta como la exigencia más perentoria.

Con la presentación de la teoría sobre la construcción del partido de carácter masivo al percatarse científicamente de la exigencia de nuestra época y la realidad concreta de nuestra revolución, el gran Líder, camarada Kim Il Sung, abrió un nuevo camino para la edificación del partido revolucionario. Esta teoría se basa en el principio de la idea Juche de que las masas populares son las dueñas de la revolución y de la labor de construcción y tienen la fuerza que las impulsa. La causa del socialismo es la obra de y para las mismas masas. Hoy, cuando el socialismo se ha convertido en aspiración de grandes masas populares y su terreno socio-clasista se ha ampliado extraordinariamente, el partido en lucha por la causa socialista debe transformarse, lógicamente, en uno de carácter masivo que represente los intereses de todos los sectores del pueblo y se arraigue en ellos.

Pero esto no debe ser motivo para debilitar o alterar su carácter revolucionario, de clase obrera. Este carácter clasista se determina por su ideología rectora y objetivos de lucha, y el carácter revolucionario se manifiesta en su fidelidad a la idea revolucionaria de la clase obrera y la causa socialista. La causa de esta clase se concuerda con los intereses de todo el pueblo y la clase obrera puede culminarla con éxito sólo cuando agrupe en su torno a amplias masas populares. Por eso, es requisito legítimo para la construcción del partido revolucionario estructurarlo como una organización de carácter masivo que defiende los intereses de todo el pueblo e incorpora como sus elementos componentes no sólo a la clase obrera, sino también al campesinado y la intelectualidad trabajadora. Las experiencias demuestran que si el partido no se organiza así, puede convertirse en un colectivo político minoritario de los comunistas cuando la revolución pasa por la prueba. Construirlo con un carácter masivo que defienda con firmeza las exigencias de las masas populares por la independencia y sus intereses y se arraigue en ellas, es lo único que garantiza con firmeza los estrechos vínculos entre él y las masas y permite llevar adelante con éxito la causa del socialismo, apoyándose en las inagotables fuerzas populares aglutinadas en torno suyo.

El gran Líder, al fundar un partido revolucionario, orientado por la idea Juche, que defiende los intereses de las masas populares y comprende a los elementos avanzados de entre los obreros, campesinos y trabajadores intelectuales, sobre la base de la línea de construcción del Partido de carácter masivo, creó un modelo brillante en la materialización de ésta. El hizo estampar en la insignia de nuestro Partido el martillo, la hoz y el pincel como símbolos del obrerismo, el campesinado y la intelectualidad trabajadora, de acuerdo con su peculiaridad como partido de carácter masivo, así como lo orientó a identificarse con las masas y servirles con lealtad para garantizar su vida independiente y creadora. Nuestro Partido se ha fortalecido y desarrollado como una invencible organización revolucionaria que disfruta del absoluto apoyo y confianza de las masas populares e integra el poderoso sujeto de la revolución uniéndose con ellas en un

ente socio-político en que comparten el mismo destino. Esto es un inapreciable fruto de la línea de construir el partido de carácter masivo, presentada por el gran Líder, y deviene firme garantía para todas nuestras victorias.

Asegurar la uniformidad de la ideología y la dirección constituye el principio fundamental de la edificación de nuestro Partido.

La solidez y la vitalidad del partido revolucionario se afirman con la unidad de ideología y dirección. Sólo si esto se logra, es posible alcanzar la unidad ideológico-volitiva de todas sus filas y ejercer una correcta orientación sobre la revolución y su construcción.

La uniformidad de la ideología y la dirección dentro del partido se alcanza en la mejor forma sólo cuando se cuenta con la guía de un destacado líder. Al poseer extraordinaria clarividencia, sobresaliente capacidad rectora y nobles virtudes, el líder traza políticas y líneas en reflejo exacto de la exigencia por la independencia y los intereses de las masas populares y organiza y conduce con precisión sus actividades creadoras. No puede considerarse partido revolucionario el que no sigue a la ideología y la dirección del líder, ni hereda su causa.

Dicha uniformidad en el seno del partido se asegura por la disciplina centralizada. Puede garantizarse a plenitud con tal de que se implanten el sistema y el orden de trabajo centralizados, según los cuales todas las organizaciones y los militantes del partido ejecuten obligatoriamente su política y línea y se muevan al unísono en virtud de las disposiciones del comité central.

Esa uniformidad no contraviene la democracia, sino, más bien, asegura fomentar una democracia auténtica. Si se admite en el partido una democracia sin principios, sin unicidad de ideología y dirección, existe la posibilidad de que ésta se vea frenada por el burocratismo y la arbitrariedad que se manifiestan entre los funcionarios carentes del temple partidista, y que se destruyan su unidad y cohesión y se promueva la división por elementos espurios agazapados en sus filas. Si en el pasado algunos partidos se dividieron en grupos diminutos y finalmente dejaron de existir a causa del fomento de la indisciplina y el desorden y la aparición de fracciones, ello guarda

mucha relación con la no observancia de la unicidad de ideología y dirección, acentuando sólo la democracia.

Con tal de que una y otra se combinen de modo correcto, podrá lograrse una auténtica unidad camaraderil entre los militantes, asegurarse una identidad volitiva entre los superiores y los inferiores, así como llevarse a feliz término la política y la línea del partido. Nuestro Partido, que presentó como principio fundamental de su construcción asegurar esa uniformidad, estableció firmemente entre sus militantes el sistema de ideología única y el de dirección única, gracias a lo cual se pudo fortalecer y desarrollar como un invencible destacamento combativo, que piensa y se mueve como un solo hombre bajo la guía del Líder. Nuestra experiencia en la integración del Partido demuestra que sólo cuando la democracia se asegure a base de lograrse de modo consecuente dicha unidad en el seno del partido, es posible que éste, monolíticamente unido con una sola ideología y voluntad, impulse con dinamismo la revolución y la labor de construcción.

Estrechar la unidad y cohesión constituye la tarea central de nuestro Partido en su consolidación.

La unidad y cohesión es la vida del partido y la fuente de su poderío. Si se quiebran, no puede subsistir. Ellas constituyen la premisa de la unidad política e ideológica de toda la sociedad. La principal fuerza que acelera el desarrollo de la sociedad socialista y la fuente de su invencible poderío están en los esfuerzos de las masas populares unidas con firmeza, y como un solo cuerpo, en torno al partido y al líder. La unidad política e ideológica de toda la sociedad no es concebible al margen de la unidad y cohesión del partido. Este es la fuerza medular que liga ideológico y orgánicamente a las masas populares con el líder. Para lograr la unidad política e ideológica de toda la sociedad mediante la sólida aglutinación de ellas en torno al líder, es preciso, ante todo, que sus fuerzas medulares, las filas del partido, estén unidas y cohesionadas.

La más firme unidad y cohesión del partido son las ideológicas, volitivas, morales y voluntarias de todos sus militantes alrededor del

líder. La unión obligatoria o la practicista no puede durar mucho, ni vencer las severas pruebas de la revolución. Sólo la unidad y cohesión monolíticas con el líder como centro y basadas en una sola ideología y voluntad y la obligación moral revolucionaria, pueden ser inquebrantables, capaces de superar cualesquier dificultades y pruebas.

La tarea de afianzar la unidad y cohesión del partido debe profundizarse sin interrupción. Dejar de hacerlo, con la satisfacción de tenerlas implantadas, entraña el peligro de que se debiliten poco a poco y acaben por destruirse. Es de especial importancia llevar a cabo una acertada lucha por defenderlas, cuando se plantea el relevo de las generaciones de la revolución y se torna compleja la situación interna y externa. La experiencia histórica demuestra que en esos trances aparecen aspiracionistas y traidores que tratan de destruir la unidad y cohesión del partido.

En fin de cuentas, esa batalla está enfilada contra toda clase de corrientes ideológicas espurias que las carcomen. Las más peligrosas de ellas son las contrarrevolucionarias, incluyendo el sectarismo. Si éstas son admitidas en el seno del partido, se formarán grupos contrarios que lo llevarán a la destrucción. Para preservar la unidad y cohesión es necesario, además, tener a raya el regionalismo, el amiguismo y otros agentes ideológicos malsanos. El regionalismo y el amiguismo son caldo de cultivo del sectarismo, y si se toleran, pueden proliferar hasta formar fracciones, destruyendo la unidad y cohesión del partido. Siempre debemos estar alerta, sin olvidar el hecho de que los agentes espurios, opuestos a esta unidad y cohesión, pueden emanar de los remanentes de ideas caducas o introducirse desde el exterior.

La experiencia histórica dice que si no se presta atención a la consolidación de la unidad y cohesión del partido creyendo que en la sociedad socialista ya no se destruirán, puede crearse una grave situación como la aparición de fuerzas sectarias que desafíen al partido en contubernio con las fuerzas contrarrevolucionarias exteriores. Tomar con fuerza las riendas del trabajo de afianzar la unidad y cohesión del partido y profundizarlo, considerándolo como tarea cen-

tral para la consolidación de éste, dará la posibilidad de que esta tarea sea continuada y desarrollada generación tras generación.

Hace ya mucho tiempo que nuestro Partido alcanzó su unidad y cohesión inquebrantable, pero, no satisfecho con ello, siguió impulsando la lucha para fortalecerlas con el Líder en su centro, logrando así hacerlas tan sólidas que no se inmutan aun en la complicada situación actual.

Tomar el factor ideológico como principal es orientación invariable de nuestro Partido en la consolidación del partido.

Como es una organización política de personas con la misma ideología, es indispensable que sus filas sean estructuradas teniendo como lo fundamental el aspecto ideológico. Esto significa integrar las filas con personas fieles a la causa del socialismo, dando principal importancia al grado de su aceptación de la ideología del partido como su credo. Sólo entonces se puede asegurar la firme unidad ideo-volitiva y el fuerte carácter revolucionario del partido, así como elevar el papel de vanguardia de los militantes en la lucha revolucionaria y la labor de construcción. Por lo tanto, cuando se estructuren esas filas se debe tener en cuenta siempre, y principalmente, el nivel de conciencia de las personas y su grado de fidelidad a la causa socialista, considerando como referencia sus condiciones y orígenes socio-clasistas. Por ser una sociedad donde se han eliminado las clases hostiles y convertido todos sus miembros en trabajadores socialistas, no hay que infringir ese principio de conceder la importancia primordial a la idea con respecto a la estructuración de las filas del partido. También en la sociedad socialista pueden darse casos de que algunos, carentes de una preparación política e ideológica, traten de militar en el partido persiguiendo ambiciones de notoriedad e intereses egoístas. Individuos de tal laya no merecen ser militantes, pero si son admitidos se corre el peligro de menoscabar la autoridad y el prestigio del partido y causar su debilitamiento.

Para consolidar el partido, con el factor ideológico como lo esencial, es de suma importancia estructurar las filas de sus cuadros con trabajadores infinitamente fieles a éste, al líder y a la revolución. Los cuadros son las fuerzas medulares del partido, los educadores de las masas y los dirigentes de la revolución. De su composición cualitativa depende mucho la solidez del partido. Los cuadros deben tener capacidad, pero, ante todo, una firme ideología. Su primera cualidad es la fidelidad al partido, al líder y a la revolución. Formar sus filas basándose en esa fidelidad constituye la cuestión fundamental que se relaciona con el destino del partido. El obstáculo principal que se presenta en la integración de las filas de cuadros, teniendo en cuenta fundamentalmente su disposición ideológica es la violación de principios partidistas como admitir el favoritismo y el nepotismo en ese trabajo de cuadros. Si esto sucede, es posible que penetren en sus filas personas sin preparación e incluso elementos extraños.

Para asegurar la pureza de las filas de cuadros, nuestro Partido estableció un estricto procedimiento de nombramiento y destitución de cuadros, y los promueve y ubica según el principio de consulta colectiva y de aprobación unánime de los comités correspondientes.

Así, es posible seleccionar y promover como cuadros a personas fieles y competentes, probadas en la práctica revolucionaria. La experiencia de nuestro Partido muestra que sólo cuando se estructuran las filas de los militantes y las de cuadros, ateniéndose principalmente a sus ideas, es posible consolidar el partido en lo ideológico y organizativo y, sobre esta base, ir completando su causa a través de varias generaciones.

Realizar la uniformidad ideológica es tarea básica de nuestro Partido.

El proceso de la construcción del socialismo y el comunismo es el de proveer a toda la sociedad con la única ideología revolucionaria, la de la clase obrera. Nuestro Partido ha presentado como tarea general de nuestra revolución uniformar a toda la sociedad con la idea Juche y ha venido esforzándose con tesón para conquistar las fortalezas ideológica y material del socialismo y el comunismo transformando la ideología, la técnica y la cultura según los requisitos de dicha idea.

Lo principal para lograr la uniformidad ideológica es pertrechar a

todos los miembros de la sociedad con una misma ideología. El hombre es dueño de la sociedad y su conciencia ideológica define su valor y cualidad y regula todas sus actuaciones. Por eso, para modificar a toda la sociedad a base de una sola ideología hay que empezar por la educación y transformación ideológicas de las personas.

El hombre no solamente es el sujeto en la transformación de la naturaleza y la sociedad, sino también en su propia remodelación. El cambio y el desarrollo de las condiciones objetivas de la sociedad ejercen su influencia sobre la transformación ideológica del hombre. En especial, los del régimen social influyen mucho sobre los de la conciencia ideológica. Pero el cambio de las condiciones objetivas no trae de por sí el de la conciencia ideológica. Esta refleja la demanda y los intereses del hombre y tiene una estabilidad relativa. Aun cuando hayan cambiado las circunstancias y condiciones objetivas, no puede transformarse si el hombre no acciona para lograrlo. Al despreciar la transformación ideológica pensando que el establecimiento del régimen socialista hará que la gente llegue a tener espontáneamente la ideología correspondiente, se da paso para que resuciten las ideas caducas también en esa sociedad. Modificar las ideas es más difícil que cambiar las relaciones sociales y desarrollar las fuerzas productivas. Los residuos de los conceptos obsoletos son muy conservadores y rebrotan si se les dan oportunidades. En especial, las condiciones del enfrentamiento con el imperialismo imponen que la transformación ideológica sea acompañada de una seria lucha de clases. De ahí la necesidad de dirigir mayor fuerza a esa labor y anteponerla con seguridad a las demás.

Para lograr la uniformidad ideológica de todos los miembros de la sociedad es imprescindible contar con una excelente ideología. En la conciencia ideológica del hombre no pueden existir vacíos. De no poseer una ideología tal que pueda ahuyentar la caduca, es imposible realizar con éxito la transformación ideológica.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung creó excelentes riquezas ideo-espirituales para efectuar esta tarea al darle vida a la idea Juche y esclarecer en forma general cómo debe vivir y luchar un revolucionario, y mostrar él mismo ejemplos brillantes dirigiendo la difícil lucha revolucionaria durante cerca de siete décadas. Su ideología revolucionaria e historia de lucha sirven de inmejorables manuales y modelos para alcanzar la uniformidad ideológica de la sociedad. También los ejemplos de fidelidad al Partido y al Líder y del espíritu de sacrificio para con la Patria y el pueblo, mostrados por los mártires revolucionarios antijaponeses, los heroicos soldados de la Guerra de Liberación de la Patria y los héroes de la revolución y la construcción socialistas, constituyen un valioso caudal para la transformación ideológica.

Los pensamientos caducos no ceden su lugar por sí solos por que exista una ideología destacada. Por supuesto, cuando una ideología es eminente, en la misma medida, resulta grande su fuerza de atracción. Pero cuando los imperialistas y otros reaccionarios perpetran toda clase de viles maquinaciones para desacreditar la ideología socialista y embellecer y retocar los pensamientos reaccionarios burgueses, no es de ninguna manera fácil lograr que la gente acepte las ideas avanzadas. Sólo mediante el combate por erradicar esos pensamientos e infundir la avanzada ideología socialista es posible educar y transformar a las personas por vía revolucionaria. Desarrollar con energía la labor ideológica encaminada a lograr este objetivo constituye la más importante tarea que se presenta ante los partidos que edifican el socialismo. Unicamente cuando lleva a feliz término esta labor el partido revolucionario puede asegurar firmemente el triunfo de las ideas socialistas y realizar con éxito la uniformidad ideológica de la sociedad.

La transformación ideológica de la sociedad requiere que se dé prioridad a la educación de los miembros del Partido. Es decir, educar primero a éstos para que lo hagan con gentes de avanzada, y éstas con las amplias masas. Es un eficiente método para educar y transformar a todos los miembros de la sociedad a la manera de hacerlo uno con diez personas, estas diez con cien, estas cien con mil, y estas mil con diez mil. Los miembros del Partido son, por naturaleza, trabajadores políticos, y la actividad política para educar y transformar

a las masas es su misión principal. De no priorizar su educación ideológica, ellos no pueden cumplir con esta misión, y, además, pueden degenerarse en lo ideológico. En lo que respecta a la aparición de traidores a la revolución en algunos partidos gobernantes en el socialismo, no podemos considerar que ellos se opusieron al socialismo desde el comienzo, sino que, degenerándose poco a poco, tomaron el camino de la traición a consecuencia del deficiente trabajo de educación y forja revolucionaria de los cuadros y militantes. También esta lección nos exige prestar siempre la atención primordial a educarlos y templarlos por vía revolucionaria.

Con vistas a la exitosa forja ideológica de los militantes es preciso fortalecer su vida partidista, que es un crisol para ella. Si los militantes se alejan de esa vida y se ponen fuera del control de su organización, pueden contagiarse con el liberalismo y degenerarse ideológicamente. Los militantes tienen que participar a conciencia en las actividades partidistas partiendo de las demandas de su vida política. Nuestro Partido ha implantado un ordenado sistema de vida orgánica para que a través de ésta sus miembros puedan hacer brillar su vida política y cumplir con su misión. Ha guiado a todas sus organizaciones a forjar sin cesar, de manera revolucionaria, a sus integrantes a través de su vida partidista, al organizarlos y orientarlos acertadamente de modo que ellos, con un correcto concepto de la organización del Partido, participen en ella de modo consciente conforme a las normas estipuladas en los Estatutos.

La transformación ideológica se realiza mediante la educación y la lucha ideológicas. La educación ideológica tiende a pertrechar a las personas con las ideas revolucionarias y se realiza a través de determinados sistemas, formas y métodos. Nuestro Partido ha establecido en su seno un ordenado sistema para ello, lo ha puesto en funcionamiento regular y ha profundizado y desarrollado sin cesar sus formas y métodos conforme a los requisitos de la realidad en desarrollo. La lucha ideológica es una forma importante de la transformación ideológica que se efectúa por el método de la crítica, y ésta es un tonificante que protege al hombre de males ideológicos.

Nuestro Partido ha hecho que en su seno reine una sana atmósfera de crítica, de manera que mediante ésta se desarrolle la lucha ideológica, la que a su vez, forja por vía revolucionaria a los cuadros y otros militantes.

Para transformar en lo ideológico la sociedad el Partido debe responsabilizarse también de la educación de las masas. La máxima manifestación del amor por el pueblo consiste en pertrecharlo con la conciencia de independencia y despertarlo en lo ideológico, y el delito más grave ante él es paralizarle esa conciencia y degradarlo ideológicamente. Educarlo con responsabilidad es una expresión de ilimitado amor por él.

Las organizaciones del partido, al tiempo que guíen a todos los cuadros y demás militantes para cumplir en amplia escala la labor política entre las masas, tienen que movilizar a las organizaciones de trabajadores para educarlas. Esto es un principio de nuestro Partido para la dirección de las masas. Conducir de modo correcto a dichas agrupaciones es tarea importante que un partido en el poder bajo el socialismo debe cumplir en calidad de organización política rectora de la sociedad. Si bien las organizaciones de trabajadores deben actuar de manera independiente, no es permisible que se aparten de la dirección del partido de la clase obrera. Dado que en la sociedad socialista éste es el más fidedigno representante de los intereses de las masas populares, ellas tienen que actuar en todo caso sobre la base de su lineamiento y orientación. Abogar por su "independencia" al margen de la dirección del partido significa, a fin de cuentas, dar pie a que se conviertan en instrumentos de las fuerzas contrarrevolucionarias que se oponen al socialismo. El partido gobernante en el socialismo tiene que ofrecerles una dirección eficiente para que puedan llevar a cabo hábilmente, con independencia e iniciativa creadora, la educación y transformación de las masas de diversos sectores y capas conforme a sus deberes y peculiaridades como mecanismos de educación ideológica. Las normas de la vida orgánico-ideológica en el partido sirven de modelo a las agrupaciones de trabajadores. Pero, como éstas, a diferencia del partido constituido por elementos avan-

zados del pueblo trabajador, abarcan a amplias masas y tienen sus peculiaridades, han de desarrollar su vida orgánico-ideológica, conforme a éstas.

El método principal para la educación de las masas lo constituyen la explicación y la persuasión. Es imposible modificar las ideas de las personas con órdenes administrativas o con métodos coercitivos. Una ideología, en todos los casos, debe ser aceptada como credo a través de la explicación y persuasión. Los cuadros deben explicar y persuadir siempre a las masas, sin descanso y con paciencia. La influencia con ejemplos positivos es un poderoso vehículo para formar a las personas. Los ejemplos positivos ejercen una gran influencia porque son progresistas y hermosos, y convienen a las demandas de los hombres por la independencia. Exaltarlos constituye de por sí una crítica a lo negativo y enseña cómo superarlo. La experiencia de nuestro Partido muestra que no hay hombre que no pueda educarse y transformarse con una correcta explicación, persuasión y la influencia con ejemplos positivos.

En la educación de las masas es preciso, en especial, dedicar una gran fuerza a los jóvenes y niños. En la revolución una generación antecesora debe dejar a la siguiente un elevado espíritu revolucionario y capacidad creadora. Es necesario, claro está, dejarle también bienes materiales, pero éstos se echarán a perder, por entero, por muy abundantes que sean, si sus integrantes carecen del espíritu revolucionario y es exigua su capacidad creadora. Si observamos los países en que se ha restaurado el capitalismo, no fueron pocos los jóvenes que estuvieron a la cabeza de la oposición al socialismo. La responsabilidad recae en el partido que no los guió por un camino correcto. Educar a los jóvenes y niños de manera revolucionaria y guiarlos así a salvaguardar resueltamente el régimen socialista y llevar a término la revolución en relevo de la generación anterior, constituye otra tarea importante del partido en el poder. La historia alecciona elocuentemente que si falla en esta educación se llegan a perder hasta las conquistas de la revolución selladas con sangre.

Hoy en nuestro país la juventud lucha con abnegación, bajo la

dirección del Partido, para un mayor florecimiento del socialismo, y todos los jóvenes y niños crecen como fidedignos continuadores de la revolución. Esto prueba con claridad lo justa que es la dirección de nuestro Partido que dedicó grandes fuerzas a la instrucción y educación de las nuevas generaciones. Sin vanagloriarnos con estos éxitos debemos prepararlas mejor como revolucionarios de tipo jucheano.

Asegurar la dirección política sobre toda la sociedad es misión fundamental de nuestro Partido.

En la sociedad socialista el partido revolucionario de la clase obrera tiene por misión guiar bajo su responsabilidad el destino del pueblo y asegurarle una vida independiente y creadora. Para cumplirla tiene que ejercer con certeza su dirección política sobre todas las esferas de la vida del país: política, economía, cultura, defensa nacional, etc. Su responsabilidad por el destino del pueblo no puede separarse jamás de su posición dirigente. Para un partido revolucionario, renunciar a su posición y papel rectores es evadirse de esa responsabilidad. Elevar dicha posición y papel para poder ejercer seguramente su dirección política sobre la sociedad es una orientación básica para la construcción del partido gobernante en el socialismo.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung condujo sabiamente a nuestro Partido a consolidar su posición y elevar su papel como orientador político de la sociedad. Nuestro pueblo confía enteramente su destino al Partido del Trabajo de Corea considerándolo como su único conductor político, y está firmemente determinado a seguirlo hasta culminar la causa revolucionaria del Juche.

La dirección del partido revolucionario sobre la revolución y su construcción debe ser de carácter político, basada en la política.

Ante todo, ha de elaborar correctamente la política. Su lineamiento y política tienen que reflejar exactamente la demanda de las masas populares por la independencia y sus intereses y, para ello, debe escuchar con atención su deseo y exigencia. Nuestro Partido, considerándolas como sus maestras, se compenetró siempre con ellas, prestó oídos a sus voces y trazó la política reflejando sus demandas e intereses. De este modo ha podido evitar en este aspecto las desviaciones tanto dere-

chistas como izquierdistas, y su política disfruta del absoluto apoyo de las masas. A la par de elaborar correctamente la política, el partido debe guiar a sus organizaciones a materializarla de modo consecuente. Una tarea importante de éstas a todos los niveles es organizar, controlar y orientar su ejecución. Sólo cuando lo hagan con acierto, esa política podrá hacerse realidad en la vida práctica y se impulsarán con éxito la revolución y la construcción.

El partido debe poner en acción con tino el entusiasmo revolucionario y la actividad creadora de las masas populares, anteponiendo la labor política a todas las demás. Su priorización es un requisito intrínseco de la sociedad socialista.

Sólo por métodos políticos es posible dar rienda suelta al celo revolucionario y la actividad creadora de las masas populares trabajadoras convertidas en dueñas del Estado y la sociedad. Si a contrapelo de la naturaleza de la sociedad socialista se aplican métodos capitalistas, moviendo a las gentes por dinero o coerción, ello trae como resultado el deterioro del mismo régimen socialista, además de impedir que se pongan en juego como es debido su celo revolucionario y actividad creadora. Lo único que permite consolidar el régimen socialista y exhibir su superioridad en todos los aspectos es el método revolucionario de aumentar este celo y actividad dando prioridad a la labor política. Al anteponer la labor política a todas las demás nuestro Partido ha podido impulsar con fuerza la revolución y su construcción ateniéndose al elevado entusiasmo revolucionario y actividad creadora de las masas populares y poner en pleno despliegue las ventajas del socialismo a nuestro estilo, centrado en éstas.

Materializar la línea de masas revolucionaria es una orientación invariable que mantiene nuestro Partido para dirigir la revolución y su construcción.

La línea de masas revolucionaria es un principio para las actividades basado en el punto de vista de que el sujeto de la revolución y la construcción son las masas populares. Su requisito fundamental es que éstas ocupen la posición de dueño y desempeñen los papeles correspondientes en la revolución y su construcción. Un partido

revolucionario que representa los intereses de las masas populares y les sirve ha de adoptar, necesariamente, dicha línea como principio fundamental de su actividad y materializarla de modo consecuente en todo el decursar de su lucha por el socialismo.

Para aplicarla perfectamente en sus actividades, el partido debe mejorar ininterrumpidamente los métodos y estilos de trabajo de sus funcionarios. Mediante éstos establece sus relaciones con las masas, y de los métodos y estilos de labor que ellos empleen dependen en gran medida el apoyo y la confianza que se gane entre las masas. En la sociedad socialista también es probable que surjan prácticas de abuso de poder y de burocratismo entre los funcionarios que no tienen preparación adecuada. Originalmente el abuso de poder y el burocratismo son métodos de gobierno de la vieja sociedad, donde se oprime y explota al pueblo. La experiencia demuestra que si los funcionarios los practican, llegan a separar al partido de las masas acabando por arruinarlo. Y para un partido gobernante en el socialismo combatirlos de manera intransigente constituye una tarea importante que no permite descuidos ni por un momento.

Nosotros hemos venido prestando una gran atención a la lucha por eliminar viejos métodos y estilos de trabajo considerando que en las filas de nuestros cuadros se verifican cambios de generaciones elevándose la proporción de los que carecen del temple revolucionario. Nuestro Partido, bajo la consigna: "¡Servimos al pueblo!", ha orientado a todos los funcionarios a trabajar con fidelidad en bien del pueblo y estrechar más los lazos con él. Como resultado, entre ellos se han establecido ese método revolucionario y estilo popular de trabajo: defender los intereses de las masas populares, compenetrarse con ellas y laborar con su apoyo, compartir con ellas las penas y las alegrías, la vida y la muerte, y conducirlas a fuerza de sus propios ejemplos. La profunda confianza y apoyo de que goza nuestro Partido entre el pueblo, es el brillante resultado de sus incansables esfuerzos por ejecutar cabalmente la línea de masas revolucionaria en sus actividades e implantar entre los funcionarios el método revolucionario y estilo popular de trabajo.

Debemos ir materializando de modo más consecuente nuestra autóctona teoría sobre la construcción partidista, cuya justeza y vitalidad fueron comprobadas plenamente en la práctica, para seguir fortaleciendo a nuestro Partido y, bajo su guía, llevar a cabo la obra revolucionaria del Juche.

3. LA UNIDAD Y SOLIDARIDAD INTERNACIONALISTAS ENTRE LOS PARTIDOS REVOLUCIONARIOS

Fortalecer la unidad y solidaridad con los partidos revolucionarios es, para el nuestro, un requerimiento importante para cumplir exitosamente sus deberes internacionalistas, junto con los nacionales que asume.

La misión fundamental de un partido revolucionario es la de realizar la independencia de las masas populares. Esta tarea no sólo es una empresa nacional sino también la común de la humanidad, y la lucha por lograrla en cada país está estrechamente ligada con la batalla por asegurarla en todo el mundo. Un mundo que tenga esa independencia es aquel que se haya librado de la dominación y sojuzgamiento, la intervención y opresión, y donde todos los países y naciones ejerzan plenamente su soberanía como dueños de su destino. A medida que avanza el proceso de independización en el mundo, se van creando mejores circunstancias internacionales para el desarrollo independiente de cada país y nación. De igual forma, la victoria en la lucha de las masas populares por la soberanía en países particulares acelera la independización en todo el mundo por engrosar las fuerzas que la llevan adelante. En condiciones en que los imperialistas y demás fuerzas reaccionarias, de toda laya, frenan aliados la obra de las masas populares por su independencia; que las fuerzas reaccionarias la desafían, coaligadas en el ámbito internacional, es indispensable que todos los partidos revolucionarios y los pueblos que aspiran a la soberanía le hagan frente unidos.

Pueblos del mundo se incorporan en el mismo frente de lucha por la independencia, por la comunidad de objetivos y tareas que se plantean. "¡Pueblos del mundo que defienden la independencia, unámonos!", esa ha de ser la consigna común de los pueblos en nuestra época.

Para que los pueblos en pro de la soberanía desarrollen unidos sus luchas, deben ser sus partes medulares, los partidos revolucionarios, los primeros en fortalecer la unidad y solidaridad internacionalistas.

Fortalecerlas constituye un importante factor de la victoria de la causa de las masas populares por la independencia. Si bien ahora ésta pasa por pruebas, si todos los partidos revolucionarios del mundo luchan afianzando su solidaridad y la unidad camaraderil podrán detener y frustrar las ofensivas contrarrevolucionarias de los imperialistas y los reaccionarios para obstaculizarla, e ir allanando el camino de la victoria.

La unidad y solidaridad internacionalistas entre los partidos revolucionarios deben alcanzarse sobre la base del ideal socialista. Al margen de ese ideal no se puede imaginar un partido revolucionario, y la unidad y solidaridad entre partidos no puede decirse que sean verdaderamente revolucionarias. El objetivo de robustecer la unidad y solidaridad internacionalistas no está en sí, sino en realizar exitosamente la obra común del socialismo con las fuerzas unidas. Agruparse compactamente sobre la base del ideal socialista es un deber imprescindible de los partidos revolucionarios.

La Declaración de Pyongyang que interpreta la firme voluntad de defender y llevar adelante la causa del socialismo tiene un significado trascendental para fortalecer la unidad y solidaridad internacionalistas entre los partidos revolucionarios y promover esa causa.

La Declaración de Pyongyang afirma que el socialismo es el ideal de la humanidad y una sociedad que representa su futuro, una sociedad verdaderamente popular. La idea socialista es el ideal de la clase

obrera, pero no es una idea que representa sólo los intereses de una clase, sino una idea universal de la humanidad que refleja la naturaleza social del hombre; no sólo es la idea de la liberación clasista, sino también la de la liberación nacional y humana que encarna la aspiración de todas las naciones y seres humanos a la soberanía. Sólo optando por el camino del socialismo, en que las masas populares son dueñas de todas las cosas teniéndolas a su disposición, los pueblos pueden gozar de una vida libre, equitativa y digna, conforme con su atributo de independencia; todos los países y naciones pueden conquistar el desarrollo autónomo, libres de todo tipo de dominación y supeditación; y es posible asegurar una paz y seguridad duraderas en el mundo que garanticen la existencia y el progreso de la humanidad.

La Declaración de Pyongyang, al reafirmar la verdad y justeza de la causa del socialismo y la inevitabilidad de su victoria final, les inspira a los pueblos revolucionarios del mundo que aspiran a la independencia, la confianza en la victoria y la voluntad de lucha revolucionaria, mientras a los imperialistas y los reaccionarios que arman alborotos antisocialistas hablando ruidosamente del "final" del socialismo, les asesta duros golpes.

El hecho de que el número de partidos que expresan su acuerdo con la Declaración de Pyongyang llega a ciento y tantos, y los pueblos revolucionarios del mundo manifiestan su plena simpatía con ella, comprueba fehacientemente que la idea del socialismo expuesta en esa declaración ha reflejado la aspiración y el deseo de los pueblos progresistas. Cuando los partidos revolucionarios libren sus batallas tomando la Declaración de Pyongyang por su programa común, podrán fortalecer más la unidad y solidaridad internacionalistas a partir de un mismo ideal y dar un fuerte impulso a la obra del socialismo.

Esa unidad y solidaridad internacionalistas entre los partidos revolucionarios deben alcanzarse sobre la base de la independencia. Puesto que en cada país las circunstancias y condiciones concretas de la revolución son diferentes y sus partidos actúan de modo independiente, no hace falta centro de dirección internacional. Los partidos revolucionarios pueden lograr una auténtica y sólida unidad internacionalista cuando establezcan sus relaciones no como entre superiores e inferiores, ni entre los que mandan y los mandados, sino las camaraderiles que se basen en la independencia e igualdad. En sus relaciones son inadmisibles los actos como el de inmiscuirse en asuntos de otros e imponerles su voluntad, al contrario de la independencia y el internacionalismo.

En la actualidad, una tarea apremiante común de los partidos revolucionarios es la de defender y salvaguardar el socialismo de las ofensivas contrarrevolucionarias de los imperialistas y los reaccionarios.

Aunque ahora éstos desarrollan virulentamente sus maquinaciones contra el socialismo, no pueden evitar su fracaso. Los partidos y pueblos revolucionarios del mundo se han sobrepuesto al caos temporal y emprendido nuevos combates. Mientras existan las fuerzas que violan la independencia de las masas populares, es inevitable que éstas luchen en su contra y que en este proceso triunfe la causa del socialismo, lo que es una ley del desarrollo de la historia. Aunque los imperialistas, vanagloriándose, campean por su respeto, pasan por una grave crisis. Con el crecimiento de los grandes monopolios, se revela cada día más el carácter reaccionario y antipopular del imperialismo contemporáneo, y se eleva con el paso del tiempo el descontento de las masas populares trabajadoras con la corrupta y enferma sociedad capitalista. Entre los pueblos progresistas del mundo se va patentizando más la aspiración de crear un mundo nuevo e independiente bajo el ideal de la soberanía, la paz y la amistad. Aunque el socialismo atraviesa vicisitudes, si se lucha con la convicción del triunfo haciendo frente con la ofensiva revolucionaria a la contrarrevolucionaria de los imperialistas y los reaccionarios, será posible convertir con certeza las circunstancias adversas en las favorables, y el mal en bien.

Hoy, el que todos los partidos y pueblos revolucionarios se unan y fortalezcan el apoyo y la solidaridad internacionalistas con los países

socialistas que mantienen con firmeza los principios revolucionarios, adquiere importancia trascendental, porque los imperialistas y los reaccionarios concentran en ellas las flechas de ataque. Destruir toda forma de sus virulentas maquinaciones destinadas a aislar, bloquear y agredir a los países socialistas, es una apremiante tarea común que se presenta ante los partidos y pueblos revolucionarios en la lucha por defender y preservar el socialismo.

Los imperialistas y los reaccionarios se esfuerzan por todos los medios para impedir la restauración del socialismo en los países donde éste sufrió fracasos. Esto es un intento de echar a sus pueblos los lazos de eterna dominación y subyugación. A causa de sus criminales maquinaciones, se crea una crisis catastrófica en aquellos países en que se ha restablecido el capitalismo. Esta crisis no es la del socialismo sino la del capitalismo restaurado y significa la derrota de la restauración burguesa. La única salida al caos y la crisis políticos, económicos, ideológicos y morales, que se agravan cada vez más en los países que retrocedieron al capitalismo, está en la recuperación del socialismo.

Los imperialistas hacen desesperados esfuerzos para estorbar la opción socialista de los pueblos que han emprendido la construcción de una nueva sociedad tras sufrir opresión nacional y explotación. Es un acto orientado a impedirles el avance por el camino independiente. Pelear contra las maniobras imperialistas enfiladas a pisotear los derechos independientes de los pueblos en vías de construir una nueva sociedad y a intensificar la explotación y el saqueo neocolonialistas sobre éstos, constituye un importante eslabón de la lucha común por el socialismo.

También en los países capitalistas desarrollados las masas populares trabajadoras oprimidas luchan con dinamismo en demanda de los derechos a la existencia, la democracia y la independencia, a medida que se profundizan la separación y el antagonismo de dos polos representados por los ricos y los pobres que se tornan cada vez más ricos y más pobres, como consecuencia del fortalecimiento de grandes monopolios, y se multiplican toda clase de males sociales.

Cuando los partidos y pueblos revolucionarios extienden el activo

apoyo y respaldo a sus homólogos que desarrollan la indoblegable lucha por el socialismo en distintas circunstancias y condiciones, el avance victorioso de la causa común por el socialismo se acelera.

Formar el frente unido con los partidos y organizaciones democráticos en la lucha por el socialismo es una importante tarea de los partidos revolucionarios. Estos coinciden en lo fundamental con aquéllos en las exigencias y los intereses por el cumplimiento de la obra socialista contra la explotación y la opresión y por la realización de la independencia de las masas populares. Si en esta lucha los partidos revolucionarios fortalecen la solidaridad con todos los partidos y organizaciones democráticos y colaboran de modo activo sobre el principio de respeto mutuo, la causa socialista se impulsará con vigor.

Para hacer realidad la independencia de las masas populares es preciso vigorizar la lucha antimperialista. Las fuerzas reaccionarias e imperialistas encabezadas por los estadounidenses constituyen el principal blanco de la lucha por defender y mantener el socialismo y conseguir la independencia en el mundo entero. El imperialismo contemporáneo actúa con mayor frenesí para dominar el mundo por la fuerza, aprovechando la destrucción del equilibrio en el escenario internacional. Al margen de la batalla antimperialista no se puede realizar la aspiración y la demanda por la independencia de los pueblos progresistas del mundo, que se oponen a la dominación y subyugación, la agresión y la guerra de los imperialistas. Luchar contra éstas es la exigencia esencial de la causa de las masas populares por la independencia, y conciliarse con la política de dominación de los imperialistas deviene traición a esa causa. Mantener la posición de principios de oponerse al imperialismo es el deber ineludible de los partidos revolucionarios. Si éstos y todas las fuerzas progresistas luchan con tesón contra el imperialismo considerándolo su obligación común, podrán detener y frustrar con certeza sus maniobras de agresión y de guerra.

Todas las fuerzas antimperialistas y pro-independencia constituyen el sujeto de la lucha por alcanzar la soberanía en el mundo ente-

ro. Ellas deben lograr su unidad, para acabar con la dominación, el sometimiento, la intervención y la presión de los imperialistas, establecer un justo orden internacional sobre la base de la independencia, poner fin a la invasión y la guerra y preservar la paz y la seguridad en el mundo. Los imperialistas actúan con astucia a fin de dividir y cizañar a las fuerzas antimperialistas e independientes. Estas tienen que hacerles frente con la estrategia de la unidad, que es la vía de triunfar echando a pique sus maniobras divisionistas y cizañeras. Todas las fuerzas antimperialistas e independientes pueden unirse a partir del deseo común de la soberanía, la paz y la amistad y por encima de las diferencias de régimen social, criterio político, ideología, creencia religiosa, nacionalidad y raza.

Si los países socialistas, el movimiento comunista y el obrero internacionales, el movimiento de liberación nacional, el Movimiento de los No Alineados, el movimiento por la paz del mundo y demás fuerzas antimperialistas e independientes luchan con la fuerza unida, podrán acabar con el dominio y la intromisión de los imperialistas y crear un mundo nuevo e independiente.

La causa socialista, empresa de las masas populares por la independencia es una sagrada obra por realizar el ideal de la humanidad, y luchar con la fuerza unida por su triunfo es la tarea honrosa que los partidos revolucionarios asumen ante la historia y los pueblos. La situación actual, compleja y difícil, exige que éstos peleen resueltamente y unidos más que nunca, con inquebrantable convicción de triunfo e indoblegable espíritu revolucionario.

En el futuro también nuestro Partido se esforzará por la firme solidaridad y la activa colaboración con todos los partidos revolucionarios del mundo, para la victoria de la causa socialista, empresa de las masas populares por la independencia, y por cumplir con su sagrada misión y responsabilidad asumidas ante la revolución coreana y la revolución mundial.

LA DIFAMACION DEL SOCIALISMO NO SERA TOLERADA

Declaraciones a la revista "Kulloja", órgano del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea

1 de marzo de 1993

Con el recrudecimiento sin precedentes de las aviesas intrigas de los imperialistas y otros reaccionarios contra el socialismo, se están difundiendo los más disímiles sofismas para difamarlo. Los enemigos lo tachan de "totalitarismo", "campamento militar" y "sistema de administración de ucase", tergiversando la realidad como si por ello precisamente hubiera fracasado.

Esos términos calumniosos no difieren en nada, en esencia, de la propaganda que los imperialistas han venido orquestando con perfidia contra él desde los primeros días de su aparición en el globo terráqueo. Argüían que era un sistema inhumano, carente de libertad y democracia. "Totalitarismo", "campamento militar" y "sistema de administración de ucase" son precisamente otras expresiones falaces de esa vil campaña.

El ideal de la democracia que, oponiéndose al despotismo feudal, tempranamente abogó por la libertad, la igualdad y los derechos humanos fue trocado por la clase capitalista en una democracia burguesa que impone y esgrime la explotación y la subyugación del capital. Los imperialistas recurrieron a todo tipo de artificios para embellecer esa democracia, adjetivándola de "liberal", pero no

pudieron ocultar su falsedad y su carácter reaccionario ni impedir la aspiración y simpatía de las masas populares por el socialismo que les asegura genuina libertad y democracia. No obstante, en los últimos años las argucias como "totalitarismo", "campamento militar" y "sistema de administración de ucase", una repetición de esta propaganda imperialista, provocaron una confusión ideológica entre la población de varios países socialistas. Los enemigos clasistas inflaron tal confusión ideológica y desorientaron la opinión pública, llevando al socialismo al desmoronamiento. Su frustración en varios países se debe a la confabulación de los imperialistas con las fuerzas contrarrevolucionarias y a la penetración ideológico-cultural imperialista y la acción corrosiva de la mentalidad del oportunismo de derecha. El rol decisivo lo desempeñaron las conjuras contrarrevolucionarias de los traidores agazapados en sus filas. Para sofocar el socialismo, desde temprano los imperialistas perpetraron directamente, por una parte, agresiones y presiones, bloqueos y marrullerías y otros múltiples actos subversivos, y, por la otra, utilizaron como sus marionetas a disidentes y renegados de la revolución que surgieron en la capa superior del movimiento comunista y obrero. Como muestra la historia del movimiento comunista internacional, la confusión ideológica y los reveses están íntimamente ligados a la aparición de traidores a la revolución entre la dirigencia. En vista de la conversión histórica del socialismo en una poderosa fuerza material, los imperialistas concedieron mayor importancia a la estrategia de desintegrarlo desde adentro y actuaron con virulencia para conseguirlo. Con esta estrategia recrudeció como nunca la difamación contra el socialismo y surgieron los aviesos términos de "totalitarismo", "campamento militar" y "sistema de administración de ucase". Ha quedado demostrado que tales sofismas son resultado de la estrategia antisocialista de los imperialistas puesto que los criminales actos para destruir el socialismo bajo esos pretextos se cometieron sin excepción con el apoyo y manipulación de ellos. Actualmente se tornan más inmorales las intrigas de los renegados para difamar el sistema. Se trata de una desesperada tentativa encaminada a justificar su traición e impedir el

renacimiento del socialismo. El hecho de que ahora, cuando en varios países se desmoronó el socialismo y se restauró el capitalismo, los traidores lo difaman tildándolo de "totalitarismo", "campamento militar" y "sistema de administración de ucase", pone al descubierto su repugnante rostro de lacayo del imperialismo.

Es absurdo emplear esos términos para difamarlo. El totalitarismo ha servido siempre de ideal político a los dictadores fascistas. Los tristemente célebres Hitler, de Alemania, y Mussolini, de Italia, lo utilizaron como recurso ideológico para justificar su dictadura fascista. Bajo el engañoso lema "socialismo estatal" esos tiranos argumentaban que en aras de toda la nación o de todo el Estado no se debía permitir ningún tipo de movimiento obrero ni de lucha de clases y se entregaron a pisotear hasta la más elemental libertad y derechos democráticos de las masas trabajadoras y a imponer una política represiva de un salvajismo sin precedentes. La esencia del totalitarismo consiste en sacrificar los intereses del pueblo trabajador a favor de los de las codiciosas clases dominantes reaccionarias con el argumento de que el individuo debe someterse a la totalidad. El término totalidad al que se refiere en el totalitarismo no significa todas las masas populares, sino la escasa minoría de capitalistas monopolistas, latifundistas, burócratas reaccionarios, cabecillas militares y demás sectores privilegiados. Tachar de "totalitarismo" al socialismo donde las masas populares son dueñas de todo, implica, a fin de cuentas, un argumento sin fundamento alguno que trata de igualar el más avanzado ideal que refleja las exigencias de las masas populares con el reaccionario de los gobernantes fascistas.

Acusar al socialismo de "campamento militar" es también una argucia harto absurda. El modo de vida social se determina por la ideología y cambia según el régimen de la sociedad. El socialismo es la ideología más progresista, la que refleja la exigencia esencial del hombre, y su régimen, el más avanzado, ya que permite a las masas populares disfrutar a plenitud de su existencia independiente y creadora. El régimen que reprime su espíritu independiente y creador, no es el socialista sino el capitalista. En la sociedad capitalista, donde el

pueblo trabajador es esclavo del capital, es imposible asegurarle una digna vida independiente y creadora. Desacreditar al socialismo tildándolo de "campamento militar" es una propaganda perversa que presenta lo blanco como negro.

También es una patraña sin fundamento tachar el socialismo de "sistema de administración de ucase". En general, la administración por ucases es un caduco método de gobernar en la sociedad explotadora con el que las clases privilegiadas imponen por coerción sus exigencias. En la sociedad capitalista, donde la vida económica se realiza de modo espontáneo en virtud de la ley de la oferta y la demanda, la administración del Estado y la sociedad se desenvuelve por órdenes en todos los casos y las masas populares, simple objeto de ese sistema, tienen sólo la obligación de obedecerlas. En contraste, en la sociedad socialista ellas, convertidas en protagonistas del Estado y la sociedad, disfrutan de esta posición también en la administración y desempeñan el papel correspondiente. El rasgo característico de la administración del Estado y la sociedad por las masas radica en la prioridad que se le concede a la labor política, en la ayuda que brindan las instancias superiores a las inferiores y en la colaboración camaraderil. Esto es radicalmente diferente del método de administración burocrática de la vieja sociedad, en la que todo se impone por mandato. Ese método que se hizo sentir anteriormente en la práctica del socialismo no emanó de la naturaleza de este régimen, sino que fue heredado de la vieja sociedad explotadora. Con el pretexto de oponerse al "sistema de administración de ucase" los traidores al socialismo dirigieron su punta de lanza contra el centralismo democrático. Este constituye el principio básico que rige las actividades del Estado socialista, y el centralismo está orgánicamente relacionado con la democracia, lo cual deviene característica particular de estas actividades. Los que bajo la consigna de "democracia" eliminaron el centralismo e implantaron un estado de caos, van abiertamente por el camino de la dictadura burguesa después de haber destruido el socialismo.

La principal causa de que la componenda contra el socialismo, pese a ser una campaña en extremo absurda, haya provocado confu-

sión ideológica, se localiza en el hecho de que las masas populares no poseían un firme criterio del socialismo. Por supuesto, no fue fácil percatarse desde el comienzo de la esencia reaccionaria que escondía esa campaña, porque se perpetró con astucia, desde supuestas posiciones socialistas. Pero, si se hubiera empleado un correcto cartabón al desarrollar y perfeccionar la teoría del socialismo y pertrechado a las masas populares con esa doctrina, ellas no se habrían dejado arrastrar fácilmente por tales embustes.

Para defender la causa socialista y conducirla al triunfo, es indispensable desarrollar y perfeccionar sin interrupción su ideología y armar firmemente con ella a las masas populares, de manera que la asimilen como inconmovible fe. Cuando la confianza en la justeza de la causa socialista es sólida, se llega a tener esa fe.

El gran Líder, camarada Kim Il Sung concibió la idea Juche y, sobre su base, desarrolló y perfeccionó en un nuevo plano la ideología socialista. Ella manifiesta que el socialismo es la sociedad más avanzada, en la cual todas las cosas pertenecen y sirven a las masas populares, y que se desarrolla sin cesar por la fuerza mancomunada de éstas. La justeza de la causa socialista consiste en hacer que las masas populares disfruten plenamente de una vida independiente y creadora como dueñas del Estado y la sociedad. Si nuestro pueblo avanza con pasos enérgicos, sin vacilar ante ningún vendaval antisocialista, es porque está firmemente convencido de la justeza de la causa socialista del Juche.

Sea cual fuere el país, si hubiera desarrollado y perfeccionado la ideología socialista conforme a la exigencia de la época y la revolución y pertrechado sólidamente con ella a las masas populares para que la aceptaran como su firme credo, no habría llegado al trágico derrumbe socialista, al vacilar ideológicamente e ilusionarse con la sociedad capitalista, sin poder valorar su naturaleza reaccionaria y carácter corrupto. La experiencia demuestra que para defender la causa socialista y hacerla brillar, es necesario perfeccionar su ideología y dotar sólidamente con ella a las masas populares, de modo que la conviertan en credo.

Con miras a alcanzar este objetivo, es preciso, además, persuadir a las personas de que su obligación moral es salvaguardar el socialismo. En la sociedad explotadora la política de la clase gobernante y la moral del pueblo trabajador se contraponen, pero en el socialismo donde éste es dueño de la sociedad y del Estado, política y moral se identifican. Implantar a plenitud la moral socialista es lo único que asegura una firme unidad político-moral entre las masas populares. Cuando los principios morales se asientan sobre la base de la camaradería y la obligación moral revolucionarias y cristalizan como hábitos de vida, el socialismo llega a enraizar profundamente en la realidad. Sólo entonces las masas populares pueden construirlo de modo irreprochable cumpliendo con su responsabilidad y papel como dueñas de la sociedad, defender decididamente la causa socialista y llevarla a buen término venciendo cualquier prueba. Si en el proceso de la construcción del socialismo aparecen traidores a la revolución, es porque no hicieron de él su convicción y moral. La causa socialista es del pueblo, y traicionarla es traicionarlo a él, lo cual es el súmmum de la expresión de bajeza moral. Defraudar la confianza de los militantes y del resto del pueblo, a pesar de ser promovido por éstos a un puesto directivo en el partido o el Estado, es la más inmoral de las conductas. Quien renuncia al cargo por falta de capacidad, o se retira del partido por alguna razón, se podría decir que posee algo de conciencia.

El hecho de que los que hablaban ruidosamente de su fidelidad a la causa socialista, se convirtieron de la noche a la mañana en traidores, se debe, a fin de cuentas, a que no estaban moralmente convencidos de ella. Esto quiere decir que la transformación ideológica encaminada a hacer de ella el credo y la moral de todos los miembros de la sociedad es la tarea de mayor importancia y de preferencia para defenderla y llevarla a cabo.

Esa tarea debe marchar en estrecha ligazón con la lucha práctica por la construcción del socialismo. El objetivo principal que se persigue al armar a las masas populares con la ideología socialista, consiste en edificar con éxito la sociedad que les ofrezca una vida aún más independiente y creadora, apoyándose en la fuerza que brota de su concientización revolucionaria. Al margen de la práctica de la construcción del socialismo, es imposible dotar con satisfacción a las masas populares con su ideología. Las personas llegan a aceptarla como una exigencia vital, cuando con una eficiente construcción del socialismo experimentan sus ventajas en la vida real.

El partido y el Estado de la clase obrera deben concentrar sus esfuerzos en manifestar en alto grado la superioridad del socialismo mediante su exitosa edificación.

La superioridad esencial del socialismo radica en que las masas populares son las dueñas de todo.

Para ocupar esta posición ellas deben ser primero dueñas de la política. Sólo entonces, pueden ser protagonistas en todas las actividades sociales. La política socialista es popular, pues la protagoniza el pueblo. En la sociedad explotadora la política es, en esencia, para asegurar el poder de la clase dominante, y el pueblo trabajador es simplemente su objeto. Allí, la vida de cada persona transcurre vegetando para mantener su existencia. En contraste, en el socialismo las mismas masas populares, en calidad de dueñas de la política, organizan y efectúan de manera unificada todas las actividades sociales.

La política se ejerce a través de determinadas organizaciones. Si en la sociedad socialista las masas populares quieren ejercer sus derechos y cumplir con su responsabilidad como dueñas del Estado y la sociedad, deben contar con organizaciones políticas que representen su voluntad e intereses, como el partido y el poder de la clase obrera. El primero es la máxima organización política y el segundo, el organismo más abarcador. Ambos aseguran la posición y el papel de las masas populares como protagonistas del Estado y la sociedad.

Las organizaciones políticas de la sociedad socialista deben actuar conforme a fórmulas idóneas a sus atributos como representantes de la voluntad e intereses de las masas populares. Crear estas fórmulas constituye la condición principal para ejercer la política popular. Aunque existan el partido de la clase obrera y el poder socialista, si

no se establecen fórmulas políticas correspondientes, es imposible que las masas populares ejerzan sus derechos y cumplan con su responsabilidad como auténticas protagonistas de la política.

Nadie ha recorrido el camino del socialismo, por lo que formular políticas acordes constituye una tarea muy difícil y complicada. Sin embargo, en otros tiempos, muchos, recurriendo a la consabida teoría de que el sistema económico define la política, pensaban que el establecimiento del régimen socialista solucionaría con facilidad el problema de administrar el Estado y la sociedad. Por lo tanto, no se resolvió debidamente el problema de crear nuevas formas políticas conforme al carácter de esta sociedad y se revalidaron no pocas prácticas del viejo sistema. El que en la sociedad socialista no se pudieran liquidar esos vestigios está relacionado también con que no se comprendía de manera correcta la naturaleza de sus organismos políticos que difieren de los del régimen anterior. En el pasado, el partido era considerado fundamentalmente como unidad organizada de determinada clase para defender sus intereses y arma de la lucha de clases; y el régimen como un órgano de poder de la clase dominante para ejercer su potestad política sobre la sociedad. A partir de ahí, en su estructuración y actividad dirigían la atención principal a fortalecer sus funciones y papeles como arma de la lucha de clases y ejecutor del poder. La naturaleza del partido de la clase obrera y del poder socialista consiste, ante todo, en que son servidores del pueblo. Sólo manteniéndose con firmeza en esta posición, pueden conducir acertadamente, tanto la lucha de clases como el ejercicio del poder político de acuerdo con las exigencias de las masas populares por la independencia. La esencia y superioridad del partido y el régimen de la clase obrera, que los diferencian totalmente de los de la clase explotadora, radican en que son servidores del pueblo. En las actividades del partido de la clase obrera y del órgano de poder socialista como servidores del pueblo no se puede permitir ningún ápice de privilegio, por más insignificante que sea. El socialismo, por su esencia, rechaza toda clase de prerrogativas. La aparición del abuso de autoridad y el burocratismo en la práctica socialista del pasado fue porque no se

logró estructurar con acierto el partido y el poder en conformidad con su misión como servidores del pueblo.

El abuso de autoridad y el burocratismo son engendros de ideas antisocialistas y expresiones de métodos de índole semejante. En la sociedad socialista es posible eliminarlos, si bajo la correcta guía del partido de la clase obrera se materializa de modo consecuente la línea de masas, de suerte que éstas ocupen la posición de dueñas del Estado y de la sociedad y cumplan con su papel como tales. Para alcanzarlo es necesario que todos los funcionarios tengan el espíritu de servirle fielmente al pueblo. En la consigna lanzada por nuestro Partido: "¡Servimos al pueblo!" están reflejadas nítidamente la posición y actitud que deben asumir los funcionarios al tratar y trabajar con y para el pueblo. Nuestra experiencia muestra que si se desarrollan enérgicamente entre ellos la educación y lucha ideológicas para mejorar sus métodos y estilos de trabajo, es del todo posible eliminar el abuso de autoridad y el burocratismo, lacras de la vieja sociedad.

De lo contrario, el abuso y el burocratismo no desaparecen, sino se fomentan. En la sociedad socialista esto llega a separar a las masas del partido y el Estado, y de eso se aprovechan los enemigos. Lo demuestra precisamente la situación de los países en que se desmoronó el socialismo. En cualquiera de esos países lo que deseaba el pueblo era un socialismo sin abuso ni burocratismo, y nunca el capitalismo. Sin embargo, en algunas naciones, con motivo del debilitamiento de la confianza en el partido y el gobierno a causa del abuso y el burocratismo, se azuzó con perfidia al pueblo para que se opusiera al partido gobernante y poder socialistas, engañando a la opinión pública con la calumnia del "totalitarismo", y con la melosa promesa de que le ofrecerían un "socialismo humanitario y democrático". Con la destrucción del sistema, lo que se implantó no fue tal "socialismo", sino el capitalismo donde predominan la explotación, opresión y desigualdad y campan por sus respetos toda clase de delitos y males sociales. En esos países donde fue destruido el socialismo y restaurado el capitalismo, el abuso de autoridad y el burocratismo no desapa-

recieron, sino se han institucionalizado o legalizado, convirtiéndose en fenómenos que rigen la sociedad.

La superioridad esencial del socialismo consiste en que en él todo está al servicio de las masas populares.

Que todo está al servicio de las masas populares significa que las actividades del partido y el Estado se subordinan a la tarea de asegurarles la verdadera libertad y derecho, una vida abundante y culta. Los enemigos vituperan con mordacidad el hecho de que el partido y el Estado se responsabilizan de la vida independiente y creadora de las masas populares, calificándolo de "método cuartelario".

El socialismo les garantiza a éstas una vida plena y culta. Sólo en esta sociedad, donde el partido y el Estado se la aseguran bajo su responsabilidad, se puede hacer realidad su deseo secular de verse libres de preocupaciones. En el capitalismo no pueden imaginarlo siquiera. Allí hasta personas de posición económica más o menos acomodada no se sienten tranquilas ni un momento porque no saben cuándo van a caer en el abismo de la ruina, desempleo y pobreza. Vivir solo en opulencia sin trabajar, pase lo que pase, no puede considerarse como una verdadera razón para existir. Una vida digna y feliz que concuerde con la exigencia esencial del hombre ha de ser aquella en que se goce desarrollando actividades transformadoras del mundo, una vida sana y rica, igual y equitativa para todos. Sólo así las gentes pueden sentir el orgullo de ser dueñas del mundo y la dignidad como miembros iguales de la sociedad. Una vida creadora, sana y equitativa a tenor de las exigencias primordiales del hombre puede asegurarse perfectamente en la sociedad socialista, en la que el partido y el Estado se responsabilizan por la existencia del pueblo.

Lo más importante del hombre como ente es cumplir con lo que le exige su vida política: unirse y colaborar con los demás, bajo el amor y confianza del colectivo social. En la sociedad capitalista, donde la dignidad e individualidad del pueblo trabajador son pisoteadas brutalmente por la prepotencia y arbitrariedad del capital, está descartado poder llevar una vida política digna del hombre. De ésta puede gozar sólo en la sociedad socialista en la que, bajo la dirección

y atención del partido y el Estado, se elimina todo privilegio y se aseguran verdadera libertad y derecho.

El socialismo proporciona todas las condiciones para una vida estable en virtud de un perfecto orden social. Este orden, como sistema revolucionario, permite a las masas vivir libres y tranquilas, bajo la protección del partido y el Estado, liberadas de toda clase de agresiones y perjudicaciones, y es una normativa colectivista observada conscientemente. Destruirlo es un acto criminal que convierte a las masas en víctimas de los males sociales. En los países que lo abandonaron, surgió un estado anárquico, señorean estos fenómenos y obran a su antojo los estafadores y delincuentes como en su propio ambiente.

El que los traidores al socialismo repitieran su gastada música de "campamento militar", cuya desentonación fue revelada ya totalmente, parte del necio artificio de encubrir la perfidia con que hicieron de los pueblos trabajadores víctimas del desempleo, pobreza, delincuencia y otros males sociales.

La superioridad esencial del socialismo reside en que la sociedad avanza ininterrumpidamente gracias a las fuerzas unidas de las masas populares.

Desarrollar la sociedad significa elevar la posición y papel del hombre en el mundo, y esto, a su vez, aumentar sus atributos vitales que son el espíritu de independencia y creación y la conciencia. Es decir que en correspondencia con el crecimiento de su conciencia de independencia y facultad creadora, se eleva su papel y en la misma medida crecen los bienes sociales y van mejorando las relaciones sociales. Por eso, definir qué sociedad tiene más capacidad de desarrollo se reduce, en fin de cuentas, a qué sociedad es más capaz de resaltar el espíritu de independencia y creación y la conciencia del hombre. El espíritu de independencia y creación es garantizado por la conciencia, de manera que puede decirse que en sus actividades la conciencia desempeña el papel decisivo. Decir esto significa hablar de la conciencia ideológica, que, reflejando la exigencia y los intereses del hombre, determina el objetivo y dirección de sus actividades,

su voluntad y capacidad combativa. Por lo tanto, el principal factor impulsor del desarrollo social, se debe buscar, en todo caso, en la conciencia ideológica. La que impulsa con energía el progreso de la sociedad es la de independencia de las masas populares y la que representa la más alta etapa de su desarrollo es la conciencia socialista. No cabe discusión que el socialismo, que progresa por la elevada conciencia revolucionaria y la actividad creadora de las masas populares, dotadas con la idea socialista, es la sociedad con más alta capacidad de desarrollo.

Si bien con el establecimiento del sistema socialista se preparan las condiciones socio-económicas para que todos los miembros de la sociedad se unan y cooperen sobre la base de una misma ideología, esto no se logra de modo espontáneo. Para hacer compactas su unidad y cohesión, es preciso intensificar la educación en la ideología socialista. Pero en el pasado, por no comprender correctamente que la principal fuerza impulsora de esta sociedad radica en la unidad y colaboración de las masas populares basadas en su elevada conciencia ideológica, en la práctica socialista se descuidaba la transformación en este campo ideológico. En especial, surgieron tendencias a incrementar el celo de la gente por la producción sólo empleando palancas económicas como incentivo material, buscando esa fuerza en el factor económico como la adaptación de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas. Huelga decir que la sociedad socialista, al ser transitoria, puede aprovecharse de la palanca del estímulo material. Pero debe hacerse sólo sobre la base de dar prioridad a la educación en la ideología socialista. En otras palabras, mantener el principio de combinarlo adecuadamente con el incentivo político-moral que ha de tomarse como lo principal. Si, de lo contrario, se promueve sólo el interés material, las personas acabarán por convertirse en egoístas que persiguen sólo beneficios personales, y como consecuencia se estanca la sociedad y destruyen los fundamentos del socialismo. En los países en que se abandonó la educación en la ideología socialista y fomentó el egoísmo, aparecieron fenómenos de estancamiento en la construcción económica socialista, lo cual dio

pie para preconizar la oposición al sistema de administración de ucase, negar la dirección del partido y el Estado de la clase obrera sobre ella, e introducir la economía de mercado.

En el socialismo la dirección política y la orientación planificada y centralizada sobre la economía constituyen uno de los deberes fundamentales del partido y el Estado de la clase obrera porque ellos asumen la responsabilidad de atender la vida de las masas populares. Renunciar a su función de dirigir la economía significa eludir esa responsabilidad. Según las condiciones concretas y el requisito de la revolución de cada país pueden diferir las formas de dirigir la economía, pero en ningún caso deben abstenerse de ello. Una economía desvinculada de esa dirección no es socialista y tampoco lo es una sociedad que no se base en una economía correspondiente. Las ventajas de la economía socialista dependen de cómo el partido y el Estado la dirigen. Nuestras experiencias demuestran que es posible administrar y manejar magníficamente la economía de conformidad con la naturaleza de la sociedad socialista si se asegura la orientación colectiva del comité partidista, se materializa la línea de masas, se prioriza la labor política y se establecen entre los funcionarios métodos revolucionarios y estilos populares de trabajo.

Los renegados del socialismo, alegando que el "sistema de administración de ucase" se apoya en el dominio absoluto de la propiedad estatal, convierten la socialista en particular. La propiedad socialista, formada por la estatal, la de todo el pueblo, y la cooperativa, constituye la base socio-económica que le permite a las masas ocupar su posición de dueñas del Estado y la sociedad y cumplir su papel como tales. Si se desmiembra, convirtiéndose en privada, está claro que, tarde o temprano, los medios de producción, independientemente de los métodos de su privatización, se concentrarán en manos de un puñado de privilegiados, especuladores y otros explotadores. Aunque no hace mucho se pusieron en práctica tales tentativas en los países donde se frustró el socialismo, han surgido ya millonarios en tanto que la mayoría absoluta de los trabajadores padecen el desempleo y la miseria. Como evidencian los hechos históricos, la oposición a la

dirección del partido y el Estado de la clase obrera sobre la economía y la eliminación de la propiedad socialista dan paso al resurgimiento del sistema explotador capitalista, no importa bajo qué rótulo se efectúen.

Todo tipo de propaganda falaz que tacha al socialismo de "totalitarismo", "campamento militar" y "sistema de administración de ucase" es, a fin de cuentas, la denigración al colectivismo socialista y el elogio al individualismo burgués. Esto muestra que la lucha entre los socialistas y los renegados implica la opción por el socialismo sustentado en el colectivismo, o por el capitalismo apoyado en el individualismo.

Con miras a hacer añicos todo tipo de difamación de los renegados y defender la causa socialista, hay que cumplir estrictamente el principio colectivista en todas las esferas de la vida social.

La esencia del socialismo está en el colectivismo, y en éste radica también la fuente de su ventaja y vitalidad. Colectivismo es, en una palabra, un concepto que valora más los intereses del colectivo que los individuales. La sociedad socialista, donde todos los que trabajan se han transformado por vía socialista, es una gran familia unida sobre la base de intereses comunes. En ella el colectivismo es la suma de los intereses del Estado y la sociedad. El colectivismo socialista no contrapone esos intereses a los del individuo, sino los adecua. Bajo el socialismo servir al Estado y la sociedad significa, en fin de cuentas, hacerlo en bien de las masas populares que son sus dueñas. Estas son un colectivo social compuesto por los trabajadores, y defender sus intereses significa proteger los de cada uno de éstos. El requisito fundamental del colectivismo socialista es poner los intereses del Estado y la sociedad por encima de los personales y realizar éstos dentro de aquéllos. El colectivismo socialista no censura los intereses mismos de los individuos, sino la práctica de su consecución en detrimento del Estado y la sociedad. El que viola los intereses personales no es el colectivismo socialista, sino el individualismo burgués. La esencia reaccionaria de este individualismo está en el

hecho de que perjudica los intereses de todos los que trabajan para favorecer los de una minoría explotadora. Es, precisamente, el factor que engendra todas las contradicciones y los males sociales en el capitalismo.

El colectivismo, como concepto socialista, ha venido desarrollándose sin interrupción. En este proceso tuvo una importancia trascendental el nacimiento del marxismo. Esta doctrina definió que el hombre como individuo no puede lograr su emancipación y que sólo la fuerza de la clase obrera unida puede liquidar la explotación y opresión del hombre por el hombre y alcanzar su auténtica libertad e igualdad.

El colectivismo alcanzó una fase nueva, superior, al crear el gran Líder, camarada Kim Il Sung la idea Juche y, basándose en ella, desarrollar y perfeccionar en un nuevo plano la ideología socialista. La doctrina Juche define en forma original que el sujeto de la historia, quien fragua el destino del hombre, no es el individuo, sino las masas populares, y que éstas, para forjar su destino de manera independiente y creadora, deben unirse en un solo ente socio-político.

Un individuo aislado no puede constituir el sujeto del movimiento socio-histórico, ni llevar la vida socio-política como ser social provisto de atributos independiente, creativo y de conciencia. La génesis de la vida socio-política del hombre es la colectividad social. Un individuo puede tener vida socio-política, aparte de la física, y vivir y progresar de modo independiente y creador como dueño de su propio destino, sólo cuando lo comparte con el colectivo social en calidad de integrante.

En el colectivo social donde las masas populares, sujeto de la historia, están aglutinadas en un ente socio-político, lo que rige las relaciones entre él y sus integrantes y las interpersonales, es el principio del amor camaraderil y la obligación moral revolucionaria, por los que comparten un mismo destino, la vida o la muerte, y se ayudan y se entregan unos a otros. Una expresión de esas relaciones es, precisamente, el colectivismo socialista que encarna el principio de "Uno

para todos y todos para uno". El socialismo de nuestro país, fundamentado en la idea Juche materializa del modo más cabal tal colectivismo.

La idea de nuestro Partido sobre el colectivismo tiene sus raíces en la Lucha Revolucionaria Antijaponesa, organizada y dirigida por el gran Líder, camarada Kim Il Sung. En aquellas circunstancias inenarrablemente difíciles los combatientes comunistas coreanos estaban unidos firmemente como un ente socio-político en torno al Líder de la revolución y dieron ejemplo de estrecha vinculación, basada en el colectivismo, entre las filas revolucionarias y las masas populares. A través de dos etapas de la revolución social, en nuestro país se eliminó el origen social que impedía la unidad y cohesión de las masas populares, y a medida que avanzaron y se profundizaron la construcción socialista y la educación en el colectivismo, el pueblo se convirtió en un ente socio-político, un sujeto soberano de la revolución, sólidamente unido alrededor del Partido y el Líder, y en todas las esferas de la existencia social se implantó un elevado ambiente de vida colectivista basada en el amor camaraderil y la moral revolucionaria.

Hoy nuestro pueblo ocupa la posición de dueño del Estado y la sociedad y cumple tal responsabilidad y papel en la política, economía, cultura y otras esferas sociales y, aunado con una sola alma en torno al Partido y el Líder, avanza con brío para dar cima a la causa revolucionaria del Juche, compartiendo las penas y las alegrías, la vida y la muerte. La vida de una persona no ha de ser valorada teniendo en cuenta simplemente las condiciones materiales, sino considerando principalmente las actividades socio-políticas que realiza como verdadera dueña del Estado y la sociedad. Nuestro pueblo disfruta de una genuina vida independiente y creadora, la cual es prueba fehaciente de la superioridad esencial del socialismo a nuestro estilo, centrado en las masas populares, y que encarna el colectivismo socialista.

Como en la sociedad socialista las masas populares son dueñas del poder estatal y las riquezas materiales y culturales, todos tienen el derecho a llevar una vida independiente y creadora, y asumen la responsabilidad de consolidarla y desarrollarla sin cesar con esfuerzos conjuntos. Aquí no existe ningún desempleado ni nadie que no pueda estudiar o recibir tratamiento médico, ni tampoco mendigos. Todos ponen en pleno juego su talento creador en su puesto de trabajo apropiado a su vocación y capacidad, y sin preocupaciones por la existencia, viven felices por igual. Asimismo, incorporados a una determinada organización social o política, realizan actividades independientes como dueños del Estado y la sociedad.

Nuestro Partido, organización revolucionaria de tipo jucheano y orientador político de la sociedad, asume la responsabilidad del destino de las masas populares y lo guía, atiende minuciosamente su vida en todos los aspectos, mientras sus comités, supremos órganos directivos en sus respectivos niveles, aseguran con firmeza, mediante la dirección colectiva, el derecho del pueblo trabajador a la independencia y organiza con acierto sus actividades creadoras. Unirse los superiores y los subordinados y ayudarse todos de manera camaraderil es un rasgo social, una costumbre en nuestro país. La fuente del ilimitado orgullo y la invencible fuerza de nuestro pueblo radica en el hecho de que el Partido le sirve y él sigue su dirección, compartiendo todos las penas y las alegrías. Nuestro socialismo se mantiene imperturbable ante toda tempestad, porque el Líder, el Partido y las masas están unidos con firmeza con una sola voluntad, y éstas crean una nueva vida según su propia exigencia independiente bajo la dirección de aquéllos.

Es más que absurdo difamar a la nueva vida socialista, valiéndose de viejas nociones a las que la historia había echado tierra ya hace mucho. El valor de lo nuevo sólo es posible medirlo con un nuevo cartabón. La realidad proporciona otra prueba patente de que el modo de pensar de los que predican el retorno a lo viejo, no es nuevo de modo alguno. Parlotear acerca de un nuevo modo de pensar, sin siquiera saber distinguir el colectivismo del totalitarismo, es ridículo, y tergiversar la realidad socialista con la mentalidad y las reglas anacrónicas y resucitar el capitalismo, no pasa de ser una bufonada.

Debemos sacar las debidas lecciones del derrumbe del socialismo en algunos países, y rechazando tajantemente todo tipo de difamaciones de tales o más cuales gentuzas contra el socialismo, hacer gala de nuestro talento y osadía para sacar beneficio de la adversidad, y avanzar con más energía hacia el luminoso futuro de la humanidad.

EL SOCIALISMO ES CIENCIA

Artículo publicado en "Rodong Sinmun", órgano del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea
1° de noviembre de 1994

El socialismo es ciencia. En diferentes países se frustró, pero sigue en pie como ciencia en el corazón de los pueblos. En vista de la situación por la que atraviesan algunos países que lo construían, los imperialistas y otros reaccionarios hablan ruidosamente del "fin del socialismo". Los renegados arguyen que la misma idea socialista es una equivocación para justificar su abominable acto traidor. Pero es imposible tapar la verdad y eliminarla. El derrumbe del socialismo en varios países no significa su fracaso como ciencia sino el descrédito del oportunismo que lo degeneró. Aunque sufre temporalmente un doloroso revés a causa del oportunismo, con seguridad resurgirá y triunfará al fin por su cientificidad y veracidad.

1

El socialismo es el ideal y la bandera revolucionaria de las masas populares que luchan por la independencia, la cual se alcanza con el socialismo y el comunismo.

En la sociedad de clases antagónicas, la independencia de las masas populares sigue siendo objeto de brutal violación. Es ley que donde hay opresión existe resistencia y donde hay resistencia surge una revolución. A lo largo de un prolongado proceso histórico las masas populares han venido sosteniendo vigorosas luchas por la independencia, y en este trayecto se han intensificado esas luchas a la par que se sucedían las sociedades de clases. Pero este cambio sólo propició la sustitución de una forma por otra de la supresión de la independencia de las masas populares, sin que éstas se libraran del sometimiento socio-político.

Si en las sociedades de clases antagónicas es imposible alcanzar la independencia de las masas, es porque todas se basan en el individualismo, producto del régimen de propiedad privada. La sociedad basada en la propiedad privada y el individualismo que se deriva de ésta, se divide inevitablemente en clases antagónicas, crea conflictos clasistas y desigualdades sociales y conlleva a la explotación y opresión de las masas populares por una minoría clasista gobernante. La historia demuestra que en esa sociedad es imposible que las masas populares realicen su independencia. La síntesis de la historia del desarrollo de la sociedad comprueba que para alcanzar este objetivo es preciso pasar de la sociedad cimentada en el individualismo a la socialista y comunista, sustentada en el colectivismo.

El capitalismo convirtió el individualismo en ilimitada codicia de un puñado de capitalistas y llevó al extremo las contradicciones antagónicas en esa sociedad. Mientras tanto, la lucha de las masas populares por la soberanía entró en una nueva etapa de desarrollo. La presente es la época de la independencia, en la que las masas populares surgen como dueñas de su propio destino y que dominan el mundo. Esto testimonia que el paso de la sociedad apoyada en el individualismo a la sustentada en el colectivismo constituye una irrenunciable demanda del desarrollo de la historia.

El colectivismo implica la exigencia connatural del hombre. Sólo integrando una colectividad y actuando dentro de ella éste puede existir y progresar. Unicamente, mediante la cooperación colectiva

de los miembros de la sociedad, y no de manera individual, es posible transformar la naturaleza y la sociedad y hacer realidad la demanda de independencia. Para integrar una colectividad y vivir en ella el hombre debe hacer realidad tanto su demanda individual como la de ésta en cuanto a la soberanía. La demanda de independencia de la colectividad es común a todos sus miembros y sirve para mantener su existencia y desarrollarse. La individual es de un miembro de la colectividad, y lógicamente puede ser garantizada por ésta por lo que él le aporta. La demanda de independencia del individuo es totalmente diferente a la codicia individualista que ignora la colectividad y lo subordina todo a intereses particulares. La independencia colectiva e individual pueden concretarse de modo inmejorable sólo a través del colectivismo. Las demandas del individuo desvinculadas del colectivismo se convierten en codicia individualista y en este caso llegan a lesionar a las de otros miembros de la colectividad y a obstruir su unidad y cooperación. Unicamente el colectivismo permite fortalecer la unidad y cooperación de la colectividad, aumentar el entusiasmo creador de todos sus integrantes y hace posible entrelazar con acierto la demanda de ésta y la de los individuos en cuanto a la independencia, y cumplirlas en conjunto y a plenitud. Integrar la colectividad y actuar dentro de ella es el modo de vida del hombre y su demanda de independencia puede hacerse realidad a plenitud sólo por medio del colectivismo. Por esta razón, la sociedad socialista y comunista, basada en él, es la sociedad más progresista, la que se aviene a la naturaleza independiente del hombre.

Por supuesto, el establecimiento del régimen socialista no significa la implantación inmediata y plena de los principios colectivistas en todas las esferas de la vida social. Es así porque en esta sociedad perduran por cierto tiempo los vestigios de la anterior. Pero este fenómeno es transitorio, y a medida que avanza el socialismo se va superando de modo gradual, y en todas las esferas de la vida social se aplican de lleno los principios del colectivismo.

Aunque el socialismo constituye una etapa inevitable del desarrollo de la historia y es la sociedad más progresista, y que corresponde

a la naturaleza independiente del hombre, no se implanta por sí solo. Para realizar el socialismo es imprescindible preparar las fuerzas revolucionarias capaces de asumir y cumplir esta empresa, y adoptar correctos métodos de lucha. De lo contrario, la demanda independiente de las masas populares que aspiran al socialismo quedará como un mero anhelo.

La idea de acabar con la explotación, la opresión, las desigualdades sociales y la propiedad privada que las alimenta, y de levantar una sociedad equitativa, sustentada en la propiedad social, fue planteada hace mucho tiempo por los socialistas utópicos. Sin embargo, si bien compadecían a las masas trabajadoras por su lamentable situación de explotadas, no veían en ellas las fuerzas revolucionarias capaces de enterrar la sociedad explotadora y construir otra. Consideraban posible reparar los aspectos irracionales de la sociedad capitalista mediante la ilustración de las personas y la apelación a la "buena voluntad" de las clases explotadoras. Esperar de la "buena voluntad" de estas clases, cuya naturaleza es la codicia, constituye una ilusión, carente de fundamentos científicos. Esa esperanza se debía a sus limitaciones históricas.

Los explotadores y sus acólitos, preconizando la "colaboración entre las clases", maniobraron para impedir la lucha de las masas trabajadoras contra la explotación y la opresión. En el seno del movimiento comunista los reformistas y revisionistas abogaron por esa "colaboración", causando grandes daños al desarrollo del movimiento revolucionario. En la actualidad, los renegados del socialismo, ilusionados con el capitalismo y depositando esperanzas en la "ayuda" y "cooperación" de los imperialistas, levantan una tumultuosa campaña de retorno a él. La historia demuestra que esperar de la "buena voluntad" de los explotadores o de la "colaboración entre las clases", es hacer que la revolución fracase.

El marxismo vinculó la demanda de las masas populares trabajadoras por el socialismo con las fuerzas revolucionarias y sus métodos de lucha. Dilucidó que en la sociedad capitalista existen contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción,

las cuales se resuelven por medio de la lucha de las masas trabajadoras contra las clases explotadoras, y los obreros son los destinados para encargarse de esta batalla y conducirla. Como resultado de que en virtud del marxismo se esclareció la inevitabilidad de la derrota del capitalismo y de la victoria del socialismo, y el deseo de las masas trabajadoras explotadas que aspiraban al socialismo se conectó con las fuerzas prácticas revolucionarias y sus métodos de lucha susceptibles de hacerlo realidad, el socialismo se transformó de utopía en ciencia, y se registró un viraje revolucionario en la historia de la lucha por la liberación de la humanidad.

No obstante, la doctrina socialista precedente, fundamentada en la concepción materialista de la historia, no pudo evitar limitaciones de índole histórica. No consideraba el movimiento socio-histórico como movimiento de su sujeto, las masas populares, que con su acción y rol iniciativos lo mueven e impulsan, sino como un proceso histórico natural que cambia y avanza principalmente por factores materiales y económicos. Según el principio que emana de esa concepción materialista de la historia, en la sociedad capitalista, a medida que se desarrollan las fuerzas productivas, se profundizan las irremediables contradicciones entre éstas y las relaciones de producción y las antagónicas entre las clases explotadoras y las explotadas, se incrementan y fortalecen las fuerzas revolucionarias, incluida la clase obrera, y consecuentemente, va madurando más y más la revolución. La anterior teoría sobre el socialismo consideró como lo principal el factor material y económico en la lucha revolucionaria, y no planteó como vía fundamental de la revolución el fortalecimiento de su sujeto y la elevación del papel de éste.

En lo tocante a la influencia que ejerce el desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad capitalista, no hay que considerar sólo un aspecto. Además de profundizar la polarización en "ricos y pobres" y las contradicciones entre las clases, incrementa la posibilidad de que los capitalistas monopolistas empleen una parte de sus altas ganancias monopólicas para paliar estas contradicciones. Del mismo modo, diferenciando a los campesinos y demás integrantes de la clase

pequeñoburguesa, engrosa las filas de los obreros industriales, al tiempo que aumenta en el sector de la producción la proporción de trabajadores que realizan labores intelectuales y técnicas, y la de los destinados al sector no productivo.

Por supuesto, en la lucha revolucionaria las condiciones objetivas ejercen influencias importantes. Pero, el factor que decide el triunfo o el fracaso de una revolución no reside en ellas, sino en cómo se fortalece su sujeto y eleva su papel. Si se cumple con éxito esta tarea, es posible alcanzar la victoria del socialismo en cualquier país, no importa que el capitalismo esté o no desarrollado en él. La historia muestra que el socialismo triunfó en países relativamente atrasados antes que en los capitalistas desarrollados. Las experiencias de nuestra revolución, que ha avanzado bajo la bandera de la idea Juche, proporcionan pruebas fehacientes de que si se fortalece el sujeto de la revolución y eleva su papel, no sólo es posible aprovechar con acierto las condiciones objetivas dadas, sino también, convertirlas de desfavorables en favorables, las coyunturas negativas en positivas, el mal en bien, y así asegurar la victoria de la revolución.

Las limitaciones de la teoría precedente basada en el concepto materialista de la historia se pusieron de relieve en la construcción del socialismo, después de establecido este régimen.

En general, con el desarrollo de la sociedad se eleva el papel de las masas populares, sujeto de sus movimientos, porque, al mismo tiempo, se incrementan la conciencia independiente de las masas populares y su capacidad creadora. En la sociedad socialista su rol como sujeto de los movimientos sociales experimenta un incremento sin precedentes. Esta sociedad se desarrolla por la capacidad creadora de las masas populares dotadas de elevada conciencia ideológica y unidas en un solo cuerpo. En ella la transformación del hombre, la de su ideología, se presenta como la tarea perentoria, más importante que la preparación de las condiciones materiales y económicas, y sólo concediéndole la prioridad es posible reforzar el sujeto de la revolución e incrementar su papel para edificar con éxito el socialismo. Si se descuida esta tarea, mientras se da la importancia decisiva

a las condiciones materiales y económicas objetivas, y se aferra a la construcción económica, relegando al segundo plano la transformación ideológica de las masas populares, es imposible construir con éxito el socialismo en todos sus aspectos y evitar el estancamiento en la misma edificación económica. Muchos fenómenos de esa índole se produjeron en algunos países que construían el socialismo, y los renegados, sacándoles partido, pusieron en marcha la "reorganización" y perpetraron el acto contrarrevolucionario de destruir el régimen económico socialista.

Si los creadores del marxismo desarrollaron la doctrina socialista fundamentándola en las condiciones materiales y económicas, fue porque se enfrentaban a la importante tarea histórica de combatir la teoría burguesa reaccionaria, la cual, preconizando el misticismo y fatalismo, santificaba el capitalismo y predicaba su "perpetuidad". Hoy los traidores al socialismo, haciéndose ilusión con el capitalismo, se pronuncian por la preponderancia de lo material y lo económico, para resucitarlo.

Asentar el socialismo sobre un nuevo cimiento científico es una tarea de primer orden no sólo para superar las limitaciones históricas de la doctrina socialista precedente, sino también para defender el socialismo de la tergiversación de los oportunistas de toda laya y del ataque de los imperialistas.

Esta tarea histórica vio su brillante solución cuando el gran Líder, camarada Kim Il Sung, concibió la idea Juche y a partir de ella desarrolló de modo original la teoría socialista. Es decir, al descubrir él el principio filosófico de que el hombre es dueño de todo y lo decide todo, y al esclarecer en un nuevo plano las leyes del movimiento social como movimiento del sujeto. La causa del socialismo y el comunismo dilucidada por la idea Juche es la que tiende a lograr la independencia total de las masas populares. El socialismo sistematizado de modo científico por el gran Líder, camarada Kim Il Sung, está centrado en el hombre, en las masas populares. En él las masas populares son dueñas de todo, y todas las cosas están a su servicio, en tanto que su desarrollo se logra por la fuerza unida de éstas. Sobre

la base de la aclaración científica de la esencia del socialismo y las leyes de su desarrollo, circunscribiéndose al hombre, la teoría del socialismo, derivada de la idea Juche, establece que para edificarlo con éxito es indispensable librar con pujanza la lucha para conquistar las dos fortalezas del socialismo y el comunismo, o sea la ideológica y la material, dando segura prioridad a la primera.

Las experiencias prácticas de nuestra revolución comprueban lo científica y veraz que es esta teoría. Nuestro pueblo inició la batalla por el socialismo en la peliaguda situación de atraso de la sociedad colonial y semifeudal y se vio obligado a llevar a cabo la revolución y la construcción en condiciones más difíciles que otros. No obstante, nuestro Partido, al tomar firmemente como el eslabón principal la tarea de fortalecer el sujeto de la revolución y elevar su papel, aglutinando con solidez, en lo organizativo e ideológico, a las masas populares en torno suyo y del Líder según los postulados de la idea Juche, ha podido allanar de manera relevante el camino socialista. En la edificación del socialismo, al mismo tiempo que fortalecía por todos los medios el poderío político e ideológico de nuestra revolución anteponiendo seguramente la transformación de las personas, la de su ideología, a las demás tareas, consolidó la economía nacional independiente y la capacidad militar autodefensiva, gracias a lo cual, pese a tan complicada situación de hoy, se mantiene imperturbable e impulsa con energía la revolución y construcción. La experiencia muestra palpablemente que el socialismo de nuestro país fundamentado en la idea Juche, es el más científico y vital.

2

Nuestro socialismo está fundamentado en el criterio y la actitud jucheanos sobre el ser humano.

El criterio y la actitud respecto al hombre constituye el fundamento en la concepción y actitud con que se trata y comprende el desarrollo de la sociedad y la revolución. Del mismo modo viene a ser la pauta para valorar la cientificidad y justeza de las ideas y teorías, las políticas y los lineamientos. El carácter científico y la veracidad de nuestro socialismo radican, precisamente, en que está fundamentado en el punto de vista y actitud más correctos y originales sobre el ser humano.

La idea Juche dio por primera vez en la historia una aclaración científica sobre la esencia del hombre.

La cuestión de cómo verla no es un simple asunto teórico, sino un problema socio-político que refleja los intereses de clases. Históricamente, entre el progreso y la reacción se desplegaron serios debates filosóficos al respecto.

Las clases gobernantes reaccionarias y sus portavoces tergiversaron la esencia del ser humano conforme a los intereses de los explotadores y la utilizaron para justificar su régimen. En otros tiempos, en los debates filosóficos prevalecían dos criterios: uno, que consideraba al hombre como ente espiritual y, otro, que lo veía como materia. Para la concepción religiosa e idealista, que lo consideraba como un mero espíritu, el hombre es producto de un ser misterioso y sobrenatural y su destino lo decide éste. La utilizaron las clases gobernantes reaccionarias y sus portavoces para predicar que la desgraciada situación de las masas trabajadoras, explotadas y oprimidas, es inevitable, y por consiguiente, deben seguir el predestinado destino. La concepción que valora al hombre como un simple ser natural, biológico, no deja apreciar la diferencia cualitativa entre el hombre que, medido y controlado por la conciencia, actúa con fines bien definidos, y los seres biológicos que actúan por instinto. Las clases gobernantes reaccionarias y sus portavoces la emplearon para defender la sociedad capitalista donde reina la ley de la selva. Los traidores al socialismo restauran el capitalismo introduciendo la libertad burguesa y la economía de mercado capitalista, porque parten de ese criterio y posición reaccionarios sobre el hombre.

El hombre no es un ser puramente espiritual, ni un simple ente

biológico. Es un ser social que vive y actúa en el marco de las relaciones sociales. Esta es la importante característica que lo distingue.

El marxismo definió la esencia del hombre como el conjunto de las relaciones sociales, lo cual hizo un aporte histórico a combatir el criterio no científico y reaccionario que lo consideraba como un ser puramente espiritual o simplemente biológico. Sin embargo, esa definición no es una evaluación integral de sus características esenciales, y por ende, tampoco puede explicar correctamente los vínculos entre él y el mundo, ni el papel y lugar que ocupa en éste.

La idea Juche ha sido la primera en aclarar de modo científico las características esenciales del hombre, y sobre esta base ha explicado de un nuevo modo el papel y lugar que ocupa en el mundo.

En otros tiempos, hubo también muchas tentativas de explicar la esencia del hombre partiendo principalmente de sus características. Podemos citar como ejemplo la determinación del hombre como ente de palabra, trabajo y pensamiento. Pero esto es sólo la observación de un determinado aspecto de sus actividades, las cuales son la manifestación de sus atributos esenciales.

El hombre es un ser social con espíritu independiente, espíritu creador y conciencia. He aquí sus características esenciales.

El espíritu independiente es un atributo del ser social, el cual, siendo dueño del mundo y de su propio destino, quiere vivir y progresar de manera independiente, sin verse sometido ni restringido. El espíritu creador es otro de sus atributos, éste le permite, con fines bien definidos, transformar el mundo y forjar su destino conforme a las demandas suyas. Y la conciencia es el atributo que le posibilita determinar todas sus actividades encaminadas a conocer y transformar al mundo y a sí mismo. Garantiza el espíritu de independencia y el creador. Por actuar de manera independiente y creadora guiado por la conciencia, el hombre se distingue cualitativamente de los animales, que se mueven según los instintos. Su acción es un proceso en el que exterioriza su espíritu independiente, espíritu creador y conciencia, mientras sus actividades independientes, creadoras y conscientes son su modo de ser.

Al margen de su organismo desarrollado, en especial, de su cerebro altamente desarrollado, es inconcebible que se valore como ente social con espíritu independiente, espíritu creador y conciencia. Este organismo, biológicamente es la base que le permite poseer espíritu independiente, espíritu creador y conciencia. Mas, no tiene en sí la capacidad para engendrarlos espontáneamente. Estos son atributos sociales que se forman y desarrollan en el proceso de sus actividades socio-históricas dentro del marco de las relaciones sociales.

Por poseer independencia, espíritu creador y conciencia el hombre puede forjar su destino con sus propias fuerzas. Para un ente biológico, su destino depende de cómo se adapta al medio ambiente; puede afirmarse que es parte de la naturaleza. Al contrario, el hombre es el dueño y artífice del mundo; forja su destino por su cuenta y transforma el mundo conforme a sus necesidades. A medida que se desarrollan la independencia, el espíritu creador y la conciencia, se fortalecen su posición y papel de dueño y artífice del mundo, lo cual se manifiesta en su esfuerzo por transformar la naturaleza y la sociedad. A la par que se desarrollan la conciencia ideológica independiente y las facultades creadoras del hombre y se eleva su papel, se incrementan las riquezas de la sociedad y mejoran las relaciones que rigen en ella. En el proceso de desarrollo histórico todas las generaciones toman esas riquezas y las relaciones creadas por las antecesoras, o sea, aprovechan las condiciones objetivas dadas. Aunque éstas desempeñan un rol importante en el desarrollo de la sociedad, no son sino un producto histórico de las actividades independientes, creadoras y conscientes del hombre, y éste es quien las aprovecha y desarrolla. Aunque ellas sean favorables, la sociedad no puede avanzar con rapidez si no son elevadas ni se despliegan a plenitud el espíritu independiente, la creatividad y la conciencia del hombre que las aprovecha y desarrolla; pero en contraste, aunque sean desfavorables, si son elevadas y despliegan plenamente, su desarrollo puede ser rápido. Esto significa que el proceso histórico del desarrollo social lo determina el grado del progreso y el despliegue de esos atributos del hombre. Las masas trabajadoras explotadas desearon desde temprano

una nueva sociedad, de igualdad, libre de explotación y opresión; pero si no pudieron lograrla en otras épocas es porque su conciencia ideológica independiente y su facultad creadora no estaban desarrolladas y su papel fue limitado. El hombre transforma la naturaleza y la sociedad, y lleva hacia adelante la historia, y cuanto más rápidamente se desarrollan su conciencia ideológica independiente y capacidad creadora y se eleva su papel, tanto más se acelera el progreso de la sociedad y la historia, y con más éxito se impulsa el proceso revolucionario y constructivo. Puede decirse que la historia del desarrollo social es, en definitiva, la de la evolución del espíritu independiente, espíritu creador y la conciencia del hombre.

El hombre, por su independencia, creatividad y conciencia, deviene el ser más valioso y potente. Es el único dueño y transformador del mundo. En éste no hay otro más valioso y poderoso que él.

Sin embargo, los reaccionarios burgueses no lo consideran desde este punto de vista sino como medio de producción de bienes materiales, un ente insignificante que se compra y vende como una mercancía con capacidad de trabajo. Tampoco lo estiman como un ente poderoso que forja por su cuenta su propio destino sino como un incapaz que se gobierna por el oro. Si los traidores al socialismo han restaurado el capitalismo y abolido todas las disposiciones populares, considerando el desempleo y la pobreza como un medio de presión para incentivar el interés por la competencia e incrementar la intensidad del trabajo, y si, desconfiando de la fuerza de sus pueblos, depositan esperanzas en la "ayuda" y la "cooperación" de países capitalistas del Occidente, y adulan y obedecen a los imperialistas, esto también tiene que ver con su criterio burgués reaccionario acerca del hombre.

El socialismo, centrado en el hombre, se basa en el principio socio-histórico, sustentado en la idea Juche, que aclara original y científicamente las leyes del desarrollo de la sociedad y la historia, circunscribiéndose al ser humano. Se trata de un socialismo muy científico que, partiendo de la concepción y la actitud jucheanas acerca del hombre, permite ponerlo todo a su servicio y solucionar todos los problemas con la elevación de su papel creador. Nuestro socialismo defiende y asegura de manera consecuente la independencia del hombre, incrementa con rapidez y pone de pleno manifiesto su conciencia ideológica y capacidad creadora, de modo que se eleva extraordinariamente su posición y papel como dueño y transformador del mundo, y se impulsan con vigor la revolución y la labor de construcción.

Además, la idea Juche ha esclarecido de manera original la esencia de la vida del hombre y el valor de su existencia.

Considerando al hombre como un organismo biológico, su vida significa, precisamente, la física. Pero él no tiene sólo vida física. La idea Juche ha sido la primera en la historia en definir que el hombre, además, tiene la vida socio-política. Si la física le es consustancial por ser un organismo biológico, la socio-política la adquiere como ente social. Como ente social le es propia la vida socio-política.

Para el hombre la vida física es valiosa. Sólo si la posee, también puede tener la socio-política. En este sentido puede decirse que la vida material, que cubre las demandas de la vida física, satisface la primera necesidad del hombre. Como éste es un ser social, a diferencia de un simple ente biológico, su demanda por la vida material crece sin cesar, ejerciendo influencia sobre la socio-política a medida que se eleva su grado de independencia, facultad creadora y conciencia, y se desarrolla la sociedad. La vida material, estable y sana, no sólo cubre satisfactoriamente las demandas vitales, sino que también sirve de garantía material para mantener y hacer brillar la socio-política.

Para el hombre, desde luego, es valiosa la vida física, pero lo es más la socio-política. Valorar más ésta que aquélla es una demanda intrínseca del hombre, ente social. Si, haciendo caso omiso de las demandas de la vida socio-política, se atienden sólo las de la física, no puede ser una vida de gran valor aunque se asegure una rica vida material, sino resultará deformada y vacua como la de un animal, por contravenir la naturaleza del ser humano.

La independencia es la vida para el hombre. Este, ente social independiente, quiere vivir de manera soberana, sin verse sometido, ni restringido por nada. Vivir independiente significa defender su

posición, y ejercer sus derechos como dueño del mundo y de su propio destino. Sólo cuando el hombre, ente social, materializa sus exigencias de independencia, y goza del derecho a ella puede decir que vive con dignidad, disfrutando de la vida socio-política. Si uno pierde la independencia y se somete a otros, aunque esté vivo, no se diferencia de un muerto en el plano social y político. La demanda del hombre de vivir en independencia se realiza, ante todo, mediante la actividad política independiente. Esta actividad es inconcebible si el hombre está avasallado política o socialmente.

Como la vida socio-política es la más valiosa para el hombre, poseerla y hacerla brillar proporciona un alto valor para vivir. El hombre la recibe del colectivo social. Este es, pues, la matriz de esa vida. Por tanto, la existencia del hombre se valora según cómo se une con el colectivo social. Resulta valiosa si disfruta del afecto y la confianza de la colectividad social; de lo contrario no tiene valor. El individuo puede gozar de ese afecto y confianza cuando pone los intereses de la colectividad por encima de los personales y le sirve con lealtad. En resumidas cuentas, el hombre disfruta de la más valiosa y digna vida cuando une su destino al del colectivo y le sirve con abnegación, y cuando en medio de su afecto y confianza despliega actividades independientes y creadoras. He aquí, precisamente, el camino que conduce a hacer brillar su vida socio-política y vivir con dignidad como ser social.

En la actualidad, los reaccionarios burgueses y los traidores al socialismo consideran como un fenómeno normal la explotación y dominación del hombre por el hombre y consideran a éste como un ente vil que persigue sólo su propia ambición material; lo que es una evidente expresión del carácter reaccionario de su punto de vista y actitud burgueses en cuanto a la esencia de la vida del hombre y el valor de su existencia.

La auténtica vida con que todas las personas pueden hacer brillar la valiosa socio-política, y satisfacer plenamente las exigencias de la física, puede darse sólo, por excelencia en la sociedad socialista basada en el colectivismo. Esta sociedad les posibilita desenvolverse de manera independiente y creadora en las actividades socio-políticas y demás planos sociales, libres de toda clase de explotación y opresión, de dominación y sojuzgamiento. Para que en ella las personas gocen de una existencia independiente y creadora, con alta conciencia y capacidad como dueñas de la sociedad, es preciso programar con acierto sus actividades orgánico-ideológicas y culturales. Sólo cuando ellas posean una firme conciencia ideológica independiente y capacidad creadora desarrollada integralmente adquiridas a través de las actividades organizativo-ideológicas revolucionarias y las culturales sanas y fecundas, pueden hacer activos aportes a la sociedad y al colectivo, y disfrutar de una vida de gran valor como dignos miembros de la sociedad.

El nuestro es un socialismo auténtico, centrado en el hombre: valora al hombre en todas sus magnitudes, encarna a plenitud sus exigencias consustanciales, y así permite a todos poseer y hacer valer constantemente la vida socio-política, y satisface a plenitud las demandas de su vida física. El socialismo humanocéntrico propicia que todos los miembros de la sociedad, con elevada conciencia ideológica y facultad creadora, se entreguen a la sociedad y el colectivo y lleven por igual y a sus anchas, en medio de su afecto y confianza, una existencia armoniosa, digna y valiosa.

3

Nuestro socialismo está cimentado en el criterio y la posición jucheanos en cuanto a las masas populares.

La verosimilitud y superioridad del socialismo se manifiestan en el apoyo y la confianza que depositan en él las masas populares. Nuestro socialismo es el más potente y ventajoso porque al estar sustentado en el criterio y la posición jucheanos acerca de las masas populares, disfruta de su absoluto apoyo y confianza.

Las masas populares son el sujeto de la historia. Forman una colectividad social integrada principalmente por los trabajadores sobre la base de la comunidad de sus exigencias por la independencia y de sus actividades creadoras.

En la sociedad de clases el término masas populares reviste un carácter clasista. En ella, según posean o no los medios de producción y el poder estatal, se dividen en clases explotadoras y explotadas, en dominantes y dominadas. Las clases explotadas y sometidas son las principales integrantes de las masas populares. La composición clasista de éstas no es inmutable, sino cambia en el proceso del desarrollo social y la historia. En la sociedad capitalista las componen no sólo los obreros y los campesinos sino también los trabajadores intelectuales y otras clases y sectores que luchan por defender su independencia. En la socialista las integran todos los sectores y las capas, transformados en trabajadores socialistas. Por supuesto, también en esta sociedad continúa actuando una ínfima minoría de elementos hostiles y en las filas revolucionarias pueden surgir traidores. Por eso, es necesario distinguir acertadamente las masas populares de los elementos negativos.

El término masas populares refleja las relaciones socio-clasistas, pero no es una simple concepción clasista. Originalmente, a éstas las conforman diversas clases y sectores. Para distinguir a sus integrantes de los que no lo son se debe tener en cuenta su situación socio-clasista, pero no hay que absolutizarla. La ideología y acción del hombre no sólo son susceptibles de la influencia de esta situación. Si recibe influencias revolucionarias y asimila ideas avanzadas, puede servir a las masas populares, independientemente de su situación socio-clasista. La principal pauta para distinguir a los miembros de las masas populares no es su origen socio-clasista, sino su ideología. La ideología socialista y comunista no es la única que sirve de fundamento ideológico para aglutinar a las personas de todos los sectores y clases en masas populares. Cualquiera que ame al país y el pueblo puede servir a éste y, por consiguiente, ser integrante de las masas populares.

Partiendo de esta posición, el gran Líder, camarada Kim Il Sung, impulsó con éxito el proceso revolucionario y constructivo agrupando en sus distintas etapas a todas las personas que tenían la idea de servir a la Patria, al pueblo y a la nación, en una sólida fuerza revolucionaria. Nuestro Partido confía en los integrantes de todas las clases y sectores que tienen interés en la revolución, considerándolos acompañantes no temporales sino eternos de la revolución, y los guía por el camino del socialismo y el comunismo.

Por su naturaleza clasista, los imperialistas y otros reaccionarios se oponen a las masas populares y, en consecuencia, temen a la misma palabra pueblo. Suelen utilizar la palabra "conciudadanos" para encubrir los enfrentamientos y contradicciones clasistas de su sociedad. También los traidores al socialismo tratan de enmascarar sus actos antipopulares con el término "ciudadanos", prometiendo la construcción de una "sociedad cívica" o cosas por el estilo. Por supuesto, a menudo se les oye decir hipócritamente, a unos y otros, "pueblo". Pero con esto no pueden encubrir la naturaleza antipopular de esos elementos hostiles al pueblo y de los que lo traicionaron. Pueblo es una palabra sagrada que sólo pueden utilizar con dignidad los que le son fieles, los comunistas que luchan con toda abnegación en aras de las masas populares.

Desde hace mucho tiempo el gran Líder, camarada Kim Il Sung, enalteciendo al pueblo como el cielo, hizo incluir esta palabra en la denominación del Estado, del ejército, de las obras monumentales y de muchas cosas valiosas y hermosas del país. Por valorar tan altamente al pueblo, nuestro socialismo resulta un socialismo centrado en las masas populares, el socialismo más ventajoso, en el que están materializadas de modo consecuente sus demandas de independencia.

Las masas populares son dueñas de todo lo que hay en la sociedad. Esto es porque son sus creadoras.

Ellas poseen la capacidad creativa más poderosa, que le permite transformar la naturaleza y la sociedad. La fuerza y la inteligencia del individuo tienen límites, pero las de las masas populares son ina-

gotables. Si en este mundo existe un ser omnipotente, éste es exactamente el pueblo. Gracias a sus fuerzas y talento inagotables se crean todas las cosas de la sociedad, avanza la historia y se promueve la revolución.

Las masas populares transforman la naturaleza, desarrollan las fuerzas productivas y crean las riquezas materiales. Es obvio que también la clase capitalista se interesa por el desarrollo de esas fuerzas para obtener más ganancias, pero no crean los bienes materiales con sus propias manos. Las masas populares producen las riquezas ideológicas y culturales y, además, de ellas salen ideólogos avanzados, científicos competentes y literatos y artistas talentosos. También las clases explotadoras presentan portavoces de su ideología y cultura, mas sus creaciones contaminan la vida sana y el progreso de la sociedad. Las masas populares transforman la sociedad. Pero, las clases explotadoras reaccionarias no tienen interés por ello, sino, únicamente, por el mantenimiento y la consolidación de su viejo régimen. La farsa de la "reforma" que escenifican los gobernantes burgueses, es, en todos los casos, para evitar la crisis capitalista. La transformación progresista de la sociedad sólo la llevan a cabo las masas populares concientizadas y unidas. Como éstas son creadoras de todas las cosas de la sociedad, es natural que sean sus dueñas. Pueden serlo en el verdadero sentido de la palabra sólo en la sociedad socialista donde les pertenecen el Poder estatal y los medios de producción.

Por esta razón, en calidad de dueñas, tienen que ocupar su posición, ejercer sus derechos, cumplir con su responsabilidad y papel y disfrutar de una vida valiosa y feliz.

Como dueñas de todas las cosas de la sociedad han de ocupar su lugar y ejercer sus derechos.

Esta es su demanda independiente. La independencia es su vida, y la posición y derechos independientes constituyen una condición esencial que decide su destino. Siendo, como son, dueñas del Estado y la sociedad, tienen que ocupar el lugar merecido y ejercer los derechos correspondientes en todas las esferas de la vida social, como la política, la económica y la cultural.

Con miras a defender con firmeza la independencia de las masas populares y concretarla, hay que trazar todos los lineamientos y las políticas, reflejando sus demandas, y llevarlos a la práctica apoyándose en sus fuerzas.

Esas demandas son la pauta que mide la exactitud de la política y los lineamientos. La única vía que permite evitar el subjetivismo y los reveses en la revolución y la construcción reside en compenetrarse con las masas populares y prestar oídos a sus opiniones y exigencias. Estas son maestras en todos los asuntos. La sintetización y sistematización de esas opiniones y demandas independientes da origen a ideas, lineamientos y políticas. Para elaborar una línea o política, el partido de la clase obrera siempre debe entrar en las masas populares y oir sus opiniones y demandas. Este ha de ser el primer proceso también en el trabajo de los funcionarios. Si nuestro Partido ha podido implantar el régimen socialista más avanzado y hacerlo brillar sin cesar aun en complicadas y difíciles circunstancias, ha sido porque se compenetró con las masas populares y trazó los lineamientos y la política reflejando sus exigencias independientes y las hizo realidad de modo consecuente apoyándose en sus fuerzas. Esta es, justamente, la llave que ha permitido a nuestro socialismo avanzar victoriosamente por el camino más científico, sin conocer ninguna desviación ni altibajos.

A fin de defender y concretar la independencia de las masas populares hay que salvaguardar con firmeza la del país y la nación.

Practicar la independencia en la política, la autosuficiencia en la economía y la autodefensa en la salvaguardia nacional constituye el principio revolucionario que nuestro Partido mantiene invariablemente. Al sostener de modo estricto este principio revolucionario aun bajo la presión de los imperialistas y dominacionistas, teniendo en alto aprecio la independencia del país y la nación nuestro Partido y pueblo han defendido con firmeza su soberanía y dignidad, y hoy también siguen avanzando según su convicción, enarbolando la bandera del socialismo.

En la actualidad, los imperialistas se inmiscuyen de manera arbi-

traria en los asuntos internos de otras naciones y violan la soberanía de sus pueblos, pero tratan de justificarlo con el pretexto de la "defensa de los derechos humanos". Los derechos humanos son inconcebibles fuera de la soberanía del país y la nación. Nunca se les pueden asegurar a los pueblos dominados por las fuerzas extranjeras. Son derechos independientes que los pueblos deben ejercer en todas las esferas de la vida social, sobre todo en la política, la económica, la ideológica y la cultural. Los "derechos humanos" que pregonan los imperialistas son los privilegios de los ricos porque su dinero les permite cometer cualquier vileza. Ellos no consideran un derecho humano el de los desempleados al trabajo y el de los desamparados y huérfanos a subsistir. Ellos, que privan a los trabajadores del más elemental derecho a la existencia y aplican la política antipopular, la de discriminación racial y nacional, y la colonialista, no tienen cara para hablar de los derechos humanos. El primer enemigo de los derechos humanos son los imperialistas que violan la soberanía de los pueblos e intervienen en los asuntos internos de otros países bajo el rótulo de "defensa de los derechos humanos". No toleraremos en absoluto la ingerencia y arbitrariedad de ellos que tratan de violar a su antojo la soberanía de nuestro país y nación, y la defenderemos resueltamente.

Las masas populares, como dueñas de todo lo que hay en la sociedad, deben cumplir con la responsabilidad y el papel que les corresponden como tales.

Sólo entonces pueden defender su lugar y derechos. La revolución y la construcción son obras para y de las masas populares. Estas tienen que resolver bajo su responsabilidad y con sus propias fuerzas todos los problemas que surgen en estos procesos.

Para que cumplan a plenitud con dicha responsabilidad y papel, deben elevar su conciencia de dueñas, y para lograrlo, anteponer la transformación ideológica, la labor política, a otras tareas. Hacerlo así constituye una demanda consustancial de la sociedad socialista. En ésta, donde las masas populares son dueñas del Estado y la sociedad, la principal fuerza motriz de su desarrollo es el elevado entusiasmo revolucionario y la actividad creadora que ellas manifiestan,

dotadas con conciencia ideológica independiente y unidas monolíticamente en torno al partido y al líder. Sólo cuando, priorizando la transformación ideológica y el trabajo político, se transforman todos los miembros de la sociedad por vía comunista y se eleva su entusiasmo revolucionario y actividad creadora, es posible impulsar vigorosamente la revolución y la construcción, y manifestar plenamente la superioridad del socialismo. Por eso, en la construcción socialista hay que prestar atención principal a la educación de las masas populares y la elevación de su entusiasmo revolucionario y actividad creadora sin dejar de conceder prioridad a la transformación ideológica, a la labor política. Para impulsar la construcción socialista, no hay mejor manera que la de elevar así el papel de las masas populares. Tratar de mover a los hombres con dinero contraviene la naturaleza de la sociedad socialista y con tal práctica no se puede poner de manifiesto las ventajas del socialismo. Si se aferra a ese método capitalista, no es posible elevar el entusiasmo revolucionario y la actividad creadora de las personas y, además, da como resultado que se pone en peligro el mismo sistema socialista, al degenerarlo. Con la segura priorización de la transformación ideológica y la labor política, nuestro Partido ha venido impulsando enérgicamente la revolución y la labor de construcción, y ha puesto en pleno manifiesto la superioridad del socialismo, apoyándose en el entusiasmo revolucionario y la actividad creadora de las masas populares. El elevado celo revolucionario y espíritu creador de éstas, agrupadas sólidamente en torno al Partido y al Líder, constituyeron la fuente de la fuerza que le permite a nuestro socialismo centrado en las masas populares y científico en todas sus magnitudes, mostrar su superioridad e invencibilidad.

Para que las masas populares cumplan con su responsabilidad y papel como dueñas de toda la sociedad, es preciso desarrollarles la capacidad creadora. Esta es una cuestión importante a la que se debe prestar atención primordial y constante en la revolución y en la labor de construcción. Como las masas populares son creadoras de todo lo que existe en la sociedad; los éxitos de estos procesos dependen del

grado de su preparación como ente poderoso. Formarlas como un ser poderoso significa elevar su capacidad creadora junto con su conciencia de independencia. En la sociedad capitalista no puede cumplirse adecuadamente su demanda de desarrollarse de modo constante como ente independiente y creador. Los imperialistas y capitalistas no necesitan hombres concientizados con espíritu independiente y creador, y multilateralmente desarrollados, sino dóciles servidores que les proporcionen plusvalía. Así es como, recurren a cualquier medio y método, para convertir a los trabajadores en esclavos del capital, los corrompen ideológicamente y deforman su capacidad creadora. La exigencia de las masas populares por progresar como ente independiente y creador puede ser realidad de modo satisfactorio sólo en la sociedad socialista. Nuestro Partido, al implantar el más avanzado sistema de enseñanza socialista y el de estudio de todo el pueblo, y ponerlos en funcionamiento a expensas del Estado y la sociedad, está cumpliendo con éxito la formación de todos los miembros de la sociedad como constructores del socialismo y el comunismo, integralmente desarrollados. Es por eso que nuestro pueblo impulsa con denuedo la construcción socialista, aun bajo condiciones extremadamente difíciles, resolviendo todos los problemas con sus propias fuerzas y sabiduría bajo la bandera del apoyo en los propios esfuerzos.

Las masas populares, siendo dueñas de todas las cosas de la sociedad, merecen disfrutar de una vida digna y feliz.

Para ello la vida material ocupa un lugar importante. Constituye la esfera básica de la vida social. Como bajo el socialismo las masas populares son dueñas del Estado y la sociedad, es natural que disfruten de una existencia material abundante y culta. Al acelerar con vigor la edificación económica nuestro Partido consolidó y desarrolló el sistema económico socialista y construyó una poderosa economía nacional autosostenida, y así logró preparar una sólida garantía para asegurar con las fuerzas propias la vida material del pueblo. Es muy grande el potencial de la economía nacional independiente que hemos construido con tenaces esfuerzos, y apoyándonos en nuestras propias fuerzas; viene a ser un valioso fundamento que asegura a todo el pueblo una vida material, sana y estable. Seguiremos dedicando grandes fuerzas a la construcción económica socialista para aumentar el poderío del país y elevar sin cesar el nivel de vida material del pueblo conforme a la demanda del socialismo.

El contenido esencial de la vida digna y feliz de las masas populares, es hacer brillar la vida socio-política y gozar de una existencia digna en medio del afecto y confianza de la colectividad social.

Por su naturaleza, el pueblo exige vivir así, pero no es factible en la sociedad explotadora. La explotación y opresión del hombre por el hombre es incompatible con el afecto y confianza en el pueblo, y entre los explotadores y explotados no pueden existir verdaderos sentimientos de afecto y confianza. En la sociedad capitalista donde la dignidad del hombre se convierte en valor de cambio, se evalúa por el dinero y las riquezas, no se puede hablar del afecto y la confianza en las masas populares. Que los reaccionarios burgueses parloteen acerca del amor por encima de las clases, es una taimada treta encaminada a encubrir la esencia del régimen explotador capitalista y opacan las contradicciones clasistas. La teoría precedente de la clase obrera reveló el carácter reaccionario del amor por encima de las clases que preconizaban hipócritamente los reaccionarios burgueses y asentó que en la sociedad clasista también el amor tiene carácter clasista. Esto no significa que el amor y la confianza pueden compartirse sólo entre los hombres de la misma situación socio-clasista. Estas relaciones pueden establecerse también entre quienes se esfuerzan juntos por defender la independencia de las masas populares y realizan en conjunto actividades creadoras, pese a sus diferentes situaciones socio-clasistas.

Una vez asentado el régimen socialista, se elimina el antagonismo de clase, y las relaciones antagónicas y de desconfianza entre los hombres se convierten en las de afecto y confianza. En la sociedad socialista el afecto y la confianza se fomentan entre los colectivos sociales y sus integrantes y entre los miembros individuales, y tienen su manifestación suprema entre el líder y sus soldados. La más valio-

sa y bella vida es la que une a los soldados con su líder, al pueblo con el partido mediante los lazos de afecto y confianza, y que con la conversión de toda la sociedad en un ente socio-político permite a todos sus integrantes hacer brillar constantemente su vida socio-política, y la sociedad que logra hacer realidad esta existencia es la más sólida y vital.

El socialismo centrado en las masas populares materializa de modo inmejorable las relaciones de solidaridad y cooperación camaraderiles y de afecto y confianza en todas las esferas de la vida social, y también basa la política en estos sentimientos. El afecto y la confianza constituyen la esencia de la política en la sociedad socialista donde las masas populares, otrora objeto de la política, se convierten en sus protagonistas. Nosotros llamamos política de virtud a la que se basa en el afecto y la confianza. Los imperialistas embellecen la política burguesa con cosas como el "pluripartidismo" y la "democracia parlamentaria" y denigran la socialista, pero no pueden convertir lo blanco en negro. La política burguesa, aliada con el poder monetario, es opresora y saqueadora, cruel y astuta.

Para aplicar una genuina política de virtud en la sociedad socialista es indispensable contar con un dirigente político que ame al pueblo ilimitadamente. El tiene que poseer capacidad, pero, más que todo, la alta virtud de amar infinitamente al pueblo. Esto es así porque la política socialista es en su esencia la de virtud. Si el dirigente político en el socialismo no posee suficiente capacidad, es posible que como consecuencia dilate el desarrollo de la sociedad, pero si carece de las cualidades humanas, puede traicionar al pueblo y llevar el socialismo a la ruina.

Para aplicar la política de afecto y confianza en la sociedad socialista es indispensable que el partido en el poder se convierta en un partido madre.

El partido de la clase obrera es la organización política rectora de la sociedad, razón por la cual de cómo se estructure éste depende cómo sirven al pueblo los organismos estatales y demás instituciones de la sociedad socialista. Su conversión en un partido madre es la

primera condición para hacer de unos y otras servidores del pueblo. Construir tal partido significa estructurarlo como un auténtico orientador y protector del pueblo que atiende con tino, y bajo su responsabilidad, el destino de las masas como una madre ama y cuida sinceramente a sus hijos. En otros tiempos, el partido se consideró principalmente como un arma en la lucha de clases. Desde luego, el partido de la clase obrera tiene que desplegarla, pero toda su actividad debe partir, en todos los casos, del infinito afecto y confianza en el pueblo. Tiene que poner en el primer plano la tarea de defender los intereses de las masas populares y luchar contra aquellos que los lesionen. Si muchos partidos perdieron el apoyo y la confianza de ellas y como consecuencia dejaron de existir, fue porque en vez de atender bajo su responsabilidad y sinceramente, con el sentimiento de una madre, el destino del pueblo, degeneraron en organizaciones burócratas ostentosas y abusadoras de autoridad.

Con miras a construir como partido madre al que está en el poder socialista, hay que educar a todos los cuadros y militantes en el espíritu de amar sin límites al pueblo y servirle con lealtad.

Para ser un fiel servidor del pueblo, tiene que saber pensar primero en él que en sí mismo y considerar sus alegrías y penas como las suyas. Servirle con lealtad constituye un sublime deber del comunista y en esto está el auténtico valor de su existencia. Los revolucionarios ingresan en el partido de la clase obrera no persiguiendo intereses personales, notoriedad y autoridad, sino para servir mejor al pueblo. El verdadero comunista y miembro del partido de la clase obrera es quien primero se ofrece para vencer reveses y deja atrás las satisfacciones personales, se encarga voluntariamente del trabajo difícil y cede el éxito a otros. Para preparar así a los militantes, es necesario intensificar entre ellos la educación ideológica para orientarlos a servir con abnegación al pueblo.

En la construcción del partido en el poder socialista como un partido madre lo importante es concientizar estrictamente de manera revolucionaria a los cuadros y desplegar entre ellos una lucha enérgica contra el abuso de autoridad, el burocratismo y las prácticas ilíci-

tas y decadentes. Estos fenómenos surgidos entre los cuadros son los elementos principales que obstaculizan la aplicación de la política virtuosa en la sociedad socialista. El socialismo se opone a los privilegios de toda índole. Con la implantación del régimen socialista desaparece la clase privilegiada. Mientras el poder estatal y los medios de producción estén en manos del pueblo, no puede reaparecer esa clase. Sin embargo, si en esta sociedad no se desarrolla la lucha contra el abuso de autoridad, el burocratismo y los actos ilícitos y depravados, es posible que algunos cuadros mal preparados se deterioren en el plano ideológico y, separándose del pueblo, se conviertan en una capa especial. Toda política del partido y el Estado se ejecuta por medio de los cuadros, razón por la cual, por muy buena que sea, no puede plasmarse exactamente si aquéllos abusan de la autoridad y practican el burocratismo. Si ellos proceden así y perpetran actos ilícitos y decadentes resultará que el partido en el poder socialista pierde el apoyo y la confianza de las masas y como consecuencia deje de existir. La lección histórica muestra que si el partido en el poder socialista permite a los cuadros cometer esos actos es como cavar su propia tumba.

Hace ya mucho tiempo que nuestro Partido, percatándose de la peligrosidad del abuso de autoridad, el burocratismo y los actos ilícitos y depravados que pueden surgir en el partido en el poder viene desplegando infatigablemente la lucha contra ellos. Hoy, nuestros cuadros, en fiel acato a la consigna del Partido: "¡Servimos al pueblo!", trabajan con lealtad para éste, convirtiéndose en sus servidores. Pero, no debemos descuidar en ningún momento esta lucha porque esos fenómenos tienen sus raíces en los remanentes de las ideas caducas y no cesan las maniobras de infiltración ideológico-cultural de los imperialistas, encaminadas a fomentar en nuestro seno ideas trasnochadas. Nos compete seguir impulsando con vigor la educación y la lucha ideológica para erradicarlos entre los cuadros.

La política de afecto y confianza, la de virtud, de nuestro Partido constituye el principal factor que determina la superioridad e invencibilidad de nuestro socialismo.

Gracias a esta política, implantada por el Partido y el Líder, nuestro pueblo disfruta de una existencia de alto valor y digna bajo el régimen socialista a nuestro estilo, centrado en las masas populares, haciendo brillar su valiosa vida socio-política. Toda la sociedad forma una grande y armoniosa familia, cuyos miembros, felices y conscientes del valor de vivir, mutuamente confían, se aman y se ayudan. He aquí el verdadero rasgo de nuestra sociedad.

En nuestro país, todo el pueblo enaltece y respeta al Líder como su propio padre, sigue al Partido viendo en él el regazo maternal, y el Líder, el Partido y las masas, integrados en un ente socio-político, comparten un mismo destino. En todo su ámbito se manifiestan bellos rasgos comunistas: hay quienes sacrifican sin vacilar su vida para salvar la de los compañeros revolucionarios; jóvenes de uno y otro sexo contraen matrimonio con quienes quedaron honrosamente inválidos en el ejército, y existen también los que atienden con el verdadero sentimiento de familia a los huérfanos y los ancianos desamparados. Todo esto es un relevante fruto de la política benévola de nuestro Partido.

La vitalidad de esta política se verifica no sólo en los nobles rasgos espiritual-morales del pueblo, sino también en su vida material y cultural, sana y equitativa, que continúa mejorando. Todos están libres de las preocupaciones por problemas del alimento, vestido y vivienda, y beneficiados por los sistemas gratuitos de enseñanza obligatoria y de asistencia médica, estudian toda la vida, sin interrupción y disfrutan de salud. El Estado asegura puestos de trabajo estables a todos los aptos, garantiza con responsabilidad las condiciones vitales a los habitantes e, incluso, atiende con solicitud a los impedidos para el trabajo temporal o definitivamente y a los ancianos desamparados. Los veteranos de la revolución y de la guerra, los militares heridos de honor y los beneméritos llevan una vida digna bajo la protección estatal y disfrutando del alto respeto y amor del pueblo.

Los beneficios de la política benévola de nuestro Partido llegan con mayor calor a las nuevas generaciones. Sus integrantes son continuadores de la revolución y representan el porvenir de la nación. La

perspectiva de la revolución y la prosperidad de la nación dependen de cómo ellos se forman. Por esta razón, esta tarea no puede ser sólo de la incumbencia de sus padres. En la sociedad capitalista donde el destino de los integrantes de la joven generación lo decide el dinero de sus padres, es inevitable que ellos caigan víctima de la desigualdad y los males sociales. Hoy, muchos niños y demás miembros de la joven generación del orbe pierden la vida o se convierten en inválidos, o vagan por las calles, o toman el camino de la delincuencia y de la degeneración, a causa de la guerra, de los conflictos sociales, de las enfermedades y el hambre, consecuencias de la agresión e ingerencia de los imperialistas y del saqueo de las clases explotadoras. En contraste, en nuestra sociedad socialista donde se aplica la política de virtud, todos los integrantes de la nueva generación crecen a expensas del Estado. Nuestro Partido y Estado los atienden con máxima solicitud y cariño. El Estado les ofrece los uniformes, los artículos de uso escolar y otras cosas, y les asegura el más avanzado sistema de enseñanza obligatoria integral de 11 años para que estudien a sus anchas. En virtud del profundo cariño y atención del Partido y el Líder, del Estado y la sociedad, los integrantes de nuestra joven generación crecen felices sin tener nada que envidiar.

Todas las medidas políticas populares que hoy se aplican en nuestro país comprueban la superioridad del régimen socialista a nuestro estilo, centrado en las masas populares, y se han originado del sublime amor del Partido y el Líder hacia ellas. La política de virtud es la forma tradicional de la política cuya raíz histórica preparó el gran Líder, camarada Kim Il Sung, en los años de la Revolución Antijaponesa, y que profundizó y desarrolló con el avance de la revolución y la construcción.

El estimado Líder, camarada Kim Il Sung, fue el afectuoso padre de nuestro pueblo que encarnó en el nivel superior el amor a éste. Desde temprano, considerando como su máxima "apreciar al pueblo como el cielo", estuvo siempre entre el pueblo y compartió con él las penas y alegrías, consagrándole todo su ser. Por tener su Líder en el respetado camarada Kim Il Sung, quien con sus nobles virtudes lo

amaba ilimitadamente, pudo escribirse en nuestro país una brillante y auténtica historia de la política popular, política benévola.

Nuestro Partido lleva adelante y desarrolla sin cesar la brillante tradición de esa política elaborada por el gran Líder, camarada Kim Il Sung. Se trata de una política que les dispensa profundo afecto y confianza a todos los sectores del pueblo sin distinción. En ese sentido la llamamos también política de altos vuelos. Repito que ésta es la política de invariable afecto y confianza con que nuestro Partido orienta responsablemente la vida socio-política de cada persona. Aunque se trate de un hombre que ha cometido un error, no lo abandona sino lo educa, transforma y conduce por el camino correcto, para que haga brillar hasta el fin su vida socio-política.

El sublime afecto y confianza del Partido y el Líder hacia nuestro pueblo infunde a éste infinitos sentimientos de fidelidad a aquéllos. Desde antaño, nuestro pueblo es ampliamente conocido como un pueblo laborioso, valiente, cortés, y de fuerte sentido de justicia y obligación moral. Estas excelentes cualidades se perfeccionan y desarrollan a plenitud en nuestra época, sobre una nueva base espiritual y moral. Nuestro pueblo agradece profundamente la benigna política del Partido y el Líder, y lucha en cuerpo y alma para corresponderle con fidelidad. Su lealtad al padre Líder, camarada Kim Il Sung, se manifiesta en un nivel más alto hoy, cuando lo perdimos inesperadamente. Es la voluntad inmutable de nuestro pueblo enaltecerlo para siempre, de una generación a otra, y de todo corazón, como Líder de nuestro Partido y la revolución. En fiel acato a su legado y bajo la dirección del Partido, se esfuerza con mayor tenacidad para alcanzar nuevas victorias. No hay un pueblo como el nuestro, que con sus nobles rasgos espirituales y morales, sea fiel sin límites al Partido y al Líder y se entregue en aras de la Patria, la sociedad y la colectividad. Sentimos un gran orgullo por tener tan magnífico pueblo. El haberlo formado así es un gran mérito de nuestro Partido y un sobresaliente triunfo de su política de virtud.

La política virtuosa de nuestro Partido sirve de fuente a la monolítica unidad volitiva del Líder, el Partido y las masas. Esta unidad es

más sólida por basarse en el amor y la fidelidad, y nuestro socialismo es invencible por tener esta unidad como su fundamento.

El mundo admira nuestro socialismo elogiándolo como ideal. Esto es porque es un auténtico socialismo, centrado en las masas populares, que encarna de manera estricta el principio de envolverlas en amor y confianza.

El que las masas populares ocupan la posición y ejerzan los derechos que les corresponden como dueñas del Estado y la sociedad, y como tales cumplan con su responsabilidad y papel y disfruten de una existencia valiosa, es prueba de que nuestro socialismo es un socialismo invencible que ellas apoyan y en el que confían de modo absoluto.

Nuestro Partido seguirá ejerciendo de modo consecuente la política genuinamente popular, la de virtud, que siempre presenta como un ente supremo a las masas populares, dueñas de todas las cosas de la sociedad y les dispensa amor y confianza ilimitados. Hoy, nuestro Partido y pueblo tienen por delante la honrosa y pesada tarea de llevar adelante y completar, generación tras generación, la causa socialista del Juche, iniciada y dirigida por el gran Líder, camarada Kim Il Sung. En el futuro, nuestro Partido la culminará confiando en el pueblo y apoyándose en su fuerza, tal como lo hizo hasta ahora para salir siempre victorioso.

El socialismo centrado en el hombre, en las masas populares, es más científico, más ventajoso y más poderoso. Triunfará infaliblemente por su cientificidad y veracidad.

Impreso en la República Popular Democrática de Corea

No. 40591